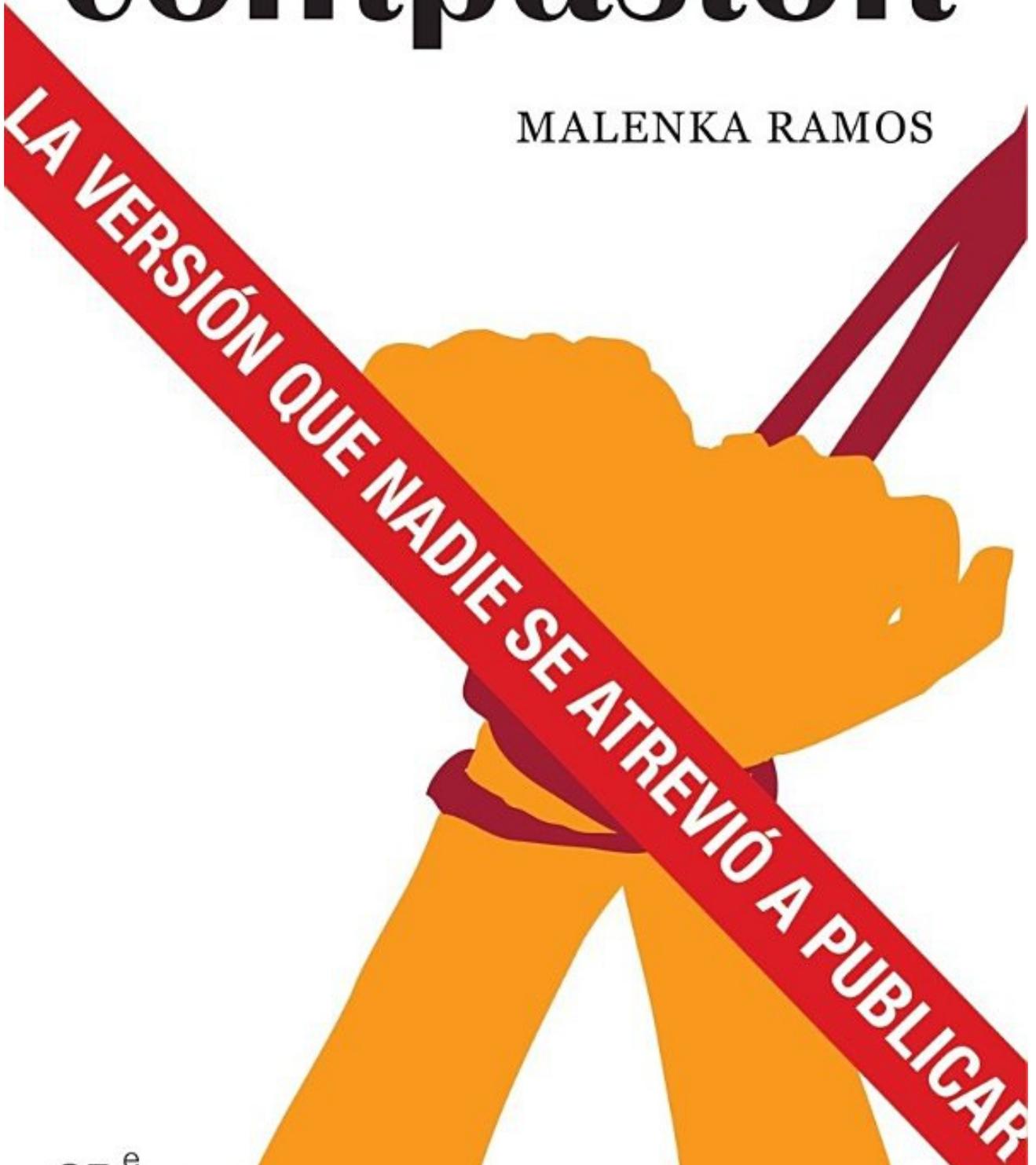


Venganza 3

Sin compasión

MALENKA RAMOS



LA VERSIÓN QUE NADIE SE ATREVIÓ A PUBLICAR

SB^ebooks
&

Venganza 3

Sin compasión

MALENKA RAMOS

LA VERSIÓN QUE NADIE SE ATREVIÓ A PUBLICAR

SB^ebooks
&

Malenka Ramos

VENGANZA

3ª PARTE. SIN COMPASIÓN

© Malenka Ramos, 2014
Todos los derechos reservados
www.sb-ebooks.com

ISBN:978-84-9071-658-8

Diseño de cubierta: Esther Maré

Queda prohibida, salvo excepción prevista por la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual.

Agradecimientos

A mis lectores, los que estuvieron desde el comienzo, los que han amado, odiado y deseado cada uno de los momentos de esta locura de saga, de esta trilogía que nunca acabará. A ellos y solo a ellos: gracias.

Susana Martín, Sofía Maca, Mina Rodríguez Emoji, Marta Bells, Olga M. S., Samanta P. D., Lorena Cortez, María Fernández Marcos, An Invisible, nissa de Strieme, aria de Dmask, tati de Romano, Alicia Tuya, Meli Romano, JPD (Miralrio), Pilar Pascual, Lili C. R., Hilarski, Gaby Soto, Flor de Mayo, Cannen, Christopher, Ama Ana, Ph Suchard, miren de PhS, Laila, Yulieth Ocampo...

Gracias.

1. Terrores

Todos tenemos nuestros demonios, nuestros tormentos, esos pequeños traumas que nos acompañaron durante mucho tiempo. A veces vuelven y te desgarran las entrañas, te hacen recordar que eres débil...

Estaba sentado en el escalón del porche. Desde ahí podía contemplar la calle, olvidarse por un momento de que su madre olía a alcohol y cigarrillos otra vez. «Mamá es buena, solo está enferma y debería curarse.» Pestañeó y apoyó los codos en las rodillas. «No quiero que grite, no quiero que beba. Me gustaría que fuera como todas las madres: bonita, alegre, una madre que me cuidara.»

Vio el coche de aquel hombre pasar una vez más, siempre a la misma hora. Unas veces a las cinco de la tarde, otras a las ocho. Era cómico. Si tuviera padre, él también tendría un coche igual de elegante, quizá con dos tubos de escape, como en las películas.

—¡Maldito niño estúpido! —gritó su madre por la ventana—. ¡Luis, entra en casa!

—Voy, mamá.

Algún día sería como el hombre que pasaba por delante del porche todos los días.

«Tiene una hija bonita y lleva vestidos de seda sin agujeros», pensó. «Tiene el pelo negro azabache. ¿Vivirán cerca? Es raro, pasa mucho por aquí...»

Despertó y se aferró el pecho con fuerza. Sara dormía a su lado profundamente.

—¡Oh, Dios mío! —sollozó—. Dios mío...

Miró a su alrededor quitándose el sudor de la frente. Jamás conseguiría que las pesadillas desaparecieran. Se levantó y salió al balcón. La casa estaba vacía sin Dominic y su hermana. Apoyó las manos en la barandilla y bajó la cabeza.

—¿Luis? —La suave voz de Sara le devolvió a la realidad—. ¿Luis?

—Estoy aquí, Sara.

La joven se desperezó y caminó descalza hacia la ventana. Se frotó los ojos y sonrió con dulzura.

—¿Qué haces aquí, Luis? Son las cinco de la mañana...

—No podía dormir. He tenido una pesadilla.

—¿Estás bien?

—Sí. —Miró al vacío y negó con la cabeza.

Sara se aferró a su cintura apoyando la cabeza en su espalda.

—¿Añoras a tu hermana? Volverá pronto, Luis.

Se dio la vuelta y la apretó con fuerza entre sus brazos. Aquella noche necesitaba refugiarse entre los brazos de su hermana. Era el único remedio para no tener pesadillas. Sin embargo, ella no estaba, era feliz.

—Mi tierna Sara... —susurró besando su frente.

—Yo también quiero ir contigo a alguna isla paradisíaca —dijo con humor.

Luis se rio y la estrechó con más fuerza.

—Lo haremos.

—Prométemelo.

—Te lo prometo, niña terca y caprichosa. —La levantó y entró en la habitación—. Vamos a dormir, es demasiado temprano.

—Una isla elegante. Nunca salí de la ciudad hasta que os conocí —murmuró.

—Una isla elegante —repitió arropándola—. Lo que quiera la señorita.

—Con un hotel de lujo y que nos lleven el desayuno a la cama.

—Desayuno y lujo. Perfecto, señorita. Duerme, Sara.

Se aferró a él y hundió la nariz bajo su hombro.

—Con piscina, playa y cocoteros... Tú y yo solos.

—Sus deseos son órdenes para mí.

Comenzó a dormirse, sonrió y arrugó su respingona nariz.

—Y que me quieras .. —Empezaba a dar cabezadas por mucho que intentara mantenerse despierta—. Y que me lo digas alguna vez.

—Ya te quiero, Sara ..

Lo dijo con apenas un hilo de voz, pero ella ya estaba profundamente dormida para oírlo.

2. Soy humano

Jamás en todo este tiempo he estado a solas contigo. Te dije una vez que no podía cambiar. Dentro de este desorden que me acompaña, allá donde voy existe una parte de mí que roza lo humano y, aunque no siempre seré así, puedo darte unos momentos de paz y de esa parte de mí que apenas conoces.

«Tengo mimos de mi hermana.»

El mensaje de texto le hizo gracia. Observó el cielo y se colocó el bikini con la intención de que la marca no se notara en exceso.

—Mi Luis... —susurró con melancolía.

Miró hacia el pequeño bar de techo de paja. Dominic comía aceitunas concentrado en el periódico con un pantalón corto y una camisa blanca que flotaba por la tenue brisa. Por suerte llevaba las gafas de sol. De esa forma podía observarlo con más detenimiento sin que la viera. Era gracioso, por primera vez lo veía relajado y tranquilo. En aquel momento solo le apetecía disfrutar de su normalidad. Era una parte de él que aún desconocía. Y era cierto, sin Quimera, el trabajo y la *familia* cerca, era un hombre totalmente distinto. Se volvió disimuladamente. La camarera, una rubia diminuta de pechos apretados, se acercó a él con paso firme y embozó una sonrisa pícaro mientras se inclinaba para ofrecerle algo.

«No le gusta que lo interrumpen cuando lee, rubita», pensó Samara. Y le hizo gracia ver cómo Dominic levantaba la vista por encima de las gafas de sol y miraba a la camarera fijamente. «¿Ves? No necesita nada, pechugona», se dijo divertida. «Vete a atender a otro o saltaré de mi toalla y te arrancaré ese postizo». Se rio entre dientes y bufó para sus adentros.

Dominic pasó las páginas del periódico y volvió a reclinarsse en la butaca de mimbre. Le dirigió una mirada curiosa y se metió otra aceituna en la boca.

Diez días en Bali. Estaba ansiosa; y no por el viaje, el país o las playas. Diez días a solas con él, sin nadie cerca, sin problemas, sin miedos. ¿Cómo sería? Ni siquiera ella lo sabía. Las pocas horas que llevaban allí apenas le habían servido para conocer un ápice de él. Maletas, botones, gente, trájín... Por fin, ahora, estaba en la playa. Cerró los ojos y se quedó profundamente dormida.

—Te vas a quemar.

Samara dio un salto al oír su voz. Abrió los ojos y lo vio de pie frente a ella.

—Me has asustado —dijo incorporándose—. Tranquilo, llevo protección. ¿No tomas el sol?

Bajó la cabeza y frunció el ceño.

—No quiero tener cáncer en unos años... Además, ya soy moreno...

—Eres un privilegiado. Mi marido es un poco moro.

Ladeó la cabeza e hizo una mueca irónica.

—Tú marido todavía puede cambiarte por un saco de especias en este país... Las mujeres en edades fértiles son muy cotizadas y en algunos sitios el trueque sigue de moda.

Se quitó la camisa y emergió la bestia. Todavía era asidua a pensar que Dominic no era consciente de lo hermoso que resultaba para la gente. Miró hacia el bar y observó a la diminuta rubia vigilando. Cuando su mirada se cruzó con ella, intentó disimular lo obvio.

Dominicladeó la cara en dirección a la piscina y caminó hacia ella.

—Princesa, no seas celosa, las rubias no me ponen —dijo.

—Cabrón... —murmuró—. No se te escapa una nunca.

—Yo también te quiero —le oyó decir ya en el agua.

Se volvió a quedar profundamente dormida hasta que una lluvia de agua la despertó. Lo tenía delante y sacudía la cabeza con la intención de empaparla.

—Hay dos opciones —dijo con firmeza—, o te pones a la sombra sola o te pongo yo.

—¿Cómo? —Apenas recuperaba el sentido. Agua, playa, Bali, Dominic de pie con gesto de enfado—. No. ¿Qué hora es?

—Llevas tres horas al sol, Samara. —Levantó el brazo y llamó a la rubia pechugona, que trotó por la arena en dirección a él—. Necesitamos una sombrilla.

—Claro, Señor, ahora mismo aviso para que la traigan —contestó con picardía—. ¿Algo más?

«Sí, que salga un congrio del mar y te devore entera», pensó Samara. Se sintió perversa; luego se rio pensando en aquella remota posibilidad y a la rubia gritando al ser arrastrada por un enorme pez.

—No, gracias, nada más —contestó Dominic.

La rubia la miró con educación y se alejó por la playa.

Su móvil sonó. Acababa de recibir un mensaje de texto.

—¿Luis? —preguntó Dominic tumbándose boca abajo en la toalla.

—¿Quién sino? —Lo abrió y se rio—. «Carlo me atormenta, Sara ha organizado una anarquía en casa y yo necesito unas vacaciones o voy a matarlos a todos. Pasadlo bien. Dominic, sé que lees este mensaje. Devuélveme a mi hermana de una pieza.»

Samara soltó una carcajada y suspiró.

—Es como tener un hijo de treinta y tantos años —musitó Dominic.

Ahora sonaba el móvil de Dominic. Pulsó el botón de manos libres y resopló.

—Carlo... Te echábamos de menos.

—Hola, pareja. Lo sé. No podéis vivir sin mí.

—No me hables de trabajo. Por favor...

—Ah, eso está prohibido, amigo. Pero buena la has hecho con la casa Malbaseda. Jeremías está que trina, todos están nerviositos.

Samara hizo un gesto de sorpresa y Dominic negó con la cabeza.

—Dime algo que no sepa. No quiero saber nada de nadie. ¿Podrís controlarlo sin mí?

—Por supuesto, papí —contestó con sorna—. Samarita Romano... —gruñó socarronamente y luego se rio.

—Carlo Armani —dijo ella—, te echamos de menos.

—Yo no —soltó Dominic.

—No mientas, chico duro. Sé que en el fondo os arrepentís de no haberme llevado con vosotros. Está prohibido concebir mini Dominics sin estar yo presente, no sé si se lo has dicho ya a tu mujer. Es una norma de la familia, como en la Edad Media: folláis los dos y todos miramos.

—Carlo...

—¿Dominic?

—No necesitamos descendencia con todos vosotros cerca.

—¡Oh, sí! Roberto ha tenido una revelación y dice que este año quiere hijos.

—Era lo que nos faltaba.

—No veo yo la casa llena de mocosos. —Carlo soltó una carcajada histérica.

—Yo sí —alegó Dominic—. Cada vez que os juntáis todos.

—Yo también te quiero, amigo.

—Carlo... Adiós.

—Sí, mi amo —rio y murmuró algo entre dientes—. Chicos, pasadlo bien. Dominic, todo controlado. Nos vemos.

—Cuidate, amigo.

—Y vosotros.

Samara lo miró con curiosidad.

—¿Pasa algo con los Malbaseda?

—Nada que deba preocuparte. Negocios y más negocios.

La rubia pechugona apareció por la derecha con un mulato cargado con una sombrilla.

—Señores, su sombrilla.

—Gracias, muy amable —contestó Samara con sarcasmo.

—Bien, nena. Ahora ya puedes dormir, te espera una larga noche atada al cabecero de la cama.

Miró a la rubia, miró a Dominic, miró al mulato y miró la toalla. Volvió a mirar al mulato que sonreía como un estúpido enterrando el palo de la sombrilla en la arena, luego a Dominic medio dormido y luego a la rubia, que sujetaba una cestita de caramelos con cara de circunstancias.

—Que gracia tiene mi... marido... —dijo con una risa nerviosa.

—¿Te das cuenta? —Dominic miró al mulato con pereza—. Como les cuesta reconocer que les va lo duro.

—¡Oh, claro, señor! Ellas siempre tan modosas.

Dominic se incorporó, metió la mano en la cesta de los caramelos y sacó una porra de fresa que se metió en la boca. El mulato, en su salsa, ajustaba el anclaje de la sombrilla mientras miraba de reojo a Samara.

—¿Quieres una porra, cariño? —preguntó con sarcasmo.

—No, gracias, mi amor —contestó entre dientes.

Dominic dirigió una mirada a la camarera.

—Gracias.

La joven no se movió, sujetaba la pequeña cesta de mimbre algo descolocada.

—¿Qué? —le espetó al fin.

—Oh, nada, señor. Disculpe. Disculpe... —contestó saliendo de su mutismo; luego salió corriendo por la playa seguida del joven mulato, y desapareció tras la puerta del hotel.

—Es increíble —dijo Samara—. Casi tengo que limpiarle las babas.

—Y yo al mulato —contestó Dominic riendo mientras le daba una palmadita en la pierna.

—Estabas de broma con lo del cabecero, ¿no?

—Yo no suelo estar de broma nunca, princesa.

3. Conjurás

Todo lo que tengo, todo lo que me rodea, es tuyo. Aunque a veces lo que recibas te hará mucho daño...

Dejó la chaqueta en el respaldo de la silla y se sentó frente al anciano ceñudo. El hombre la miraba de arriba abajo mientras dos muchachos de no más de veinte años salían del despacho.

—Romina. —Sonrió de mala gana—. Me alegro de verte.

Ella le dirigió una mirada desafiante y cruzó las piernas.

—Siento no decir lo mismo, Jeremías.

—Dos millones —dijo el viejo—, si me ayudas. He sido claro por teléfono.

—No necesito tu dinero. —Embozó una mueca y miró hacia la ventana. Demasiadas horas de avión provocaban en ella un terrible dolor de cabeza—. Ni te he dicho que te vaya a ayudar.

—Lo harás.

—¡Ah!, ¿sí?

El anciano se levantó de su silla y se apoyó en el bastón.

—La odias. —Clavó la mirada en ella y frunció el ceño en un gesto grotesco—. Y sigues enamorada de él. Dos razones perfectas para ocuparte del asunto que nos aborda, querida arpía. Sin olvidarnos de lo mucho que te gusta el dinero y vivir bien.

—Viejo estúpido. —Romina apretó los puños en señal de crispación y se removió en la silla—. No tienes ni idea de...

—Cállate, Romina. Tu negocio depende de mis inversiones, y dos millones sanearían tu tesorería. Además, no habrías hecho tantos kilómetros si no estuvieras dispuesta a ayudarme.

Lo miró con odio y le regaló una sonrisa cínica.

—Romina, acaba con ese matrimonio como te dé la gana pero hazlo... Si se queda preñada no cobrarás un puto duro.

—Lo ves demasiado fácil.

—Eres lista, algo se te ocurrirá. Dos millones de euros es muchísimo dinero hasta para ti. Activa la imaginación, sacaré tu vena creativa.

Romina se levantó con rabia y cogió su chaqueta. Se colocó la melena en su sitio y lo miró antes de disponerse a salir por la puerta. El anciano escrutaba su cara desde un extremo del despacho y seguía sus movimientos como un depredador.

—Estaremos en contacto, Jeremías.

—No lo dudo —contestó él.

4. Juega conmigo

Hasta relajada y tranquila me enseñas. Conozco de ti esa esencia que desprendiste años atrás, esa que a veces olvido porque te ato a mis deseos, esa que duerme dentro de ti y que tanto me gusta.

Llegaron al restaurante del hotel y un camarero de rasgos isleños les dirigió a una bonita mesa en una de las terrazas. Desde ahí podía ver la playa, el pequeño chiringuito iluminado por una intensa luz de neón azul y varios jóvenes tomando ya las primeras copas de lo que prometía ser una noche animada. Olía a mar... Samara adoraba aquella brisa que tantos recuerdos le traían de su infancia. Dominic estaba guapísimo... Había cambiado los trajes sobrios que habitualmente llevaba por pantalones vaqueros, alguno de lino que le remarcaba el color moreno de su piel y camisas que revoloteaban haciendo que, de vez en cuando, aquel abdomen tan apetitoso asomara tímidamente.

—Vale, a ver qué hay en la carta.

¿Era eso a lo que se refería cuando le decía que aún no conocía su parte más humana? ¿Cuánto tiempo llevaba sin verla? Desde el principio.

—Tienes... —Dominic frunció el ceño—. Tienes pescado bueno... No sé si aquí es de temporada pero...

Dejó de escucharlo por momentos. Lo miraba como si fuera la primera vez en su vida que se sentaba a una mesa con él.

—Samara, ¿me estás escuchando?

—¿Eh? Sí, sí... Tomaré pescado, sí.

«Te quiero tanto.»

—Samara.

—Sí, pescado.

—¡Samara!

Volvió a la realidad y sonrió. El camarero estaba de pie con cara de circunstancias y la libretita de anotaciones en la mano, esperando pacientemente a que ella volviera de su mundo paralelo y se decidiera.

—Lubina —dijo al fin—, a la plancha, por favor.

—Yo, entrecot. —Cerró la carta y observó a Samara—. ¿Se puede saber dónde estás?

—Perdona, me he distraído.

Dominic miró al techo y resopló.

—¿Relajada?

—Mucho.

Dio un trago al vino blanco que acababan de servirle en la copa y se secó los labios con la servilleta.

—Me resulta raro estar así contigo. Ni cuando has estado más relajado te he visto...

—Es la primera vez que nos vamos solas a algún sitio. Ya te dije que no todo era igual, que había cosas de mí que no conocías. En Italia había demasiados frentes abiertos aún.

Estaba segura de que ni siquiera él conocía hasta qué punto podía ser humano y feliz. La miró e hizo una mueca cómica.

—Será que no tengo a Carlo enganchado a mi oreja, a tu hermano reclamando atención, a Roberto queriendo dejar preñadas a sus mujeres y... —Se quedó pensativo unos momentos y apoyó el mentón sobre una mano— Catinca...

—¿Has hablado con ella?

—No. No sé si quiero hacerlo.

—Te preocupa mucho, ¿verdad?

Dominic sonrió y movió la cabeza.

—Todos me preocupan.

—Darío la hará feliz.

—Bebe y come. Estás bajando de peso y no quiero que se te lleve el viento.

Samara sonrió y se encogió de hombros.

—¿Qué llevas debajo del vestido?

La miró y frunció el ceño.

—La ropa interior...

Se dio cuenta del detalle y abrió los ojos como platos.

—Eso era un tema que creí tener zanjado contigo, querida.

—Oh, Dominic, mi vestido es algo transparente, no creí que...

—Dámelas.

Alargó la mano y sonrió.

—¿Aquí?—preguntó ella tragando saliva.

—Ahora.

Samara miró a su alrededor: dos mesas, seis personas, otras dos mesas varios metros más allá. Detrás de ella, tras una cristalera, el restaurante lleno.

—Por Dios, me van a ver.

Dominic inclinó la cabeza y arqueó una ceja. Samara se puso nerviosa y deslizó los dedos por las caderas intentando disimular, dando leves saltitos en la silla mientras tosía y se afanaba en acabar aquel tormento.

—Joder —chasqueó la lengua—. No puedo...

Dominic alargó más la mano sobre el mantel y deslizó con los dedos el cuchillo de la carne.

—Se inteligente, princesa... Corta.

Ella cogió el cuchillo, miró a su alrededor y cortó con torpeza la tira de las bragas por ambos lados. Tiró de la tela, hizo una bola con las bragas y la puso sobre la mesa con el puño cerrado.

—No fue tan difícil, ¿no?

—Por Dios... qué calor tengo ahora mismo de los nervios. Esto es bochornoso, Dominic, la gente nos va a ver.

—Bebe.

Seguía con la mano cerrada y las bragas en ella.

—¿No las vas a coger? —preguntó desesperada.

—No tengo prisa —contestó—. ¿Te duelen los *piercings*?

Tosió y se movió algo nerviosa. Sintió el frío de la silla en su sexo y con la mano libre intentó bajar sin éxito el vestido.

—El de abajo me resquema un poco de vez en cuando. El del pecho no tanto.

—Bien.

Estiró el brazo, cogió su mano y la abrió con delicadeza. Samara se dio cuenta en ese mismo momento de que una pareja que comía cerca observaba con curiosidad lo que hacían.

—Te quiero sin esto todas las vacaciones —continuó él—. ¿Me has entendido?

—Por el amor de Dios, ¡guárdalas! Nos están mirando.

Dominic mantenía las braguitas colgando del dedo balanceándose sobre la mesa. Hizo una especie de ronroneo y las metió en el bolsillo de la camisa. Samara no sabía dónde meterse. Miró a ambos lados de la terraza y sintió el calor emerger en las mejillas, cuando dos de los camareros que atendían las mesas más próximas casi tiraron sus bandejas por mirar a Dominic.

—No te preocupes tanto por la gente, princesa. Con lo que pagamos en este hotel creo que podrías bailar desnuda en mitad de la recepción y nadie te diría nada. —Se rio y dio un sorbo a su copa de vino.

—Oh, Dominic...—dijo ruborizada.

—Bebe —insistió él.

5. Siempre tú

Y, aunque estemos lejos, todo avanza. Como debe ser, con la misma intensidad...

A través de la entrada de la casa, coronada por dos columnas estilo italiano y una amplia escalinata de piedra antigua. Todo tenía mejor pinta desde que habían terminado las obras.

—¿La recuerdas? —le preguntó Darío. Tiró de su mano y la llevó hacia el interior de la casa—. Mandé pintar la balaustrada. Ha quedado bien.

—Es preciosa, la casa está totalmente restaurada.

Darío aceleró el pasó arrastrándola escaleras arriba.

—Vamos, Su, quiero enseñarte algo.

Entró en una de las primeras habitaciones y, tras soltar su mano, corrió hacia el armario, luego volvió con un libro y la hizo sentarse a su lado en la cama.

—¿Lista?

—¿Qué es? —Catinca observó el libro y entrecerró los ojos—. Parece antiguo...

—Eres tú, Su.

Se quedó petrificada. Frente a ella, aquel enorme álbum albergaba fotos de hacía más de diez años. Ella en el jardín de Quimera con un vestido blanco y descalza; ella a los pies de la escalera de la planta baja jugando con una de sus muñecas; otra foto con Darío, ambos sentados en el jardín con Antón al fondo con un muchacho de piel morena que parecía... ¡Dominic!

—¡Dios mío! —susurró emocionada—. ¡Somos nosotros y Dominic! —exclamó. Cogió el libro y pasó las páginas aceleradamente—. ¡Ah, Darío! —rio señalando una foto—. Este eres tú con Luis. ¡Dios mío! Dominic aquí debía de tener veintitantos años.

Darío la observó sonriente. Ella no hacía más que pasar y pasar páginas embelesada con las imágenes que llenaban su retina. En otra foto aparecía sentada en la cama junto a él. Darío tenía el pelo más largo, coronado de bucles, y en las manos tenía un libro. Otra foto, con Dominic al fondo rodeado de libros en una de las mesas del jardín, su padre fumando un puro muy cerca y ella con un pie en la piscina.

—¡Oh, qué ilusión! Creí que nunca tendría la oportunidad de ver a todos en aquella época. —Recordó la cámara Polaroid que Darío tenía por aquel entonces—. No recordaba tu cámara...

Lo abrazó con fuerza y volvió a mirar emocionada las páginas del álbum.

—¡Es maravilloso! Mira, Darío... Mírate aquí... Recuerdo ese día, esa ropa... Fue el día que me llevaste a La Baraka.

—Me alegro que te guste. Es para ti.

—¿De verdad?

—De verdad —contestó—. Tuyo.

—Mío...—susurró como si todavía no acabara de creérselo.

—Gracias. —Se aferró al álbum y luego lo miró con ternura—. Me has hecho muy feliz.

—Aún hay más.

Darío se inclinó y sacó una caja de debajo de la cama. Estaba eufórico... Quitó la tapa de cartón blanco y destapó el contenido.

—¿Te acuerdas de ella?

—¡Oh, es la pequeña Su!... La muñeca que compraste cuando... ¡Creí que estaba en Quimera!

—La misma. La guardo desde entonces. —Miró a Catinca con dulzura y se la ofreció—. Siempre la quisiste. Arreglé los tirabuzones, y el vestido de terciopelo solo tuve que lavarlos. Se conserva de maravilla.

—Oh, no puedo... Esta muñeca era muy importante para ti.

—Su —dijo—, ahora te tengo a ti. Ya no la necesito. —Se rio con suavidad y acarició su mejilla con ternura—. Tengo a la original.

Catinca cogió la muñeca y saltó sobre Darío besándolo con dulzura.

—Gracias, Darío, no sabes lo feliz que me acabas de hacer con todo esto.

Lo miró fijamente y dejó ambos objetos sobre la cama. Se levantó y se puso frente a él casi entre sus piernas.

—¿Qué haces, Su?

Catinca se soltó la blusa delicadamente y sonrió.

—Darte las gracias...

—No, no es necesario que hagas esto ahora, no necesito que...

—Por favor —lo interrumpió—. Quiero hacerlo.

Se desprendió de la ropa y quedó totalmente desnuda frente a él. Una fina cadena de plata decoraba su cadera confiriéndola un aire casi mágico. Darío observó su cuerpo, repasó sus preciosos pechos, sus caderas, sus largas y finas piernas. Se puso de rodillas entre sus piernas y comenzó a desabrocharle los pantalones delicadamente.

—Su... Intento... —Tragó saliva y la miró—. Intentó controlar...

—Déjame, por favor —imploró, liberó su miembro y pasó la lengua por la punta muy despacio; luego lamió de arriba abajo su sexo y se lo metió lentamente en la boca.

—No hagas eso...

Cogió su cara con las manos e intentó apartarla de él.

—Su...

—Por favor.

Darío apretó las mandíbulas con fuerza y cerró los ojos. Ella devoraba su miembro con destreza. Lo metía en la boca y sacaba una y otra vez; lamía cada centímetro de él; chupaba y jugaba con su lengua, arrastrándolo al borde de un precipicio que cada vez se hacía más oscuro y tenebroso.

—Su... Para...

Tiró de su pelo hacia atrás y ella se quedó mirándolo con la boca abierta. Así, en aquel momento, hubiera parado la imagen durante horas y la hubiera observado una y otra vez. Vampira, hambrienta, sus pupilas dilatadas y sus pechos amenazándolo decorados con aquellos preciosos pezones sonrosados que tanto había añorado retorcer entre sus dedos.

—Ponte de pie... —le dijo mirándola fijamente—. Quiero verte.

Catinca obedeció, se levantó del suelo con rapidez y se apartó el pelo de los pechos.

—Levanta los brazos. Arriba, Su... Las manos en la nuca.

Se incorporó, se colocó los pantalones correctamente y se puso detrás de ella.

—¿Es lo que quieres, Su?

—Es lo que quiero.

—¿Hasta el final? —susurró en su oreja pellizcando uno de sus pezones con los dedos.

—Hasta el final —jadeó.

El exquisito pellizco la hizo gritar. Darío acarició su pecho, apretó su pezón. Pegó los labios a su oreja y le mordió el lóbulo delicadamente.

—¿Tienes miedo?

—Ya no...

Abrió los ojos y la empujó contra la pared.

—Las manos a la pared. Separa las piernas...

Notó su miembro apoyado en la entrada de su sexo mientras su mano le rodeaba lentamente el cuello.

—Así... —dijo ella al notar la presión—. No pares...

Notó la falta de aire, la presión de sus dedos en la garganta, su mano cesar en su tortura y deslizarse por sus labios metiéndose en su boca, jugando con su lengua para luego volver a su sexo y pellizcarle el clítoris hasta hacerla gritar. Sus embestidas... Sus lentas y pausadas embestidas la arrastraban bestialmente al paraíso. Su pecho, dolor. Su boca, su lengua jugando con la suya. Su mano torturando su pezón... Paraba, mordía su cuello, lamía su oreja y volvía a su sexo mientras una oleada de placer le perforaba la columna vertebral y, cuando estaba a punto de correrse, volvía a pellizcarla con malicia y la devolvía al mundo de los vivos nuevamente.

—¡Oh, no pares!

—Suplícamelo.

Salió de ella y la puso de cara a él. Mordió su boca, tiró de su labio con firmeza y la levantó en el aire mientras la llevaba a la cama y caía sobre ella. Se quitó la camisa, deslizó los pantalones y se clavó en ella con firmeza. Su sexo enterrado en sus entrañas... Notaba las paredes de su interior presionando su glande mientras se abría paso a través de aquella fina piel, de aquel fruto tan delicioso que se abría al ritmo de sus movimientos. Catinca rodeó su cintura con las piernas y el tintineo de la pulserita sonó. Darío apenas podía respirar... Le devoraba la boca, mordía su cuello y su pecho... Estaba totalmente ido. Levantó sus brazos por encima de la cabeza y la sujetó con fuerza.

—Te lo suplico —jadeó ella.

—Suena tan bien....

—No pares...

—No quiero hacerlo. —Metió los dedos en su boca y empujó con fuerza—. No podría...

El placer se abría paso... Catinca se retorció bajo su cuerpo. Lo notó... Notó la oscuridad sobre él, dejó de oírlo, de sentirla. Después... nada....

6. Cosas cotidianas

Hasta yo me sorprendo de lo que siento...

Nunca, en todo el tiempo que llevaba a su lado, lo había oído reír. No de la forma que lo oyó aquella noche, no como reía cuando se juntaba con Luis en la cocina y charlaban animadamente, ni cuando Carlo decía una tontería que resultaba graciosa para cualquiera. Por eso, cuando oyó aquella risa, se extrañó tanto que salió del baño creyendo que el sonido venía de fuera. Y lo vio, sentado en la cama con un enorme almohadón en la espalda, la sábana tapándolo hasta la cintura y el mando de la televisión en la mano. Se quedó petrificada en mitad del pasillo sin pestañear. ¡Qué irónico! Era una imagen sin importancia para cualquier persona, menos para ella. Dominic soltó una carcajada y se frotó los ojos. El aire le faltaba, no se atrevió a moverse por no romper el momento tan delicioso y se quedó observándolo hasta que él ladeó la cabeza y la vio plantada como una estatua en mitad del pasillo.

—¿Qué haces ahí? —Volvió a mirar la pantalla, frunció el ceño y la observó otra vez.

—Te reías —lo dijo tan suavemente que apenas la salió un hilo de voz—. Es raro.

Dominic se encogió de hombros algo incómodo y carraspeó.

—Me hacía gracia —dijo—. El programa ese que... Hacía tiempo que no veía la televisión. —Arrugó el entrecejo y luego abrió los ojos—. ¿Vas a quedarte mucho tiempo ahí parada o vienes a la cama?

—Sí, voy.

Dominic levantó el brazo y la apuntó con el mando.

—¿Así?

—Así, ¿cómo? —Se miró desorientada y luego volvió a mirarlo.

—Con ese camisón —dijo negando con la cabeza—. Fuera.

Samara se quitó la ropa y avanzó hacia la cama.

—No, espera. —La observó de arriba abajo e inclinó la cabeza—. Todavía te cohibes. No te tapes, princesa.

Se sentía algo violenta en mitad del pasillo totalmente desnuda. Dominic se colocó de lado y apoyó la mano en la cabeza.

—¿Cuántas veces te he visto desnuda, Samara?

—Sigue siendo igual de violento cuando...

—Contesta.

Respiró profundamente, bajó los brazos y apretó los labios.

—Muchas, pero hay... hay mucha luz, para una mujer, por muy segura de sí misma que esté, siempre es algo violento...

La examinaba tan directamente que no pudo seguir hablando. Otra vez volvía a hacerlo. Pasaba de reír como un niño a cambiar el curso de todo lo que podría suceder aquella noche en tan solo una fracción de segundo. Se destapó y salió de la cama imponente. Caminó desnudo hacia ella sin dejar de mirarla hasta que se detuvo a tan solo dos centímetros de su cuerpo.

—Con todo lo que has pasado...

—Tú me cohibes.

—Y la intimidad... —Apenas la rozó. La observaba fijamente mientras ella intentaba mantenerle la mirada a duras penas—. Sin presión es más difícil; verdad, ¿Samara?

Tragó saliva y llenó los pulmones de aire. Dominic alargó la mano y, dándole a uno de los interruptores, encendió otra de las luces del pasillo.

—Las órdenes directas hacen la vida más cómoda; no tienes que pensar, no existe mucho espacio entre los acontecimientos.

Volvió a estirar el brazo y activó un segundo interruptor. Lo que antes parecía luminoso ahora era como un festival de focos sobre la cabeza de Samara, y empezó a sentir las mariposas revoloteando por su vientre de tal manera que inconscientemente sujetó su brazo cuando se disponía a activar el último.

—Oh... ni se te ocurra —le susurró sin dejar de mirarla—. Baja la mano, princesa.

—Dominic...

El «clic» activó el último foco y la habitación parecía un campo de fútbol en mitad de la noche. Dominic mantenía su semblante serio y no dejaba de escrutar sus gestos.

—Uno debe enfrentarse a sus miedos. —Sonrió y se dio la vuelta. Caminó en dirección a la cama y, muy lentamente, volvió a meterse en ella, colocando con elegancia la sábana y el almohadón—. A gatas.

—¿Cómo?

—A gatas.

Catinca se agachó y avanzó hacia la cama moviendo el culo de un lado a otro. La cuestión ahora era qué debía hacer. Dominic la miraba con curiosidad. Ella inclinó la cabeza y divisó una pequeña cesta de frutas que el servicio había colocado en las mesitas. Cogió una manzana verde y la mordió.

—Si vas tan despacio estaremos así hasta mañana —dijo con la boca llena.

—Por Dios... —susurró llegando a los pies de la cama.

—Trepas... como un gato... —dio un mordisco a su manzana y la observó de rodillas en lo alto de la cama con el pelo cubriendo sus pechos y la respiración

acelerada—. ¿Quieres? —preguntó. Ahora parecía más animado. Alargó la mano y le acercó la fruta—. Está ácida, son las más ricas.

—Nunca sé por dónde vas salir...

Dominic guiñó un ojo y le entregó la fruta, mientras cogía otra manzana de la cesta.

—Si no te aburrirías... Vamos, métete en la cama. —Entrecerró los ojos y miró al pasillo—. Y apaga las luces, es increíble la cantidad de focos que tienen estas suites... De tu lado está el general, creo que las apaga todas.

Suspiró nerviosa, apagó las luces y dio un mordisco a la manzana. Se metió en la cama apresuradamente y se colocó el almohadón en la cabeza.

—Mira —dijo, subiendo el volumen de la televisión—. Son tomas falsas, nunca había visto estos programas. —Soltó una carcajada y mordió la manzana—. Qué tremendo.

Lo miró alucinada y se acurrucó a su lado. Él no dejaba de reír. Disfrutaba como un niño pequeño de aquel programa de televisión.

—Y no se te ocurra dormirte. Todavía tengo que atarte al cabecero de la cama...

7. El pacto

Maldito destino que a veces nos da los mejores momentos y otras... teje las mayores tramas...

Carlo derrapó por el pasillo y se aferró al pomo de la puerta antes de caer de culo sobre la tarima.

—¡Mierda! —gritó.

—¡Oh, madre mía! —Sara se llevó las manos a la cabeza y comenzó a reír sin control—. ¡Vaya golpe!

Mateo frunció el ceño y miró a Catinca y Darío, que acababan de llegar a la casa y se mantenían inmóviles delante de Carlo, que tenía una postura algo ortopédica, en el suelo, con la mano aferrada al picaporte.

—Una forma peculiar de abrirnos la puerta —dijo Catinca con sorna.

—Yo abro la puerta como me sale de la punta del rabo —musitó incorporándose y arreglándose el pantalón y la camisa—. Mel... enceraste...—suspiró peinándose el pelo con orgullo—, el suelo...

—Señor... —La pobre mujer no sabía dónde meterse—. Se lo dije ayer pero...

—Da igual, querida... —Se colocó el cuello de la camisa y sonrió de medio lado a Catinca—. ¿Qué pasa?

—Nada... —dijo ella aguantando la risa, y entró seguida de Darío.

Carlo la miró de reojo y, cuando Darío pasó a su lado, le asestó un golpecito en la espalda y se rio disimuladamente.

—¿Dónde está Luis? —preguntó Darío.

—Peleándose con los perros en la parte de atrás. Viene ahora.

Todos estaban allí, todos a excepción de Dominic.

—Nos han retirado tres proyectos de construcción de complejos hoteleros —dijo Roberto—. No es el fin del mundo, pero eso es lo que pasa cuando te pasas por el forro las normas de las casas.

—Si nos siguen jodiendo, cuando vuelva Dominic comenzará las acciones judiciales pertinentes. —Luis miraba a través de la ventana—. No tengo ni idea de cuántos de los Malbaseda están detrás de esto.

—Yo sí.

Se giraron hacia la puerta. Marco Malbaseda se mantenía inmóvil delante de Meredith, que no tardó en retirarse con el resto de las chicas.

—¡Marco! —Carlo se levantó y le ofreció sentarse—. Gracias por venir hasta aquí. Sé de tu falta de tiempo.

—No tienes que agradecer nada. —dijo Marco, que saludó al resto y se acomodó en el sillón más cercano a la puerta—. Si he venido es para informaros de que por parte de los Malbaseda de Florencia no habrá ningún problema con vosotros. No vamos a apoyar a Jeremías y su prole.

—¿No os traerá problemas? —preguntó Mateo algo ofuscado.

—No. No tenemos negocios entre nosotros. No nos gusta tener los huevos en la misma cesta —contestó riendo—. ¿Se dice así? —Miró a Roberto y continuó—. Bien, la situación es la siguiente; mi familia sabe de lo que es capaz Romano en cuanto sepa lo de la constructora de Roberto, y estamos dispuestos a cofinanciar lo que ha anulado Jeremías.

—¿Y eso? ¿Qué sacas tú de ese detalle altruista? —Darío parecía receloso, se encogió de hombros y frunció el ceño sin apartar la vista de él.

Malbaseda rio y se recostó en el sillón.

—Cross, tú siempre tan delicado. Has heredado el genio de Argas, te falta el dóberman...

—Contesta, Marco —insistió.

—Digamos que a mi tío le falta poco. Quiero vuestro apoyo para sustituirle. Tú, Darío, a través de Argas y su voto; el resto a través de Antón. Quiero el patriarcado de los Malbaseda.

Los miró a todos con sus inmensos ojos azules y sonrió de medio lado.

—No es tanto, ¿no? —Arrugó la nariz, se frotó la frente y negó con la cabeza—. Nuestro apoyo por el vuestro, creo que es buen trato.

Carlo miró al resto y luego se levantó.

—Por mí no hay problema —contestó—, y creo que los demás opinan lo mismo que yo.

—No tenemos la seguridad de que Argas y Antón hagan lo que les pedimos. —Darío seguía algo ofuscado, lo que se notaba en el tono de su voz.

—Un momento... —Roberto se incorporó, cogió una lata de cerveza de la mesa de cristal y bebió—. Si accedemos a apoyarte, me gustaría saber qué opinas de la posibilidad de que una mujer ostente el mismo poder que cualquiera de nosotros.

Marco Malbaseda arrugó la nariz con gesto de odio y lo miró fijamente.

—Cada casa tiene sus normas, Acosta —dijo al fin—. Las mujeres nunca ostentarán el mismo poder que un hombre, eso lo sabes; nunca irán por delante de los varones nacidos antes o después.

—¿Y Catinca?

—¡Maldita sea, Roberto! —gritó, y luego bajó la voz inclinándose hacia adelante—: Catinca no es hija de...

—¡Basta! —Darío interrumpió al italiano—. Se acabó. Aceptaremos tu proposición. Fin de la historia. No es necesario hablar de lo que pensamos cada uno de la

forma de llevar las casas. No es el momento.

—Aceptaré que herede Quimera, siempre que sea Romano quien gestione las decisiones de negocios en lo que se refiere a las casas —contestó dirigiéndose a Darío—, o tú... Aunque eres el heredero de Argas. Se te acumulará el trabajo.

—Que te den, Malbateda.

—¿Noto tensión? —Carlo sonrió—. ¿O es una alucinación?

—Disculpad. —Darío se frotó la frente—. Llevo varios días desquiciado.

—No pasa nada. —Malbateda se levantó y apoyó la mano en su hombro—. Todos estamos algo nerviosos. Tengo que irme, mi avión sale en dos horas,. —Se volvió y los miró—. Una cosa más... Jeremías Malbateda siempre guarda una baza debajo de la manga, no bajéis la guardia; no hasta que sea sustituido o apartado del poder que tiene ahora...

—Esto se anima —dijo Mateo.

—Solo digo que yo no me fiaría de él hasta tenerlo fuera del consejo. Luis, recuerda venir a verme...

Salió del salón y Meredit no tardó en acompañarlo a la puerta.

—¿Os fiáis? —preguntó Mateo, algo desubicado, una vez que Malbateda se había ido.

—Creo que sí —dijo Darío con un leve hilo de voz.

8. Juegos de cama

Nos dais el poder de amaros, protegeros y cuidaros. Nos dais el poder de haceros daño y a la vez... nada es nuestro.

Salió del baño con un camisón de raso azul turquesa y descendió las escaleras de la casa. Darío estaba en el salón, sentado en una de las butacas de corte isabelino con la pequeña caja de música antigua, que había comprado días antes de la boda de Dominic. La pequeña bailarina giraba al compás de una melodía que no conocía. Se acercó a él y se sentó en el apoyabrazos.

—¿Qué canción es?

—*La bohème*. Es preciosa, ¿verdad?

—Sí...

—Tengo otra de Mozart, pero personalmente me gusta más esta, no es tan habitual. —Sonrió y cerró la cajita—. Espero que todas mis cosas no tarden en llegar.

—Entonces te quedas definitivamente aquí.

La miró con tristeza y la cogió en los brazos. Apartó su larga melena de la cara y la besó en la mejilla con dulzura.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no me voy a ir de aquí?

Catinca ensombreció el rostro y él la miró extrañado.

—Darío —musitó—, quiero saber qué hay al final de todo.

—Su...

Ella se sentó sobre sus rodillas y lo rodeó con los brazos. Sus rizos juguetones caían por su frente y conferían a su rostro un aire infantil.

—Escúchame, por favor... No quiero estar con un hombre que me oculta una parte de él, que no puede sacarla fuera por temor a hacerme daño...

Darío tensó los músculos del cuerpo y miró hacia la cajita de música.

—No quiero hacerte daño —dijo suavemente.

—Darío, algún día lo necesitarás, no quiero que busques lo que no quieres hacer conmigo. Ayer, te perdí por momentos, estabas... en otro lado...

Vio sus ojos vidriosos... Aquello era algo que de niña siempre le había llamado la atención. Darío era capaz de llorar como un niño y, aun así, cuando recuperaba la cordura seguía siendo la viva imagen de un hombre tan oscuro como dulce, tan aterrador como cariñoso y apacible. Darío ladeó la cabeza para apartar los ojos de ella y comenzó a respirar más rápido... Su pecho subía y bajaba ansioso.

—Darío...

—Su —Su voz se quebró y la miró angustiado—. Sigues siendo tan osada...

—Siempre podremos parar, lo dijiste tú —insistió y le cogió la cara con ambas manos—, bailar es lo mismo...

—No, Su, no es lo mismo —su voz ahora sonaba desgarradora—. Puedo bailar contigo hasta que tú decidas lo contrario... ¡Oh, Su, no lo entiendes! —La abrazó y apoyó la cabeza en su hombro—. Hay una fina línea que divide lo correcto de lo no correcto; no sé parar cuando la paso, no quiero que me pase eso contigo... No contigo...

Catinca se apartó y suspiró. Besó su frente y le apartó los pequeños tirabuzones que le caían por la cara.

—Será como tú digas. —No soportaba verlo así—. Está bien...

—Sube a la cama; yo voy ahora mismo, Su.

Ella obedeció y desapareció tras la puerta del salón. Darío recogió la cajita de música y la colocó sobre la chimenea de piedra, miró a través de la ventana y respiró profundamente. Vio a Catinca través del reflejo del cristal detrás de él.

—Le harás lo mismo que me hiciste a mí. —La imagen de Melisa se dibujaba fugazmente—. Lo mismo.

—No existes... —Inclinó la cabeza hacia abajo y apretó los labios con fuerza—. Vete, Melisa...

—Y lo peor de todo es que lo sabes...—Ahora la tenía a pocos centímetros de su espalda y clavaba su mirada de brillantes ojos mortecinos en él.

Se dio la vuelta bruscamente y se aferró el pecho con la mano. El salón estaba totalmente vacío, y la luz de la habitación del piso de arriba se veía más allá de la puerta de madera y la inmensa barandilla del hall.

—¿Darío? —oyó decir a Catinca.

—Ya voy, Su—contestó.

Entró en la habitación nervioso. Ver a Catinca enredada en sus sábanas era algo que durante años había imaginado una y otra vez. Sus mechones de pelo desperdigados por la almohada, sus inmensos ojos rasgados apuntando juguetones directamente a él. La calma volvió poco a poco a su alma. Apartó la sábana de golpe y se quedó en silencio mirándola. Algún día le contaría lo que pasó aquella noche; quizá sus demonios desaparecieran, ella desapareciera, si así lo hacía.

—Otra vez te vas...—susurró ella estirando su brazo para invitarle a meterse en la cama—. Como ayer. Tenías la mirada perdida.

—¿Eh? —Volvió en sí. Otra vez su cuerpo precioso sobre la cama, sus largas piernas culebreando sobre las sábanas.

Catinca se contoneaba con las piernas abiertas y la espalda arqueada frente a él.

—Darío, ven a mí...

—Eres tan bonita.

—Úsame. —Juguetecía con el pie en su entrepierna mientras él permanecía de pie en un lateral de la cama—. Haz conmigo lo que quieras...

Se volvió y se puso de espaldas a él. Desde esa posición su culo respingón se elevó y dejó a la vista su precioso sexo depilado y apetitoso. Darío respiró profundamente y continuó observando su danza. Ella se contoneaba, arqueaba una y otra vez la espalda y elevaba con las rodillas las caderas levantando más si cabe el culo de la cama.

—Yo también sé ser como ellas...—jadeó juguetona—. Puedo... llamarte mi Señor... si es lo que te gusta... tratarte como hacen...

—No vayas por ahí, Su. —Apretó las mandíbulas y clavó la mirada en su culo.

—Mi Señor... —Se rio y se colocó de golpe de rodillas mirando hacia él, elevó los brazos con las palmas hacia arriba y lo miró con malicia—. Aquí estoy para lo que desee, para lo que disponga.

—Graciosa —Darío se rio sin mover un músculo del cuerpo—. Tantos años bajo el techo de Quimera dan para mucho...

—Mi Señor... —Movió los ojos de derecha a izquierda; jamás hubiera creído que aquellas palabras salieran de su boca con tanta facilidad.

—¿Suena bien, verdad?

Lo miró de repente... La observaba inmóvil con la cabeza inclinada hacia abajo y una ligera sonrisa apenas perceptible.

—Hasta a ti te sorprende, Su.

Bajó los brazos desorientada y apoyó el culo en los talones. Darío se quitó la camisa despacio y soltó la hebilla del pantalón, deslizó despacio el cinturón y, durante unos segundos, lo mantuvo en la mano mientras ella lo miraba fijamente.

—Hazlo... —dijo de pronto—. Quiero que lo hagas...

Darío entrecerró los ojos como si no entendiera lo que decía y miró su mano. Ni siquiera se había dado cuenta de la fuerza con la que sujetaba aquel cinturón. Catinca se inclinó hacia él y le cogió el brazo con fuerza.

—Te lo suplico —repetió—. Hazlo...

—¿Para qué?

—Para disfrutar después de ti, de lo que realmente eres.

—Oh, Su...

—Hazlo, por favor. Esto no te hará daño... Es solo...

—Basta —dijo enérgicamente—. Date la vuelta.

Catinca se dio la vuelta y se puso a cuatro patas. Sintió su mano en la espalda y el peso de su cuerpo sobre la cama.

—Ya sabes cómo soy —murmuró en su oreja mientras le apartaba el pelo de la cara—. Siempre lo supiste...

—No, ahora, después de tantos años.

Olió su pelo y cerró los ojos, se apartó de ella y ojeó su culito respingón apuntando directamente hacia él.

—Hazlo... Sé que te gustará.

—No se trata de eso, Su.

Lo oyó apartarse hacia atrás y se quedó en silencio.

—Darío —dijo entonces—, hazlo por mí.

Al decir esto sintió la primera descarga de dolor en la nalga, se precipitó hacia adelante y apretó con fuerza las manos a la colcha. ¡Horrible dolor! Quemaba, ardía, sentía los latidos del corazón en su piel y notaba la presencia de él observando la reacción de su cuerpo al primer golpe. Respiró profundamente, abrió levemente la boca y cerró los ojos. Otra vez el dolor agudo le perforó las sienes y sintió una descarga en la otra nalga. Pensó en Natacha ¿Eso le gustaba? ¿La excitaba hasta tal punto de desear más?

—¿Es suficiente para ti? —su voz sonaba lineal y falta de sentimiento.

—¡No! —jadeó—. ¡Quiero que lo sea para ti! ¡Sigue!

—Maldita sea, Su —gruñó ofuscado.

Caminó en círculos y se frotó la frente, volvió a situarse detrás de ella y le asestó otro golpe que la espatarró en la cama. Catinca abrió los ojos como platos y se incorporó de nuevo. No... No era como en Quimera, ellas no recibían tanto dolor en un solo golpe. Los hombres controlaban sus impulsos y descargaban su castigo dosificado de una forma más controlada. Tres, solo eran tres golpes y apenas podía mantener las rodillas sobre la cama. Se incorporó de nuevo y ladeó la cabeza para verlo. Darío parecía un ángel vengador, de pie, con tan solo los pantalones, los brazos caídos y el cinturón enrollado a su mano como una extensión de sí mismo. Él ladeó la cabeza y arrugó la nariz. Catinca sonrió suavemente y apretó la mandíbula con firmeza. Él negó lentamente con la cabeza como si le dijera: «Oh, chica, no tienes remedio, aún pides más».

—¿Lista? —Tenía la mirada perdida y un gesto inexpresivo.

—Siempre.

Otro golpe devastador le traspasó la nalga izquierda. No pudo contener un grito de dolor y volvió a caer sobre la colcha.

—¿Lista?

—Sí.

Cada vez los golpes eran más seguidos. Darío apenas se movía, solo sentía su movimiento certero cuando le preguntaba y descargaba en ella.

—¿Lista?

—Sí...

Estaba a punto de comenzar a llorar desconsoladamente pero aguantó.

—Por Dios... ¿Lista?

—Sí.

«Quema...»

—Para esto ya, Su...

—Sigue...

Fueron los quince minutos más largos y tormentosos de su vida. Cuando por fin volvió a preguntarle y ella apenas contestó, se derrumbó sobre la cama y, sudada, intentó recuperar el aire que le faltaba. Darío dejó caer el cinturón en el suelo y se derrumbó en la butaca más alejada de la cama.

—Eres desesperante —sollozó—, y cabezona. No es divertido...

Catinca se apartó el pelo de la cara y se limpió las pocas lágrimas que no había sido capaz de controlar. Lo miró, estaba hermoso, sentado en aquella butaca con las pupilas dilatadas, el pecho loco y una expresión acelerada, como si se dispusiera a saltar en paracaídas y mirara al suelo desde lo más alto, esperando el momento adecuado.

—Solo es dolor físico. —Catinca se incorporó y bajó de la cama hasta donde él estaba.

—Date la vuelta y ponte de pie —susurró.

Obedeció y se volvió. Sintió las yemas de sus dedos pasar por encima de sus nalgas, sus labios besando cada centímetro de su piel dolorida.

—Hermoso...

Sus dedos rozaron la entrada de su sexo desde atrás y jugaron con él delicadamente. ¡Ah, qué placer! Él sabía muy bien cómo hacerlo, siempre lo había sabido.

—Te diré lo que vamos a hacer —dijo de pronto—. Vas a ponerte de rodillas en mitad de la cama, mirando hacia el piecero. —Señaló con el dedo las barras de madera que se elevaban—. Te ataré cada muñeca a un extremo. —Mordió su pierna y deslizó la yema del dedo dentro de ella—. Y te vendaré los ojos.

Catinca asintió y, al notar un suave golpecito en su nalga dolorida, se colocó como le había dicho. Darío seguía sus movimientos aún sentado en la butaca. Se incorporó rápidamente y se dirigió hacia el armario. Volvió con una fina tela negra en la mano que anudó a la cabeza de ella, impidiéndole que viera nada. Luego Catinca lo oyó caminar y sintió que la cogía de un brazo y enrollaba algo a su muñeca. Lo ancló con firmeza a uno de los laterales de la cama y luego hizo lo mismo con el otro brazo.

—¿Estás cómoda?

—Sí.

—Ahora no te muevas, Su.

Sintió presión en uno de sus pezones y notó el peso de lo que parecía algo metálico en él, luego en el otro, y después un leve tirón adelantó sus pechos y le provocó un delicioso dolor casi imperceptible.

—¿Un cadenita? —inquirió.

—Una cadenita —afirmó con dulzura—. Si tiro, duele.

La besó en el cuello y luego en los labios. Sus dedos volvieron a deslizarse por su sexo y lo abrieron con destreza hasta entrar en ella haciéndola gritar de placer.

—¿Dónde estás?

—Delante de ti, a los pies de la cama, Su... —dijo frente a ella, algo alejado—. Solo te miro, no te asustes...

Avanzó varios pasos y le recogió el pelo, atándolo en lo alto con una goma. Pasó los dedos por su nuca y besó su hombro. Catinca podía oler su suave perfume; su pecho rozaba ligeramente su nariz cuando se acercaba a ella.

—Hueles bien —susurró lamiéndose los labios.

—Gracias. Abre la boca.

Obedeció y algo duro se deslizó por sus labios.

—Chúpalo...

El objeto desaparecía y notaba sus dedos abriendo su sexo.

—¿Lista?

—No...

Darío se rio y deslizó el objeto dentro de ella.

—Oh, claro que lo estás... —le susurró en la oreja—. ¿Ves? Ya está...

—¿Qué es?

Colocó algo en su mano, algo duro y pequeño, y volvió a sentir sus labios en su mejilla.

—Presiónalo.

Comenzó a vibrar dentro de ella cuando apretó el objeto que le había dado. Catinca dio un salto y se retorció.

—Oh, Dios mío...

—Delicioso, ¿verdad?

—Sí... —Se relamió los labios y jadeó suavemente—. Me gusta...

Tensó los brazos. La forma en la cual la había atado le permitía moverse un poco; debía de tener cuerda suficiente, se aferró a ella y tiró con fuerza. Sintió la cadenita tensarse y sus pezones se pusieron duros al contacto. Las manos de Darío le rodearon las mejillas. Le levantó la cara y la besó con suavidad en los labios; su lengua entró en ella y comenzó a bailar dentro, mientras mordisqueaba su labio inferior para luego chuparlo. Luego se apartó de ella. Lo oía caminar por la habitación, detenerse, sentía sus pisadas y luego, al volver la cara hacia donde él estaba, volvía a notarlo más cerca.

—¿Qué haces? —le preguntó.

—Te miro.

¡Ah, aquello era maravilloso, el juguete vibraba dentro de ella y la transportaba poco a poco al paraíso! Su respiración se aceleró y, cuando estaba a punto de correrse, un golpe en la nalga dolorida la devolvió a la realidad.

—Espacio, Su. No te empaches...

Otra vez partía de cero, se arqueó, se movió ansiosa y oleadas de placer volvieron a subir por su espalda hasta su cerebro.

—Gira la rueda —dijo—. Si deslizas el dedo índice la tocarás...

Giró aquel diabólico aparato y aquello empezó a vibrar con más rapidez. ¡Oh, se moría! Comenzó a jadear y nuevamente un golpe seco en la otra nalga le provocó una punzada de dolor y la devolvió a su ser. ¡Era perverso! Estaba desfallecida, otra vez, otra, no quería que aquel objeto parara de vibrar dentro de ella. Darío le sujetó la cara, respiraba con la boca ligeramente abierta. El pelo desparramado y algún mechón colándose entre sus labios le daban un aire salvaje.

—No, no... —la golpeó en el culo y Catinca gritó—. Todavía no...

—¡Oh, por Dios! —jadeó.

Tiró del objeto muy despacio y este se deslizó hacia fuera. Le quitó el pequeño mando de la mano y sintió sus dedos en el centro de su clitoris.

—¿Qué vas a hacer?

—Calla, Su.

—¿Vas a follarme?

—¿Eso quieres? —preguntó, y luego oyó una suave risa seguida de un ronroneo—. Estás empapada.

—Sí, eso quiero. Por favor.

Notó la cama hundirse frente a ella.

—Abre la boca y saca la lengua —le ordenó—. Me gusta tu lengua; parece una tontería pero es... preciosa...

Su mano se aferró a la cabeza de ella, el pulgar pasaba por delante y se metía ligeramente en su boca.

—Más... ábrela más...

¡Oh, ahora sí! Notaba la punta de su sexo apoyado en la lengua, pero luego, al intentar lamerlo, no lo encontraba. Otra vez ese sabor delicioso, aquel que había odiado durante tantos años, volvía a invadirle las papilas gustativas y se introducía más adentro hasta casi rozarle la campanilla. Lamió y succionó ansiosa. Deseaba horriblemente que la hiciera suya. Estaba tan cachonda que solo quería verlo fuera de sí y que la volviera a follar como la última vez. Sin embargo, Darío se recreaba con su tormento y jugaba, metía su miembro y se apartaba; luego notaba su pulgar en la comisura, y otra vez le llenaba la boca hasta dejarla sin aire.

—Si te vieras ahora mismo... No pares, Su...

Era desquiciante oír la respirar, oír su excitación y sus jadeos. Deslizó la cara por debajo de su sexo y pasó la lengua desde atrás hasta la punta para acabar mordisqueándola.

—Sigue...

Qué cerca estaba del paraíso; qué suaves sus susurros, la forma de sujetar su cara e impedir que se alejara de él. Se apartó bruscamente y oyó el ruido de la tela, otra vez el peso sobre la cama, esta vez detrás, sus manos rodeando sus pechos y la presión de los pezones al compás del tirón de la cadena.

—Inclínate —dijo. Golpeó su nalga y le acarició la espalda—. Más...

Una deliciosa presión emergió de la nada y se hizo paso a través de sus paredes, sus entrañas. La llenaba, la devoraba por dentro y se movía loca hasta matarla de placer. Su sexo duro la descontrolaba; movió su cadera ansiosa para que la traspasara más si cabe. Él, espacio, su pecho frotando su espalda, sus manos cubriéndola entera y sus labios en la nuca. Le volvió la cara y mordió su labio. Catinca sintió una punzada de dolor y el sabor de la sangre se hizo paso a través de sus papilas.

—¡Oh! —Jadeó, se chupó la herida y sintió su lengua lamer su labio, y su miembro clavarse con más fuerza dentro de ella—. No pares...

—No sé lo que dices...—le oyó decir.

Catinca notó su mano presionando uno de sus pechos, el golpe seco de su pelvis bombardeándola sin tregua y, entonces, la piel fría del cinturón rodeó su cuello y sintió la presión repentina y la falta de aire.

—Darío... —jadeó a punto de estallar de placer—. Espera... espera...

La presión cada vez era más intensa, a medida que el aire le faltaba, una oleada de placer incontrolable la llenó brutalmente. Él no dejaba de moverse, quizá era más colérico en sus movimientos. Le sujetó la mejilla y inclinó su cabeza hacia atrás. Un nuevo tirón del cinturón la hizo intentar bajar las manos y tensar dolorosamente los brazos.

—Darío, espera. —Iba a correrse pero le faltaba el aire, y todo empezó a dar vueltas debajo de la tela negra que cubría sus ojos—. Espera... No... No...

¡Ah, horrible! Darío la embestía con brutalidad y la hacía estallar en un mar de sensaciones mientras la angustia, ahora, empezaba a apoderarse de su mundo y, a medida que las contracciones del orgasmo desaparecían, todo lo demás... se iba también...

«Despierta.»

Abrió los ojos y miró la habitación. Darío abofeteaba su cara suavemente mientras le mojaba la frente con un paño húmedo.

—Oh, Su... Me has dado un susto de muerte. —La miró angustiado y se dejó caer en la cama reculando como un niño contra el cabecero y flexionando las rodillas contra su pecho.

—¿Qué me ha pasado? —preguntó ella. Se incorporó... Todavía tenía las cuerdas atadas en las muñecas y el culo le ardía horriblemente—. ¿Darío? ¡Dime algo!

Darío tenía la mirada perdida, los ojos abiertos como platos y los rizos por la frente.

—¡Darío! —exclamó, soltó las cuerdas y gateó hasta donde estaba él—. Estoy bien... Mírame...

—Por Dios... llevas cinco minutos inconsciente, Su... Casi me da un infarto...

—¿Cómo?

Darío negó una y otra vez con la cabeza y la metió entre las rodillas y los brazos. Ella levantó su cara y le besó en la mejilla.

—¿Esto fue lo que le hiciste? —preguntó con dulzura—. ¿Por eso la dejaste? ¿Tenías miedo?

—No... Fue mucho peor, Su.

Se tocó el labio, lo tenía hinchado y aún sabía a sangre. Vio unas leves gotitas sobre su pecho y se las limpió rápidamente al ver a Darío abrir los ojos más aún y fijar su mirada en ella. Saltó de golpe y se aferró a su cintura.

—Perdona, Su... Perdóname.... No quería hacerte daño... Jamás me perdonaría que te pasara algo.

—Pero Darío...

—¡Oh, es horrible! ¡Casi te ahogo...!

Catinca disimuló su congoja, se frotó la frente y volvió a tocarse el labio mientras con el otro brazo le rodeaba la espalda. Tenía la cabeza apoyada en su vientre y sollozaba en su regazo como un niño.

—Madre mía, Su...

Levantó la vista y se vio reflejada en el espejo del armario. Era horroroso, el cuello tenía una marca enorme de la presión del cinturón, el labio estaba hinchado y el culo brillaba bestialmente en color rojizo bajo la luz de la habitación.

—Darío, ya está. Ya pasó —le consoló, pero él apenas levantaba la cabeza—. Estoy bien, podemos... podemos... conseguir que controles...

Estaba tan angustiado y aterrado que levantó la cabeza y la miró.

—No puedo volver a hacerlo. —Las lágrimas empezaron a caer por su mejilla; y sus inmensos ojos brillaron frente a ella—. No es bueno, con ellas no importaba.

—¿Ellas?

—Ellas no significaron nunca nada para mí... Las mujeres que hubo en mi vida cuando me fui...

Verlo con aquellos regueros de lágrimas galopando por su cara le rompía el corazón.

—Oh, Darío... —susurró besando su frente—, quizá ahora, cuando sientes tanto dolor, sea más difícil para ti controlarte.

Darío pestañeó pensativo y se limpió los ojos. Sus ojos se movían de derecha a izquierda. Se incorporó y se tumbó sobre ella.

—Perdona, Su. —La besó en la mejilla, el labio, la frente, la nariz—. Perdona... No quería hacerte daño... No soportaría hacerte daño...

—¿Algún día me contarás qué pasó aquella noche?

La miró y contestó:

—Algún día.

9. Disfruta

Seguiremos jugando a que todo es normal; luego despiertas de esa mormera, abres los ojos y estás en casa. Te das cuenta de que todo vuelve a ser como antes, de que yo vuelvo a ser el mismo de siempre.

Verlo nadar en la piscina y luego salir del agua era impresionante hasta para ella. ¿Por qué se había puesto ese bañador tan ajustado? Siempre había preferido los flojos, al menos siempre los llevaba, pero, cuando hacía largos, decía que los que se pegaban a la piel eran más cómodos para nadar. Y allí estaba Dominic en todo su esplendor, con aquellos pantaloncitos de licra azul marino ajustados y doce mil miradas clavadas en él. Caminó por el borde de la piscina mientras se peinaba con los dedos el pelo hacia atrás y, al llegar a su altura, sonrió. Una fila de dientes blancos resplandeció en mitad de su cara. La imagen del gato de *Alicia en el país de las maravillas* apareció en su cabeza y se difuminó al instante.

—¿No te bañas?

Samara miró a ambos lados. Una mujer que no dejaba de observarlo parpadeó sutilmente bajo una palmera de colores estridentes y un bañador floreado y algo anticuado.

«¿Esas tenemos?», pensó Samara. Se levantó y se acercó al borde de la piscina pasando por su lado con su diminuto bikini blanco nuclear. Dominic abrió los ojos como platos cuando vio que la braguita era por detrás un fino tanga que apenas dejaba espacio a la imaginación. Ahora los doce mil ojos eran de hombres y miraban rabiosos aquel culito respingón mientras ella metía el dedo del pie y jugueteaba con el agua.

—No sé...

Dominic se puso las manos en la cintura, miró el culo de Samara, miró alrededor y volvió a mirar el culo de Samara, que se movía al compás de sus movimientos. Se colocó a su lado y fijó la mirada al frente tensando las mandíbulas.

—Muy bonito el biquini —dijo entre dientes.

—Gracias —lo miró de soslayo y sonrió mezquinamente—. El tuyo es también muy bonito. Se te marca el paquete.

—Bueno, el mío marca al menos, el tuyo ni eso. —Abrió las fosas nasales algo molesto y dejó escapar todo el aire de los pulmones—. Esto es la pera limonera —soltó de repente.

¿Pera limonera? Eso era nuevo, al menos en el vocabulario perfecto, culto y elegante del señor Dominic Romano.

—¿Pera limonera?

La empujó y Samara cayó al agua. Dominic se mantenía de pie, imponente, mirando al frente.

—Mejor ahí metidita —dijo—. Así se te ve menos el culo.

Salió a la superficie tosiendo y se frotó los ojos.

—¡Será posible!

—No vas a salir hasta que la piscina este vacía.

—¿Cómo? ¿Estarás de broma?

Sonrió, volvió a la tumbona y cogió las gafas de sol. Se sentó al borde y apoyó las manos en el suelo.

—Nunca estoy de broma, princesa...

Pasaron dos horas largas y Samara empezaba a parecer una pasa.

—¡Maldita sea! Ya no hay nadie. Están comiendo. ¡Déjame salir!

Él se incorporó, alargó el brazo y la ayudó a salir del agua.

—Ese biquini... ¿Cuándo coño te compraste eso?

—Unos días antes de la boda, cuando me probé el traje por última vez, lo vi y me gustó.

—Ya. —Dominic le pasó una toalla y se la puso por la cintura—. No me gusta.

—A mí tu bañador tampoco.

—Mi bañador es de piscina, tú biquini es de prostíbulo.

—Oh, vaya... Será posible... Mi biquini es precioso, y si es tanga es para que no queden marcas en el culo.

Samara tiró de su brazo y la atrajo hacia él.

—Verás, mi amor —dijo con ironía—, tienes dos opciones; marcas en el culo o ponte ese tanga, otra vez, y las marcas serán de otra cosa...

—¿No te gusta que vean tu D? —preguntó con sorna.

—Menos guasa, nena.

—Celoso.

—Zorra. —La besó y le dio una palmadita en el culo—. Ponte el vestido, vamos a comer.

El restaurante del hotel estaba abarrotado de gente. Había una zona bastante grande llena de mesas y, al fondo, una privada, cerrada por una mampara de cristal. En el centro estaba el bufete, donde las familias numerosas y la gente joven comían habitualmente; donde solían comer ellos y servían a la carta. Era una zona mucho más elegante y sibarita que el resto. Atravesar aquel restaurante era algo a lo que no se acostumbraría nunca; siempre sentía que todo el mundo los observaba y eso la tensaba.

—Siempre nos miran.

—Es que mi mujer es muy bonita —dijo con sorna.

—Te miran a ti —susurró.

—Es que tu marido está muy bueno.

—Presuntuoso.

—Envidiosa —contestó.

Samara miró su culo encastrado en los vaqueros y frunció el ceño. Iba detrás de él agarrada a su mano. No parecía terminar nunca aquel paseito infernal. Se dio cuenta de que no estaba acostumbrada a salir con Dominic, a hacer cosas normales, a vivir una vida como la de cualquier pareja, y era obvio que debía de relajarse si quería disfrutar de esas dos semanas y ser feliz. Le resultaba extraño que lo miraran. Era cierto que siempre estaban todos juntos y salían por los mismos sitios; le resultaba extraño verlo tranquilo, aunque, a veces, sus ramalazos eran como relámpagos que venían y se iban dejando una estela a su paso. Se sentó frente a él y le sonrió.

—Pagaría por saber qué estás pensando —dijo él levantando la mano para llamar al camarero.

—Nada. Que todo esto es muy bonito. Echaré de menos estos momentos de soledad contigo.

—Podremos arreglarlo. Dejaremos a los niños con sus abuelos.

Samara se rio y suspiró.

Después de comer, pasearon por la isla y, al regresar, Samara tuvo que descalzarse porque las piernas le dolían terriblemente. Ya en la habitación, Dominic, en bañador, leía la prensa en la terracita mientras ella se duchaba y se lavaba la cabeza.

—No te vistas, ven un momento —le oyó decir a Dominic cuando se disponía a abrir el armario para coger algo cómodo que ponerse—. Sal.

Él le quitó la toalla; por suerte, la terraza tenía una barandilla suficientemente alta como para que nadie pudiera verla. Dominic observó el pequeño pendiente del pezón, lo tocó con cuidado y comprobó su reacción.

—¿Te duele aún?

—No.

Él golpeó la mesa que tenía delante y Samara se sentó encima.

—Separa las piernas —le ordenó. Tocó el pendiente y la miró—. ¿Y este?

—Muy poco...

—Roberto es un artista —dijo con humor.

Apoyó la palma de la mano sobre su vientre y con la otra mano separó su sexo con cuidado.

—Si te lo hubiera puesto en un labio sería más difícil de curar, siempre estás mojada —gruñó.

—¡Eso no es cierto! Es que me estás tocando —se quejó ella.

—Abre más las piernas, princesa —repitió—. Más...

Estaba sentada delante de él sobre la mesa. Era cómico, él en la silla abría su sexo observando meticulosamente el pendiente que llevaba.

—Está perfecto, no está hinchado, ni hay herida. —Pasó la lengua por encima y Samara dio un respingón—. ¿Puedes mantenerte un momentito quieta?

—Oh, por Dios...

Otra vez su lengua se deslizó por encima del clítoris. Samara frunció el ceño mientras no apartaba la vista de él.

—¿Qué... qué haces? —susurró excitada.

—Lamerte un brazo, Samara —dijo con seriedad, y suspiró—. Pues ver si tienes sensibilidad, qué voy a hacer...

Jadeó suavemente al notar su lengua jugar con el pequeño pendiente y luego deslizarse por su sexo. Dominic la miró amenazadoramente y puso el dedo índice en los labios y susurró.

—Intenta... ni respirar... A ambos lados hay terrazas, gente... Se oye todo... Calladita...

¡Oh, otra vez! Creía que ya estaba claro que todavía tenía sensibilidad. Apretó los labios, ladeó la cara y se aferró a los cantos de la mesa arqueándose para no ponerse a gritar como una loca en mitad de la noche. Ahora era ella la que abría las piernas como loca y se retorcia de placer. Un leve calambre doloroso le atravesó el sexo, pero al notar el dedo de Dominic dentro de ella y su lengua jugando despacio con su sexo, se olvidó de que aquello existía y se concentró en no jeadar descontroladamente. Y era muy difícil. Dominic sabía que para ella era horrible mantenerse en silencio. Él se levantó de la silla y se colocó entre sus piernas, volvió a poner el dedo en los labios y le hizo un gesto para que guardara silencio. Se bajó los pantalones. Ahora oían las voces de sus *vecinos* mientras parecían tomar algo en la terraza: risas, choque de copas y parloteo. Samara se volvió al mismo tiempo que notaba la mano de Dominic taponarle la boca y su sexo la perforaba repentinamente. Hinchó las fosas nasales, la mano de Dominic le impedía gritar, pero se le escapó un leve gemido, haciendo que él tensara las mandíbulas y negara con la cabeza reprimiéndola.

Se inclinó hacia ella y chocó con su pecho.

—Ni un ruidito —le susurró fríamente al oído—. Si te oigo... —Tiró suavemente del pendiente del pezón y sonrió—, te dolerá.

Samara abrió los ojos y negó con la cabeza. Dominic la embistió y colocó los brazos a ambos lados de su cabeza. Inmenso, era la palabra. Samara se aferró a ellos y levantó las piernas para enroscarse en su cintura y atraerlo más a ella. Era horrible, horrible, soportar aquellas embestidas y no poder gritar de placer con cada una de ellas. Su respiración acelerada la excitaba. Dominic tiró de ella y cayó en la silla arrastrándola con él. Samara quedó sobre sus rodillas y se clavó con ferocidad a sus caderas. ¡Ah, qué horror, notaba su miembro casi en el estómago y apenas podía gemir y descontrolarse! Y su respiración, esa deliciosa y desquiciante respiración, la volvía loca. El rodeó con los brazos su espalda y la levantó durante unos segundos para después dejarla caer lentamente, chocó con sus piernas y estalló una oleada de placer que la transportó al otro lado de la isla. Ahora era él el que estaba al otro lado, metió la lengua en su boca, la agarró con firmeza la cara y cuando sintió lo

inevitable ella se abandonó desesperadamente a lo que viniera.

—Ni se te ocurra correrme —le susurró al límite de sus posibilidades—. Sal...

Tiró de ella hacia arriba y se la llevó del cuello hacia dentro de la habitación, cerró la puerta corredera de cristal y la tiró sobre la cama. Sujetó sus muñecas por encima de la cabeza con una mano y se clavó en ella lentamente. ¡Oh, sí, ahora podía gritar! Jadeó ansiosa y sacó la lengua juguetona lamiendo su boca e intentando mordisquear sus labios sin éxito. Dominic se apartó y pellizcó su sensible pezón hasta hacerla gritar.

—¡Duele! —gritó.

—Oh, vaya por Dios —susurró moviéndose dentro.

No lo soportaba más. Se moría de ganas de terminar con aquel tormento, pero Dominic no parecía tener ninguna prisa por complacerla. Sin moverse, cogió el teléfono y se lo puso en la oreja.

—Cenamos aquí... —murmuró—. Pide...

—Servicio de habitaciones, dígame —Oyó al otro lado del auricular.

—Hola —dijo antes de recibir otra tremenda embestida— ¡Hola!, sí, quería, quería... pedir la cena...

Dominic salió de ella y comenzó a besarle el vientre, mordió su pelvis y volvió a pasar la lengua por su sexo. Era horrible, no era capaz de articular palabra con aquel demonio entre las piernas.

—Sí, eso es... dos... —jadeó—, perdón, sí, suite... 1021.

Colgó muerta de la vergüenza y a la vez a punto de morirse de placer. Él la cogió por las caderas y le dio la vuelta.

—¿Quieres gritar? —le preguntó en voz baja—. Pues grita...

De una embestida la perforó y la hizo caer sobre la cama. Se colocó sobre ella. A través del espejo podía ver aquellos inmensos brazos en todo su esplendor apoyados a ambos lados, mientras le sujetaba con una mano la cara. ¡Oh, era imposible! Se retorció de placer y cuando sintió su sexo vaciarse en sus entrañas gritó como una loca mientras no paraba de moverse sobre ella.

—Estás algo aplastada...

—Un poco —contestó.

Se bajó de su espalda y tiró de su brazo. La aferró con fuerza y le besó la frente. Recordó cuando le decía que no sabía hacer las cosas de otra manera, y la melancolía se apoderó de ella por breves momentos. ¿Acaso era su trabajo, su entorno o su día a día? ¿Le daba una pausa? Quién sabía... Estaba convencida de que Dominic no había cambiado; tan solo quizá le enseñaba esa parte maravillosa de él para después verla luchar por recuperar ese pedazo de paraíso que podía darle. Otra vez, como muchas otras veces, pareció leerle el pensamiento.

—No le des vueltas a las cosas, princesa. —Besó su cabeza y le acarició la espalda—. Solo disfruta...

10. Traición

Solo hay una cosa en este mundo que jamás perdonaría: la traición.

A través el edificio a gran velocidad perforando la cerámica del suelo con sus tacones. En la calle hacía un calor horrible. Sonrió a dos obreros que silbaron a su paso y miró el reloj. Eran las diez de la noche. En verano oscurecía más tarde y aquella noche apenas comenzaba. Leyó el letrero de luces de neón y golpeó la puerta. Una pequeña ventanita situada en el centro de la puerta se deslizó suavemente y un hombre la observó de arriba abajo, mientras ella colocaba los brazos en jarra, se colocaba la melena en su sitio y parecía empezar a perder la paciencia.

—Te dije que te llamaría. Venir al local ha sido muy osado —farfulló él abriendo la puerta.

—¿El dueño? —preguntó.

—Entra a las doce y la muchacha de Luis está por las mañanas —suspiró—. Joder, Romina, si alguien se entera de esto...

—Menos lobos, Ray. —Sacó un sobre repleto de dinero y se lo dio—. Dame la maldita cinta y olvídate de que me has visto.

—¿Sabes lo que me juego con esto?

—Sí —le espetó con despecho—, ahora eres quinientos mil euros más rico.

—Zorra... —dijo, le entregó una pequeña cinta y le hizo un gesto para que se fuera—. Lárgate, no quiero que venga alguien y me arruines la vida.

Romina se rio y movió la cinta con la mano.

—Siempre es un placer hacer negocios contigo, Ray.

Cerró la puerta y la dejó de nuevo bajo la oscuridad. Sonrió, metió la cinta en el bolso y se alejó por el callejón mientras encendía un cigarro y tarareaba una melodía.

¿Cuántas veces os hemos dicho que no somos nada sin vosotras?

Despertó desorientada por los rayos de sol. Se había olvidado de bajar la persiana. Se frotó los ojos y vio que Darío no estaba a su lado. Se levantó y la imagen del espejo le provocó una punzada en el estómago. ¡Santo cielo! Su cuello tenía una marca en todo su perímetro por el cinturón, el labio estaba hinchado y tenía el culo como la grana, repleto de marcas diagonales que incluso llegaban a la espalda y se difuminaban en ella. Respiró profundamente y apretó las mandíbulas. ¿Qué era aquel anhelo? Quería tanto a ese hombre, lo veía una vez más tan débil frente a sus demonios, que haría cualquier cosa por ayudarlo a salir de aquel tormento en el que vivía. Ella se lo había pedido, se lo había repetido varias veces, y él, angustiado, como la noche que siendo niña le había pegado, le daba una vez más lo que reclamaba. Se puso una bata de satén y descendió las escaleras. Darío estaba en la cocina preparando tostadas, zumo y café. Se dio la vuelta al oírlo y se quedó petrificado.

—No —dijo negando con la cabeza—. No, no... —Se acercó a ella y miró su boca, su cuello; le desabrochó la bata y le dio la vuelta—. No vuelvas a pedirme que haga esto, Su... ¡Mírate! Joder, comemos con Carlo y Luis. ¿Qué demonios quieres que diga ahora?

—Lo disimularé de algún modo —dijo. Se sentó en la silla y se sirvió una taza de café—. No tienes la culpa, Darío. Yo te pedí que lo hicieras.

Él se desplomó en otra silla y arrugó la nariz.

—¿Café?—dijo ella.

—Sí, por favor —dijo suspirando. Eres más fuerte que yo, Su. Me impresiona tu capacidad de soportar...

—Ya te dije que lo único que no sé llevar es el abandono y la soledad.

—Yo no voy a abandonarte. —Su tono sonó indignado, luego sonrió y movió la cabeza—. Es muy posible que seas tú la que algún día me abandone a mí.

—No digas eso, Darío. ¿Por qué iba a hacer tal cosa?

—No soy una buena persona, Su.

—Conmigo sí —dijo digna—. Pásame una tostada, por favor, tienen muy buena pinta.

—Pero no lo he sido con el resto del mundo. No tengo...

—Eso me da igual, Darío. El resto del mundo a mí no me ha dado nada, no le debo nada.

—Cualquier mujer saldría corriendo de esta casa si pasara lo que tú has pasado.

—Darío, he crecido rodeada de desequilibrados mentales —contestó riendo—. Creo que no me voy a asustar ahora. Solo te pido una cosa. —Bebió un sorbo de café y lo miró—. Que cuando estés preparado me cuentes qué pasó aquella noche con Melisa.

Él miró a través de la ventana y se frotó la nuca con la mano. Parecía un quinceañero aturdido. Aquel vaquero y la camiseta blanca le hacían demasiado joven.

—Está bien, Su... —susurró.

Sujetaba la cajita de música con ambas manos mientras con las yemas repasaba los detalles tallados de la madera. Catinca le llevó otra taza de café y la dejó sobre la mesa baja frente al sofá. Darío estaba sentado en el suelo, con la espalda apoyada en el sofá. Ella se colocó entre sus piernas y apoyó la espalda en su pecho.

—Ella no era como tú; era una chica muy tímida y encerrada en sí misma. Le gustaban los libros; por eso me enamoré de ella, por la pasión que sentía por la historia, las cosas antiguas que también me gustaban a mí. Solía acompañarme a los mercadillos de los domingos y nos pasábamos horas rebuscando entre las mantas del suelo toda clase de antigüedades. —Negó con la cabeza y apoyó la barbilla en su hombro—. Mis padres viajaron mucho siempre, no es que me prestaran mucha atención, así que pasaba largas temporadas solo en mi casa y a veces ella se quedaba conmigo. Había algo que no iba bien; la quería, pero lo que me daba no era suficiente para mí, y no tenía ni idea de lo que me pasaba. El sexo era aburrido, me quedaba vacío, no me aportaba nada porque nada me llenaba lo suficiente; pero por aquel entonces no sabía la razón.

—¿No disfrutabas?

—Mucho, pero me enfadaba conmigo mismo porque no llegaba a comprender por qué necesitaba algo más, y no sabía el qué. Su, es horrible tenerlo todo: dinero y éxito en los estudios, una vida plena, y sentirte el hombre más desgraciado del mundo, como si vivieras en una continua depresión que te apaga cada día más. Hasta aquella noche. —Hizo una pausa, bebió de su taza y la besó en la cabeza—. La vi por la tarde de casualidad en la biblioteca. Melisa no era una mujer provocativa, ni siquiera se fijaba en el resto de los hombres; por eso, cuando la vi pegada a aquel baboso en la mesa, repasando, riendo, dejándose tocar sin darse cuenta, me llené de ira y de celos. Conmigo nunca se reía de aquella manera tan risueña. Aquella noche me moría de ganas de follármela. Por alguna razón mi rabia y mi enfado me provocaban una necesidad inmensa de hacerla mía. «Vamos a probar algo, Melisa, y quiero que confíes en mí». Señor... todavía recuerdo su cara de terror cuando la até al techo y la dejé totalmente desnuda en mitad de la habitación. Le pregunté con quién había estado aquella tarde y me mintió, Su, me debió de ver tan desencajado... —continuó mientras reía—, que la pobre no se atrevió a contarme la verdad. Ella había hecho nada, y yo lo sabía. Sin embargo descargué mi rabia, mis frustraciones y mis demonios en ella.

—¿Le azotaste?

—Le dije que era un juego, pero ella no era una mujer para ese tipo de juegos y yo usé eso para castigarla sin razón... Lo peor de todo fue que vi su cara, sus lágrimas, y oí sus súplicas, y eso no hacía más que aumentar mi excitación. ¡Oh, Dios mío! Me gustó tanto... —susurró—. Me sentí tan bien y tan desbordado de sensaciones que cuanto más lloraba más daño la hacía...

—Darío...

—«¿Por qué?» Eso era todo lo que salía de sus labios. «¿Por qué me haces esto?» «Yo te quiero» —Se rio—. ¿Y cómo te explicas que tú también...?

—¿Eres celoso?

—Mucho. Bueno... ahora no lo sé. Con ella lo era. Aunque no sé si eran celos o una excusa.

—¿Qué pasó?

—Le hice mucho daño, la traté como una cualquiera, la usé del mismo modo y, cuando me saqué, la desprecié, la humillé. —Se frotó los ojos y continuó—. Jamás me había sentido tan bien en toda mi vida, tan pletórico. La torturé física y emocionalmente durante horas, Su. Me gustó, me excitó, me volvió loco... Los primeros días después de aquello no me acordé de Melisa para nada. Estaba enloquecido; por fin sabía que podía saciarme. ¡Joder, mi adrenalina se disparaba! Salas privadas, putas que pagabas y te permitían hacer con ellas lo que te apeteciera. Sí... Me estaba volviendo loco y no me daba cuenta. Después de dos semanas volví a mis clases. Melisa me rehuía y cuando intentaba intenté hablar con ella me resultaba imposible, siempre estaba acompañada, aterrada por quedarse a solas conmigo. Al fin, cuando conseguí verla, creo que mis remordimientos y mis días saciados de noches desquiciantes me hicieron ver el daño que le había hecho. Me di cuenta de que la amaba, pero que a mi lado sufriría. Le dije que se apartara de mí, que yo la dejaría en paz, que no la molestaría más y que sentía profundamente lo que había sucedido. ¿Sabes lo que me dijo? —Sonrió al vacío—. Qué siempre me amaría...

Darío respiró profundamente y tragó saliva antes de continuar.

—Yo me fui un tiempo. Mis padres me llevaron unos meses a Suiza, y allí ya acabé de volverme loco. La llamé unas cuantas veces; nadie contestaba al teléfono y pensé que había cambiado número y que, como era normal, no quería saber de mí. Se tomó un bote de pastillas una semana después de irme —Darío sollozó y apretó con fuerza a Catinca entre sus brazos—. Le rompí el corazón y el alma. Yo fui el causante de su muerte...

—¡Santo cielo, Darío, erais unos críos! —Catinca lo besó y acarició su mejilla.

—Jugamos con fuego, Su, lo que hacemos... —suspiró—. Volví a Suiza, me volví loco, conocí a Argas... Y el resto de la historia ya la sabes. Argas y Antón me enseñaron a utilizar la psicología aplicada y a no volverme un sádico en potencia —dijo sonriendo—. Aunque no lo conseguí; cuando me estaba recuperando había una niña caprichosa y obstinada que me perseguía. —Su rostro se ensombreció—. Otra gran cagada que sumar a mi vida grotesca. La Baraka era mi vía de escape; eso y ver que Antón tenía más trabajo con Dominic y sus ataques de ira que conmigo —añadió riendo sin ganas.

Catinca sonrió y cogió la cajita de madera de la mesa. La música de *La bohème* comenzó a sonar al compás de los giros de la bailarina.

—Gracias por contármelo —susurró—. Sé que es difícil para ti.

Ahora Darío miraba al vacío.

—No somos nada sin vosotras, Su. Nada

12. Devoción por ti

Cuando sois obstinadas nos dais la vida, un motivo. Cuando desobedecéis nos dais una razón. Cuando acatáis: la vida.

—¡Ha venido! —Natacha salió de la barra y lo abrazó con fuerza—. Señor, no sé qué le hice, qué pudo molestarle, pero le suplico que...

—¡Oh, Natacha...! —susurró—. No me has hecho nada, esa niña acaba conmigo, me absorbe, no puedo atenderte como debería.

Natacha se puso de rodillas delante de él. El bar estaba abarrotado de personas, que se sorprendieron al verla así.

—Levántate del suelo, este no es el momento, Natacha. —Miró a todos los lados—. ¡Natacha!

—¡No me levantaré hasta que me diga que no me abandonará!

—Por Dios... Acabaréis todas conmigo.

—Señor, se lo suplico... Se lo imploro —repetió—. No me importa esperar, no me importa verlo menos, pero no me deje...

—Levántate del suelo —ordenó entre dientes.

—¡No!

—Natacha... —Tomó aire. Volvió a mirar a su alrededor; eran el centro de todas las miradas—. Maldita sea, Natacha —farfulló—. Nos está mirando todo el local, levántate del suelo.

—¡No! —gimoteó, lo miró fijamente, se aferró a sus piernas y sollozó—. Tendrá que castigarme porque no le obedeceré hasta que me diga que no va a dejarme...

Luis se pasó la mano por el pelo y con la otra se apartó la chaqueta del traje y se agarró la cintura.

—Te pedí un tiempo, Natacha —susurró—. No te dije que iba a abandonarte...

—¡Me dijo que podía hacer mi vida!

—Porque no es justo que...—Negó con la cabeza—. ¡Levanta del suelo! —gritó, luego se dio cuenta del espectáculo y bajó la voz—; No es justo que me esperes...

—¡No me importa! Por favor, señor...

Luis soltó una risa nerviosa cuando varias personas pasaron por delante de ellos y los miraron alucinados.

—Natacha... —La paciencia tenía un límite y él estaba al borde de arrastrar a Natacha por los pelos—. Ponte... de pie... y ponme... una... puta copa...

La miró fijamente; ella lo observó y comenzó a llorar.

—¿Me lo ordena?

—Te lo ordeno —dijo. Más gente por delante y más caras de susto—. Ahora.

—¿Como mi señor?

—¿Por qué me tocan todas las tercas de este país? —rugió—. Está bien, Natacha, como tu señor...

—¡Oh, gracias! —Se levantó, se enroscó a su cuello y comenzó a besuquearlo como loca—. ¡Gracias! ¡Gracias!

—Oh, qué espectáculo, madre de mi vida. —Cerró los ojos y se apoyó en la barra—. La copa, nena...

—Sí, señor —dijo dando saltitos hacia la barra.

Bien, ya estaba todo perfecto. Luis sentado en la barra, cien personas mirándolo y Carlo, que acababa de entrar, fruncía el ceño y se acercaba a él.

—¿Por qué nos mira todo el mundo?

—No preguntes —dijo dando un trago a su copa. Cerró los ojos y suspiró—. A ver lo que tardas tú...

Un fuerte silbido le hizo negar a Luis con la cabeza una y otra vez. Meredit apareció por un lado del local y se acomodó junto a Carlo.

—... en montar el espectáculo también —dijo resignado.

13. Excentricidades

Contigo deseo hacer cosas con las que jamás pensé. Supongo que es parte de esa humanidad que dejo salir cuando estoy a solas contigo. Disfrutarte de este modo me da muchas ventajas.

Lo miró durante varios minutos, mientras dormía como un tronco sobre la hamaca. Esta vez ni siquiera había bajado el teléfono móvil con él; era sorprendente, pero ni siquiera lo encendía, no miraba las noticias, no consultaba la Bolsa ni comprobaba las acciones. No hacía nada de lo que lo que solía hacer todos los días en casa. Estaba boca abajo con la cabeza apoyada en el brazo, el bañador se le había bajado un poco y la curvita del culo se le marcaba rabiosamente hasta desaparecer bajo la tela. Esa mañana llevaba un bañador flojo. Samara se rio para sus adentros recordando su cara el día anterior al ver el bikini y su frase «pera limonera», que le había salido del alma. ¿Y si realmente no había segundas intenciones en su comportamiento? Si realmente, Dominic, sin su odio y sus tensiones, era así. Negó con la cabeza y se centró en la revista de cotilleo. Sí, era feliz, feliz como en su vida lo había sido.

Estiró el brazo, rompió una ramita del césped y la dirigió hacia su nariz muy despacio.

—Ni se te ocurra —dijo él sin abrir los ojos.

Samara dio un respingón y se rio.

—¿Cómo puedes saber...? Pensé que dormías.

—Meditaba. —Se dio la vuelta y a punto estuvo de volcar la tumbona y caer encima del granito—. ¡Joder!

Se incorporó como un toro y se estiró. ¿Se acostumbraría alguna vez a ver aquel inmenso hombre en bañador? ¿Y la docena de marujas mirando? No...

—Voy a por algo de beber. ¿Quieres algo?

—Un granizado. ¿No prefieres llamar al camarero?

Dominic frunció el ceño y la miró.

—Tengo que hacer una llamada, lo haré desde recepción. Quiero ver cómo va todo, hablar con tu hermano. —Se rio—. Tranquila, a mí no se me ve el culo como a ti —añadió y, tras hacerle un guiño, se volvió con aire chulesco.

Y ahí iba él, atravesando la piscina con aquellos andares de asesino a sueldo, su flamante bañador y sus gafas de sol. Aquella mirada agresiva que cuando fijaba un punto parecía decir: «Voy a follarte hasta acabar contigo y cuando lo haga me pedirás más». Samara movió la cabeza y cogió la revista. ¿Se estaba volviendo loca? Estaba segura que sí.

—Su granizado, señorita.

Levantó la vista y se echó a reír. Dominic llevaba un granizado en la mano, una cerveza en la otra y una piruleta enorme en la boca.

—Impones mucho así —le espetó ella.

—Tienes una gracia tremenda, princesa, pero oye, me encanta, expláyate.

—¿Es una amenaza?

—Oh... —Sonrió—. Por supuesto, que sí.

—¿Todo bien?

—Sí. Todo bien.

Otra vez se echó a reír cuando sacó la piruleta. Era una de aquellas golosinas infantiles de corazón inmenso que solía comer con quince años en el instituto.

—Me la regaló la de recepción —dijo Dominic con picardía.

—Qué detalle por su parte —contestó ella entre dientes.

—¿Sabes? —Chupó el caramelo y miró a la piscina—. Llevo tanto tiempo metido en mi trabajo, mis reuniones, los míos, que me he dado cuenta de que hay muchas cosas a mi alrededor en las que ni me fijaba.

—¿Te refieres al ejército de marujas que te miran cuando pasas?

Dominic frunció el ceño.

—No, mi amor. —Negó con la cabeza—. Bueno, eso también, aunque no suelo fijarme en esas cosas. Tengo demasiadas responsabilidades como para fijarme en esas tonterías. Hablo de todo esto. —Abrió los brazos y sonrió—. ¿De qué me vale ganar dinero si jamás he gastado nada en mí? No salgo, no tengo caprichos caros, no he hecho vacaciones desde hace más de quince años...

—Eso es cierto, pero, bueno, me ha pasado a mí también, no puedo opinar... Por cierto... —Se puso nerviosa—. Dominic, en el contrato decías que no podría trabajar y que si lo hacía debía ser en...

—Olvidate de ese contrato, Samara. Incorpórate a tu trabajo cuando lo consideres adecuado, te vendrá bien tener tu propia parcela. —La miró de reojo—. Una vía de escape.

—¿No te molesta? —preguntó ella.

—Samara, quiero llegar a mi casa y tener algo de qué hablar con mi mujer. Ese contrato era un formalismo de las casas; olvidate de esos papeles, no tienen valor alguno para mí.

Chupeteó la piruleta, tiró de Samara y la puso de pie en la hamaca.

—¿Quieres un poquito? —susurró.

—Bueno.

Metió la lengua dentro de su boca y Samara chupeteó el caramelo.

—¿Otro? —preguntó él chupando la piruleta.

—Bueno.

Otra vez metió su lengua en la boca y la chupó golosa.

—¿Esta buena, eh? —Dominic levantó una ceja.

—Prefiero chupar otra cosa...

—Qué sucia —susurró.

—Mucho. —Sacó la lengua y se la pasó por los labios.

—Estás dando el espectáculo —dijo él—. Luego te quejarás de que nos miran...

—Me da igual...

—¿Estás cachonda?

—Sí...

—¿Y si te pongo de rodillas en mitad de la piscina?

—¡Dominic!

Sonrió maliciosamente y la besó en los labios.

—Podrías venir a gatas detrás de mí por todo el perímetro, con ese culito que tanto te gusta enseñar. Sí... No sería mala idea... Se me está poniendo dura solo de pensarlo...

La agarró por la nuca y le metió la lengua hasta la campanilla. Le soltó una cachetada que sonó en mitad del recinto y varias personas miraron el ataque de espontaneidad de ambos, aunque pocas faltaban que no miraran ya.

—Haremos una cosa...

—¡Oh, qué miedo me da ese comienzo! —susurró.

Frunció el ceño.

—Sube a la habitación, quítate toda esa crema de encima y espérame.

—¿Tú adónde vas?

—No preguntes tanto. —Se apartó de ella y se puso la camisa.

—Obedece, nena. Sube, dúchate y espera... —Se rio—. Al estilo *sinfonier*.

¿De rodillas en el suelo? Aquel maldito *sinfonier* la devolvió a los días de aquella semana tan dura que pasó a su lado. Puso gesto de sorpresa.

—Ve. Yo subo en un momento.

—Tienes hambre —le dijo con ironía.

—De ti... siempre...

Se alejó por un lateral, con su aire chulesco y su estela. Se volvió antes de desaparecer de su vista y señaló el reloj, como diciendo: «Rápido».

Samara saltó de la hamaca y subió a la habitación. Se duchó, se arregló un poco el pelo y, como él le había dicho, se colocó en mitad de la habitación de rodillas. Pocos minutos después, que a ella se le antojaron eternos, oyó la puerta y sus pisadas. Se volvió, pero su voz la sobresaltó.

—No —le ordenó Dominic—. Mira al frente.

Lo oyó caminar tranquilamente, abrir el armario, entrar en el baño, el ruido de la ducha... y se desesperó. La habitación era tan grande que lo perdía por momentos. Había un recibidor donde los camareros solían dejar los carritos de desayuno o las comidas que no permitía visibilidad en el resto de la habitación. Por eso, cuando oyó la puerta y voces, no se sorprendió.

—¿Dominic?

—Tranquila, tenía sed y pedí algo de beber.

—¿Adónde... adónde fuiste?

—A recoger algo que había reservado para ti en la galería comercial de la planta baja. La recepcionista, aparte de darme la piruleta, me avisó de que ya había llegado. —Se rio—. No seas tan miedosa...

—Es que nunca sé lo que esperar de ti, Dominic.

—He dicho que no te muevas, Samara —su voz, esta vez, sonó más firme—, y cuando te digo algo, me gusta recibir una respuesta rápida.

Samara se excitó brutalmente al oírle.

—Lo siento —musitó—, pero me resulta...

—Samara, es tu luna de miel, pero estás casada conmigo, no lo olvides. Por favor, diferencia los tiempos y los momentos.

—Sí.

«Odiosamente excitante» era la expresión que le cruzaba su mente al oír su voz. «Odiosamente firme y erótico.»

Pasó por delante de ella con una toalla enroscada en la cintura y corrió las cortinas completamente. La oscuridad emergió. Él pulsó el botón de la pequeña lamparita del escritorio de madera y se volvió hacia ella.

—Me encanta verte relajada, feliz, osada... No quiero que pierdas esa esencia. Sin embargo... —Hizo una pausa y se colocó de nuevo detrás de ella—, antes, en

la piscina, recordé que tampoco me gustaría que perdieras el sentido de la alerta.

—No... No lo he perdido, siempre sé que todo puede cambiar.

—Perfecto, cariño mío.

—¿Qué vas a hacer?

Se dejó caer en la butaca y la miró con curiosidad.

—No tengas tanto miedo, princesa. Que estés en esa posición no significa que vaya a romper tu burbuja de paz y tranquilidad —sonrió—, solo que me gustaría que, cuando hablemos de ciertas cosas, sea así la forma de hacerlo: tú, en el suelo, yo un poco más arriba. —Embozó una sonrisa perfecta y apuntó con el dedo detrás de ella—. Mira, trae esa cubitera, sé que te gusta el champán y he conseguido la joya de los champanes, Cristal Cuveé, frío... Una delicia...

Se volvió y sonrió.

—Dominic, ese champán es uno de los mejores. ¿Eso era lo que fuiste a buscar? —le preguntó ella acercándose al carrito.

—No. Eso lo encontré ahora. Lo que fui a buscar te lo daré si te portas bien. Trae la botella.

—Está buenísimo... Pero es carísimo... Y has traído tres...

—Un poquito... —Frunció el ceño—. La botella. No quiero que me saques un ojo abriéndola tú.

Ella se apresuró a dársela. Dominic la descorchó y sonrió.

—¿Tres botellas? —repitió mirándolo.

—Túmbate en el suelo.

—¿Cómo?

—Voy a cometer mi primera excentricidad.

Dominic se levantó, la miró desde lo alto y derramó la botella gota a gota delicadamente por encima del vientre de Samara. El ombligo se llenó de líquido dorado, su estómago empezó a desbordar el elixir y su sexo se empapó bestialmente de aquel jugoso licor haciéndola estremecer a su contacto. Dominic se agachó a su lado, la sujetó de la cara y le metió los dedos en la boca. Cogió una copa, la llenó y se la acercó a los labios.

—Pruébalo, señorita de Romano...

¡Oh, era exquisito! Maderas, melocotón, cítricos... Era una mezcla deliciosa.

—Es impresionante —dijo Samara.

Dominic se puso sobre ella, la besó en los labios, mordió su cuello y deslizó la lengua por su vientre. Absorbió su ombligo y pasó delicadamente por su sexo.

—Dominic...

Sintió su lengua dentro de ella y jadeó.

—Vamos... Vamos a estropear la alfombra... —jadeó ella.

—Diremos que nos cayó una botella...

—Oh, Dios mío —gimió—. Es... Es...

—Abre la boca. —Dominic hizo que se sentara y le derramó parte de la botella en los labios—. Traga... Igual pillas una borrachera descomunal, pero... eso significará... que has bebido más de lo que hemos tirado por la habitación.

Samara le sujetó la mano y lo miró.

—¿Puedo? Yo también quiero probar.

Dominic frunció el ceño y le entregó la botella. Le quitó la toalla, saltó sobre la cama, cogió uno de los almohadones y se lo puso detrás.

—Qué eficiente.

—Gracias —contestó ella.

Volcó despacio la botella y Dominic dio un salto.

—La madre que te... —Tensó todos los músculos del cuerpo.

—¿Frió? —Se rio y pasó la lengua por su sexo.

—Podrías avisar. —La empujó hacia él haciendo que tragara champán de golpe—. Pero, es verdad, decías que tenías ganas de chupar no sé qué en la piscina...

Samara estaba en la ducha quitándose dos mil euros de champán de la piel. ¡Qué sensaciones! Dominic no dejaba de sorprenderla. Cerró los ojos y se sintió triste: en dos días regresaría a la rutina, aunque también añoraba a su hermano y deseaba verlo con todas sus fuerzas.

Salió de la ducha y se envolvió con la toalla. Se secó un poco el cabello y salió del baño. Dominic estaba al fondo, justo en el comienzo del hall, que daba a la entrada.

—¿Lista? —dijo.

—¿Para qué?

—Para tu regalito —Río y se dio la vuelta.

Uuu... uuu... uuu... uuu...

¿Qué demonios era ese ruidito?

Uuu... uuu... uuu... uuu...

Lo vio aparecer por el pasillo con algo en las manos. Dominic se agachó y una pequeña pelotilla peluda se tambaleó torpemente sobre la tarima de madera de la entrada.

—¡Madre! —dijo ella llevándose la mano a la boca.

Uuu...

—¡Un perrito! —Samara se abalanzó hacia el pequeño cachorro, que no debía de superar ni los quinientos gramos y no era capaz de avanzar sin caerse hacia los lados—. Madre mía, es una preciosidad, que chiquitín es... ¡Chiquitina! —La cogió en las manos y la perrita empezó a chuparle la cara.

—¡Oh, no, no, no! —dijo Dominic—. Eso no, que no te chupe la cara. —Se frotó la cabeza—. Samara, luego te beso y me como yo... ¡Argh, por Dios! Lo está haciendo otra vez.

—Dominic, es una preciosidad, pero ¿cómo sabías que me gustaban? Mírala, es tan pequeña...

—Se llaman... —Frunció el ceño cuando la cachorrilla chupeteó de nuevo la cara de Samara—. Se llaman Mini Pin... Son como diminutos dóberman. Me llamó la atención cuando pasé por delante. ¡Joder, Samara, que no te chupe de esa manera! Puede transmitirte un montón de enfermedades.

—¡No digas tonterías! —Lo besó en la mejilla—. Me encanta, es preciosa. ¿Nos dejarán tenerla aquí? —Estaba nerviosa—. Bueno, supongo que sí. ¡Mírala, es tan graciosa! Gracias... No sabía que te gustaran los perros.

—Me gustan, pero no tengo tiempo para ocuparme de ellos.

—¡Yo sí! —dijo emocionada.

—Que no te chupe.

—¡Mira cómo salta, qué torpe! —Se tiró en el suelo con la perrita y jugueteó con él un rato.

—Que no te chupe, por Dios...

Samara, tirada en el suelo boca arriba, cogió a la perrita y movió una de sus diminutas patitas.

—Hola, papi. —Se rio—. Me voy a llamar... Suri.

—Ese nombre es ridículo. —Dijo Dominic mientras se sentaba en la butaca y observaba a Samara.

—Pero, papi, no pretenderás que me llame Tor. Soy chiquitita y hembra... —La perrita se acercaba ahora a olisquear los pantalones de Dominic y movía la pata torpemente al compás de la tela—. Suri es bonito.

—Es tuya, llámala como quieras.

Samara se colocó entre sus piernas e, inclinándose, lo besó.

—Gracias, es preciosa. De todo lo que podrías regalarme esto era lo que menos me esperaba.

—Iremos juntos a comprarle sus cosas. Prefiero que las escojas tú. Había demasiadas mariconadas en la tienda.

Samara soltó una carcajada, Suri se había metido dentro del pantalón de Dominic y jugaba con los cordones de los zapatos. Se agachó, la sacó de la pernera del pantalón y la miró.

—Ahora tengo dos perras... —dijo riendo mientras la sostenía sobre la palma de la mano.

14. Somos niños

Y cada uno en su mundo, nunca cambia... También somos niños, hasta para sufrir y tener miedo.

Sus calcetines resbalaron por la tarima hasta casi caer en el sofá, sobre Sara.

—Al final le cogeré el gustillo a esto de encerar la tarima, cielo mío —le dijo a Meredith.

Se volvió haciendo una cabriola y cogió a Meredith por la cintura.

—Oh, nena... viniste a mi mundo volando... pero te corté... —Pasó la lengua por su cuello y la besó—... las alas, mi prenda...

—Eres un puto degenerado, Carlo —dijo Luis suspirando.

Meredith se rio, resbaló en el suelo, y Carlo la sujetó con fuerza.

—Y tú, Meredith, cada día te pareces más a él.

—Señor, en esta casa nunca nos aburrimos —contestó Meredith girando en los brazos de Carlo.

—Carlo, estás loco. —La pequeña Sara reía al verlos bailar—. ¡Loco de atar!

Luis se levantó y se acercó a la puerta corredera que daba al jardín.

—Oh, sí nena... —Cogió la mano de Meredith y se la llevó a la entrepierna—. Tócame... Mira como la tengo...

—¡Carlo, macho! —Luis se desesperaba.

—Si te portas bien, mi preciosa zorrilla nórdica, te dejaré que juegues con ella...

Sara se relamió y Luis le dirigió una mirada de enfado.

—Os esperamos en la terraza del Orica; luego tengo que llevar a Sara a su casa —dijo tirando del brazo de la muchacha.

Carlo alzó la mano a modo de despedida y empujó a Meredith sobre la mesa del comedor.

—Saca la lengua...

La cogió por la nuca y la besó con efusividad. Chupó su lengua y mordisqueó su cuello como un demente.

—Saca la polla —le susurró—, y métetela...

Mateo entró en el salón y se quedó plantado en mitad de la estancia.

—Me encanta, Carlo con los pantalones por las rodillas es una imagen que me la pone dura. —Suspiró y se fue a la cocina—. Voy a hacerme un café.

—Eres un privilegiado —contestó Carlo—. No todo el mundo tiene la virtud de ver mi hermoso rabo a primera hora de la mañana.

Volvió al salón y se sentó en el sofá.

—Y eres un puto exhibicionista —se rio con malicia—. Hoy vengo contento, puedes follártela. Venga, yo miro, luego te cobro la minuta.

Carlo lo miraba con los ojos muy abiertos, mientras tenía a Meredith en la mesa agarrada por el cuello y la falda por la cintura.

—Qué detalle... —Frunció el ceño—. A ver lo que tardas en ponerte como una bestia. —Empujó y penetró a Meredith violentamente—. Mel... mándale un besito al benjamín de Quimera... A ver si se atraganta y queda mudo un ratito....

Le arrancó el vestido y la dejó totalmente desnuda sobre la mesa. Meredith separó más las piernas y miró a Mateo.

—Vale —afirmó—. Ya estoy como una bestia.

15. Mateo y sus demonios

El eterno abismo... Párate y mira en el fondo. ¿Lo ves? Es profundo, negro como el alma más atormentada, gira continuamente y te atrapa. Casi sin darte cuenta... estás dentro.

—Qué solito estás esta tarde, Mateo... —Roberto movió elegantemente su chaqueta y se sentó en el canto de la mesa—. Últimamente estás muy distante.

—No es nada. —Mateo dejó los papeles que estaba leyendo y se balanceó en la silla—. Y yo tengo demasiado trabajo acumulado. —Se rio y lo miró con malicia—. ¿Y tu visita...?

Roberto apoyó la mano en el pecho e inclinó la cabeza con elegancia.

—Simple paseo. —Roberto era como el demonio a punto de firmar un pacto con el desdichado de turno—. Me dije... ¡Oh, vaya! Mi querido y jovial Mateo debe de estar estresado... ¡Voy a verlo!

—Claro, claro... —dijo Mateo con ironía mientras negaba con la cabeza y se quitaba las gafas, que cada vez utilizaba más a menudo—. Suéltalo, Roberto.

—Tengo que solucionar un tema fuera de la ciudad con Xiamara. —Entrecerró los ojos y sonrió—. Nada serio, te lo contaré a mi regreso, pero necesito que te quedes con mi otra vampira un par de días... No quiero dejarla sola. No me gusta... ¿Sería... —Un gesto de suma maldad le llenó el rostro... mucho problema para ti?

Soltó una suave carcajada que pareció una melodía acompañada y se introdujo el bolígrafo en la boca.

—Déjame pensar... Umm... Vale.

—Qué gracioso eres, Mateo. —Saltó de la mesa y sacudió su chaqueta—. Mis prendas están mal acostumbradas —musitó—, ya lo sabes. Por favor, intenta que no se me duerma en los laureles. —Rio y se volvió para irse.

—Haré todo lo que esté en mi mano, querido Roberto —dijo con sorna.

—No lo dudo. —Roberto se volvió hacia él sujetando el pomo de la puerta—. Que coma bien, Lord. Tiene que mantenerse en forma y es poco... golosa...

Mateo soltó una terrible carcajada. Parecían dos empalagosos hablando en prosa.

—¿Alguna cosa más que quiera decirme el conde?

Ahora Roberto era el que aguantaba la risa sin soltar el pomo de la puerta.

—Mmm... —meditó—. Ahora que lo dices... Me ha montado el numerito porque quería venir conmigo... Y yo... salgo de inmediato de viaje.

—¿Algún castigo en concreto? —carraspeó—. ¿Conde?

—Lo dejo de tu mano —suspiró—, pero sin marcas. Estropean su belleza y mis preciosidades no soportan el dolor extremo.

Le hizo una reverencia y desapareció tras la puerta.

Mateo salió hacia las ocho y fue directamente a casa. Acababa de entrar en el piso cuando sonó el timbre de abajo y vio a Yelina a través del telefonillo de la cocina. Mientras esperaba pensó que debía llamar a su padre. Hacía semanas que no hablaba con él y últimamente estaba más receptivo a todo lo que había pasado en torno a su familia. Quizá le agradecía que no le hubiera dicho nada a su madre.

Yelina venía ofuscada, posiblemente igual que él no entendía por qué Roberto salía tan apuradamente con su otra sumisa. Tampoco iba a sacar el tema. Yelina entraba en casa con el pelo suelto golpeándole la espalda y su delgada figura contoneándose como si pasara por una pasarela de moda.

—Hola —susurró sin ganas—. Gracias por tu hospitalidad...

Le dio un casto beso en la mejilla y sonrió levemente.

—Yo también me alegro de verte, Yelina.

Dejó su maleta en el suelo y se acercó al sofá.

—Me sentaría bien una copa, Mateo —gruñó—. Estoy enfadada y...

—La última vez que viniste a esta casa estabas más animada y servicial.

—Lo siento. No entiendo nada y Roberto no me ha querido explicar.

—Preferiría no hablar de ese tema ahora.

Su voz era suave pero contundente. «Mira el abismo, eras un chico bueno...»

—¡Estoy harta! —Estaba nerviosa y enfadada—. ¡No es justo!

Se desplomó en el sofá y resopló enfadada. Mateo observaba desde la puerta con los brazos cruzados.

—Siempre hemos ido juntos a todos lados y no... —Negó con la cabeza—. No entiendo nada, Mateo.

—Yelina...

—¡Y ahora me deja aquí y ellos se marchan no sé adonde!

Rebuscó en su bolso el paquete de chicles y se metió uno en la boca, mientras la escuchaba hablar entre dientes.

«Hey, chico, estás cambiando. Mira a tu alrededor: ahí está el abismo!»

—¡No entiendo nada! —gritó ella— ¡Nada!

Mateo hizo una pompa con el chicle, que reventó con fuerza.

—Le pedí que por lo menos me dijera por qué no quería que fuera con ellos, pero nada... Y Xiamara tampoco me quiso decir nada. ¡Mierda!

«Oh, vaya... Empezaba a parecer una camionera.»

—Vamos a empezar de nuevo, Yelina. —Tiró de su mano y levantándola del sofá deslizó sus tirantes—. No, intenta no moverte, pónmelo fácil; a fin de cuentas haré lo mismo de una forma u otra.

Ahora era Yelina la que se quedaba parada y algo descolocada.

—Mateo, ¿qué haces?

—Empezar de nuevo. —La dejó en bragas y, tras observarla unos segundos, la llevó hasta la puerta—. Fuera.

—¿Qué? —Estaba pálida.

—Que salgas. Vas a llamar otra vez, te voy a abrir la puerta y, si tus formas no son las que me gustan, te dejo desnuda en la calle hasta que te calmes.

La empujó suavemente hasta dejarla sobre el felpudo, cerró la puerta y suspiró. No tardó ni una centésima de segundo en llamar. Él aproximó la cara a la puerta.

—¿Seguro que estás tranquilita?

—Por Dios, Mateo, no me hagas esto. Pueden... pueden pasar vecinos por favor, sí...

—¿Segura?

—¡Sí! —dijo casi chillando. Luego ella ahogó su voz y él la sintió moverse nerviosa.

Abrió pero se quedó delante de la puerta, levantó el dedo índice y la señaló.

—Bien —resopló—. Hola, Yelina, pasa.

Yelina estaba roja como un tomate, avanzó tapándose el pecho y se encogió de hombros.

—Hola, Mateo...

—No me convence.

Otra vez la sacó a la puerta, pero esta vez la arrancó las braguitas. Yelina volvió a llamar nerviosa y él abrió.

—Hola, Yelina. Pasa.

Yelina entró como un volador al oír el ascensor y bajó la cabeza.

—Hola, señor.

—Eso me gusta más.

Se sentó en el sofá y la miró, frente a él, de pie, tapándose el pecho y con la cara como la grana, a punto de sufrir un ataque de nervios.

—Bueno, como te veo nerviosa, por no decir histérica, ambos vamos a intentar relejarnos y todo será más llevadero este fin de semana. ¿Comprendes?

—Sí, señor.

Señaló con el dedo un rincón del salón.

—Allí será donde estés siempre que precise algo de ti; sobra decir en qué posición. ¿Ves el mueble bar de madera? Ahí. Si te llamo, gatearás, no podrás levantarte a menos que yo te diga que lo hagas y si... —Frunció el ceño al ver su gesto de enfado—. Yelina, si noto un gesto o ruidito que no me gusta... —Señaló hacia atrás sin dejar de mirarla—, dormirás en la terraza, desnuda y ante cualquier mirada del edificio de enfrente. Te recuerdo que tenemos un edificio enfrente. Muy enfrente.

—Señor...

—No me interrumpas. —Hizo otra pompa de chicle y la estalló—. Nunca te ha faltado de nada cuando has estado conmigo; es más, lo hemos pasado bien; por eso me toca las pelotas soberanamente que te resulte incómodo estar aquí o que traslades tu enfado a mí.

—No... No era mi intención solo me siento...

—Ponte de rodillas. No te entiendo si me hablas desde ahí arriba.

Estaba sorprendida; si de alguien no se esperaba aquella reacción era de él. Se agachó con torpeza y obedeció.

—Ahora igual te entiendo. Sigue.

—Me siento muy bien aquí; solo que estoy enojada con lo que ha pasado con mi señor.

—Después de diez años, alguna razón tendrá. En vez de enfadarte de ese modo, deberías esperar a que te lo explique cuando regrese. ¿No crees, Yelina?

—Sí, señor. —Cerró los ojos—. Tiene razón.

«El problema es que siempre has estado al margen de todo. Sus confianzas son parte de tu culpa, amigo.»

—Tu señor me ha dicho que le montaste un numerito antes de irte. Entenderás de quién es la responsabilidad por su falta de tiempo de castigarte, ¿no, Yelina?

Se movió en el suelo y asintió.

—Supongo que de usted. Siento mi trato inicial; estaba molesta, no quería ofenderlo.

—Confundes la ofensa con la indignación. —Levantó las cejas—. Levanta los brazos por encima de la cabeza y apóyalos en la nuca. Roberto no os suele castigar como lo haría Dominic; usaré, pues, su método. El fino, aunque puede ser mucho más insoportable porque se alarga más en el tiempo que un castigo corporal. —Hizo una pausa y se inclinó hacia adelante—. ¿Por qué te da vergüenza? ¿No estás acostumbrada y a esto?

—Señor —le costaba hablar—. Lo estoy con mi señor... Pero soy tímida con el resto...

—Oh... —dijo con sorna—. Vergonzosa después de todo lo que pasó cuando fue castigada por su osadía... Increíble. No me lo creo.

Se levantó y se dirigió al armario. Sacó algo y se volvió a aproximar a ella. Para sorpresa de Yelina le colocó un collar con una argolla en el cuello, enganchó a continuación una cadenita de plata de más o menos seis metros y la ancló a la pata de la mesa.

—Por Dios... —Susurró—. Pero...pero....

¿En qué momento había cambiado aquel hombre?

—Seis metros, llegas al baño y a la cocina. —Sonrió y le acarició la mejilla con la parte externa de la mano—. Lo justo.

—Ha cambiado... —Susurró mirando la cadena.

«Sí, nena, pero estabais demasiado ocupados resolviendo problemas familiares para verlo; y lo que queda...»

—No digas tonterías. Tienes pendiente un castigo. Tu señor me ha dejado esa parte para mí. —Le levantó la cara sujetándola por la barbilla y le metió la lengua en la boca, mordisqueando su labio con cuidado—. Si eres buena chica y te portas bien igual puedes... disfrutar de lo que creías que tendrías nada más entrar por la puerta...

Sintió su mano descender por el vientre, rozó su pelvis y acarició su sexo.

—Va a ser una buena zorrilla, ¿verdad, Yelina? —Metió el dedo dentro de ella y le sonrió.

—Sí, señor...

—Vas a portarte bien... —Ahora rozaba con la yema su clitoris—... Y no me enfadarás, ¿verdad, Yelina?

—Sí, señor —jadeó y a punto estuvo de bajar las manos de la nuca—. Sí...

—Bien... —Sacó el dedo y lo chupó sin dejar de mirarla—. Porque si no... te puedo asegurar... que no saldrás de la terraza en todo el fin de semana. —Guiñó un ojo y la besó en la frente—. Y ahora vete a tu rincón; te avisaré si necesito algo de ti.

Colgó el teléfono y se quedó observándola durante unos minutos. Yelina se mantenía de rodillas y miraba al suelo. Bien educada. Roberto era un artista en el arte de la disciplina y eso era algo que siempre le había llamado la atención. Ni se movió cuando se acercó a ella y cuando sus zapatos estaban a punto de rozar sus rodillas ella lo miró.

—¿Tienes hambre?

—Un poco, señor.

Se alejó hacia la cocina y, tras unos minutos, volvió con un cuenco de porcelana blanca en la mano. Yelina se entristeció. Estaba claro lo que pretendía hacer, pero, para su sorpresa, él se acuclilló, deslizó los dedos en el cuenco y sacó un trocito de manzana que le introdujo en la boca.

—¿Está buena? —Se chupó los dedos y volvió a coger un trozo, esta vez de pera—. Eso es...

—Sí, señor —susurró ella masticando con ganas—. Está muy buena.

—Ahora fresa. —Metió los dedos en su boca y ella cogió con la lengua la fruta—. Mmm... —Lamió sus labios y volvió a meterle un trocito de fresa en la boca—. Así me gusta...

¡Oh, estaba muy fresquita! Se relamió los labios y masticó otro trocito de fruta; esta vez piña y luego manzana y frambuesa. Mateo se alejó de ella y se sentó en el sofá. Se colocó el cuenco entre las piernas, sacó un trozo de fresa y se lo puso sobre la palma de la mano.

—Vamos... Ven a comer...

Sonrió y, al hacerlo sus hoyuelos, se marcaron en la comisura de su boca y pareció un ángel. Yelina gateó hasta él y, abriendo la boca, sacó la lengua y cogió el trocito de fruta.

—Esa es mi chica... ¿Otra?

Asintió sonriendo. Mateo sacó una frambuesa y ella la cogió con la lengua. Luego se aproximó a él y se la metió en la boca.

—La que tiene que comer eres tú, no yo, Yelina —susurró con picardía—. Abre la boca. —Ahora era un trocito de manzana—. Cómetela...

Mmm... Qué lascivo sonaba esa orden en su boca. Yelina masticó con timidez la manzana y luego se pasó la mano por los labios.

«El hombre malo duerme.»

¿Por qué no se acostaba con ella? La estaba atormentando un poquito.

—Acábatelo todo...

16. Mías

Nuestras decisiones a veces no parecen justas, incluso pueden resultar egoístas. Pero no os equivoquéis, no te equivoques. Todo tiene una simple explicación que, con el tiempo, se ve.

Quedaba un día para que su hermana y Dominic regresaran a casa, y Luis no sabía ya qué hacer para no volverse loco. Se sentía pletórico. Sonó el timbre de la puerta y Sara entró con gesto de extrañeza. La besó en la frente y sonrió.

—Entra, niña, siéntate en el sofá.

—¿Pasa algo? —Sara se acomodó, dejó su chaquetita de punto en el respaldo del sofá y lo miró—. Mañana vais Carlo y tú al aeropuerto, ¿no?

—Sí, cielo.

Sonó el timbre y Luis abrió la puerta. Natacha sonrió con dulzura pero al ver a Sara, se puso seria y entró.

—¿Qué hace ella aquí? —Sara se levantó colérica y la señaló.

—Silencio. Voy a dejaros a ambas la situación clara. Siéntate, Sara.

—¡No pienso...!

—¡Obedece!

Su tono sonó tan feroz que las dos se sentaron a la vez asustadas. Luis hizo lo mismo y se recostó en la butaca frente a ellas. Se frotó suavemente los labios con el dedo y las miró.

—En el momento en que alguna de las dos no esté de acuerdo con lo que voy a decir, tiene plena libertad para levantarse e irse, pero, si os quedáis, no voy a tolerar una conducta desleal, un gesto fuera de lugar o un comentario salido de tono. ¿Está claro?

Sara apretó los labios y miró de reojo a Natacha, que asentía con la cabeza.

—He preguntado si está claro —repitió contundente—. ¡Contestad!

—Sí.

—Sí, señor.

Se inclinó hacia atrás y colocó una pierna sobre la rodilla.

—No voy a menospreciaros a ninguna de las dos. Tú, Sara, llegaste sabiendo que estaba Natacha; tú, Natacha, sabes que Sara me quita un tiempo importante. ¿Estamos de acuerdo?

—Sí —contestaron al unísono.

—Bien, Sara, tú eres la más problemática. Me encantas, eres una niña maravillosa, pero, sin embargo, sabes que no cumples con las necesidades que tengo. Vale que cubres una parte de mí que necesito como el aire... Eres osada, tienes frescura y te quiero así, no podría usarte. Tampoco es lo que tú quieres, lo tengo claro. ¿Cómo solucionaríamos eso? ¿Estarías dispuesta a dejar que hiciera contigo lo que deseara para cubrir lo que necesito?

Sara levantó la vista con los ojos empañados en lágrimas.

—Dime —prosiguió.

—No creo... —Su voz se quebró.

—No llores, Sara —la voz de Natacha la hizo mirarla. Apoyó su mano sobre la pierna de la niña y le sonrió.

—Os adoro a las dos; sois mi puzle. No puedo prescindir de los valores que cada una, a su modo, me da. No puedo elegir, Sara. Antes de que tú aparecieras en mi vida, ella me ayudó a pasar momentos horribles. No puedo prescindir de lo que ella me entrega porque me marcharía, pero tampoco puedo sacarlo de ti porque no eres una esclava. Te haría mucho daño, lo sabes. —Miró a Natacha, que parecía emocionada—. Sin embargo, si esto no funciona, aún rompiéndome el corazón lo justo sería abandonaros a ambas y quedarme del mismo modo que estaba antes de que llegerais.

—¡No! —Sara comenzó a llorar desconsoladamente.

Natacha le puso la mano la rodilla y apretó.

—Calma... Sara...

—¡No puedes hacer eso!

—Calma.

La niña no paraba de llorar. Natacha tragó saliva y le apretó más fuerte la pierna para que se tranquilizara.

—Voy a salir de esta habitación, voy a dejaros solas, quiero que habléis, quiero que os entendáis, no quiero que os veáis como enemigas. La única forma de hacerlo es de este modo. —Dicho esto se levantó—. Juntas o solas... Sois libres de decidirlo.

Se dirigió a la puerta de la entrada y la abrió.

—Os puedo asegurar que os quiero con toda mi alma, pero, si tengo que seguir solo, no dudaré. Me voy a la oficina; cuando vuelva, si aún seguís aquí, las dos —recalcó—, empezaremos de cero. Tenéis dos horas.

Tras esto cerró la puerta y al poco, más allá del portón metálico, sonó el rugido del motor del coche.

—No llores, Sara.

—¡No es justo, no es justo!

Natacha la miró.

—Sara, si no aceptamos lo que dice nos va a dejar. Mira, no es justo, lo sé, pero ese es el poder que le hemos dado nosotras. Sara, por favor, escúchame, no soy tú enemiga; nos quiere igual pero nos desea de distinta forma, no podemos darle nada solas... Eso solo lo puede hacer Samara.

Sara lloraba sin parar.

—¡No me gustan las mujeres! —sollozó.

Natacha empezó a reír y la niña la miró indignada.

—¿Por qué te ríes?

—A mí tampoco me gustan, Sara.

—¿Ah, no?

—¡Oh, vamos, claro que no! No somos Yelina y Xiamara; él no quiere eso, tonta. Sé lo que hiciste en la boda de Dominic, estuviste con un tal Malbaseda. ¿Se puso celoso? No, ¿verdad?

Sara frunció el ceño, se secó las lágrimas y asintió.

—Sara, podemos llevarnos bien... —Se quedó pensativa y se encogió de hombros.

—¿Como hermanas? Catínca últimamente ya no sale a comprar ropa conmigo...

Natacha la miró y suspiró aliviada. Sonrió y la besó en la frente.

—Como hermanas.

—¿Sabes? —dijo—. Tengo que reconocerte algo. Cuando conocí a Romina y su sumiso, un chico guapísimo, me dieron muchísimas ganas de hacerle lo que hacía ella.

Natacha empezó a reír.

—Puedes pedírselo a mi... a nuestro señor. ¿No te das cuenta de que podemos hacer infinidad de cosas maravillosas?

—¿Tú crees que me dejaría? ¿No se pondría celoso?

—Oh, Sara, nosotras le completamos; él jamás impediría que a ti te hicieran lo mismo.

Sara sonrió, se sonó la nariz con un pequeño pañuelo que sacó del bolsillo y la miró con dulzura.

—Se me ocurre una cosa —dijo emocionada—. ¡Vamos a la oficina a buscarlo!

—¿Cómo?

—Sí, dijo que vendría en dos horas. Ha pasado una, vamos a darle una sorpresa.

Sara saltó del sofá y cogió su chaqueta. Tiró del brazo de Natacha y la arrastró hacia la puerta.

—Yo no sé conducir pero tú sí—dijo eufórica—. ¡Corre!

Varios juicios pendientes de resolución habían llegado por correo electrónico y Luis estaba bastante contento con las sentencias. Por lo menos en ese aspecto, Dominic recibiría muy buenas noticias; aunque el fiscal ya les había informado de la posibilidad de ganarlos todos, nunca se podía asegurar con total contundencia. Saludó a todos con su adorable sonrisa y llamó a su secretaria.

—¿Los informes que te pedí?

—Señor, no encuentro la documentación. Pedro está de vacaciones y no tengo la llave de la cajonera de su oficina.

—No importa, la tengo yo.

Rebuscó en su despacho y pasó a la zona de administración, el avispero de la empresa. Se rio. Le habían preguntado por Dominic, y cuando les había dicho que se había casado y estaba de viaje de novios, todas se habían quedado petrificadas. Doce mesas. Las había contado infinidad de veces, diez mujeres, dos hombres. Un avispero.

—Dominic casado —dijo una de las chicas acercándose a él—. No lo imagino. ¿La muchacha que venía a verlo?

—Sí. —Luis se sentó en el puesto de Pedro y abrió la cajonera—. Ahora ya sabéis todas oficialmente que no le gustan los hombres.

Todas se rieron al unísono.

—¿Cuándo te casas tú, Luis? Con lo guapo y dulce que eres cualquiera de nosotras aceptaría. —Volvieron a reírse.

—Yo soy muy raro, Marta. —Sacó las carpetas y trasteó con los papeles—. Aquí están.

—No me imagino al jefe casado y en la playa. Da tanto miedo —dijo otra—, pero está tan bueno...

—Si yo te contara —susurró—. Vaya lengua que tenéis, como se nota que es agosto y falta Dominic.

—Yo tengo ganas de verlo, bueno, y de verla —dijo Marta—. No la vi aún. Me dijeron que es realmente bonita y además muy humilde y sencilla. Me imaginaba una diva prepotente.

—Es la mejor. —Luis cerró la cajonera y se encogió de hombros—. La mejor...

Todas chachareaban mientras él volvía a colocar en la mesa las carpetas y revisaba los documentos que necesitaba. Se agachó entre la silla y la mesa para coger un bolígrafo que se le había caído, y entonces la oyó.

—¡Luis!

Se incorporó. Al otro lado del espacio de administración vio a Sara. Abrió los ojos y se quedó pálido. Todos miraron hacia Sara. La cara de Luis era un poema. La muchacha corrió entre las mesas, saltó sobre sus rodillas y empezó a besuquearlo por toda la cara sin prestar atención a nadie más.

—No, no deberías estar aquí. ¿Cómo demonios... —bajó la voz—... has venido?

Natacha apareció por el mismo sitio que ella y también saltó sobre él y empezó a besarlo.

—Oh, madre mía —susurró Luis. Se levantó nervioso, se arregló la chaqueta del traje y tosió—. Las dos al despacho. —Miró de reojo, todos estaban en silencio y miraban la escena desconcertados—. Al despacho —dijo entre dientes—. ¡Ya!

Salieron disparadas y se volvió hacia los empleados.

—Esto —susurró— tiene una explicación lógica y sensata.

—Estoy flipando —dijo el único chico que había—. Flipando.

—Ya... —afirmó encaminándose hacia el despacho—, ya hablaremos. No saquéis conclusiones precipitadas. —Abrió la puerta y se frotó la frente—. Vengo ahora —carraspeó—. Seguid trabajando, por favor.

17. Marco Malbaseda

¿Te recuerdo una vez más que nada es lo que parece?

Encendió un cigarrillo y clavó la mirada en la muchacha. Caminó alrededor de ella, se detuvo delante de la joven y, cogiéndola de la barbilla, levantó su cara.

—¿Te has portado bien en mi ausencia, Alba?

—Sí, mi señor —contestó la joven.

—¿Mi preciosa zorrilla española tiene hambre? Bene...

Metió los dedos en su boca, la abrió, se inclinó hacia ella y olió su pelo, sus mejillas, su precioso cuello, fino y alargado.

Sonó la puerta y un hombre de traje oscuro asomó la cabeza por la abertura.

—*Signore, ha chiamato*—musitó— Linea 1. Urgente.

Cogió el teléfono, volvió frente a la joven y se soltó los botones del pantalón liberando su miembro.

—Tienes que empezar a aprender mi idioma, Alba —susurró—. Fai il tuo lavoro. Noi.

La muchacha abrió la boca y comenzó a lamer su sexo. Pulsó la tecla del teléfono y le acarició la cara.

—Sí —dijo firme— ¿Has averiguado algo? Sí. Eso es raro. Muy raro. Perfecto. —Se apoyó en el canto de la mesa y enredó muy despacio los dedos con su pelo—. Sigue por ahí, la semana que viene viajo a España, lo quiero todo. Cueste lo que cueste.

Colgó el teléfono y sujetó por el pelo a la joven. La apartó de él y sonrió con malicia.

—*Alla tua posizione* —dijo—. Eso lo entiendes, ¿verdad?

—Sí, mi señor. —La joven sonrió y se colocó a cuatro patas de espaldas a él.

—Te voy a apuntar a clases de italiano —afirmó con sorna—, de inmediato.

18. Regreso

Se acabó la calma, volvemos a casa y con ello...

Adiós, Bali, adiós a los maravillosos días de sol, piscina y tranquilidad. Suri, en su cuello, dormía profundamente. Dominic con veinte periódicos, el móvil quemando y una azafata nerviosa cada vez que tenía que decirle que debía apagar todos los dispositivos; él la miraba con ira y obedecía.

Bajaron los últimos, Dominic no soportaba las colas de gente apretujada y ansiosa por fumar un cigarrillo. Recogieron las maletas y salieron a la zona VIP con la intención de esperar a Carlo y su hermano y no morir aplastados por las masas de turistas que invadían el complejo.

—¡Sam! —Lo vio trotar escaleras arriba. Saltó sobre ella y la besó histérico y nervioso—. ¡Oh, mi Sam, qué ganas tenía de verte! Estás morenísima.

Carlo llegó más tarde, frunció el ceño y farfulló:

—Esto es increíble, tío. Se apea del coche, sale corriendo y me deja en mitad del aeropuerto. Samarita, ¿qué cojones es eso? —Pestañeó, miró hacia uno de los sillones y escudriñó el bulto. La perrita gruñó y se movió nerviosa—. ¡Un ratón!

—Es un perro —dijo Dominic.

—Eso no es un perro, es un ratón. —Carlo se inclinó, la perra le gruñía—. ¿Me está gruñendo esta pulga?

—Sí —Samara la cogió y se la enseñó.

—¡Qué chiquitita! —exclamó Luis.

—Eso no es un perro, es un hámster. —Carlo la cogió con una mano—. Mis dogos se la comerán.

—¡De eso nada! —dijo Samara—. Me la regaló Dominic.

Carlo y Luis miraron a Dominic y luego se miraron.

—Bueno, venga, vamos. Tengo el culo plano de tantas horas de vuelo.

—Cenamos todos en casa —dijo Luis mientras bajaba las escaleras automáticas de acceso al *parking*—. Así nos ponemos al día.

—Miedo me da —dijo Dominic—. ¿Tengo que empezar a poner demandas?

—No, de momento, no.

—Mucho me extraña.

19. Quédate a mi lado

Todo... Lo queremos todo. Ese es parte de nuestro control. Cerca... muy cerca. Siempre...

—Estás preciosa, Su. Pocas veces veo tus piernas con tacones.

Se acercó a ella y la besó en la mano, hizo que se diera la vuelta y miró su cuello.

—Tengo algo aquí para esas marcas. —Se acercó a un aparador y abrió el cajón—. Lo compré hoy de la que volvía de ver un tema de trabajo con Roberto y creo que es lo más adecuado.

—¿Maquillaje?

—Este es especial. —Sacó la esponjita, la impregnó en la barra marrón y comenzó a taparle con cuidado las señales—. Esto no volverá a pasar. No volveré a hacerte caso.

—Darío...

—No —dijo con firmeza—. Es mi última palabra.

Levantó su vestido plateado y observó su ropa interior.

—Permíteme... —le dijo soltando los botones de su espalda y dejando caer el vestido en el suelo—. No te muevas.

Lo oyó detrás, luego volvió y desabrochó el sujetador, deslizó con los dedos las braguitas y se las sacó despacio hasta dejarla desnuda. Sintió la esponjita en las zonas de la espalda y el culo que quedaban a la vista por el escote.

—Levanta los brazos. —Su voz suave y dulce la ponían en alerta—. Eso es...

—Darío —susurró—. Mañana regreso a Quimera...

—¿Por tu padre?

Sus dedos rozaron su sexo desde atrás y la besó en un hombro.

—No... pero creo que....

—Quieres irte —dijo con tristeza.

—Oh, no —dijo—, pero no quiero estar estorbándote. Roberto y tú tenéis tanto que hacer que...

La volvió hacia él y la miró sorprendido.

—No te vayas, Su.

—Darío, esta no es mi casa, yo...

—Puede serlo si tú quieres.

Lo miró y negó con la cabeza.

—Darío, ¿qué dices? Estás loco. —Se rio nerviosa, suspiró y besó su boca.

—Te dije que no volverías a estar sola, Su. No sé a qué creías que me refería, pero a tenerte a trescientos kilómetros no.

—Madre mía, Darío. —Se movió, pero Darío la sujetó con fuerza del brazo y tiró de ella hacia él—. No... No sé si...

—Ya.

La sentó en la cama y la tumbó.

—¿Qué haces? —Catinca no entendía nada.

—Voy a follarte.

—¡Tenemos una cena dentro de una hora!

—Ajá —contestó, y se puso encima—. No tengo prisa; es más, no nos iremos hasta que aceptes mi proposición.

Se desabrochó los pantalones, se quitó la camisa y mordió uno de sus pezones.

—¡No puedes hacer eso!

—Puedo hacer lo que me da la gana. Eres mía.

—¡Darío!

—Separa las piernas, Su...

—¡No!

Se incorporó, se alejó y regreso con una cuerda.

—Vale, entonces no me dejas otra opción.

Tiró de su tobillo, enrolló la cuerda y lo ató al piecero; luego cogió el otro, le separó las piernas e hizo lo mismo en el otro extremo. Catinca quedó totalmente espatarrada al borde de la cama. Darío se colocó sobre ella y le sonrió.

—Voy a repetirlo...—dijo penetrándola muy despacio—. ¿Quiere, mi preciosa muñequita, quedarse conmigo en esta... maravillosa casa? —Hizo un gesto cómico y empujó abriendo levemente la boca—. ¿Eh?

—Dios mío... Espera... Podemos hablarlo...

—Ya lo hacemos. —Se movió y ella jadeó como una loca—. Es mucho más divertido así... Cuando estás a punto de correrte, pedirte las cosas es más sencillo—. Le besó la barbilla, la boca y la nariz y empujó una vez más clavándose en ella con firmeza—. Accedes a todo.

—Para, por favor... —Estaba excitadísima—. Eso no es justo...

—Lo sé. —Hizo un puchero y la embistió—. Lo siento —dijo con ironía, luego se rio y le pasó la lengua por los labios.

—Oh, para, por favor... por favor... no lo soporto.

—Contesta.

—Podemos... —susurró—. Podemos, probar... un tiempo...

Otra vez mordió su labio, suavemente esta vez. Le cogió la cara con una mano, mordió su cuello y se movió dentro de ella, haciéndola gritar de placer.

—Sí... No pares...

—Pararé si no me dices lo que quiero escuchar.

—Vale —susurró ansiosa—. Vale, probaremos.

—¿Eso es un sí?

—Oh, sí...

Se apartó de golpe y la dejó descolocada.

—¡Darío!

—Es una forma de que adores esta casa. —Le besó la punta de la nariz—. Hoy no dejarás de pensar en volver a casa para acabar... lo que empezamos.

20. Por una razón

Me apetece de mil formas. De mil maneras distintas.

Llenó la bañera con agua caliente, jabón y unas bolitas de aceite que siempre usaba. Se colocó la pequeña toalla de manos en el hombro y salió al salón. Yelina llevaba toda la tarde de rodillas en el salón y, para su sorpresa, no se había quejado ni sentado en ningún momento. Le quitó la correa del cuello y la levantó. Sintió en su gesto el leve dolor y la atrofia de todo el día, mientras intentaba ponerse recta y caminar.

—Vamos al agua —musitó entrando en el aseo.

—Permítame que lo desnude.

Mmm... Como le gustaba. Sus largos dedos desabrochaban con rapidez el cinturón, deslizaban el pantalón, y poco a poco iba dejándole totalmente desnudo. Oía a albaricoque; aquel jabón le recordaba a su infancia y a los baños que su madre le preparaba en el pueblo cuando volvía del colegio y antes de merendar aquellas tostadas de pan de leña con crema de cacao. Entró en la bañera y se sentó en un extremo. Extendió la mano y ayudó a Yelina a entrar. Esta se sentó entre sus piernas y apoyó la espalda en su pecho.

—¿Bien?

—Sí, señor...

Estiró las piernas y las subió sobre el zócalo de la bañera. Mateo cogió la esponja y se la pasó por los hombros, los pechos, la cara y parte del cuello. Yelina, con los ojos cerrados, parecía levitar; de vez en cuando se arqueaba y la curvatura de su estómago emergía entre la espuma formando una imagen sensual que empezaba a despertar a Mateo poco a poco.

«Te la clavaría aquí mismo.»

Deslizó los dedos por su vientre y pasó la esponja por su sexo. Lo abrió con la esponja lentamente y apretó para dejar que la espuma saliera y se metiera dentro de ella. Un suave gemido salió de Yelina y le provocó una convulsión en el miembro.

—Tu señor ha llamado... —susurró—. Volverán mañana antes de comer a buscarte...

Yelina no dijo nada, estaba demasiado ida. Sus dedos ahora se metían dentro de ella mientras con la otra mano le abría el sexo con delicadeza. Ella se aferró a sus brazos y suspiró profundamente al notarle excitado, rozándola en el culito.

—Yelina... ¿me estás escuchando? —mordió su lóbulo y lamió el interior de su pabellón.

—Sí... señor...

«Yelina, Yelina... me apetece... de mil formas.»

—Tenía que castigarte —le susurró—. ¿Lo entiendes, verdad? —La levantó suavemente y se clavó en ella. Yelina se aferró a los bordes de la bañera y meneó la cadera.

—Mi señor se lo ordenó... —jadeó y ladeó la cara para besarlo.

—Eso es... —Estaba sentada sobre él y empezaba a moverse ansiosa—. Y yo tenía que cumplir su castigo...

Era deliciosa verla moverse. Sus caderas bailaban en círculos mientras subía y bajaba al compás de sus contoneos como si fuera una bailarina oriental, como si en cualquier momento aquella mujer levantara los brazos y girara como una diosa. La observó, rodeó con sus manos sus pechos y presionó sus pezones suavemente. Yelina se arqueó y con destreza soltó el cordoncito metálico del tapón del agua y el nivel comenzó a bajar rápidamente.

—No... aquí no...

Existían muchos sitios maravillosos para hacerla suya y no era ese el que tenía pensado. La desencajó de él, salió de la bañera y la arrastró literalmente sobre la encimera del baño.

«Sitios maravillosos, una mierda...»

Mmm... Qué bonita estaba sentada con las piernas abiertas. La observó durante unos segundos, sus manos jugaban con su pelvis, se contoneaba hambrienta invitándolo a ir, a jugar con ella con su mirada lasciva y esa sensación que le provocaba siempre de: «Hazme daño».

—Yelina... —susurró—, siempre tan osada... y sucia... —La atrajo hacia él y se enterró en ella—. Y a la vez.... tan educada y obediente... Mmm...

—Hágalo ya...

—¿El qué? —Quería oírsele decir.

—Fólleme, señor...

—Otra vez.

—Úseme, señor...

Empezaba a desquiciarse. Sus labios se pegaban a su oreja y le susurraba con picardía mientras su sexo la apuntaba rozando su piel y la contenía por las caderas para que no se clavara sola.

—¿Y qué más, Yelina?

—Yo puedo darle todo lo que desea... Está cambiando, señor...

Mateo se rio y la penetró unos centímetros, pero se quedó parado y la miró.

—Qué... más...

—Yo puedo ser lo que desea... Puedo ponerme de rodillas y suplicarle que me castigue... Que me trate mal y que suelte sus demonios... Siempre soy muy complaciente, cuando mi señor me permite serlo con usted...

—Que educadita eres, Yelina. —Ladeó la boca con ironía y se clavó un poco más, pero luego se apartó otra vez hasta dejar su sexo en la entrada de ella—. Dame más... sigue...

—Puedo... —jadeó nerviosa, estaba loca por seguir—, puedo...

Mateo la embistió y Yelina no pudo seguir hablando. Soltó un grito y se aferró a su cuello.

—No te he dicho que te calles, sigue... ¿Qué más puedes darme?

—Me gusta que me azote... que me castigue... que me diga todo lo que tengo que hacer y cómo debo comportarme... eso me pone cachonda... La disciplina me excita y me invita a ser más zorra... y a veces... —jadeó—, a veces... me gusta ser mala porque así... mi señor... me castiga... Es excitante verlos enfadados... Cuando se enfadan nos follan duro... Son más crueles y retorcidos y ese dolor... es... apetitoso...

«Mmm, Yelina, susúrrale eso a un hombre y desatarás tormentas.»

—Toda una joya... —Metió las manos bajo sus nalgas y la levantó en el aire—. Qué suerte tengo...

La llevó a la habitación y la tiró sobre la cama. Pasó su lengua por sus labios, su boca. Estaba sobre ella y seguía contoneándose como una ramera ansiosa. Mojada... Estaba empapada, notaba la humedad de sus labios cuando la rozaba con el miembro. Deslizó los dedos por su sexo y luego los chupó.

—Vamos a ver tus virtudes... —susurró en su oreja—, como *felatriz*...

«No estoy cambiando, soy diferente.»

Tiró de sus tobillos y la bajó hacia la parte inferior de la cama. La dejó tumbada boca arriba y él se tumbó literalmente casi sobre su cara. Yelina abrió la boca y él le clavó su miembro. ¡Guau, qué jodido lo tenía para moverse! Si hubiera querido liberarse de su sexo lo tenía difícil.

«Una buena forma de follarte su boca...»

Ahora le acariciaba los testículos con las manos y pasaba suavemente el dedo por su ano. Jugaba haciendo círculos en torno a él mientras se tragaba su erección al compás de sus movimientos. Se separó de ella. Si hubiera alargado ese tormento posiblemente la hubiera ahogado. Se rio para adentro con esa imagen y, al quedarse de rodillas con la cabeza de Yelina entre las piernas, la miró.

—Saca esa lengua y lame...

¡Y qué gusto! Ella sabía cómo hacerlo. Parecía un gato lamiendo sus pelotas mientras seguía jugando con la entrada de su ano. Luego volvía a su miembro y lo movía suavemente sin dejar de chuparlo y besarlo. Metió la palma de la mano por debajo de su cabeza y la levantó levemente para encajársela una vez más.

—Vamos, Yelina... Deberías ser una experta tragando....

Una mala postura... Rozaba su paladar y le costaba. Se apartó de ella y la volvió de espaldas y colocándola a cuatro patas. Ahora tenía ese coñito apetitoso abierto delante de sus narices y dudaba si enterrarse o atormentarla un poco más...

—Debería follarte pero...

—¡Oh, señor, por favor, hágalo ya! —Estaba desesperada por que la hiciera suya—. Se lo suplico.

Respiró profundamente y se apartó de ella. Sonrió.

—Prefiero que me prepares la cena —le espetó saltando de la cama.

«Despistada, Yelina...»

Se despertó tarde y Mateo ya estaba desayunando en el salón mientras leía la prensa. Cada vez se mimetizaba más con el clan de Quimera, era gracioso, pero Mateo había cambiado en esos últimos meses y no estaba segura de si era consciente de ello. Pero cada vez se parecía más al resto del grupo. Por una parte se apenó. La dulzura que desprendía el primer día que entró en la finca la había embelesado; no obstante era ese el plan, ser como ellos, como realmente se suponía que era él.

Dudó si sentarse a su lado pero, cuando vio que palmoteaba la silla de al lado, se apresuró a devorar uno de los bollos dulces que había sobre la mesa.

—Las doce y media, dormilona. —Mateo se levantó y le sirvió una taza de humeante y delicioso café—. Ya te vale...

—Perdone, debería haberle preparado el desayuno. —Sonrió y cogió la taza—. Gracias.

—Roberto acaba de llamar, está a media hora de aquí. Desayuna y vístete rápido. Te acompañaré a la calle. Se han adelantado.

—Señor... —Estaba descolocada—. ¿Por qué no se ha acostado conmigo? ¿No le gusto ya?

La miró con los ojos entrecerrados y no pudo contener una suave risa falsa.

—Ah, Yelina... Mi labor era castigarte, que no estuvieras sola y cuidarte—engulló otro bollo y suspiró—. ¡Claro que me apasiona! Siempre hay tiempo, no era el momento.

Estaba triste, seguía sin comprender por qué la marcha de Roberto y Xiamara, por qué la mantenían al margen de lo que estuvieran haciendo y nadie le decía nada.

—Usted ya sabe por qué se fueron, ¿verdad? Le oí susurrar al teléfono...

—Sí. Yo ya lo sé. No debe preocuparte.

—Pero, señor...

Le mostró un gesto de enfado y miró el reloj.

—Termina de comerte eso. Tienes que vestirme ya.

Después de varios minutos Yelina salía con su maleta y ya lista para irse. Su cara reflejaba agotamiento. Tenía claro que apenas había dormido esa noche y que se le notaba. Sonó el telefonillo.

—Ahora bajamos. —Mateo le abrió la puerta y la invitó a salir—. Hoy cenamos en casa de Carlo; alegre esa cara, Yelina.

Subieron al ascensor y descendieron los cinco pisos. La ayudó a bajar la maleta por las escaleras de mármol y se paró antes de abrirle la puerta.

—Yelina, no estés nerviosa... No le des vueltas a la cabeza.

Yelina sollozó y se apartó el pelo de la cara. Le conmovió su angustia. Se volvió y la cogió por los hombros.

—Estás en otro planeta, nena. —Se rio—. Te acabas de sacar el carnet de conducir, ¿no?

Lo miró sorprendida.

—Sí... ¿Cómo lo sabe? ¿Por qué me pregunta eso?

Mateo meneó la cabeza sin acabar de creer la caraja de fin de semana que llevaba esa mujer.

—Y qué día es hoy, Yelina...

—Domingo.

—Yelina, por Dios, mes, día... Céntrate...

Yelina abrió los ojos como platos y se le aceleró el corazón.

—¡Bingo! Cayó de la parra.

—Es mi cumpleaños...

Mateo abrió la puerta y fuera estaba Xiamara montada en un precioso deportivo plateado, balanceando con sorna una tarjetita brillante. Roberto parecía pelearse con la zona de pago del aparcamiento.

—¡Felicidades! —gritó Xiamara meneando los brazos como loca—. ¡Yeli! Mira qué bombón....

—¡Oh, madre mía! ¡Madre Mía! —Saltó a sus brazos y la besuqueó. Xiamara salió del coche y la achuchó entre sus brazos.

—Perdona, Yeli. Si te decía algo, me mataba.

Roberto apareció por la derecha y se colocó al lado de Mateo.

—Recuérdame —le susurró—, que no vuelva a venir de copiloto con una puta chiflada al volante, por favor.

Mateo soltó una carcajada. Roberto traía la cara congestionada y se arreglaba el pelo y la camisa con aire sibarita. Yelina saltó a sus brazos y a punto estuvo de tirarlo de culo en la acera. Lo besuqueaba como loca y luego emocionada volvió hacia el coche con Xiamara.

—Quinientos kilómetros con los huevos de corbata —musitó él.

—Ya será menos.

—No bajó de ciento ochenta por las autovías. Creo que adelantamos al radar.

—¡No jodas! —Mateo no paraba de reír—. No se acordaba de su cumpleaños. —La miró mientras se sentaba en el asiento del piloto y acariciaba el volante nerviosa y emocionada.

—Nunca se acuerda; es triste pero hasta que me conoció jamás nadie le regaló nada.

21. Una vida normal

Hasta mi vida cambia, veo las cosas diferentes, las personas que me rodean...

Entró en la oficina a primera hora de la mañana y saludó a la recepcionista. Subió al ascensor, salió al pasillo y miró el reloj mientras se dirigía a la sala del café. Varias empleadas desayunaban afablemente y al verlo se levantaron de las sillas y le saludaron.

—Buenos días, señor.

—Hola. Seguid —dijo frunciendo el ceño al verlas tiesas frente a él.

—Felicidades, señor, por su boda —dijo una.

—Ah, gracias. —Le dirigió una sonrisa forzada y se sirvió una taza de café—. ¿Luis?

—En administración, señor.

Salió de nuevo al pasillo, atravesó la planta y divisó las mesas. Era increíble, a medida que avanzaba en dirección a ellos parecían tersarse y cambiaban varias veces de postura. ¿Era tan terrorífico?

—Señor, felicidades. —Varias mujeres le sonrieron y asintieron con la cabeza cuando pasó.

—Gracias, muy amables. Luis... —Se paró en seco ante la mesa de Luis y dirigió una mirada a todo el entramado de mesas, ¿cuántos años llevaba trabajando toda esa gente para él? No tenía ni idea, ni siquiera los conocía un poco.

—Mira los informes.

Luis le pasó los papeles y Dominic apoyó el culo en una de las mesas. La mujer que estaba detrás se movió nerviosa y miró de reojo a su compañera. Se volvió hacia ella.

—¿La molesto?

—Oh, no, señor, en absoluto. No... no —tartamudeó.

Qué cómico le resultaba ese momento. Nadie hablaba, ni siquiera los teclados sonaban de fondo. Levantó la vista, sorprendió a dos empleadas mirando hacia él y estas giraron su silla y revolvieron papeles disimuladamente. Cerró la subcarpetas y se la devolvió a Luis.

—Vale. Son buenas noticias. —Se levantó y cogió la taza.

Su secretaria apareció como siempre a gran velocidad, con la agenda y un bolígrafo en la mano, y empezó a hablar atropelladamente.

—Señor, tiene varias llamadas urgentes.

Se volvió lentamente, bebió de su taza y suspiró.

—Ana —dijo—. ¿Cuántos años llevas trabajando para mí?

La joven hizo un gesto de extrañeza.

—Cinco... Cinco años, señor —contestó tartamudeando.

Luis frunció el ceño. No entendía adónde quería llegar.

—¿Estás contenta?

La mujer empezó a moverse nerviosa. Se frotó la sien y sonrió.

—Sí, claro, señor. —Miró al resto y se aferró la falda con una mano—. Estoy muy, muy bien aquí.

—Bien. —Caminó hacia el despacho—. Yo contigo también —dijo con serenidad—. Que esperen esas llamadas. Luis, tu hermana viene más tarde.

Se alejó tranquilamente y Luis se volvió hacia Ana. La pobre chica tenía una expresión de susto en la cara y lo miraba con los ojos muy abiertos.

—Bueno —dijo él—. Creo que eso ha sido un cumplido, niña. A su manera, pero lo ha sido. —Se rio, le pasó la mano por el hombro y se alejó en dirección a su despacho.

Doce del mediodía. Samara atravesó la zona de recepción. No había nadie, subió en el ascensor y pulsó el último piso. Estaba guapísima; se había propuesto estar irresistible esa mañana. El primer día que entraba en el edificio de Dominic como su mujer. Un vestido blanco veraniego, unas sandalias de tacón inmenso y su moreno Bali. Se miró en el espejo del ascensor y sonrió. Salió al pasillo y allí estaban el grupo de empleadas de Dominic, reunidas en torno a varias mesas mientras los teléfonos sonaban rabiñosos y varios hombres de traje iban y venían con pilas inmensas de carpetas.

—Buenos días —dijo pasando a su lado.

—Buenos días —contestaron a la vez—. Felicidades, señora.

¿Señora? Eso había sonado a tercera edad. Se volvió, sonrió y avanzó por el pasillo en dirección al despacho mientras notaba sus miradas felinas clavadas en su trasero. «Sí, llevo tanga y me siento bien.» Entonces paró en seco delante de la puerta y recordó las palabras de Dominic.

—Mierda... —susurró—. El maldito tanga.

Era tarde, abrió la puerta tras llamar y lo vio sentado a la mesa con dos hombres frente a él, rodeados de papeles. Dominic le hizo un gesto para que entrara y los hombres se levantaron, sonrieron y salieron rápidamente del despacho.

—Hola —susurró ella.

—Hola. —La miró de arriba abajo y frunció el ceño—. ¿Hay una fiesta y no me enteré?

—No, me apetecía aprovechar la ropa de verano con este calor.

—Levanta el vestido —ordenó.

Miró el tanguita y se reclinó en el sillón de piel.

—Lo sé, me lo quito... —farfulló.

—Lo haré yo. —Se levantó y pasando por delante de la mesa le levantó la ropa—. Sujeta el vestido hacia arriba.

Deslizó los dedos por las tiras laterales y bajó despacio la ropa interior. Quedó apoyado en una rodilla y al mirar hacia arriba clavó la vista en su sexo.

—Date la vuelta y apoya las manos en la mesa, princesa.

—¿Ahora?

—Mmm... Sí. Vestido arriba y piernas separadas.

—Dominic, la puerta está abierta.

—Nadie entra en mi despacho y, si lo hace tu hermano, no creo que eso te importe mucho.

Obedeció, se apoyó en la encimera y separó las piernas. Sí, estaba realmente hermosa así. Sus piernas interminables, rectas y morenas parecían no terminar nunca en aquella cadera estrecha y perfecta.

—¿Has llamado a tu oficina?

—Sí. Empiezo en un par de días. —Comenzaba a temblar.

—Bien —susurró—. ¿Qué has hecho esta mañana?

Lo miró confundida; en aquella postura era algo incómodo entablar una conversación.

—Cosas por casa, jugar con Suri... Luego fui de compras...

—¿Tienes hambre?

Sonrió y se movió nerviosa.

—De comida, digo.

—Ah, bueno, un poco. —Hizo un gesto pícaro.

Dominic se inclinó hacia ella y, sin dejar de mirar hacia la puerta, se acercó a su oreja.

—Te diré qué vas a hacer. —Miró el reloj—. Tengo media hora antes de la última reunión. Vas a cerrar la puerta con llave, te vas a quitar el vestido, vas a correr esas venecianas que dan a la sala de juntas y vas a venir a gatas hasta donde está tu marido. Me gusta verte a gatas, pones... —Movié la mano en círculos a modo de barítono—, ese gesto salvaje y sucio que me gusta.

—Pero...

—No he terminado —la interrumpió—. Luego te vas a sentar en ese sillón, vas a colocar una pierna en un brazo, la otra en el otro y vas... a tocarte para mí. Hoy... estoy... poético. Será la vuelta al trabajo, necesito ver algo que me inspire.

Ella se puso roja como un tomate y lo miró.

—¿Pasa algo? —le preguntó lentamente.

—No —dijo—. Me... me sorprende tu petición.

—Ese es el fin, cariño mío.

Movié la cabeza hacia la puerta y Samara obedeció sus órdenes. Se sentó en la butaca y subiéndose el vestido se colocó como él se lo había pedido. Dominic se sentó en el sillón de enfrente, cruzó las piernas y entrelazó los dedos de las manos apoyando los codos en los reposabrazos.

—Adelante —dijo—. Tócate.

Nunca le había pedido algo así. Samara estaba algo descolocada, pasó los dedos por sus piernas y rozó su clitoris suavemente. Dominic no miraba su sexo, se mantenía concentrado en su cara con una expresión realmente aterradora y seria. Eso la cohibió. Rozó sus labios y sintió una leve excitación al tocar de nuevo su clitoris y sentir los dedos mojados. Suspiró, la miraba con una leve sonrisa de medio lado. Al notar que se movía levemente sus sentidos se activaron y jadeó muy suavemente. Sí, él se estaba poniendo cachondo; aun con su mirada furtiva y su serenidad, notaba que empezaba a moverse de vez en cuando a medida que ella se excitaba más y más. Movié el dedo índice y Dominic bajó la mirada.

—Chúpalo —ordenó—, y métetelo.

Así lo hizo. Lamió despacio su dedo y, sin dejar de mirarlo, se lo metió dentro. Otra vez lo vio removerse en la butaca e hinchar las fosas nasales. ¡Sí... le estaba gustando, jamás lo había hecho, pero él se estaba poniendo tan cachondo que eso hacía que ella se excitara cada vez más! Dominic... Dominic... tus gestos te delatan... Ahora se arqueó y sus pechos emergieron bajo la luz del despacho apuntando directamente con sus pezones hacia donde estaba él. Samara rio suavemente y volvió a meterse el dedo para luego lamerlo con lascivia. Jadeó, él se pasó la lengua por el labio inferior y volvió a centrar la vista en su cara, sus mejillas sonrosadas, sus mechones desparramados por su boca, su frente y sus pechos. Descruzó las piernas y ahí estaba, a punto de reventar; al verlo, Samara levantó la cadera y su sexo quedó totalmente expuesto ante él.

—Qué sucia.

—Fóllame —lo dijo sin pensar, de golpe. Se movió nerviosa y arqueó la espalda.

Aflojó la corbata y la fue soltando lentamente.

—No pares. Sigue, Samara.

Estaba a punto de estallar de placer. Movía sus dedos con destreza, observaba su gesto, su cuerpo reaccionaba a lo que veía y se moría de ganas de que saltara sobre ella y la hiciera suya. Cuando lo vio levantarse se le aceleró el corazón. Dominic dejó caer la corbata sobre el sillón, se desabrochó la camisa y tiró de su brazo con tanta fuerza que a punto estuvo de salir disparada al otro sofá. La levantó en el aire, la sentó en la mesa y metió la lengua en su boca, empujó su pecho colocando la mano en su cuello y la tumbó sobre la cálida madera del escritorio. Cerró los ojos y oyó el tintineo de su cinturón, sus dedos pasando por su sexo y mojándose a su

paso mientras tiraba levemente del pendiente de su pezón y le hacía gemir, de dolor y de placer al mismo tiempo.

Se inclinó hacia adelante, volvió su cara hacia un lado y cuando su mejilla se apoyó en la madera acercó los labios a su oreja y pasó la lengua por ella.

—Tienes...—susurró—, diez minutos para hacer que me corra.

¡Ah, iba a darle algo! Se medio incorporó, se metió su sexo dentro y comenzó a moverse suavemente sobre la encimera mientras se colgaba de su cuello y pegaba su pecho a él. Se quitó bruscamente las sandalias de dos movimientos, apoyó los pies en la encimera doblándose brutalmente y tiró de él hasta notar que su miembro se clavaba hasta doler. Sí... Dominic ronroneó, pasó la lengua por sus labios y meneó el culito haciendo círculos.

—Eso... está bien... —le oyó decir.

Levantó la cadera, apoyó las palmas de las manos en la mesa y volvió a girar el culito mientras se metía y sacaba aquel endemoniado tormento que empezaba a transportarla fuera del edificio, de las calles, dirección cielo y subía por su espalda como un rayo provocándole descargas que la hacían acelerar brutalmente las caderas una y otra vez.

—Y eso... —Dominic tiró de su nuca atrayéndola hacia él.

Samara tenía las rodillas totalmente flexionadas, separó más las piernas y observó su sexo hinchado dentro de ella. Moviò la cadera, sacó su miembro levemente y volvió a empujar. Una vez más, otra... Era delicioso, delicioso ver cómo desaparecía, cómo su miembro hinchado, húmedo y ansioso, desaparecía una y otra vez dentro de ella. Dominic apoyó las manos en la mesa y la empujó; ahora era él el que parecía acelerar el ritmo, el que se iba.

—Mueve esa cadera... más... —La besó—. Rápido...

¡Ah, ahí estaba! Calor, humedad, empezaba a retorcerse dentro de ella y al verlo fuera de sí no lo soportó más y se abandonó a lo inminente; jadeó con tanta fuerza que tuvo que taparle la boca para que no la oyeran gritar, mientras le susurraba.

—Shh... Shh... No grites...

Frenó de golpe respirando a gran velocidad y tensó las mandíbulas, dudó, soltó su boca despacio y negó con la cabeza.

—Samara... —dijo recuperando el aliento—, la próxima vez que te dé por gritar así...

—Lo siento... lo sé... perdona... —jadeó.

Dominic miró hacia la puerta, se apartó de Samara y se arregló la ropa. Cogió la corbata y se la colocó con elegancia frente al espejo de la pared. Ella se vistió, se peinó como pudo y lo miró.

—Te han debido de oír en dos plantas —dijo, se acercó a la mampara y abrió discretamente dos lamas de las cortinas venecianas—. Joder...—Habría como veinte personas allí sentadas esperándolo.

Se volvió y frunció el ceño.

—¿Mucha gente?

—Todos.

—¡Qué vergüenza!

Se puso la chaqueta del traje y la besó.

—Ve al restaurante, llévate a tu hermano. Tardaré media hora.

Entró en la sala de juntas y saludó. Se sentó en la cabecera de la mesa y miró la pantalla de proyección de uno de los lados.

—Bien... —dijo, levantó la vista y frunció el ceño.

Uno de los abogados se levantó y comenzó a exponer nervioso uno de los próximos casos, mientras observaba a la gente, la cara de susto de las mujeres que lo miraban algo cohibidas y una leve risita en alguno de los abogados más antiguos del bufete.

—Señores, por favor —soltó de pronto—. Intentemos concentrarnos en la pizarra. —Señaló la pizarra y levantó las cejas—. Esto es la pizarra, no mi cara.

Volvió la silla dándoles la espalda y negó con la cabeza varias veces.

22. La caja de pandora

Empieza el tormento...

Primer día de trabajo: preciosa y radiante. Se había despedido de él en la puerta de la oficina y ahora atravesaba las filas de mesas en dirección a su despacho. Sus amigas y compañeras saltaron como locas al verla.

—¡Samara! Es increíble. ¡Tu boda! —Estaban nerviosas—. ¡Fue alucinante! ¡Increíble!

—Yo tengo alguna laguna pero fue maravilloso —dijo otra—. ¡Queremos que hagáis más fiestas así! ¡Oh, Dios mío, qué hombres!

—Gracias, me alegro. Sí, son todos encantadores. —Tragó saliva.

Uno de sus compañeros, Richard, se acercó a ella.

—Samara, no te agradecí lo que hiciste con mi proyecto y Armani; sé que no gustó inicialmente y gracias a que lo conocías...

—Oh, no tienes nada que agradecerme, Richard.

—Te lo hubiera dicho antes, pero entre mis vacaciones, las tuyas y tu boda hace meses que no coincidimos.

La abrazó y la besó en la mejilla.

—Por cierto, qué calladito lo tenías. ¿Así que te has casado con el demonio en persona?

Lo miró sorprendida.

—¿El demonio?—preguntó riendo.

Richard soltó una carcajada.

—Así lo conocían cuando aquel caso tan sonado que defendió. Nadie daba un duro por el empresario, estaba hasta el cuello con las pruebas que el fiscal tenía contra él y va tu marido y gana el juicio. Por eso lo llamaban así; decían que si pactabas con el demonio salías de cualquier marrón. —Se rio e hizo un gesto melodramático con las manos—. ¡La señora de Romano! ¡Guau!

Samara le empujó y le abrazó con cariño.

—Richard, qué tonto eres.

—Te han dejado un paquete esta mañana en el despacho; será algún regalito de esos tíos buenos de tu boda —dijo otra compañera abriéndole la puerta y señalando la mesa.

—Gracias, Teresa, voy a ponerme al día; luego hablamos, chicos.

Cerró la puerta y se sentó frente al escritorio. Era un pequeño paquete envuelto en un papel azul oscuro con un bonito lazo rojo en el centro. Dentro había una bonita *tablet* y un sobre con una frase escrita por fuera en cursiva: «Felicidades por su boda». Encendió la *tablet* y en el escritorio tan solo pudo divisar un diminuto icono que ponía: «Vídeo». Pulsó sobre él y se abrió un archivo que la dejó totalmente fuera de juego. A medida que el vídeo avanzaba comenzó a sentir los latidos del corazón embistiendo su pecho; la tensión, la angustia y las ganas de llorar empezaron a bombardearla. Dejó la *tablet* sobre la mesa y cogió el sobre.

Querida señora de Romano,

Ante todo felicitarla por su boda. Ese vídeo que acaba de ver es una copia de lo que puede llegar a todos los medios de comunicación; claro está, a menos que coopere. Si avisa a su marido, será enviado. Si avisa a su socio, será enviado. Si habla de esto con cualquier persona, el vídeo será enviado y creo, señora de Romano, que la repercusión puede ser brutal. Al final de esta carta tiene una dirección y una hora. Sea sensata. Acuda.

Sintió una terrible punzada en el vientre y se inclinó hacia adelante.

—Santo cielo... —Se retorció y volvió a poner el vídeo.

Miró el reloj, eran las nueve de la mañana, tenía que estar en el otro extremo de la ciudad en dos horas. Las piernas le temblaban, le faltaba el aire y se mareó. ¿Quién estaba haciendo eso? ¿Por dinero?

Cerró los ojos y comenzó a llorar. Se levantó de la silla y se tambaleó.

—¿Y ese vídeo? —susurró—. Dios mío... Ayúdame...

Un motel a las afueras. Quizá no debería estar allí; sin embargo no podía hacer otra cosa. Llamó a la puerta y entró. Al fondo de la habitación, un hombre vestido de traje oscuro permanecía sentado en una butaca mirando hacia la puerta.

—Hola, Samara. Por favor, aproxímate.

Joven, no tendría más de treinta años, nariz algo ganchuda, boca inmensa y una tez color canela, bronceada.

—¿Quién eres?

Le sudaban las manos; otra vez una punzada en el vientre le hizo parar en seco. Estaba nerviosa, mucho.

—Acércate, por favor, y siéntate. —Señaló una silla.

—¿Qué quieres? —preguntó tensa—¿Dinero?

—¡Siéntate! —gruñó.

Su ferocidad la asustó. Se sentó de inmediato y sujetó su bolso con ambas manos sobre las rodillas

—¿Te ha gustado mi regalo de boda? —se rio.

—Hijo de puta...

Se incorporó y le cruzó la cara haciéndola caer al suelo. Tiró de su brazo y volvió a sentarla en la silla. Otra punzada más intensa la dobló hacia adelante.

—Oh, perdóname. No querría dejarte marcas —dijo con sorna—. Intenta no tocarme las pelotas. Si escuchas, entenderás. Si no, tu marido mañana será el protagonista de todos los telediarios y, claro está, su socio también. ¿Sí?

Se apoyó en el pequeño escritorio y cruzó los brazos.

—Pregunto: ¿sí? —dijo con odio.

—Sí.

—No le des vueltas a las cosas, Samara; no quiero tu dinero, solo te quiero a ti. Entera.

Lo miró asustada. No entendía nada de lo que estaba pasando. ¿A ella? ¿Por qué?

—No... —Negó con la cabeza una y otra vez.

—Claro que sí —ensombreció el rostro.

Comenzó a llorar, el hombre se acercó y la arrancó el bolso de las manos. Se agachó y la miró con ironía.

—¿Quién eres? ¿Por qué haces esto? —sollozó.

—Porque me apetece.

Pensó en un cliente de Dominic, pero no tenía sentido, no era él quien salía en el vídeo. Cerró los ojos con rabia cuando sintió las manos del hombre sobre sus rodillas, deslizándose por sus muslos y colándose por su sexo.

—Ese tal Luis lo pasó muy bien con esa putita adolescente, ¿eh? Parece que no entendía que la chica no tenía la edad que decía. Parafilias y excentricidades de ricos... Ya ves... Un día te pueden meter en problemas. Sobre todo cuando tus juegos y actividades son colgar a zorritas jóvenes de ganchos en los bares y más cuando esas niñas tienen papás políticos importantes.

Tiró de ella y la dejó de rodillas.

—Deja de llorar —le ordenó.

Otra punzada en el vientre pareció partirla en dos. El hombre se quitó la chaqueta del traje, la colgó con elegancia dentro de un armario empotrado y se volvió hacia ella.

—Bien, señora de Romano... —musitó avanzando hacia ella con un aire petulante—. Empieza el espectáculo.

23. Truco o trato

Nos enseñaron a ser desconfiados por naturaleza, nos enseñaron a ser crueles hasta con nosotros mismos.

Fumaba un cigarro apoyado en la pared. El callejón apenas le permitía mirar más allá de las escaleras de incendios que emergían de los edificios, varios contenedores putrefactos y un par de gatos que le hicieron sobresaltarse un par de veces. Lo vio avanzar a través de la oscuridad como una aparición fantasmagórica. Un hombre de no más de cuarenta años, mirada amenazante y ojos extremadamente grandes. Lanzó la colilla contra el suelo y se incorporó con el maletín.

—Señor Malbaseda —dijo al hombre—. Me alegro de conocerlo por fin. —Le extendió la mano y sonrió nervioso.

—¿Lo mío? —preguntó él.

—Aquí, señor, está todo lo que nos pidió. Creo que no necesitará nada más.

Observó al hombre abrir el maletín con sumo cuidado y revolver su contenido. Parpadeó varias veces y metió la mano en el bolso interior de su chaqueta.

—Puedes contarlo. Está todo —le dijo entregándole un sobre.

—No será necesario, señor Malbaseda.

—Te llamaré si preciso algo más —musitó.

—Será un placer.

Lo miró con suma seriedad y asintió con la cabeza. Se giró y avanzó por el callejón. Un inmenso Audi negro emergió repentinamente, un hombre vestido de chofer salió del vehículo, abrió la puerta y Malbaseda desapareció tras los cristales tintados.

24. Mis demonios

Y otra vez, la oscuridad se cierne sobre mí...
Sonríe. Sonríe como nunca, el mundo es bonito a fin de cuentas...

—Señor, ha venido un mensajero con un paquete urgente para usted.

Ana entró discretamente en el despacho, dejó el sobre acolchado y se retiró. Miró la hora, otra vez las nueve y media de la noche; pensó que debería subirle el sueldo a esa mujer. Nunca se había quejado por las horas de más; tampoco se atrevería quizá.

Miró a través de los cristales del ventanal, ya estaba anocheciendo. Terminaba el verano, los días se empezaban a acortar, la noche envolvía las calles. Abrió el paquete, un DVD. Frunció el ceño y miró el remitente. Nada. Metió la mano en el sobre pero no había absolutamente nada dentro. Necesitaba llegar a casa, necesitaba sentarse con ella y preguntarle qué demonios le estaba pasando, qué era lo que la estaba haciendo cambiar de aquella forma tan extraña esos días. Se levantó, se sirvió una copa y metió el DVD en el vídeo. Dio un trago a su copa y encendió.

—Ponte de rodillas.

¿Qué demonios...?

—Eso es... preciosa, sonrío mi amor, me gusta... tienes una sonrisa igual de bonita que tú...

—Gracias, señor.

Depositó la copa en la mesa de cristal.

—Ahora ven... acércate, mueve ese culito para mí...

Se llevó la mano al pecho y se inclinó hacia atrás.

—Sonríe, Samara... Tienes un cuerpo increíblemente sexy.

—Gracias, señor.

—Me gusta. Me gustan tus pechos, tu sexo...

Se tapó la cara con las manos y volvió a mirar la pantalla del televisor. Se aflojó la corbata, se inclinó hacia adelante y todo se nubló.

Cuando entró en casa, Luis dormitaba en el sofá con el pequeño perrito dormido en el pecho. Se sobresaltó al verlo como una estatua en mitad del salón, observándolo dormir sin apenas hacer un mínimo ruido.

—¿Qué pasa, Dominic?

—¿Dónde está? —Tenía la mirada perdida.

Se frotó los ojos y dejó a Suri en el sofá.

—Arriba, creo que duchándose. ¿Qué pasa, amigo?

—Ve a por ella —susurró.

—¿Qué demonios...?

—Ve a por ella, por favor.

Tan solo dos minutos después Samara bajaba las escaleras con la toalla enroscada en el cuerpo y gesto de suma tristeza.

—¿Dónde estuviste ayer? —le preguntó.

—Tomando algo con mi amigas, Dominic, te dije que...

Le dio tal bofetón que cayó al suelo chocando con su hermano, que a punto estuvo de caer con ella.

—¡Dominic! —Luis se adelantó— Dominic... que...

La cogió por el brazo y la arrastró al despacho. La tiró al suelo dejándola de rodillas mientras Luis los seguía totalmente descolocado. Este intentó agarrar su brazo, pero Dominic se volvió hacia él con ferocidad.

—Luis —dijo enfurecido. Levantó el dedo índice y apuntó a su cara—. Antes de que interfieras, deberías ver, lo que hace tu hermana cuando sale a tomar «copas».

Se frotó la frente. Samara ni siquiera se había quejado, no se movió; se mantenía de rodillas, en silencio, totalmente destrozada y sin apenas emitir un sonido. Dominic encendió la pantalla del televisor e introdujo el disco en el reproductor. Luis se quedó petrificado. Sus pupilas se dilataron y se llevó la mano al pecho.

—Sam... —susurró— No... No puede ser, tiene que haber una explicación para...

Dominic se dejó caer en el sofá, no miraba la pantalla, miraba el suelo, movía los ojos de un lado a otro buscando una explicación a todo aquello.

—Dime algo, Samara —dijo Luis—. ¡Samara!

—No me acosté con él, solo me tocó... —llegó a decir.

Dominic comenzó a reír como un loco, levantó los brazos y miró al cielo.

—¡Oh, santo cielo, qué peso me quitas de encima! —Se levantó y volvió a darle otro bofetón que la tiró al suelo. La levantó agarrando su cara y la miró—. ¿Cómo has podido hacerme esto? —Su voz era desgarradora—. ¿Cómo me has traicionado de esta manera?

—Dominic... —Tenía tanto miedo, sentía tanto dolor dentro que apenas podía respirar, y aquella maldita punzada en el vientre volvió de nuevo haciéndola contraerse—. Yo te quiero...

—¿Cómo...—cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza—... has sido capaz de esto, Samara?

Luis se apoyó en la pared apretando su pecho a punto del infarto.

—¿Qué has hecho, Sam? ¿Qué has hecho? —repetía una y otra vez—. Estás sonriendo... —Miraba la pantalla y se frotaba la frente nervioso.

—¿Te obligó? —Dominic se incorporó y apagó la televisión.

«Mi amor, no puedo decirte nada, no puedo decirte nada, no hasta que me dé la cinta original.»

—No...

Cerró los ojos y se apoyó en la mesa de trabajo.

—¿Por qué? —su voz era tan débil que partió el alma de Samara en dos.

Luis se levantó del suelo y salió de la habitación dando un portazo.

Sintió de nuevo aquel dolor intenso. Negó con la cabeza y apretó los labios.

—Te vas de copas y pasa esto... No... —Lanzó de golpe un pisapapeles y reventó uno de los cristales de la ventana—. ¡No tiene sentido!

Se acercó a ella, se agachó y le cogió la cara con firmeza.

—Dime... dime algo... maldita sea.

—No —dijo llorando—. ¡No tengo nada que decirte!

Dominic se apartó, totalmente desorientado y con los ojos sin apartar la vista de ella. Tensó las mandíbulas, respiró con fuerza y se dirigió a la mesa.

—Vístete y vete —ordenó—. ¡Fuera!

25. Dime que eres mía

Mi mundo se derrumba y mientras tanto el resto construye fortalezas...

Entró con la maleta en la mano y la emoción que podría embriagar a cualquier adolescente el primer día que compartía piso. La dejó en la entrada y lo miró. Darío estaba al final de hall, las manos en los bolsillos, sus eternos rizos por la cara y una expresión infantil.

—Ya está todo —dijo Catinca—. Darío, si esto no sale bien...

—Saldrá.

—¿Por qué estas tan seguro?

—Porque te quiero, Su. —Avanzó unos pasos hacia ella y se detuvo—. Y quiero cuidar de ti.

Catinca se rio avergonzada y, al moverse, la pulserita del tobillo tintineó. Era así, Darío siempre sería el eterno Peter Pan de su cuento. Su mirada dulce, sus ojos inyectados en sentimientos y, al mismo tiempo, el mismo reflejo de la bipolaridad más retorcida y extrema. Permanecía a un metro de ella, inmóvil, su dulce sonrisa y sus ojos brillantes, su precioso cuerpo, su fino jersey negro y sus pantalones de traje impecables.

—¿Quieres bailar? —dijo y profirió una sonrisa tan devastadora que Catinca creyó morir en ese mismo momento—. ¿Eh, Su?

—Sí, quiero bailar.

Respiró profundamente y miró hacia la ventana.

—Desnúdate.

Soltó los botones dorados de su blusa y la dejó caer en el suelo; luego deslizó su falda, sus braguitas y se descalzó. El suelo estaba frío, contrastaba con aquel calor intenso que su mirada le transmitía. Estaba a los pies de la amplia escalinata y lo miraba expectante mientras se mantenía inmóvil repasando cada curva de su cuerpo.

—Sígueme. —Se volvió y avanzó por el pasillo hasta una habitación.

Entró tras él, era preciosa. Estaba repleta de muebles antiguos, cortinas de terciopelo, las paredes estaban forradas de maderas nobles, varias lámparas de Tiffany se distribuían por las mesas. Alfombras persas, un amplio sofá de terciopelo y, al fondo, una inmensa cruz.

—Vaya... —susurró—. Es impresionante. ¿Y aquello?

—Restauro todo tipo de muebles, Su; incluso los que vienen de la época de la Inquisición —se rio.

—Es una cruz de San Andrés —dijo pasando los dedos por la madera—. Antigua...

—Una reliquia —susurró a su lado—. Me costó mucho conseguirla porque había un extranjero pujando por ella sin tregua. —Tocó los anclajes de cuero de un extremo y se dio la vuelta—. La usaré contigo algún día.

Al fondo, había un armario de madera con dos inmensas puertas batientes decoradas con flores de acanto. Lo abrió y se volvió.

—Colócate en el centro de la alfombra, Su, de pie, y levanta los brazos.

Catinca estaba nerviosa, notaba los latidos de su corazón a cien por hora, no tenía claro qué iba a hacer. Se acercó a ella con algo en la mano y deslizó dos preciosos brazaletes plateados por sus brazos. Luego, volvió a alejarse y regresó con algo que tintineaba metálico.

—Antiguamente —dijo haciendo que se volviera—, las esclavas llevaban esto.

Una especie de juego de cadenitas muy finas brillaron al pasarlas por delante de su cabeza. Parecía un collar. Las cadenas rodeaban sus pechos, llegaban hasta el centro de ellos donde una arandela circular quedaba fija en su vientre; de ella salían otras dos cadenitas muy finas hasta las caderas. La braguita era una fina tira metálica que se unía a la parte superior con dos enganches, pasaba por debajo de sus glúteos y dejaba al aire todo su sexo y el culito. Darío señaló al fondo de la habitación y se vio en un espejo vertical que descansaba en la pared.

—¿Ves? —susurró colocándose detrás de ella—. Estás preciosa, tu sexo, tu culito, todo al aire y, aun así, como si llevaras un precioso *body* de cristal alrededor de tus pechos y tus caderas. Preciosa...

—Es muy bonito —dijo—. Parezco una bailarina exótica.

Notó como tiraba de las cadenas que pasaban por debajo de sus nalgas y se abría entera.

—Oh, vaya... —Se rio—, tiene truco.

Darío tiró un poco más, su sexo se abrió violentamente y el culito quedó totalmente expuesto del mismo modo.

—De eso se trata, Su —musitó suavemente en su oído.

Pasó por delante y le extendió la mano, tiró de ella y la hizo girar sobre sí misma. ¡Cómo se recreaba! ¡Cómo disfrutaba de aquellos pequeños detalles que solo hacían que se intensificara la excitación y el nerviosismo que sentía por saber qué vendría después!

Volvió al armario y regresó con una cajita en la mano. Se sentó en el sofá y le hizo un gesto para que se colocara entre sus piernas.

—Ponte aquí de rodillas, Su —dijo.

Se moría de ganas de besarle, de quitarle toda aquella ropa y cabalgar sobre él desesperadamente. ¿Cómo conseguía en ella aquella necesidad? Su calma, su dulzura y su suavidad. Le levantó la cara por la barbilla y le besó la nariz.

—¿Nunca te maquillas?

—No. ¿Te gustaría?

—Lo haré yo —soltó de pronto—. Un poco... tienes los ojos muy rasgados y grandes.

¡Dios la había escuchado! Darío se quitó el fino jersey y se quedó medio desnudo a pocos centímetros de ella. Le levantó la cara, frunció el ceño y abriendo la cajita sacó un fino pincel y comenzó a perfilar con destreza sus ojos.

—Me haces cosquillas —rio.

—Su, pórtate bien... No te muevas. —frunció el ceño.

Ella pasó la palma de la mano por su pecho y lo acarició con suavidad. Estaba caliente, caliente y suave como el de un bebé. ¡Ah, quería que terminara ese tormento y la hiciera suya ya!

—Su —dijo serio—, estate quieta o te dejaré como un cuadro picassiano. Chúpate los labios.

Catinca se pasó la lengua por los labios con gesto pícaro, él la miró, se rio suavemente y meneó la cabeza.

—Abre la boca. Eso es... Perfecta. —Señaló al espejo—. Vamos, mírate.

Volvió la cara y quedó petrificada. Realmente estaba impresionante; sus ojos estaban enmarcados por unas finas líneas negras que la hacían felina. Su boca con un tono marrón en los labios parecía enorme y eróticamente perfecta.

—Oh, Darío —dijo—. Es increíble ¿Quién te enseñó a maquillar de esta manera?

—Restauro muñecas, Su... —Le guiñó un ojo—. Ahora el pelo.

Verlo mover el cepillo en su cabeza, mientras los músculos de su pecho estaban a tan solo un palmo de su boca, fue un tormento mucho mayor que cualquier castigo. De vez en cuando pasaba la yema del dedo por sus pezones y Darío la miraba y negaba lentamente con la cabeza. Sin embargo era muy difícil no tocarle, no desear horriblemente lamerlos e incluso mordisquear su estómago cuando se inclinaba y le ataba el pelo con una coleta alta. ¡Ah, el olor de su piel! Era realmente delicioso. Cuando acabó y volvió a mirarse en el espejo, no era ella. El pelo tenso en aquella coleta alta le daba un aspecto increíblemente bello; sus ojos rasgados, su boca inmensa, y aquella pequeña y fina purpurina de sus mejillas, le recordaron a las bailarinas perfectas de la boda de Dominic.

—¡Guau! —susurró—. Me veo...

—Como eres... Increíblemente bella.

Se acercó al espejo y se observó en totalidad. Se volvió y movió los brazos como si danzara. Darío le sonrió y meneó la cabeza, se sentó en uno de los sillones de terciopelo burdeos y la dejó moverse, mientras danzaba por la habitación y se miraba en el espejo una y otra vez.

—¡Qué guapa estoy!

Se volvió hacia él, le hizo una reverencia con los brazos extendidos y se llevó las manos al pecho en señal de respeto.

—Mi, señor... —susurró con seriedad—. Ya estoy lista para lo que desee.

—Vale —dijo—. Baila para mí. —Señaló un pequeño mueble también de madera—. Seguro que encuentras algo que te recuerda tu... infancia.

Catinca obedeció. Dentro del mueble había una cadena de música y varios CD en cajas de cristal.

—¡Oh, Jocelyn Pook! —gritó—. Como en La Baraka.

—Deléiteme, señorita —dijo acomodándose—. Baila para mí.

Y qué hermosa estaba, con aquella finas cadenas que al compás de sus giros tintineaban, su hermosa figura, aquellas miradas desquiciantes, su cadera loca y lenta arqueándose una y otra vez. Pasó la lengua por su labio inferior y se removió en el sillón. ¡Era tan hermosa! Catinca se colocó delante de él, se giró dándole la espalda y se inclinó hacia adelante. ¡Locura! Su sexo desde atrás emergió cual fruta prohibida ante sus narices.

—Alto —dijo—. No te muevas...

Seguía la música, los suaves acordes indios de la melodía y sus dedos se deslizaron por su sexo mientras lo abrían con destreza. ¡Oh, madre de Dios! ¿Cómo se podía soportar aquello? Se incorporó como un misil y la llevó hacia la cruz. No, no iba a esperar. De espaldas a él, le ató las muñecas a las correas de cuero y separando sus piernas hizo lo mismo. Ahora sí. Ahora separó las cadenas de sus nalgas y aquel sexo apetitoso emergió nuevamente ante sus narices. Besó su espalda, su hombro, deslizó las manos por delante y apretó con fuerza sus pechos hasta que la oyó gemir de placer y de dolor.

Catinca levantó el culo y sintió el bulto de su pantalón contra él, el tintineo del cinturón, el sonido de la tela, suave, despacio, siempre sin aquella necesidad de prisa o ansia que aun así se reflejaba en sus ojos como un lobo hambriento.

—Oh, Su... Si supieras la cantidad de cosas que puedo hacer contigo nena...—susurró rozando su culito con la punta de su sexo hinchado y ansioso—. Mi preciosa muñeca... —Pellizcó su pezón y ella gritó—. Mía...

—Darío, no lo soporto más....

Sintió la presión en la entrada y sus manos pasaron por delante y, aferrándose a los extremos de la cruz, empujó con fuerza. Sí... La perforaba, necesitaba mover las manos como loca pero sus brazos estaban totalmente anclados a la madera.

—Sí... —le susurró y pellizcó el otro pezón—. Todavía recuerdo aquellos zapatitos de charol que te ponías cuando eras niña. —Se clavó con más intensidad y su estómago chocó con su espalda—. Tu vestido azul, tus lazos...

—No pares... más fuerte....

—Tú mirada sucia de niña bien... y cómo bailabas...

Mordió su cuello y aceleró su movimiento. Catinca solo podía contonear levemente el culo, apenas tenía espacio, estaba totalmente anclada a aquella cruz y al tensar los brazos notaba el dolor del cuero en su fina piel.

—No pares... más...

—Y ahora...

Era obsceno, se apartó de ella, salió de dentro y un fino hilo de flujo se balanceó entre ambos. Pasó los dedos por él y se los metió en la boca haciendo que los chupara desafortunadamente.

—Ahora eres mía.

—Sí...

—Te haré gozar como una perra. —La besó en la mejilla y la bombeó acompasadamente—. Me suplicarás una y otra vez más... ¿verdad, Su?

—Sí, lo haré... Lo haré...

—Y serás buena. Obediente...

—¡Sí! —gritó ansiosa. Sentía una descarga desquiciante por la espalda y al sentir sus movimientos más violentos se abandonó desesperadamente mientras la apretaba con fuerza el pezón derecho—. Sí... sí... sí...

Aquella sensación, atada, totalmente expuesta a él. Desprovista de cualquier posibilidad de escapar, de luchar por liberarse o huir de su tortura deliciosa. La embistió una última vez y tembló entre sus brazos. Tensó las muñecas, su espalda, y gritó como en su vida lo había hecho.

26. El plan

Hasta yo que creí tenerlo todo bajo un control total me doy cuenta de que nada es lo que parece.

Bajó del taxi con Suri entre sus brazos y abrió el portal de su antigua casa. Olía a cerrado. Entró, dejó la bolsa en el suelo y a la perrita en el sillón. Otra vez la terrible punzada la hizo inclinarse hacia adelante. Cayó de rodillas y empezó a llorar. El desconocido le había dicho que la cinta original la tendría en su poder en dos días. Sin embargo, no tenía claro si había actuado como debiera y temía que se la entregara igualmente a los medios de comunicación. Quizás todo aquello era una locura y realmente estaba cometiendo el error más grande de toda su vida. Recordó con suma congoja la expresión de su hermano y la angustia en los ojos de Dominic. Sintió el sonido desagradable del teléfono móvil en su bolso. Un sonido poco familiar, la melodía de que alguien que no estaba en su lista de contactos quería ponerse en contacto con ella.

—Te llamaré en dos días y en persona te daré la cinta.

—¿Cómo puedo confiar en que cumplirás tu parte?

—Porque no te queda más remedio, querida.

Se inclinó hacia adelante y se levantó. Notó otra vez aquel dolor intenso de los días anteriores. Una especie de calambre que le apelmazaba el alma, como si algo estuviera a punto de romperse dentro de ella. Se aferró el vientre con ambas manos y presionó con fuerza con la intención de que aquel dolor punzante cesara. Se levantó del sofá y con espanto comprobó que un fino reguero de sangre comenzaba a deslizarse por sus piernas. ¡Maldita sea! ¿Tenía que venirle la regla ahora?

Intentó ir al baño, pero no llegó. La habitación comenzó a dar vueltas y de pronto todo a su alrededor desapareció.

27. Perversa tú

Dicen que la mujer es el juguete más peligroso con el que un hombre puede jugar.

Se sentó a una de las mesas de la terraza y miró la hora. Pidió un té helado y cogió el periódico.

—Siempre tan elegante, Persi.

Se volvió y sonrió.

—Siempre tan hermosa, Romina.

Ella le dedicó una sonrisa mezquina y sentándose frente a él pidió café.

—¿Qué tal con la zorrilla de mi «hermanito»?

Persival levantó ambas cejas en un gesto cómico y dobló el periódico.

—Todo un bellezón —suspiró—. Le llegaría el vídeo hoy; creo que sería recomendable...

—Por supuesto. —Sacó la chequera y le extendió un cheque—. ¿Vuelves a Suiza hoy?

—No, me quedaré un par de días más. Me gustan las mujeres de España.

—Fuiste un buen sumiso, querido. —Romina pidió un refresco y le guiñó un ojo—. Una pena que no pueda seguir disfrutando de tus servicios.

—Romina... Lo has hecho. Pagando pero lo has hecho. —Rio—. No preguntaré qué te mueve, supongo que dinero, como siempre, pero eres deliciosamente retorcida.

Soltó una carcajada y bebió de su refresco.

—¿Qué harás con la cinta? —Persi pagó la cuenta y apuró su té.

—Mandarla a los medios de igual modo. Mañana mismo el mayor periódico de la ciudad recibirá un precioso paquete anónimo con la información privilegiada de las actividades lúdicas de los acólitos de Romano.

—Exquisitamente endiablada. —Se levantó, se colocó el traje, guardó el cheque y le besó en la frente—. Un placer, señora...

—Buen viaje, Persi.

28. Todo oscuro

Esa oscuridad... hacía mucho tiempo que no la sentía dentro de mí.

Hacía mucho tiempo que no sentía aquella oscuridad dentro de él. Las imágenes rebotaban en su mente, su cerebro aún no absorbía todo lo que había pasado en aquella habitación. Ella, el amor de su vida, de rodillas, sonriendo, entregando a otro lo que solo a él debía darle. Se balanceó sobre el puente y respiró profundamente. Si ahora mismo saltaba al vacío seguro que no le dolería. Se rio y se asomó. Qué de agua. Oía a mar. Es un río, debería oler a río. Tremenda borrachera la suya. ¿Hacía cuantos años que no se agarraba una así? Volvió a tambalearse y se apoyó en el borde. La voz de un hombre le sobresaltó.

—¡Oiga! —gritó—. ¡No puede estar ahí, señor!

—Yo puedo estar donde me dé la gana —dijo para sí—. Soy Dominic Romano.

Cinco de la mañana.

Dominic entró por la puerta y Luis vació los pulmones deshinchándose como un globo de helio.

—¡Me cago en la puta, Dominic! —gritó desesperado—. ¿Tienes la jodida idea del tiempo que llevé pensando que te había pasado algo?

—Ya. —Se tambaleó y dejó el abrigo en el perchero.

—¿Estás borracho?

—Un pelín. —Meneó la cabeza y se encogió de hombros—. Pero poco.

—Tienes el teléfono apagado. ¡Santo cielo!

Dominic cayó en el sillón espatarrado como un espantapájaros.

—Joder... —Se acercó a él—. Tiene que haber una explicación, Dominic...

—Sí... —Se rio—. Voy a destrozarle la vida y, cuando termine, no va a quedar ni la radiografía de lo que...

—No sabes lo que dices, estás borracho.

—Un pelín —repitió—. ¿Por qué el río huele a mar? —Lo miró con curiosidad.

—¿Cómo? —Movi6 la cabeza y cogió su brazo—. Joder, tienes que dormir. Vamos, te ayudaré a levantarte.

Tiró de él y lo arrastró escaleras arriba.

—El río debería oler a río.

—Sí, amigo.

—Y huele a mar.

—No tengo ni puta idea de lo que me estás contando.

—Yo tampoco.

29. Mentiras

La mentira es la madre nutricia de este mundo. Se alimenta de todo lo que le sea posible causando el caos y la duda en los hombres.

A través del salón, se sentó en el sofá y depositó la maleta metálica sobre la mesa de centro. Alba, la joven sumisa española, gateó hasta él y besó su pierna.

—*Bella, devo lavorare.* —La apartó y abrió el maletín—. Sube aquí a mi lado, noi.

La muchacha saltó a su lado y se recostó en su vientre.

—¿Ha tenido buen viaje, señor?

—Horrible. —Frunció el ceño y pasó varios papeles—. *Che diavolo è questo?*

Se levantó bruscamente y la joven rebotó contra el sofá.

—Señor, ¿qué pasa?

—Tráeme el móvil —dijo con brusquedad—. *E più veloce!* ¡Corre, niña!

La joven obedeció y desapareció tras la puerta. Marco Malbaseda pasó rápido las páginas, abrió otro informe y se frotó la frente. Alba no tardó en volver con el teléfono. Marcó varias veces pero el interlocutor tenía el teléfono apagado, volvió a llamar.

—*Merda!* —Cerró el maletín con fuerza—. Alba, vístete, llama al aeropuerto y reserva tres billetes para mañana a primera hora. ¡Rápido!

—¿Tres, señor?

—¡Maldita sea, niña, obedece!

Entraron en el edificio como si fueran tres demonios salidos del mismo infierno. Hasta la recepcionista que hablaba por teléfono colgó al verlos pasar a través de la puerta giratoria.

—Venimos a ver al señor Romano —dijo el más alto de todos con acento italiano.

—El señor Romano ha llegado hace poco y ha dado orden expresa de que no le molesten.

El hombre de ojos azules y rostro anguloso se apoyó en la recepción y sonrió.

—Verá como se lo explico, señorita. Voy a coger ese puto ascensor y a subir a ver a Romano. Tiene dos opciones, decirme la planta ahora mismo o esperar a que en media hora su jefe la despida.

—Quinta planta —dijo asustada—. A la derecha, final del pasillo.

—Gracias, guapa.

Atravesaron el pasillo hasta la administración. Miraron de refilón. Todos se quedaron algo estupefactos. Parecían tres matones a sueldo. Ana, la secretaria de Dominic, corrió tras ellos cuando los vio avanzar por el pasillo. Mateo pasó por delante y saludó algo confundido, pues los conocía de la boda. Juraría que aquellos tipos habían estado en Quimera. Aquella mañana todo era extraño. Dominic apenas había dicho nada y Luis también permanecía en el despacho encerrado desde primera hora de la mañana.

—¡Oigan! —gritó la joven—. ¡No pueden entra ahí!

—*Oh, la bella ragazza!* —exclamó Franco Malbaseda sujetándola del brazo y haciéndola girar como si bailara con ella.

Entraron bruscamente en el despacho y cerraron la puerta dejando a la pobre muchacha en mitad del pasillo.

Dominic se volvió en su silla y frunció el ceño.

—¿Y esta visita? —dijo sorprendido—. Marco, Guian y Franco Malbaseda.

Se levantó confundido y se frotó la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Llevó una semana controlando a mi tío, Romano; será que la ambición me puede o que soy mal pensado por naturaleza. Hace unos días, hubo un movimiento de cuentas extraño. Dos millones de euros a una cuenta de origen español. —Se sentó en la silla y se balanceó—. Siéntate, Dominic.

Luis entró en el despacho.

—¿Qué cojones...?

Dominic levantó la mano.

—Espera, Luis.

—A lo que voy —prosiguió Marco—. La cuenta de origen español me llamó la atención; soy perro viejo, Dominic. No me olió bien, creí que estaba desviando fondos de las casas italianas en vistas a su pronta jubilación y pensé: «Bien, te pillé viejo cabrón», pero me equivoqué.

Dominic se pasó la mano por la boca y se reclinó en la silla.

—Dominic, ayer me reuní con el detective que había contratado aquí en España. No vi la información hasta que llegué a casa. La cuenta de desvío está a nombre de Romina y créeme que Jeremías no es la madre Teresa de Calcuta.

—Dominic... —la voz de Luis les hizo volverse—. Enséñales el vídeo.

—¿Qué vídeo? —Marco Malbaseda lo miró extrañado.

—Luis —dijo Dominic desorientado—. Ve a ver a tu hermana al trabajo.

Luis salió disparado. Dominic se levantó, cogió un DVD del bolso y lo introdujo en el ordenador. Marco se quedó totalmente descolocado.

—¿Qué coño...?

—Ese es Persival —dijo Franco Malbaseda—. Joder, ese es Persival.

—¿Quién cojones es Persival?

—Un perro de Romina. Un suizo. Hace diez años lo tenía de sumiso.

Dominic se levantó de golpe. Cogió el teléfono y marcó nervioso.

—Soy Romano. Apunta este número de teléfono, quiero que rastrees su ubicación —dijo al interlocutor—. Sí, llámame.

—Dominic, no me gusta un pelo esto, para hacer eso con tu mujer tienen que tener algo gordo con qué amenazarla.

Se movió nervioso, marcó el número de Samara pero nadie cogía el teléfono. Se tambaleó, todavía le duraba la resaca de la noche anterior.

—Dominic... —Oyó decir a Marco—. Piensa... Piensa qué pueden estar usando.

Sonó el teléfono fijo.

—Romano —dijo él—. Sí, qué hay en esa calle, dime. Tiendas... Qué locales. ¿Correos? La oficina noventa y ocho. —Lo escribió en un papel.

Franco Malbaseda, un joven de una belleza casi insultante, se levantó.

—Me ocupo yo de eso. —Salió rápidamente y desapareció por el pasillo.

—Piensa, Romano, maldita sea.

—Pueden ser mil cosas. Esa hija de puta tiene mucha información. La boda, los...

Sonó el teléfono móvil.

—Luis, dime. ¿Cómo que nadie sabe dónde está? En su despacho... ¿Qué?

Abrió el correo electrónico.

—Sí, lo acabo de recibir. —Pulsó ejecutar y el vídeo apareció de golpe.

Dominic miró a Marco Malbaseda y se llevó las manos a la cabeza.

—Vale, ya sabemos con qué la amenazaban.

—Romina... —Susurró con ira— ¿Qué has hecho, Romina?

—Calma, amigo. Calma. —Guian Malbaseda le apoyó la mano por el hombro.

—Necesito usar tu despacho unas horas para hacer unas llamadas —dijo Marco—. ¿Los tuyos saben algo?

—No, aún no —musitó—. Tengo que ir a buscarla, Marco, usa el edificio entero si es preciso. Os llamaré, pero ahora tengo que encontrarla. Tengo que irme.

—Tranquilo, Dominic, no te preocupes. Nosotros nos ocupamos de todo.

Abrió la puerta. Ana estaba aún de pie frente a ella y temblaba como una hoja.

—Que nadie, a excepción de Mateo, entre en este despacho en mi ausencia —ordenó—. Cualquier cosa que precisen, al instante. ¿Me has entendido?

—Sí, señor.

Salió a toda prisa y se cruzó con Mateo.

—Escúchame atentamente —le dijo cogiéndole por los hombros—. Entra en ese despacho, que te expliquen lo que pasa y llama a Carlo, Roberto y Darío inmediatamente.

—Dominic, ¿qué pasa?

—Ve, Mateo, no puedo explicártelo ahora.

30. Atando cabos

Es la maldad, es la envidia y los celos, carcomen las entrañas y destruyen todo lo que haces hasta que, por fin, acaban con uno mismo.

Aquella maldita cola era insufrible. Tenía que haber mandado un maldito mensajero, pero, claro, eso no era lo más acertado, dado que debería dar sus datos y su carnet de identidad y mandarlo por alguno de sus empleados; era demasiado delicado y no estaba dispuesta a arriesgarse. Avanzó una posición en la cola y miró al mostrador. Dos hombres la miraron y ella les dedicó una sonrisa mezquina. Por fin después de una hora horrible llegó al mostrador, entregó la caja e indicó la dirección en el papel de facturación y envió.

—¿Urgente, señorita?

—Sí.

—Doce con treinta y cinco, por favor.

La joven le entregó el resguardo, leyó la dirección y le sonrió.

—Gracias, rica —le dijo.

Salió de la oficina y se puso las gafas de sol. Miró a ambos lados, luego el reloj y pidió un taxi en dirección al aeropuerto.

Atravesó el almacén con la cajita y salió por la puerta de atrás.

—¿Es esa?

—Sí, señor. Me la entregó la mujer pelirroja alta de la fila cinco. La mujer que usted me dijo.

La abrió y sacó la cinta. La metió en el bolso de la chaqueta y sacó un fajo de billetes sujetos con un fino broche de metal satinado.

—Esto es el sueldo de un año. —Se inclinó y rozó su mejilla al guardar el dinero en el pequeño bolso de su falda—. Es tuyo, *ragazza*.

Le sonrió y le besó la cara. La mujer se ruborizó y adquirió un color rosáceo en las mejillas.

—Sé lo que has arriesgado, nadie se enterará. —Sacó del pantalón una tarjeta y se la dio—. Si algún día necesitas cualquier cosa, llámame.

—Gracias —dijo atolondrada.

—A ti.

31. Porque te quiero tanto...

La culpa es mía...

Llamó varias veces a la puerta pero nadie contestó.

Uuu... uuu... uuu...

Suri estaba dentro, la pequeña Pin, estaba dentro pero su hermana no abría la puerta. Acercó la oreja y volvió a llamar al timbre. Si seguía así quemaría aquel maldito botoncito chirriante.

—¿Samara? —dijo—. ¡Samara, ábreme la puerta!

Nada.

Marcó el teléfono de su hermana y lo oyó sonar dentro del piso.

—Joder... —susurró. Comenzaba a desesperarse.

Bajó a la calle y empezó a andar en círculos. Se palpó el bolso de la chaqueta, la *tablet* pesaba, la sacó y la lanzó contra la pared haciendo que varias personas miraran asustadas hacia donde él estaba, mientras la máquina se rompía en mil pedazos que se desperdigaron por toda la acera.

El coche de Dominic aparcó delante, él salió de dentro y lo miró.

—No me abre —dijo—. La perra está dentro y su teléfono móvil también.

—Tengo una copia de la llave.

Entró al portal y subió de dos en dos los peldaños de las escaleras seguido de Luis. El salón estaba vacío, cogió a la perrita y la subió al sofá. Entró en la habitación, pero nada hacía pensar que hubiera dormido allí. La maleta estaba en el salón junto con su bolso.

—Esto no pinta bien —susurró Luis.

Avanzó por el pequeño pasillo y entró en el baño. La vio en el suelo entre el lavabo y la puerta. Su falda se había levantado ligeramente y un pequeño charquito de sangre manchaba las baldosas y sus piernas.

—¡Dios mío, Sam! —gritó Luis.

Dominic se arrodilló, la cogió entre los brazos y empezó a abofetearle la cara para que despertara.

—Samara... Samara, tesoro... despierta... —La movió y la incorporó— ¡Luis, llama una ambulancia! ¡Rápido! Por dios despierta, Samara... —Miró sus piernas y la balanceó en su regazo—. Esto no puede estar pasando, no puede estar pasando...

32. Soy débil

Existe un error común a todos nosotros: nos creemos intocables y cuando nos dañan... Destruimos.

Meredith ronroneaba enroscada en Carlo, que dormía como un tronco a su lado. El maldito teléfono no dejaba de sonar pero no tenían ninguna intención de cogerlo. Solo le quedaba un día de vacaciones para aprovechar esas maravillosas mañanas. Carlo se quedaba a su lado y parecía un niño de veinte años con el pelo revuelto, una expresión dulce en la cara y su maravilloso cuerpo dorado y suave bajo sus piernas y manos.

—Ay... Mel... —Le oyó mientras la apretaba con fuerza entre sus brazos—. Ay, qué sueñito...

—Buenos días, señor. —Se volvió y lo besó.

—Maldito teléfono... —gruñó—. Ya paró...

—Es que es casi mediodía, señor. —Lo miró medio dormido; era como un ángel rubio de inmensas pestañas—. Nos acostamos muy tarde ayer...

Oyeron el timbre de la puerta, la señora de la limpieza gritaba al fondo. Meredith se desperezó y la puerta se abrió de par en par. Roberto entró como una exhalación y Carlo saltó de la cama descolocado.

—¡Qué cojones!

—Levántate cagando hostias.

—Señor... —dijo la mujer detrás de él—. Le dije que no podía...

—Da igual. —Saltó de la cama en calzoncillos y miró a Roberto—. Me estás asustando con esa cara. —En su vida lo había visto tan desencajado—. ¿Qué pasa?

—Vístete y vamos. —Le lanzó los pantalones—. Te lo contaré por el camino.

Cinco horas en la sala de espera de la clínica y nadie salía. Luis no paraba de dar vueltas, Roberto y sus chicas apenas se habían movido y Carlo permanecía en un estado catatónico y balanceaba los pies como un niño de doce años a punto de entrar a ponerse una vacuna.

—No entiendo nada —musitó. Miró a Dominic que estaba como ido, sentado en una de las bancadas que había frente a él. Cruzó los brazos.

—Señor Romano —dijo una enfermera—. Pasé por aquí, por favor, el médico le atenderá ahora mismo.

Se levantó como un rayo y atravesó la estancia, pasó a un despacho y se quedó inmóvil.

—Buenas tardes —dijo el médico al entrar.

—¿Cómo está?

—Tranquilo, su mujer está estable.

Se llevó las manos al pecho y apoyó la espalda en la pared.

—Está débil, confundida y bastante nerviosa. Le hemos administrado un calmante...

—¿Puedo verla?

—Sí, le acompañaré ahora mismo. Tenemos que preguntarle por costumbre, y discúlpeme, lo que ha pasado. Entienda que...

—Una terrible noticia —susurró.

—Señor Romano, ha sufrido un aborto. Era de muy poco tiempo pero el embrión no gestó; suele pasar cuando alguien se somete a un estrés excesivo.

Dominic empezó a marearse y tuvo que sentarse ayudado por el médico.

—Tranquilo...

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué?

—Cuando tuvo el aborto —repitió mirando a un lado y otro del suelo.

—Creemos que hace entre treinta y dos y cuarenta y ocho horas. No es exacto, pero, por como vino, ya estaba desprendido y al no expulsarlo tuvimos que sedarla y limpiar...

Tensó todos los músculos del cuerpo y se levantó con torpeza.

—Tranquilo, señor Romano, es lógico si sufrió una noticia traumática; tienen tiempo, son jóvenes. Su mujer ya lo sabe pero eso no es lo que me preocupa. No ha dicho una sola palabra desde que la hemos ingresado, no habla. Tenía las pulsaciones disparadas cuando despertó; ahora se ha estabilizado pero se niega a hablar con nosotros.

—Tengo que verla. —Se movió nervioso por la habitación.

—Acompáñeme.

Atravesó el pasillo y entró en la habitación. El médico lo miró con serenidad y cerró la puerta. Samara dormía en la cama, tapada con una fina manta de hilo blanco. Se acercó a la cama, cogió una silla y se sentó al lado. Cogió su mano y le apartó los mechones de pelo que caían por sus hombros.

—Nena... —susurró—. Princesa... —Nada. Dormía profundamente.

Se inclinó hacia atrás y pestañeó, tensó las mandíbulas y se echó a llorar.

—Es... la segunda vez... que te veo llorar...

Su voz le hizo levantar la cabeza y se rio a la vez que lloraba. Abrió los ojos y pestañeó. Ella lo miraba con la cabeza ladeada hacia él totalmente atolondrada por el calmante.

—¡Oh, nena, y lo que te queda! —sollozó besando su frente—. Samara... cariño mío... ¿Por qué no me dijiste nada? ¿Por qué tuviste que hacerlo sola?

—Dominic... —dijo haciendo un gesto de dolor al moverse—. No podía hacer otra cosa... La cinta...

—Olvidate de eso.

—La cinta no puede llegar... —tosió.

—Me importa una mierda la cinta.

—Ibais...

Dominic seguía llorando y riendo. Le besó la frente y le apretó la mano con fuerza.

—Ibais a ser famosos...

Parecía drogada, hablaba lento y apenas se la entendía.

—Eso me da igual, princesa, me da igual, solo quiero que estés bien. —Suspiró y lloró—. ¡Santo cielo, me has dado un susto de muerte!

—¿Quiénes eran?

—Qué más da...

—Dime... —Tosió y puso gesto de dolor—. Dímelo...

—Romina y uno de sus exsumisos.

—Dominic... Tengo sueño...

Se sentó en la cama, apartó el gotero que pendía de su mano y la abrazó.

—Mucho...

—Duerme. Cuando despiertes yo estaré aquí.

Salió como un miura por el pasillo del centro, su traje revoloteaba y sus pisadas retumbaban sobre las baldosas de cerámica. Al verlo venir, todos se levantaron.

—¿Qué? —Luis estaba a punto de desmayarse—. ¡Qué! Dime.

—Está bien.

Ahora era Luis el que lloraba como una magdalena.

—Quédate con ella. Tengo que irme.

—Espera, espera... —Roberto le cogió de un brazo—. ¿Adónde vas ahora? No es ahora cuando debes tomar decisiones. Hablé con Marco Malbaseda. Mateo está con él, con ellos y ya han...

—Roberto, suéltame —dijo.

Carlo miró la sala de espera. Si había veinte personas todas miraban hacia ellos.

—Estamos montando un espectáculo.

—Tengo que irme. —Dominic miró hacia la puerta.

—No me jodas, Dominic. —Roberto se puso delante de él—. No voy a permitir que cometas una locura.

—Vaya que sí...

—¡Joder! —La voz de Carlo retumbó en la sala—. Vamos a mantener la calma un poco...

—No la hizo nada más que... —Roberto lo miró con tristeza—. Dominic, no la cagues. Es...

—Ha tenido un aborto hace cuarenta y ocho horas. No ayer, no... ¡hace cuarenta y ocho putas horas! —gritó.

Ahora era Luis el que resbalaba por la pared, caía de culo en el suelo y se quedaba catatónico.

—Y te voy a decir qué voy a hacer, ahora mismo además. Voy a ir al puto local donde trabaja ese hijo de puta, tengo claro que salí de ahí la cinta, y ¿sabes lo que voy a hacer? Me lo voy a cargar. —Inclinó la cabeza y sonrió.

—Dominic...

—Sí. Voy a matarlo. Allí mismo.

Sonó el teléfono de Dominic.

—Romano. Dime, Marco. —Silencio—. ¿Cuándo ingresó el dinero en la cuenta? Sí. No puede ingresar quinientos mil sin explicaciones. Hacienda te come. Yo los avisaré. —Silencio—. Porque es imbécil. ¿Y ella? ¿Las bloqueasteis todas? —Silencio—. Está bien...

Colgó y los miró.

—Busquemos un término medio —susurró—. Roberto, ven conmigo.

Todos suspiraron aliviados.

—No porque no quiera matarlo; más bien por qué sé que si voy solo, lo mato.

33. Desprecio

No hay peor desprecio que aquel que te hacen lo que demostraron tiempo atrás una devota entrega. Cuando esto pasa, todo se termina.

Por fin en casa. Dejó la maleta en el suelo y se quitó los zapatos de tacón. Entró en su despacho; la foto de Alexis estaba sobre la mesa. Lo llamaría, echaba de menos a ese niño golfo y juguetero. Sonó el teléfono y lo cogió.

—¿Qué coño está pasando? —la voz de Persival la sorprendió—. Tu puto cheque no tiene fondos, Romina.

—¿Cómo?

—Lo que oyes. ¿Me tomas el pelo?

—No, no entiendo. Debe ser un error. Déjame que llegue a la oficina y lo solucionaré.

—Más te vale —dijo, y colgó.

Se levantó, se calzó y cogió el bolso. Tranquilidad, a veces pasaba, era lógico que le pidieran autorización por un cheque así.

Llegó en veinte minutos a la oficina. La ciudad a final de agosto estaba vacía y el tráfico no solía saturar las calles. Saludó a los empleados y entró en el precioso despacho enmarcado en inmensas cristalerías que le permitían, como no, controlar a todo el mundo. Levantó el teléfono y llamó al banco.

—Sí, señora. No, no debería haber problema, no puedo saberlo —dijo el muchacho al otro lado del teléfono—. No tengo el acceso, mi director está de vacaciones pero seguro que es un error, lo solucionaré ahora mismo y la llamaré.

¡Oh! Alexis acababa de entrar por la puerta de administración y con una sonrisa devastadora saludaba a todo el mundo con su dulzura. Pensó que necesitaba relajarse con aquel muchacho de inmediato. Se alegraba de verlo, su hermoso cuerpo y su eterna sonrisa que brillaba siempre.

—Está bien, llamadme de inmediato, tengo un proveedor intentando cobrar un cheque y no es posible.

—Debería darle un pagaré. —El joven hizo una pausa—. No se preocupe, lo miro y la llamo, señora.

Colgó ofuscada, estaba de pie delante de la puerta y la miraba con sus tirabuzones, su aire griego y aquel traje gris perla con corbata azul brillante.

—No sabes las ganas que tenía....

—¿Problemas con tus bancos? —Sonrió.

—Nada que no pueda solucionar —dijo levantándose.

—Esta vez no.

Romina levantó las cejas y sonrió nerviosa.

—¿Cómo?

Se acercó, la miró y sin decir una sola palabra le cruzó la cara con tanta fuerza que Romina tuvo que agarrarse a la mesa para no caer al suelo. Se llevó la mano a la boca y lo miró desconcertada.

—¿Qué, qué has hecho...? —susurró—. ¡Alexis! —Dirigió la vista hacia la oficina. Todos sus empleados estaban mirando al despacho y un silencio cortante se apoderó del ambiente—. ¡Cómo te atreves! ¿Te has vuelto loco?

La agarró por la nuca y la sacó fuera.

—¡Míralos! —le dijo—. ¿Los ves?

—¡Alexis!

—Mañana estarán todos en la calle, y ¿sabes por qué? —La zarandó—. ¿Sabes por qué?

—Alexis... —comenzó a llorar desconsoladamente—. ¿Qué haces?

—Porque estás arruinada, no te queda nada. ¡Nada! Romina... Sabía que eras perversa, pero siempre pensé que no eras tan idiota como para llegar a hacer lo que has hecho. Y lo peor de todo... —La agarró con fuerza y se aproximó a su oreja—. Está por llegar, porque él vendrá a verte, vendrá a por ti, Romina y estarás... sola.

—¡No sé de qué me hablas!

—Claro que lo sabes...

Se colocó la chaqueta del traje, miró a la gente y negó con la cabeza avanzando por el pasillo.

—¡Adónde coño vas! —le gritó desencajada sujetándose a ambos lados de la puerta.

—Lejos de ti.

34. Ferocidad

Cuatro esquinitas tiene mi cama.... Cuatro angelitos me la guardan.

El local estaba abarrotado de gente. Cuando atardecía en verano siempre se llenaba de pijos, alguna zorrilla interesada y jovencitas desenfundadas hambrientas de sexo. Ray estaba sentado en uno de los sofás del rincón más apartado; si todo salía bien, en unos días se iría y montaría su propio negocio en la capital. Sirvió el champán al grupo de amigos que lo rodeaban y mordisqueó el cuello de Penélope, la camarera que sustituía por las tardes a Natacha.

—Dominic, cautela... —susurró Roberto a punto de entrar.

Le sonrió y empujó la puerta.

—Menos mal que te has calmado un poco.

—Sí, lo estoy... —canturreó.

—Bueno hablaremos con...

Ni siquiera terminó la frase, Dominic clavó la mirada al fondo y Ray lo vio inmediatamente.

—No, no, no... —dijo Ray de pronto.

—¿Qué pasa, Ray? —preguntó uno de sus amigos.

Mientras avanzaba entre la gente el hombre se levantó y caminó hacia atrás, pero tropezó con una mesa y estuvo a punto de caer sobre una camarera. Cuando quiso darse cuenta lo tenía delante de las narices y lo miraba con una expresión terrorífica. Roberto corrió detrás de él pero no llegó a tiempo. Dominic le propinó un puñetazo en toda la boca y lo hizo caer sobre la mesa del grupo, derramando todas las copas encima de la gente. Lo cogió por el cuello de la camisa, lo levantó y lo golpeó otra vez, esta vez haciéndole caer sobre otra mesa y provocando que todas las personas se levantaran nerviosas.

—¡Dominic! —gritó Roberto—. ¡Espera!

—¿Cómo has sido capaz de traicionarnos de esta manera? —Lo tenía sujeto por la pechera y lo miró con rabia—. ¿Por el puto dinero? Voy a acabar contigo...

El dueño del local, un negro inmenso, hablaba con Roberto mientras este intentaba llegar a Dominic, que ahora lanzaba a Ray por encima de otras dos mesas y lo recogía del suelo para volver a golpearlo contra la barra.

—¡Dominic! —Ray apenas podía hablar—. ¡Por el amor de Dios! —gimió.

Todo el mundo se desplazó a un rincón. Ray volaba por encima de las sillas, caía al suelo y, cuando intentaba levantarse, llegaba Dominic a paso tranquilo y otra vez lo golpeaba y lanzaba por los aires.

—Confié en ti durante años. —Apartó de una patada una silla y lo cogió—. Y ahora me encuentro con esto... —Le estampó contra la pared; era imposible que Ray abriera la boca, cada vez que intentaba decir algo Dominic le golpeaba—. No vas a disfrutar un puto euro de ese dinero... ¿Me entiendes? ¡Nada!

Lo cogió por la nuca y lo estrelló contra la barra. Se colocó a su lado sin soltarlo; tenía la cara pegada a la encimera y sangraba por todos los lados.

—Dominic, por el amor de Dios, lo vas a matar. —Roberto estaba a su lado y le sujetaba por un brazo.

Apretó las mandíbulas y levantándolo volvió a estrellar su cara contra la encimera.

—Estás acabado —le susurró a dos centímetros—. Acabado...

El dueño del local se acercó a ellos y con un gesto amigable sonrió a Dominic.

—Dominic... —dijo suavemente—. Amigo... —Miró a Ray—. Sal de mi local, ya. ¡Fuera!

Ray se movió y al notar que Dominic liberaba la fuerza de su brazo, se tambaleó, escupió sangre y salió del edificio a trompicones. Miró su mano; se había abierto la mano por los golpes que le había dado a aquel individuo. La meneó, sacó un pañuelo y se lo ató con cuidado. Miró a su alrededor. Qué de gente, todos petrificados en un rincón.

—Te pagaré todo este lío, Deni —le dijo.

—No digas tonterías, amigo. No hay nada que pagar.

—Vaya espectáculo. —Roberto pidió una copa y la bebió de un trago—. Ya soy mayor para estas movidas....

Persival golpeó con fuerza la encimera del mostrador y salió fuera del banco. ¡Ah, esa maldita Romina! Se las pagaría todas juntas. Comenzó a caminar despacio mirando el móvil para llamar y reservar el billete de avión. Notó su presencia a ambos lados; le aferraron por los brazos con delicadeza y caminaron a su ritmo.

—Hola, guapetón. Qué día más soleado, ¿no?

Miró a derecha e izquierda y se quedó blanco.

—Marco... Franco... —pestañeó—. Qué... Qué sorpresa...

—¿Verdad? —Marco Malbateda le sonrió—. Sube al coche, Persival.

—Pretendía ir al aeropuerto, creo que...

Marco se paró al lado de un coche negro y abrió la puerta

—Sube al coche. Ahora.

Se tocó la frente torpemente, intentó incorporarse en la oscuridad pero cayó de nuevo al suelo. ¡Ah, qué dolor más intenso! Su frente, parecía sangrar. No recordaba nada, sí, el coche, había subido al coche. Poco más. ¿Dónde coño estaba? Rebuscó en su bolso del pantalón y sacó el mechero. ¡Maldita sea, cómo le dolía la cabeza! Estaba aturdido; la luz del mechero iluminó mínimamente su entorno. Paredes, piedra, tocó el suelo, apuntó con la llama una puerta de hierro.

—¡Joder! —gritó— ¡No tiene ni puta gracia! ¿Me oye alguien?

Tropezó y cayó.

—Mierda —susurró—. Esto no me puede estar pasando a mí. ¿Hola?

Golpeó la puerta con el puño varias veces, pero nada. Buscó su móvil en la chaqueta del traje; no había cobertura. Le faltaba el aire; se empezaba a desesperar.

—¿Hola? —gritó—. ¡Abridme la puerta! Esto no tiene gracia —susurró.

El mechero comenzó a quedarse sin gas, soltó varios juramentos y otra vez la oscuridad se apoderó de él.

Roma, vía Condotti.

Argas entró en el edificio acompañado de Dante e Ivanov. Apoyó el bastón en el suelo y golpeó con fuerza la encimera del mostrador.

—Señores, les están esperando. Los demás ya han llegado —dijo el joven recepcionista.

—Español —dijo Argas refunfuñando.

—Argas —Darío apareció por la derecha.

—¡Mi muchacho! —exclamó—. ¿Te gustó volar en avioneta? —Se rio.

—No tiene gracia, casi me muero del infarto. —Frunció el ceño y abrió la puerta de la sala de reuniones—. Vamos, está a punto de llegar Jeremías Malbateda.

36. Mis infiernos

Prueba el dolor de aquellos que te han hecho daño.

La música de Jezabel de Sade sonaba en toda la planta de abajo. Sentada en su sillón de terciopelo rojo, con su eterna copa de vino miraba en la oscuridad hacia la ventana. Viento, siempre le gustó el sonido de las ramas de los árboles golpeando los cristales. Se apartó la tupida melena caoba y se reclinó hacia atrás; su fina bata de raso la hizo estremecerse. El contacto con su piel le agradaba. ¡Era tan reconfortante! Miró hacia la entrada; las baldosas negras y blancas formando un tablero de ajedrez brillaban bajo la única luz encendida en la casa. El *hall* inmenso, la suntuosa lámpara de araña de cristales encima y la escalera de mármol. Posiblemente tendría que venderla; echaría de menos esa casa, los momentos que vivió en ella y su perfume, aún impregnando las paredes de lo que había sido su hogar.

—Alexis... —susurró.

Oyó la puerta, oyó los pasos aproximándose y cerró los ojos.

—Sabía que vendrías —susurró sin mirar—. Te esperaba. Te he puesto una copa de vino, frío, tinto, como siempre te gustó.

Dio un trago a su copa y suspiró. Maderas, cítricos, paraísos. Ladeó la cabeza, su presencia, su inmensa figura decoraba el umbral de la puerta del salón. En la penumbra su cuello era aún más ancho de lo que recordaba.

—Siempre estuve enamorada de ti...

Se rio y las lágrimas cayeron por sus mejillas.

—Deseé con todas mis fuerzas poder llenar el vacío que te consumía. Ansiaba que me sometieras, que me usaras de aquella forma tan depravada y obscena, y que luego me abrazaras entre tus brazos y me dijeras que estabas orgulloso de mí y que me querías, que todo iba a salir bien. —Hizo una pausa y bebió—. Lo he perdido todo Dominic... Todo...

Dominic avanzó varios pasos y entró en el amplio salón.

—Todo... Me han expulsado de las casas, mis negocios han dejado de ser financiados, mis cuentas bloqueadas. Ya no me queda nada... Alexis tenía razón. Si me hubieran dado a elegir hace diez años entre la riqueza y tú, te hubiera escogido a ti, mi señor... ¿Sabes? No me importa, me dejó de importar cuando supe que ella estaba a tu lado.

Se volvió y lo miró. Dominic permanecía de pie a un metro de ella; las manos en los bolsillos y la chaqueta del traje abierta hacia atrás. Su camisa ligeramente desabotonada y blanca brillaba en la penumbra.

—Y me cegó la rabia, me cegó el dolor y desapareció la esperanza de que alguna vez me dijeras que me arrodillara ante ti y me abandonara. Lo hubiera hecho al momento, nada me satisfacía más que pensar en esa leve posibilidad, en que mi gran señor se acordara de mí cuando el tiempo pasara. —Movié los ojos de un lado a otro y bebió—. Mi señor —susurró—, aquel hombre que conocí siendo apenas una cría, aquel hombre que tenía tal vacío en el alma que era capaz de amar a través de aquel dolor tan horrible que te hacía sentir y a la vez... —Cerró los ojos y tensó las mandíbulas—. Era capaz de dar tanta pasión, tanto amor. Porque, ¿qué es el amor sino sufrir? —Sonrió y se levantó—. Nosotros amamos de otro modo, amamos con más intensidad, con más fuerza, y si odiamos, lo hacemos del mismo modo, de la misma manera... Tú me lo enseñaste... Tú y solo tú...

Avanzó varios pasos, se quitó la bata y quedó totalmente desnuda ante él. Lo miró, respiró profundamente y cayó de rodillas.

—Y ahora... que se abran mis infiernos —susurró cerrando los ojos.

Carlo la miró mientras ponía la mesa para cenar. Se frotó los ojos, estaba agotado, el día había sido aterrador. Desde Roma ya habían llegado noticias aunque Darío, que regresaría al día siguiente, les explicaría mejor las cosas. Los Malbaseda comerían con ellos, también tenían noticias pendientes. Se sentó en una de las sillas y apoyó los codos en la mesa, se sujetó la cabeza y miró la encimera.

—¿Eres feliz?

Su pregunta la pilló por sorpresa y mirándolo puso gesto de extrañeza.

—Sí, tienes lujos, una bonita casa con jardín, pero, dime, ¿eres realmente feliz a mi lado?

—Por qué me pregunta eso, señor. Claro que lo soy.

Golpeó la encimera para que fuera a su lado y la sentó sobre la madera y se colocó entre sus piernas. Miró hacia arriba, lo observaba descolocada.

—Di mi nombre, Mel...

—Señor, no... No le entiendo. —Se movió nerviosa.

—Di mi nombre, quiero oírlo por primera vez de tu boca.

—Carlo —susurró.

—Otra vez.

—Carlo.

Cerró los ojos, se abrazó a su cintura y se perdió en su falda.

—¡Oh, Mel! —susurró—. Si te pasara cualquier cosa, si por un momento tú pasaras por lo que ha pasado Samara, me... me moriría por dentro....

Sollozó, Meredith le pasó las manos por la cabeza y le peinó el pelo con cariño.

—Señor, no diga tonterías. —Le rompía el corazón verlo así—. Está cansado, no debe preocuparse, todo saldrá bien, ella está bien ahora y yo... Yo siempre estaré bien.

Levantó la cabeza y la miró. Volvió a bajarla y se acurrucó entre sus pechos como un niño.

—No te vayas nunca, Mel...

Era tan sensible, tan frágil cuando algo pasaba y sentía que su mundo no era tan sencillo como creía, que cada vez que algo le afectaba se derrumbaba como un niño. Meredith lo abrazó con más fuerza, su corazón latía intensamente y, por un momento, por un instante, lo vio débil e indefenso.

—No me voy a ir, señor...

Tenía tantas cosas que decirle, tantas que expresarle, pero ella era incapaz de transmitir tanto, incapaz de cogerlo por la cara y decirle que estaba totalmente enamorada de él; no sabía, y hubiera pagado millones para que alguien la enseñara a demostrarle, de algún modo, que jamás lo abandonaría. Carlo se incorporó y se frotó de nuevo los ojos. Se inclinó hacia atrás y abrió los brazos, con las palmas hacia arriba, como si se dispusiera a rezar.

—Así soy... —dijo—. Débil... Ahora mismo no controlo nada, ni a mí mismo. No tengo fuerzas más que para llorar. —Negó con la cabeza a punto de derrumbarse—. ¿Cómo voy a transmitirte respeto así?

Meredith sintió su labio inferior temblar; sus ojos estaban empañados en lágrimas y aquello la acabó de partir en dos.

—Señor..., aunque se pasara el día llorando seguiría sintiendo respeto por usted.

—¿Por qué?

—Por... —Tragó saliva—. Por su cabeza, por su corazón, por su honor. —Levantó los brazos—. Por todo lo que ha conseguido, por todo lo que da y me sigue dando... Es un todo, que un hombre lllore, que un hombre se derrumbe y necesite el consuelo de una mujer no le hace más débil ni más vulnerable a ella.

Bajó de la mesa y se colocó de rodillas entre sus piernas. Carlo pasó la mano por su pelo, con la mirada perdida en ella y los ojos aún brillando por el agotamiento y los nervios.

—Usted eso ya lo sabe, señor.

Se rio suavemente al oírla decir eso y asintió con la cabeza.

—Ya —susurró.

—Entonces ¿por qué me lo pregunta?

—Por la misma razón que te he pedido que digas mi nombre, Mel... Porque necesitaba oírlo de tu boca.

38. Castigo y dolor

La recompensa de una traición es el olvido.

Se quitó la chaqueta y se abrió la camisa. Cogió su mano, temblaba, estaba fría. Miedo, sentía su miedo, traspasaba su piel cuando la llevó la mano a su pecho y presionó con fuerza. Romina lo miró.

—¿Lo notas? —susurró—. Está ahí... —su voz era desgarradora y llena de rabia y odio—. Siempre lo estuvo...

Su cadena tintineó. Oro, los reyes siempre llevaron oro. Él era un rey. Notó el calor de su piel bajo los dedos, el latido de su corazón bajo la carne, presionó su pecho con la mano y cerró los ojos. «No busques más recompensa que la satisfacción de tu señor», dijo su mente. Le cogió la cara con una mano, le hizo mirarlo, sentía la presión de sus dedos en las mejillas, la rabia contenida en sus ojos. Sus lágrimas. Se apartó de golpe. Su pecho brillaba, metió la mano en su chaqueta y algo zumbó. Se colocó detrás de ella, sintió un escalofrío, sus lágrimas descendían por sus mejillas hasta caer sobre sus rodillas. Sintió su mano en la frente, su dulce, fuerte y poderosa mano. Le inclinó la cabeza hacia atrás y su pelo comenzó a caer al compás del zumbido de la maquina de afeitar.

Suena la música, suena el tango de *Roxanne*...

—¿Qué demonios estáis haciendo en mi casa? —Susan Malbaseda fue empujada hacia el interior—. ¡Qué hacéis! ¡No!

Oyó los gritos de sus hijas en el piso superior. Intentó correr escaleras arriba pero dos de los hombres que habían entrado la sujetaron por el brazo y le impidieron moverse.

—¡Mis hijas! —gritó—. ¿Qué hacéis? ¿Dónde está mi marido? ¿Dónde está Jeremías?

—¡Mamá! —oyó—. ¡Mamá! ¡No, suéltame hijo de puta!

—¡Ana! ¡Mamá! —un alarido desgarrador retumbó sobre ellos.

Lujo... Ellas son hermosas y soberbias...

—¿Qué estáis haciendo? —gritó llorando—. ¡Sois Malbaseda! ¡Tú! —señaló con odio.

Los gritos la aturdíen. Se llevó las manos a la cabeza y se movió nerviosa y desesperada.

«Mis hijas, mis hijas, mis hijas.»

—¡Tú creciste en esta casa! —señaló a uno de los hombres que ahora la subía a trompicones por las escaleras.

—¡Mamá! —oyó gritar de nuevo—. ¡No, mamá! ¡Mamá! ¡Suéltame, hijo de puta! ¡Suelta a mi hermana! ¡No la toques, maldito cabrón!

La empujó dentro de la habitación. Sus dos hijas estaban de rodillas en el suelo y las sujetaban por los brazos para que no pudieran levantarse.

—¡Dios mío! —gritó Susan—. ¡¿Qué estáis haciendo?! ¡Mi marido!

Cayó al suelo de rodillas y se balanceó nerviosa. Se aferró a la tela del pantalón de uno de sus sobrinos y comenzó a llorar desesperadamente, mientras le clavaba las uñas en su pierna.

—¿Qué estáis haciendo? —gritó—. ¡No! ¡Mis hijas! ¿Qué está pasando? ¡Jacobó! ¡Suelta a mis hijas! ¿Dónde está mi marido? ¡Por el amor de Dios!

—¡Mamá! —gritaba histérica una de ellas—. ¡Mamá! ¿Qué está pasando?

—Te lo suplico... ¡Mírame, Jacobo! ¡Son tus primas! —imploró—. La sangre de tu sangre. Jacobo, por tu madre, Jacobo mírame a los ojos, soy tu tía. ¡Jacobó, díles que suelten a tus primas! ¡No hemos hecho nada! ¿Esto es por tu tío? ¿Quién ha dado la orden? ¡Quiero ver a Marco Malbaseda! ¡Quiero ver al consejo!

—¿Qué ha hecho papá? —gritó la más joven llorando, mientras se peleaba por liberarse de los brazos del hombre—. ¡Suéltame, cabrón! ¡Hijo de puta, no me toques!

—Jacobó... —sujetaba su pantalón con fuerza mientras se aferraba histérica a él—. Por el amor de Dios, Jacobó... No las hagas daño...

—Conoces las normas, Susan. Además, el consejo ha sido quién ha decidido esto y tu marido está con ellos en este momento. No tardará en llegar.

—¡No hemos hecho nada! —gritó—. ¡Ellas no han hecho nada!

Sacó una navaja del bolso y con destreza la abrió haciendo una cabriola.

—¡Jacobó! ¿Qué vas a hacer? —gritó—. ¡No!

—¡Mamá! ¡Mamá!

Otro de los hombres agarró con fuerza a Susan, que se mantenía clavada a la pernera del pantalón de su sobrino.

—¡Jacobó! —gritó.

Jacobó Malbaseda levantó la cara de su prima. Esta se movía como una loca intentando liberarse sin éxito.

—¡Jacobó, por el amor de Dios! —lloró—. ¡No! ¡Jacobó!

Deslizó la fina hoja por su frente, descendió por la mejilla y formó una T. La muchacha pateaba histérica, el dolor era insufrible, ardía, quemaba. Su hermana, al lado, miraba la escena aterrada. Gritaba como loca, gemía, lloraba, suplicaba, pero Jacobó se tomaba su tiempo.

—Traición —susurró girándose hacia su otra prima mientras limpiaba la fina hoja de la navaja.

Se quedó en el umbral de la puerta y una punzada aterradora le traspasó el corazón. Se sujetó al marco, su mujer estaba en el suelo, balanceaba a sus dos hijas entre los brazos. ¡Dolor! ¡Sus caras! Sangre. Llantos.

«Apiádate de mi alma oh corazón, late, late, no dejes de latir ahora.»

Se desplomó. Resbaló por la pared y cayó de bruces en el suelo.

«¡Late, no pares ahora, no puedo irme ahora, así!»

La luz es muy suave, casi apenas puede ver.

«¡Late, late!».

«¡Oh, no veo nada, la oscuridad se apodera de mi alma!»

«Late ... late...»

«¡No me falles ahora!»

«No...»

40. Y no habrá misericordia

Oscuridad... Abre sus fauces y me engulle...

La puerta no estaba cerrada, no le extrañó. Ni siquiera sabía por qué estaba allí. Quizá todavía le importaba, aunque el odio le invadía y una repulsión inusual se apoderó de él cuando supo lo que había hecho. Atravesó el amplio *hall* y entró en el salón. Se inclinó y cogió uno de sus mechones de pelo entre los dedos y lo olió.

—No deberías estar aquí.

Su voz le sobresaltó. Miró al fondo y lo vio sentado en la butaca.

—Lo sé.

—Se llama compasión, Alexis —dijo—. No deberías sentirla por ella.

—¿Dónde está? —susurró sin ganas.

Dominic encendió un cigarro, podía ver el brillo rojo en la oscuridad y el humo dispersarse por encima de su cabeza.

—Abajo, donde solías estar tú.

Jugueteó con el mechón y se acercó a Dominic. Cogió la copa de vino que Romina había dejado en la mesita y bebió. Se hubiera bebido la botella entera si la hubiera tenido a mano.

—Dominic...

—Oscuridad... —Fumó—. No tienes ni idea del tiempo que llevaba sin sentirla aquí dentro. —Se tocó el pecho—. Creí que jamás volvería a sentirme así en mi vida...

Se reclinó en el asiento, tenía la mirada perdida, todavía llevaba la camisa abierta, su cadena brillante de finos eslabones, quizá tenía una cruz al final, no podía verla con claridad. Era imponente. Sin más.

—¿Qué va a pasar con ella?

Se rio, apagó el cigarro y se inclinó hacia adelante. Ahora la cadenita colgaba en el aire, penduleaba traviesa sobre la alfombra persa.

—El dinero da poder —dijo—. Ya no lo tiene, la nobleza respeto. —Hizo una pausa—. Eso ni siquiera lo conoció.

Se incorporó, pudo ver que sujetaba la horrible vara que tantas veces le había atormentado deliciosamente. ¡Oh, Dominic! Ella jamás soportó el dolor. Él lo sabía. La giró con maestría y lo miró.

—Dominic... —dijo suplicante—. Te imploro que...

De pronto movió el brazo y tiró todos los marcos, jarrones y objetos que había en la mesa más cercana. Le apuntó con la vara y se acercó a él.

—No te permito —dijo—, que me pidas misericordia para ella. No...

—Está bien —dijo levantando los brazos—. Está bien —repitió—. Déjame al menos, déjame que pueda estar... aquí...

Dominic se rio.

—Tranquilo, mi intención no es matarla —susurró—. Ni siquiera se merece eso.

Se giró y avanzó hacia la puerta.

—Pero te aviso —susurró—. Va a ser muy duro para ti.

Le oyó abrir la puerta del sótano y salió corriendo detrás de él. Cuando entró en la sala quedó petrificado, Romina estaba desnuda, en el suelo y tenía en el cuello una fina correa de metal de la cual salía una cadena que la anclaba a la pared. Dominic tiró de su brazo y la lanzó al centro de la habitación, la cadena resbaló violentamente sobre la piedra y rechinó.

—Aquí tienes a la gran señora. —Apoyó el pie sobre su espalda y la empujó hacia adelante—. Saluda a tu acólito, Romina.

Tenía la cabeza afeitada, la espalda repleta de marcas profundas que le atravesaban la carne y las rodillas le sangraban. Dominic levantó la vara y descargó con ira en su espalda. Ella profirió un grito desgarrador y cayó hacia adelante.

—Saluda —dijo una vez más—, a tu acólito, *milady*...

Levantó la vista y lo miró. Alexis apenas se atrevía a moverse. No podía asimilar el impacto visual de la escena que estaba viviendo, como si estuviera en los mismísimos infiernos, en los sótanos de la misma inquisición y tuviera delante a una desconocida condenada a muerte. Pestañeó y reculó chocando de espaldas con la pared.

—Señor... —susurró tensando la mandíbula—, mis respetos.

Dominic se aproximó a ella, apoyó la bota sobre su espalda y la hundió contra el suelo. Miró a Alexis y sin moverse, inclinó la cabeza.

—Mi primera opción era matarla lentamente —dijo—. Hacer con ella lo que ha hecho con mi... —Cerró los ojos y se detuvo—. Luego pensé: «No, ella tiene que sufrir el resto de su triste y miserable vida, tiene que pagar, tiene que sentir tanto dolor».

La levantó por el cuello y casi estuvo a punto de elevarla en el aire, la arrimó contra la pared y se acercó a ella pegando los labios a su mejilla.

—Te quería... —la susurró—. Jamás te hubiera hecho daño, Romina... Y tú...

—Dominic la estás ahogando —susurró Alexis.

Se apartó, Romina lloraba ya sin fuerzas, cayó de rodillas en el suelo y asustada se flexionó contra la pared.

La levantó, soltó la cadena, la ató a las argollas del techo y la dejó colgando. De puntillas apenas llegaban al suelo. La balanceó, y luego la hizo girar. Alexis sentía las pulsaciones a doscientos por hora, era insoportable la imagen que Romina desprendía, abatida, agotada, abandonada a lo que viniera, apenas se quejaba ya, la espalda era un dibujo dantesco de marcas que posiblemente jamás desaparecieran, la brutalidad de los golpes era aterradora, imposible de asimilar cuanto más la mirabas. Su hermosa melena había desaparecido, el rímel dejaba caminos dantescos en sus mejillas y su hermoso cuerpo estaba amoratado y lleno de marcas grotescas y espeluznantes. Resbaló por la pared hasta el suelo, con las rodillas flexionadas. Dominic la observaba, era como si no estuviera allí. Sonó su móvil, lo cogió sin mirarlo y lo lanzó contra la fría piedra de la pared. Romina sollozó y miró a Alexis.

—Este es —dijo—, el gran señor... en su estado más puro... —Se rio.

—Romina —susurró Alexis—, cállate, por favor...

Dominic la miraba y sonreía.

—¿Recuerdas las historias? —Se movió incómoda—. Eran reales, él... y su oscuridad... Te dije que sabía cómo era realmente, cómo era cuando el dolor...

—Romina, por favor... Es lo que quiere...

—El dolor le hacía implacable. —Se movió rabiada—. Mírame ¡Mírame! —gritó—. Lo peor de todo, es que es así, como siempre lo amé. Así, sin ninguna humanidad.

—¿Has terminado? —Le cogió la cara y le tapó la boca con cinta para que no pudiera hablar—. Y ahora... te voy a explicar lo que pasará con ella, Alexis. No habrá nada que me reconforte más que mirar sus ojos, cuando escuché lo que voy a hacer con ella. —Le acarició la mejilla—. Le voy a quitar lo único que le queda, su belleza...

Romina abrió los ojos como platos y se movió nerviosa.

—... y cuando acabe, cuando su fina piel esté repleta de la marca de su traición y no haya un hombre en el mundo que vuelva a desear ser su esclavo, será entregada a uno de esos viejos decrépitos de La Baraka. El más sádico, el más asqueroso y horrible, por dos putos duros que es lo que ahora mismo cuesta...

Romina miraba Alexis y negaba con la cabeza desencajada. Las pupilas dilatadas y una expresión de pánico que lo acabó de romper en dos. Alexis metió la cabeza entre las piernas y cerró los ojos.

—Romina —susurró en su oído—, tienes padre, tienes madre, tienes una hermana que vive fuera con una familia, un sobrino, un cuñado. Si escapas, los mataré. Si te suicidas... —Movió la cabeza a derecha e izquierda—, los mataré—susurró—. Si cometes cualquier error, los mataré... Como tú has hecho con mi familia, del mismo modo, sin compasión.

Era horrible ver sus ojos, horrible ver su expresión de terror. Dominic se acercó a Alexis, levantó su cara y pegó su frente a la de él.

—Alexis... —susurró—. Ahora debes salir de aquí. —Suave, con una voz casi imperceptible—. Sube.

Alexis se lo quedó mirando con expresión infantil, se secó los ojos y observó a Romina tan solo unos segundos. Quería recordarla como era, al menos él sí merecía ese recuerdo.

Al verlo incorporarse, Romina pateó nerviosa, suplicante. Dominic vio como se alejaba y cuando Alexis desapareció, se giró hacia ella y sonrió.

41. El pozo

Si la compasión no existe con vosotras, imagínate pues, con aquellos que no nos importan.

—¡Maldita sea, abridme la puta puerta! ¡No tiene gracia! ¡Vale ya me habéis acojonado! —gritó en la oscuridad—. ¿Qué es eso? ¡Una rata!

Se intentó levantar palpando la pared. ¿Cuántas horas habían pasado? Estaba agotado, nervioso, cagado de miedo. Se incorporó y volvió a la puerta. Notó que estaba allí golpeando las paredes hasta que sonó el metal. Pegó la oreja y oyó pasos.

«¡Oh, Dios mío, gracias, viene alguien!»

Reculó hacia atrás al oír la llave girando una y otra vez. La luz le cubrió por completo, una silueta inmensa se dibujaba en el umbral. Se frotó los ojos y pestañeó intentando acostumbrarse a la claridad. El hombre llevaba una silla en la mano. Alguien detrás de él dio la luz a la bombilla que colgaba del techo y luego cerró de nuevo la puerta.

—Hola, Persival. —Arrastró la silla y se sentó en ella.

Lo miró y frunció el ceño. Era alto, moreno, tenía una mirada penetrante, facciones marcadas, hermosas. Europeo.

—¿Cuántas horas llevó aquí? ¿Cuántos días?

—Ni siquiera me conoces —susurró sonriendo—. Es triste, pero es así...

Persival se frotó la frente desesperado. El hombre sacó algo del bolsillo de la chaqueta y lo colocó delante de él entre sus dedos.

—¿La ves? ¿La reconoces? —Era una foto de Samara.

—Sí —susurró—. Yo... Solo hice lo que me...

—Es mi mujer.

Ahora sí le iba a dar un infarto. Reculó hacia atrás y chocó con la pared.

—Ahora son las diez de la noche; supongo que estará en casa. He atravesado el país para venir hasta aquí.

—Romano...

—No la he visto —continuó, y miró al techo—. Desde que salió del hospital tenía que resolver ciertas cosas.

—Romano, fue solo un susto... Te juro que no la...

—Persival, cállate —lo miró con tanto odio que el hombre enmudeció—. Y tú, ni siquiera me conoces.

Guardó la foto en el bolso de la chaqueta y sacó el cheque de Romina.

—Toma. Es tuyo. —Se lo entregó.

Persival lo miró confundido.

—Cómetelo. ¿No querías dinero? Pues adelante.

—Romano, te suplico...

Se levantó, le cogió el cheque y se lo metió en la boca.

—Traga —dijo—. Ahora.

Masticó el papel y tragó con torpeza.

—Buen chico. —Volvió a sentarse y se colocó la camisa con tranquilidad.

—¿Qué vais a hacer conmigo?

—Buena pregunta... —Se rascó la cabeza—. Antes de entrar aquí, he podido leer de ti que no tienes familia, amigos conocidos, hermanos, novia... Una pena. —Se rio—. Ahí fuera hay un grupo de amigos que hubieran estado encantados de conocerlos a todos, pero Persival es un hombre solitario. Una lástima. Ahora es todo más complejo.

Se levantó y apartó la silla con cuidado. Se colocó la chaqueta con elegancia y abrió la puerta del cuarto mientras encendía un cigarro.

—Acompáñame, por favor —le dijo.

Persival se levantó con torpeza y lo siguió. Pasó a través de un pasillo enorme. Eran como galerías subterráneas. Podía oír el ruido del agua a través de las paredes, el chasquido de las ramas que asomaban por los laterales de alguna pared carcomida por los hongos y la humedad. Subieron por unas escaleras y salieron al aire libre. Bosque, aire puro. Marco y Franco Malbaseda fumando un cigarro al lado de un coche en mitad de la noche.

—Ven, por favor —dijo Dominic—. Quiero enseñarte algo.

Se colocaron detrás de él y caminaron en la oscuridad. Llegaron a un espacio más abierto. Dominic se inclinó y levantó una inmensa plataforma de metal circular que había en el suelo.

—¿Lo ves? —Señaló el inmenso agujero.

Persival intentó darse la vuelta y chocó con Marco, que lo sujetó y acercó al pozo.

—Antiguamente, los pastores tiraban aquí al ganado enfermo. Era una forma de ahorrarse el entierro y posibles enfermedades.

—¡Joder! —gritó Persival—. ¡No, no podéis hacer eso!

Dominic lo agarró por el cuello y lo acercó al borde.

—El golpe no te matará —susurró suavemente.

Persival gritó pidiendo socorro, se movió nervioso y luchó por liberarse de su mano. Un empujón lo precipitó al vacío y dio de bruces con objetos que crujían y se clavaban en sus piernas, agua, olor putrefacto. Miró hacia arriba, cerraban el agujero con la inmensa tapa de metal. Gritó como loco, le dolían las piernas ¡Qué cojones se movía ahí abajo!

—¡No podéis dejarme aquí! —gritó—. ¡No!

¡Ratas! ¡Muchas! Intentó incorporarse pero tropezaba con pequeños objetos puntiagudos. ¿Huesos? Palpó algo, las ratas se movían a su alrededor, debía de estar sangrando, notaba la humedad en sus piernas y un dolor intenso en las rodillas.

—¡Abridme! —gritó histérico—. ¡Maldita sea, no podéis dejarme aquí!

Intentó incorporarse y cayó de nuevo sobre los escombros o restos que allí había. Gritó, gritó como loco una y otra vez. Gritó durante horas pero nadie lo escuchó.

42. Contigo

Una vez quise hacerte pagar por todo el daño que me hiciste, pero siempre te dije que te amaba con la misma intensidad que te odiaba. Un día el amor borró todo aquel rencor y aquellos sueños que eran pesadillas, porque eres mía y sin ti mi vida no tendría ningún sentido.

Entró en casa cuando ya pasaban de las tres de la madrugada. Los aviones seguían sin gustarle, y menos la forma de cogerlos que había tenido esas últimas horas. Se quitó el abrigo y lanzó la bolsa de viaje en un rincón del salón como si deseara que desapareciera entre las cortinas y los pequeños recovecos de los muebles que rodeaban la estancia. Se dejó caer en el sofá y durante unos minutos deseó que el mundo se detuviera, que su mente se parara, que todo desapareciera a su alrededor. La casa estaba en silencio. Todavía le ardía la herida de la mano, el fino corte estaba limpio. Fue al aseo de la planta de abajo y tras curárselo se lo vendó con cuidado y regresó al salón para servirse una copa y volver a colocarse en la misma posición. Y ahora ¿qué? Él podría protegerla de todo lo que les rodeara durante el resto de su vida, pero aquel torbellino de acontecimientos le habían enseñado lo fácil que podía ser perderlo todo, lo sencillo que resultaba dañar a cualquiera de los suyos. Sin embargo, también había visto la rapidez de los Malbaseda en apoyarlo, en apoyarlos a todos. Negó con la cabeza con la intención de quitarse la imagen de Samara sobre el suelo de su baño inconsciente y volvió a sentir aquel odio incontrolable por Romina. ¿Odio? Ya ni siquiera diferenciaba si era odio o un simple y triste desconsuelo por lo que aquella mujer se había convertido en tan pocos días.

Toda la casa dormía y ahora lo único que su cuerpo y su mente le pedían era subir a la habitación y comprobar que ella dormía, que ella estaba bien, que ella sonreiría y que todo aquello pasaría rápido. Dejó la copa sobre la mesa y subió. Samara estaba profundamente dormida, pero al sentir el peso de su cuerpo sobre la cama no tardó en abrir ligeramente los ojos y sonreírle.

«Porque te quiero tanto, amor...»

Se inclinó hacia ella y la tomó con cuidado entre sus brazos. Temía romperla como en su vida. Temía incluso que ya estuviera rota de algún modo y que jamás sería capaz de unir esos pequeños pedazos y recomponerla.

—Ya has vuelto... —susurró.

—¿Cómo estás, nena?

—Estoy bien, Dominic. Y, ahora que has vuelto, mejor. Estaba preocupada.

La pequeña perrita levantó la cabeza de su cama y, tras echar una torpe ojeada a ambos, volvió a dormir. Dominic se aferró a Samara y la besó en la cabeza mientras intentaba tajarla con sumo cuidado.

—No sé si me perdonaré haber dudado de ti hasta llegar a este punto y que...

—No —le interrumpió—. No tuviste la culpa, Dominic. Viste ese vídeo. Estaba preparado para que ocurriera de ese modo y yo tampoco fui capaz de contarle antes por temor a que todo saliera a la luz. La culpa no es tuya. Yo hubiera hecho lo mismo estando en tu situación y la mala suerte ha sido que no sabía que estaba embarazada.

—Yo no estoy acostumbrado a este tipo de dolor. Es diferente. Tengo la sensación de que para esto eres más fuerte que yo...

Samara lo miró durante unos instantes. Dominic tenía la mirada perdida; observaba al frente como si realmente no estuviera en la habitación.

—Tienes la mano vendada —le dijo.

—Me corté. No es nada.

—Dominic, estoy bien —prosiguió, abrazándolo—. Al menos creo que lo estoy. Lo único que no puedo disimular es el odio que puedo sentir por esa mujer, por lo que intentó hacer a mi hermano, a ti. Por lo que me ha hecho a mí. Pero estoy bien.

—Eso no es cierto, princesa, algún día saldrá. De alguna forma. Saldrá.

—Estaba embarazada de unos días, ni siquiera... —Se le quebró la voz y luego suspiró—. Habrá otro momento para nosotros.

Apretó las mandíbulas con fuerza y se quedó observándola en silencio durante varios minutos.

—No permitiré que nadie vuelva a tocarte, Samara. No permitiré que vuelvas a hacer algo así. Dudo mucho que pase de nuevo; mis enemigos son pocos y ninguno con las posibilidades mezquinas que ha tenido esa mujer, pero te aseguro que no volverá a sonreír...

—¿Qué será de ella?

—Me importa una mierda, Samara. Se irá lejos. Ya no le queda nada. Ha perdido su patrimonio, los Malbaseda le harán pagar por todo lo que ha pretendido robar del dinero de la familia, y, lo que yo tenía que hacerle, está hecho.

Por una vez no le importó lo que había sucedido. Comenzaba a sentir un profundo sueño y se aferró a él con desesperación.

—No te vayas otra vez...

—No me voy a ir, Samara.

Se quitó la ropa y se metió con ella en la cama. Sintió aquella necesidad dolorosa de parar el tiempo y morir quizá enredado en sus mechones de pelo y sus piernas. Pasó las yemas de los dedos por su vientre y respiró profundamente.

—Tengo sueño... —le murmuró.

—Duerme, mi amor. Yo estoy aquí.

43. Tormentos

Y tardaré en perdonarme a mí mismo por permitir lo que pasó. Tardaré en comprenderlo, en asimilar que hay cosas en este mundo que duelen hasta partirte en dos, cosas que ni siquiera yo sabía que existían.

La comida se celebraría en Quimera. Le había pedido a Luis que llevara a su hermana a mediodía. Él necesitaba pensar, necesitaba llegar antes y ver a Antón. Cuando entró, el anciano estaba en un rincón del sofá leyendo el periódico ensimismado. Se quedó plantado en la puerta y lo observó durante unos segundos. ¡Oh, le dolía tanto el pecho, dentro, muy dentro de él...!

—Muchacho... —Al verlo se le cayó el alma a los pies. Había criado prácticamente a ese hombre y, en todo el tiempo que había pasado en esa casa, jamás lo había visto con aquella expresión de abatimiento—. Ven, siéntate aquí...

Dominic se acercó al sofá y se dejó caer bruscamente. Antón se quitó las gafas, las dejó sobre la mesita y dobló el periódico depositándolo a su lado, sin saber muy bien qué hacer. Era tan hermético, tan extremadamente frío, que si hubiera visto una leve brecha en aquella fachada hubiese saltado sobre él para abrazarlo. Sorprendentemente Dominic flexionó las piernas y se dejó caer de lado apoyando la cabeza sobre sus rodillas. En ese momento, Antón creyó que soñaba, creyó que todo aquello era producto de su imaginación, y se quedó petrificado.

—Papá, no puedo más —susurró.

«Papá...», en quince años jamás le había llamado así y creyó sufrir un infarto cuando lo oyó. Pasó la mano por su cabeza y cerró los ojos emocionado.

—Estoy... cansado...

—Oh, Dominic... —apenas le salían las palabras—, hijo, es normal que estés así. Es normal después de todo lo que has pasado.

Catínca entró en el salón e, igual que Antón, se quedó paralizada al ver la escena. Su padre le hizo una señal para que saliera; le sonrió, y, con cautela, ella volvió de nuevo por donde había venido, sin apenas hacer ruido.

—La familia no se escoge, Dominic; pero los amigos sí. Esa es la familia que uno mismo elige. Tenemos muchos defectos y somos como el caballo de Troya cuando nos dañan pero... siempre estarán ahí para ayudarte. Nunca entendiste —prosiguió—, que no era necesario que lo hicieras todo solo, hijo.

—Se han portado bien...

—Los Malbateda tenían claro que tú serías de los pocos que haría lo mismo por ellos, si fuera necesario. —Le acarició la cara y le agarró el hombro—. Han caído muchos por el camino...

Dominic metió la cabeza entre la tela de sus pantalones y sollozó.

—Sigues siendo el muchacho miedoso y descontrolado que entró por esta puerta hace años —dijo riendo—. Controlas toda tu vida exquisitamente, menos tus demonios.

Comenzó a llorar como un niño y Antón lo abrazó con fuerza.

—Si sacaras ese dolor de dentro —susurró—, todo sería más sencillo para ti, mi muchacho.

—Oh, señor... —gimió—. La hubiera matado...

—Shh... Tranquilo...

—Duele. Vuelve otra vez, vuelve con la misma fuerza.

—No lo permitas. —Le apretó el brazo y lo fregó ansioso.

—Sigue gustándome.

—No dejes que pueda contigo otra vez, Dominic.

Comieron todos en Quimera. Marco, Guian y Franco regresarían a Florencia para solucionar los restos de aquel caos y luego las casas tomarían la decisión de cambiar la organización. Eso fue lo que Darío transmitió, al menos en aquella mesa, rodeados de las mujeres, Sara y sobre todo Samara; nadie más preguntó nada. Sin embargo, aún quedaba mucho de qué hablar, pero no ese día. Dominic estaba bajo una especie de letargo, como si hubiera tomado uno de aquellos tranquilizantes de caballo y flotara sobre la mesa del comedor. El resto lo sabía, sabía todo lo que había ocurrido y lo que aún quedaba por solucionar. El apoyo de los Malbateda jamás se olvidaría. Al igual que el daño que la otra parte de la familia había causado.

—Nos quedaremos aquí este fin de semana —dijo Luis a Samara—. Creo que lo mejor es que estéis acompañados. Dominic parece un alma en pena.

—Lo sé. —Samara sostenía un café en la mano, se tapaba con una fina chaqueta de punto y balanceaba las piernas sobre la silla de madera del porche de la casa—. Algo lo atormenta.

—Tú estás demasiado bien con todo lo que...

—Yo ya no siento nada, Luis. Nada. Lo único que me importa es que él esté bien.

—¿Y tú? —preguntó.

Samara lo miró y sonrió sin ganas.

—Dicen que en realidad el sexo fuerte es la mujer. Soportamos mejor el dolor físico; ya sabes, partos, enfermedades... Y canalizamos el psicológico de otra manera.

—Eso es cierto. —Se sentó a su lado y le pasó el brazo por los hombros—. Ahí tengo que darte la razón. —Hizo una pausa—. Dudamos de ti, Sam... Después de todo, dudamos de ti.

—Yo hubiera hecho lo mismo, Luis, eso no importa. Tenía que fingir, estaba aterrada, pensaba que si la cinta llegaba a los medios... que la gente te viera, os viera... no sé. Actué rápido, mal y torpemente pero, ¿sabes?, tuve que actuar porque sabía que si Dominic tenía una ligera duda de que eso era fingido, una mínima duda, sería como Atíla en mitad de una cristalería y todo se echaría a perder.

—Fue una locura ir sola, Sam.

—No contaba con mi desmayo y todo lo demás... —Se rio—. Pero tampoco me afecta.

—Eras la forma de hacerle daño, tú, yo... cualquiera de nosotros.

—Lo sé.

Se volvió hacia él y lo besó en la frente.

—Y espero que paguen por todo el daño que han hecho.

—¡Oh, créeme que lo están haciendo!

—No es suficiente, estoy segura...

La miró, no tenía la expresión angelical que siempre la acompañaba, su dulzura, su paz. Su hermana estaba rota por dentro y sí, en algo se parecía a Dominic; ahora eso estaba dentro de ella y lo empezaba a disimular con odio.

44. Adiós, pequeña, adiós

Hasta el alma más cálida y más inocente puede llegar a odiar. La mujer más fría llorar y suplicar un poco de amor.

Despertó sobresaltado en el sofá del salón. Le dolía horrores la cabeza. Recordó a Romina. Dominic le había pedido que esperara arriba y se había puesto a beber como un poseo. Se volvió y cayó boca abajo en la alfombra ¡Oh, qué dolor! ¿Dónde estaba ella? Se incorporó y tambaleándose subió las escaleras y entró en su habitación. Nada. El sótano. Los *flashback* le venían como rayos a medida que recuperaba la consciencia. Miró la puerta de la entrada y estuvo tentado a irse de allí, no tardarían en venir a recogerla, Dominic lo había dejado todo bien atado. Se frotó la frente y se tapó la boca con las manos. Era un buen hombre. No podía, por lo menos, no asegurarse de que ella, la mujer que ocupó todas las horas de sus días durante cinco años, estuviera bien. Bajó las escaleras y entró en la sala. Estaba allí, de espaldas a él. Dormía sobre el jergón de la andrajosa cama en la que tantas veces él había dormido. Se acercó, miró el reloj, debía despertarla. Esa misma noche tomaría un vuelo para España y comenzaría su penitencia como esclava. Sintió una profunda tristeza; otra vez la compasión por ella se apoderó de él; sin embargo, había sido tan horrible, tan despiadada e inhumana. ¡Oh, Romina, tú ni siquiera sabías que ella estaba embarazada! ¡Nadie lo sabía! Alargó el brazo y le tembló el pulso cuando la volvió. Se llevó la mano a la boca y ahogó un grito desgarrador. Su cara, su preciosa y hermosa cara... seguía igual.

—¡Santo cielo, Romina! —gritó.

Ella se despertó alterada y se apartó de él.

—Estás bien...

Le empujó hacia atrás y comenzó a llorar desconsoladamente. Tenía el labio partido, el cuerpo lleno de moratones e inmensas heridas en la espalda, pero su rostro, que creía desfigurado, seguía intacto.

—¡Vete! —gritó—. ¡No quiero que me veas así!

La zarandó por los hombros para que volviera en sí y la miró.

—¿No te das cuenta que estás bien? —gritó angustiado.

—¡No! —lloraba—. ¡No! ¡Tenía que haberme matado, tenía que haberme destrozado la cara!

—Qué dices... —susurró—. No... no entiendo nada...

—¡Al menos ahora lo odiaría! —gritó fuera de sí—. ¡Al menos sabría que nadie querría tocarme jamás! ¡Viviría con ese viejo, sabiendo que no puedo gustar a ningún hombre, y odiándole a él con toda el alma!

Alexis se apartó de ella y la miró con tristeza. Romina lloraba fuera de sí. Sentada en la cama se balanceaba hacia adelante y atrás aferrándose el vientre.

—¡Vete! —gritó.

Se agachó frente a ella y le cogió las manos. Tenía poco tiempo; posiblemente nunca más volvería a verla. Le besó los nudillos, la palma de las manos; se quedó quieto con los ojos cerrados mientras olía su suave piel pálida.

—Ella estaba embarazada —dijo ida—. No lo sabía, no era mi intención...

Romina cerró los ojos y vio a Dominic. Ella estaba en el suelo dolorida por aquel horrible castigo y él se apoyaba contra la pared con las piernas flexionadas. Recordó sus palabras; jamás las olvidaría durante el resto de su vida.

—No hay mayor muerte que morir en vida, Romina... Odiar te hace fuerte, no mereces si quiera eso. Te facilitaré la vida que te espera.

Se había reído suavemente e inclinado la cabeza hacia atrás hasta chocar con la pared.

—No voy a permitir que me odies... Eso es quizá... lo peor que podría hacerte. —Cerró los ojos y sonrió—. Que no me odies...

—Dominic...

Sus palabras, su angustia. Movié la cabeza como si preguntara al mismo cielo por qué le había hecho aquello, por qué tanta maldad. Le había cogido la cara y se había acercado. Sus labios rozaron su frente; los apretó con fuerza contra su piel.

—Te perdono —su voz desgarradora le partió en dos.

«¡No!»

Permanecía quieta con los ojos abiertos y miraba al vacío desconcertada.

«¡No! No puedo seguir amándote, necesito odiarte para que todo sea más sencillo. ¡No, no! ¿Adónde vas? ¡No puedes irte así! ¡Dominic! ¡Dominic!»

Alexis se volvió al oír los pasos en el piso de arriba y vio cómo la puerta de la entrada se cerraba con firmeza.

—Señora... —Aún lo era mientras estuviera en esa casa—. Debe vestirse, no hay tiempo.

—Eres un buen hombre, Alexis.

La ayudó a levantarse y soltó la cadena de su cuello. La puerta del sótano se abrió y dos hombres que no había visto en su vida entraron. Uno de ellos lanzó una bolsa de deporte al suelo y la señaló.

—Lo que quepa en esa bolsa será suficiente —dijo sin expresión alguna—. Vamos, la acompañaremos.

Alexis avanzó con ellos pero uno de los hombres lo frenó.

—Sería más difícil —su voz fue suave. Más que ordenárselo se lo suplicaba—. Estará bien.

Se alejaron escaleras arriba y más tarde la puerta de la entrada sonó con fuerza. Alexis se sentó en la cama se agarró la cabeza con ambas manos y comenzó a llorar

desconsoladamente.

45. Al borde del abismo

Eres mía de todas las formas posibles para lo bueno, para lo malo...

Estaba delante del espejo y se cepillaba el pelo antes de acostarse. Sentía la mirada casi inexpresiva de Dominic detrás suyo. Sentada en el amplio taburete frente al tocador podía verlo, apoyado en la barandilla de madera de la pequeña terracita que daba a la piscina, mirando hacia la habitación, hacia ella.

Avanzó y se colocó detrás de ella. Le cogió la mano y le levantó el brazo. Deslizó la fina bata de satén por sus hombros mientras movía los ojos de arriba abajo observando sus hombros, sus pechos, su cara, su frente...

¡Oh, cuando hacía eso se excitaba horrores! Como si le faltara tiempo y debiera encontrar algo en su piel, ¡rápido! Sintió sus dedos rozando su clitoris y suavemente y muy despacio introdujo un dedo dentro de ella.

—¿Te duele? —susurró pasando la lengua por su boca.

—No... Ya puedo...

Sacó el dedo y se lo pasó por los labios, lo metió en su boca y acarició con la yema su lengua. Le hizo abrirla un poco más y, sin sacar el dedo, metió su lengua y la movió ansiosa.

Esa forma de besar sucia y lasciva, lamiendo muy lentamente sus labios y su lengua, como si chupara un helado y jugara con él, la hacía temblar hasta desequilibrarla. Samara apenas se movía; era como si la cubriera por completo, como si sus movimientos no le dieran tregua para ni tan siquiera hacer algo por su cuenta. Caminó hacia adelante y ella chocó con la pared. La cogió con delicadeza del cuello y la acorraló suavemente mientras seguía comiéndole la boca de aquella forma tan sucia y depravada. Logró llegar hasta su cinturón y ansiosa lo soltó y le desabrochó los pantalones. Torpemente, pues apenas la dejaba respirar, soltó uno a uno los botones de la camisa hasta que logró quitársela y tirarla a un rincón. Cuando le cogió la cara sus brazos se hincharon y creyó morir de necesidad. ¡Oh, Dominic! ¿Dónde estás? Aquí conmigo, no...

Empujó con el pie el taburete del tocador y la sentó en la encimera haciéndola chocar contra el espejo. Separó sus piernas y volvió a cogerla por la cara para comerle la boca. ¿Qué iba a hacer? Tiró de su pelo y le inclinó la cabeza hacia atrás, mordió su cuello, la miró y sintió como sus dedos volvían a entrar en ella devastadoramente. ¡Oh, la miraba! La miraba fijamente sin soltarla del cabello, su lengua pasó por su barbilla y la mordió.

—¿Duele? —susurró mientras se pasaba la lengua por el labio inferior.

—No... —le dijo a punto de estallar de placer.

Dominic abrió levemente la boca y clavó un poco más los dedos hasta rozar las paredes de sus entrañas haciéndola saltar de placer; notó cómo giraba dentro, cómo rozaba suavemente su preciada zona. Justo ahí... donde tenía que ser... donde no deseaba que parara ni un momento. Frunció el ceño al verla abrir los ojos como platos y sus labios formaron una mueca parecida a una leve sonrisa. Inclinó la cabeza hacia su hombro y la observó.

—Justo ahí... —susurró.

—Sí...

¡Oh, que no pare, que no pare! Decía su mente. La tenía sujeta, la miraba, la tocaba despacio, sin prisas. Observaba la expresión de su cara, sus mejillas ardiendo, que empezaban a encenderse precipitándola a un orgasmo casi inmediato. Su respiración se aceleró, frenó de golpe. Sacó los dedos y se los pasó por los labios. Samara respiraba ansiosa. Ni siquiera se movió. Él había soltado su pelo y ahora se mantenía frente a ella, entre sus piernas, y la miraba tranquilamente mientras jugaba con sus labios y le hacía chuparle los dedos.

Se acercó a su oído. Apoyó las manos sobre la encimera del tocador, una a cada lado de sus piernas, y la besó.

—Baja del tocador —susurró muy despacio en su oído—. Date la vuelta... separa las piernas...

¡Velocidad! Saltó como un gato quedando a dos milímetros de su cara y se volvió. Sí... Sentía su pecho detrás, se apartó de ella levemente y besó su espalda. Apartó su pelo, pasó los dedos por su columna y los deslizó despacio hacia su culo. Ella miraba la encimera; sintió su mano en la barbilla y la hizo mirar al frente. «¡Mírate!», dijo su mente. Sus ojos se clavaron fríamente en ella a través de su reflejo y sintió la necesidad innata de suplicarle que lo hiciera rápido. Su mano, sus dedos, se colaron por sus piernas y le abrió delicadamente los labios. Sintió el roce de su sexo. «¡Hazlo! ¡Clávate!» Tiró de su pelo y besó su mejilla. Ahora... Ahora sujetaba sus pechos con fuerza y pellizcaba ligeramente su pezón mientras resbalaba dentro. Frenó, se quedó quieto y lamió su nuca. Un escalofrío se apoderó de ella cuando la mordió y jadeó nerviosa, al sentir que la presión aumentaba y la embestía una vez. Samara cayó hacia adelante y apoyó las palmas de las manos sobre la mesa. ¡Oh, ahora sus manos se metían entre sus muslos y le separaba el sexo para luego embestirla una vez más! ¡Locura! Sintió una palmada en el culo intensa y su boca volvió a pegarse a su oreja.

—Mira al frente —susurró—. No te lo diré más veces.

Otra vez lo tenía detrás. La imagen de su mirada clavada en ella le invadió las retinas, y él levantó su cadera hasta hacerla gritar. Se inclinó hacia adelante y besó su boca bruscamente ladeándola hacia él. ¡Locura! Quería moverse, quería acelerar el ritmo, pero la tenía cogida por las caderas y le impedía apenas un ligero contoneo.

—Sal... —susurró—. Ahora.

Samara obedeció. Le temblaban las piernas, sentía aún aquella debilidad, aquella sensación de no estar todavía al cien por cien y no poder con él. Le hizo volverse hacia él, le metió la lengua en la boca bruscamente y la levantó en el aire para luego dejarla sobre la cama y, cuando creía que saltaría sobre ella de un movimiento, la giró tan bruscamente que quedó espantada en la cama. Ahora estaba encima. Volvió a tirar de su pelo y a medida que se clavaba en ella la hacía volver a mirar al espejo, mientras se aferraba a las sábanas y la arrastraba hacia adelante con sus golpes. Una y otra vez, bestial. Apenas le daba tiempo a asimilar el primer golpe y otra vez volvía a embestirla como un animal.

—Dominic...

Lo veía sobre ella, veía sus brazos a ambos lados de su cara, su mano rodeando el cuello y otra vez una embestida la empujó hacia el borde de la cama y la precipitó al placer más absoluto mientras se retorció bajo él.

—Dominic... Espera... Dominic... —jadeó.

Nada. Estaba en un universo paralelo y ella era parte de las sombras que lo rodeaban. Salió de ella. Por un momento creyó verlo mirar las sábanas; sin embargo, tenía la mirada perdida más allá de ellas. Sin dejar de mirar a la nada, le tapó la boca con la mano, miró el espejo y con la otra mano levantó el dedo índice y lo puso en los labios.

—Shh...

Se clavó en ella por detrás con tanta rapidez que apenas pudo patear para intentar alejarse de aquel tormento al que nunca llegaba a acostumbrarse. ¡No! Sus ojos se abrieron como dos focos. Se movió hacia adelante pero su peso le impedía apartarse de él.

—Mmm... —gruñó negando con la cabeza.

Dominic seguía bombeándola, ahora ya ni siquiera la miraba, se movía ansioso, a punto de perder la cordura. En su mundo, en la necesidad de saciarse y donde aún mirándola ni siquiera la veía. ¡Oh, la llenaba! Podía sentir sus convulsiones, su respiración entrecortada que iba a más y más...

—¡Dominic! —consiguió decir cuando sintió que la fuerza de su mano disminuía y se apartaba de ella—. ¡Dominic!

—Qué... —susurró con apenas un hilo de voz.

—¿Qué... qué ha sido eso?

Se incorporó sobre sus rodillas y lo miró confundida.

—No... —Cayó hacia atrás—. No sé qué dices, Samara.

—¿Estás bien?

La miró y frunció el ceño.

—Sí... ¿Por qué?

—Estabas en otro lado... Estabas raro.

Miró al techo, se levantó y salió al balcón. Apoyó las manos en la barandilla e inclinó la cabeza. Los músculos de su espalda se tensaron y se asomó a la oscuridad de la noche. Volvió a incorporarse y se giró hacia ella.

—Dominic.

Intentaba traerlo de vuelta pero apenas reaccionaba.

—Estoy aquí —musitó—. Solo pensaba.

Le acarició la mejilla y sonrió con dulzura.

—Solo eso.

46. La subasta

Hay un precioso palacio del delirio, un rincón que, aunque brille en todo su esplendor, para algunos puede ser el mismo infierno.

Se mantenía de pie frente al amplio salón de aire isabelino, sus suaves cortinas de terciopelo, lámparas que irradiaban aquella luz coralina, el papel en las paredes y los muebles exquisitos que lo deleitaban. Romina ya había llegado, esperaba su turno. Había más de veinte personas, siempre las mismas, pobres de dinero y vicios. Hartos de ellos mismos, incluso. Aristócratas octogenarios, hombres de negocios excesivamente desviados como para tan siquiera quererse a sí mismos. ¡Ah, pero cómo le gustaba aquel lugar! Y lo gracioso de todo es que en veinte años nada había cambiado. Sí, él. Volvería a llevar a Su a La Baraka, la tumbaría en esas suaves y mullidas camas de amplios cabeceros de madera tallada y jugaría con ella entre las preciosas sábanas de satén. ¿Acaso se activaba su cabeza de tal manera cuando pisaba ese palacio del delirio? Su... Su... Tengo tanto que vivir a tu lado...

Frunció el ceño cuando entró Dominic. Hubo una especie de ovación contenida de necesidad cuando lo vieron aparecer.

—¡Por fin! —dijo uno de los ancianos más alejados del centro del salón.

Darío se aproximó a él. Se mantenía pensativo en un extremo de la barra mientras pedía una copa de cava.

—Romina está lista —dijo—. Están ansiosos.

—Pues vamos.

La llevaron al centro de la habitación. Daba la impresión de ser un reo condenado a muerte a punto de subir a la hoguera que la viera arder. Estaba ida, pero eso no parecía importarles a ninguno de los que estaban allí. Empezaron a babear como locos cuando la vieron, aún sin su hermosa melena, expuesta a ellos.

—Confirmas. Sí —dijo uno de los hombres—, que estás aquí por tu propia voluntad, que aceptas las condiciones, y firmas y reafirmas que quien puje será propietario de ti durante el plazo de diez años renovables.

Extendió una subcarpetita con un papel anclado y un bolígrafo.

—Romina Elisabeth —dijo—. Firma, por favor.

Miró hacia donde estaba Dominic.

«Recuerda que tienes familia, Romina.»

—Sí —contestó cogiendo el bolígrafo.

—Confirmas. Sí —prosiguió—, que en ningún momento has sido coaccionada, obligada y/o empujada a tu decisión. Que eres mayor de edad y posees todas tus facultades mentales en su totalidad. Que formarás parte como esclava, sin voluntad, sin decisión, sin poder de actuación. Confirmas. Sí.

—Sí —susurró firmando más abajo.

—Puja abierta.

¡Oh, la algarabía emergió! Varios de los hombres tenían piques entre ellos y jugaban con las distintas posibilidades. Era humillante, Romina no dejaba de mirar el suelo, de pie, totalmente desnuda, hundida.

—Dominic...

La voz de Darío y su gesto desencajado le advirtieron de que algo no iba bien. Se volvió y vio a Samara. De pie, en el umbral de la puerta, los ojos abiertos como platos, el bolso colgando de la mano y una expresión de estupor.

—¿Nos ha seguido? —susurró Darío, pero Dominic parecía no oír.

Se acercó a ellos. Pasó por detrás de la gente y se dirigió a la barra. Dominic no se movía. Si alguna vez le había visto a punto del infarto, ese, sin duda, era el día.

—¿Qué haces aquí? —le oyó preguntar.

Samara volvió a fijar la vista en Romina y luego lo miró.

—Romina... —susurró.

—Tienes que irte de aquí —le espetó furioso.

—No me voy a ir de ningún lado —dijo lentamente, sin dejar de mirar la escena y como si estuviera en otro universo.

La puja terminaba. Había risas, comentarios jocosos y bromas entre todos los asistentes. El nuevo *dueño* firmaba los papeles y la gente comenzaba a disgregarse hacia otras salas.

—La compró Leonardo —dijo Darío encogiéndose de hombros.

—¿Quién es Leonardo? —Samara miró a Dominic. Este no la quitaba ojo intentando leer la expresión de su cara—. Decídmelo.

—Un octogenario que vive en Londres. Tiene un circo particular en casa, establos, esclavos y esclavas... —Darío se movió nervioso—. Ya me entiendes.

Samara seguía mirando a Dominic mientras Darío le hablaba.

—No tiene pelo —susurró.

—No... Tienes que irte de aquí.

—No me voy a ir, Dominic.

—Romano. —Un hombre se acercó a él—. Mi tío ha ganado la puja. Nos la llevamos en cinco minutos.

Asintió y al volverse vio a Samara dirigirse hacia el centro del salón. Avanzó y se situó frente a ella. Romina levantó la cabeza y la miró. Dominic la siguió

desconcertado; aferró su brazo con fuerza pero Samara se soltó.

—Oh —dijo Romina—, tú... Parece que la princesa ha descubierto el circo y mi penitencia. —Sonrió con melancolía—. ¿Ella se apiadará de mí?

Se volvió, su espalda estaba totalmente destrozada.

—Mírame... Mira mi castigo... —sollozó.

—No... —susurró Samara.

Le dio una bofetada con tanta fuerza que Romina inclinó la cara y, cuando volvió a mirarla asustada, otra bofetada le cruzó la cara hacia el otro lado haciéndola caer sobre la alfombra persa. Ahora sí era una locura y Darío no sabía qué hacer. Dominic estaba petrificado delante de las dos. Miraba a Romina y la sangre que emanaba de su labio y luego miraba a Samara, que estaba desencajada a su lado.

—Tu penitencia... —apostilló—. No es nada comparado con lo que me has quitado... Eres... despreciable... Estás amargada —decía con rabia—. ¡Eres horrible!

Volvió a abofetearla y Dominic la agarró por la cintura.

—¡Creías que me iba a compadecer de ti, Romina! —gritó—. ¿Te compadeciste tú de mí, puta amargada? —Ahora peleaba por soltarse de sus brazos y gruñía—. ¡Ojalá te traten como te mereces! ¡Eres pobre y estás sola! ¡Pobre y sola!

Darío corrió a ayudar a Dominic. Era increíble pero no era capaz de sujetarla de lo histérica que estaba. Pataleaba en el aire mientras la llevaba en volandas hacia el exterior del salón.

—¡Ojalá te mueras en tu veneno!

—¡Sácala de aquí!

Darío abrió la puerta pero Samara se agarró a ambos lados del marco.

—¡Te esperaré, Romina! ¡Te esperaré y acabaré contigo! ¡Yo! ¿Me oyes? ¡Yo! —gritó.

Tiró de ella pero se agarró a la puerta y movió las piernas.

—¡Yo! ¡Ojalá te pudras en el infierno! ¡Yo no te hice nada! ¡Nada!

Romina comenzó a llorar. Se tapó la cara con ambas manos y se dejó caer en el suelo.

47. Sin compasión

En el arte del castigo la mente debe estar ejercitada. Sin ella, no somos nada.

Es sencillo, me siento bien. Tengo la sensación de que ya no me ahogo. Es difícil estar a la altura de las circunstancias, complicado tal vez. Sigue haciendo que las piernas me tiemblen cuando se enfada, sus ojos son el reflejo de sus demonios, unas veces aterradores, otros suplican de una forma casi enferma que lo quiera, que le diga que todo irá bien, que lo está haciendo bien...

Tus tormentos son inmensos, al igual que tu corazón. Te quiero, Dominic; si no sería imposible soportar todo lo que me ha pasado desde el día que irrumpiste en mi vida. Ahora y solo ahora me siento fuerte.

Samara 12 P.M. Domingo.

Cerró la libreta y se desvistió. No sabía por qué, pero llegó de La Baraka y se encerró en la habitación. Necesitaba pensar, necesita relajarse, o no tardaría en caer enferma. Llamaron a la puerta. Dominic pocas veces lo hacía y, cuando lo hacía, significaba que respetaba su soledad, su necesidad de quedarse sola y respirar.

—¿Estás bien?

—Debería preguntarte lo mismo. —Estaba tan cansada que apenas terminó la frase con un susurro.

—No debiste seguirme, Samara.

Se levantó, solo llevaba puesta la ropa interior y lo miró. Dominic entrecerró los ojos.

—Lo volvería a hacer.

—Me sorprende como nunca tu reacción. —Apartó la chaqueta del traje y metió las manos en los bolsillos—. Es la primera vez que me has descolocado. La primera vez que algo me pilla desprevenido. Todavía respiras nerviosa, sigues enfadada...

—Sí. Lo estoy.

Dominic avanzó varios pasos y se quedó frente a ella.

—Lo sé. Voy a ser franco contigo. Reconozco que tu actuación ha asestado el golpe final a Romina. Ella esperaba que tú sufieras, que me odiaras por lo que le he hecho, que tu inocencia y tu humanidad fueran más fuertes que el odio. Sin embargo has reaccionado al revés. Eso la ha matado, lo tengo claro y me complace pensar... —hizo una pausa y suspiró—... en ello.

—Lo volvería a hacer otra vez, Dominic.

—Lo sé —susurró—, pero has interferido. Siempre te he dicho que no debes hacerlo. No me gusta y lo sabes.

—Eres implacable —susurró con dignidad.

—Debo castigar esa actuación —dijo—. ¿Lo entiendes, verdad?

—Es un detalle por tu parte preguntar antes de ejecutar.

Se le escapó una mueca irónica y negó con la cabeza.

—Oh, mi amor... No vayas por ahí. Respeto tu dolor. —Caminó hacia ella—. Respeto tu necesidad de matarla allí mismo y tu impulsividad... Pero no permito la desobediencia ni el descontrol.

Se quitó el sujetador, deslizó las braguitas hasta el suelo y las apartó. Dominic seguía sus movimientos con curiosidad.

—Lo que tengas que hacer, hazlo —suspiró—. No me afecta, sinceramente.

—Te vuelvo a preguntar si lo entiendes.

Hizo un gesto con la cabeza y le sonrió.

—Sí. Aunque si no fuera así, tampoco importaría...

—Te lo explicaría.

Se acercó al armario y con una tranquilidad casi cortante se quitó la chaqueta y la corbata y se desabrochó los dos primeros botones de la camisa. Se volvió hacia ella, se arremangó la camisa por encima del codo y se aproximó.

—Inclínate sobre la cama —dijo señalando la colcha—. Las manos sobre ella, separa las piernas. —Rozó sus nalgas y se inclinó hacia su cara, le besó la mejilla—. Cuenta.

«No... No es justo, no es justo mi castigo, me quema la rabia, arde por dentro. Aprieta mi pecho y me hace sentir unas ganas irrefrenables de llorar. ¿Por qué? ¿Por qué, ahora? ¿Acaso no existe esa leve humanidad para que yo pueda llorar mi pena?»

Dignidad. No cesa. Se aferró con firmeza a la colcha y cerró los ojos apretando los puños con crispación. Quema, quema por dentro y consume... ¿Por qué hace esto? ¿Por qué ahora?

Paró. Samara no tenía intención de darse la vuelta. El calor era horrible, le ardían las mejillas y las lágrimas habían mojado la colcha.

—Sácalo de una jodida vez —susurró—, porque si no lo haces seguiré castigándote.

¿Qué? El pecho le iba a estallar. Subía, bajaba, sonaba al compás de su corazón. Fuego, quema, arde. La dio la vuelta y le cogió la cara con la mano. Apretó sus mejillas y presionó con tanta fuerza la mandíbula que creyó que no era él al que miraba en aquel momento.

—Sácalo... —dijo con rabia.

Sube, baja, su pecho. Presión. Por un momento escuchó aquella vocecita que la atormentaba por las noches cuando empezaba a dormirse dentro de su corazón: «Mamá». ¡Oh, se estaba volviendo loca!

—Aquí —susurró—. No donde lo hiciste. No de la forma en que lo hiciste en un puto local público donde nadie conoce tus miserias... Sácalo.

Comenzó a llorar con una intensidad que rompía el alma. La rabia. ¡Oh, la rabia! Salía... Emergía como un puño más allá de lo real y flotaba por encima de su cabeza mientras seguía mirándolo sin apenas verlo. Odio, odio inmenso, odio por ella, por lo que le hizo, odio por la necesidad de hacerle daño y no haberle tan siquiera permitido su recompensa. Gritó con fuerza y la finca entera tembló, resbaló entre sus manos y, al hacerlo, Dominic la cogió con fuerza y la sujetó para que no cayera al suelo. Ahora, sí. Gritaba, lloraba, negaba con la cabeza y se balanceaba.

—Sácalo todo... —le susurró apretando su cabeza contra la de ella.

¡Oh, qué horrible sensación de ahogo! ¿Qué era aquella angustia? El aire... El aire le faltaba. No podía dejar de gritar, no podía ver. Sonó la puerta. Una, dos, ¿tres veces? Seguía gritando, seguía llorando y ahora caía de rodillas arrastrándolo con ella.

—Dominic.

Darío entró en la habitación y cerró la puerta.

—Tráeme su ropa. —La balanceaba entre sus brazos mientras seguía gritando y llorando como si nada existiera a su alrededor—. Vamos...

—Ya está todo listo —dijo Darío—. Cuando quieras.

—Mírame —murmuró—. Samara ...

—¡No lo soporto! —gritó histérica—. ¡No es justo! ¡No! ¡No! ¡No! —repetía una y otra vez.

¡Oh, qué locura! Aquello era imposible de parar. Seguía gritando como loca, se retorció entre sus brazos como si quisiera liberarse de una cadena que la ahogaba y no podía parar, no podía... Un fuerte bofetón la devolvió a la realidad. Dominic la aferró por los hombros y la levantó del suelo. Le metió el vestido por la cabeza, le subió la cremallera y la miró con dureza.

—Abre la puerta, Darío. —La levantó en el aire con su eterna facilidad y la sacó de la habitación.

¿Adónde la llevaba? ¿Volvería a castigarla de nuevo en el sótano por despertar a Quimera entera? Ahora estaba en un estado de ensoñación. Flotaba. Estaba bajando. ¡Ah, el sótano! La dejó en el suelo y la empujó contra la pared. Darío parecía estar algo desconcertado. Algo pasaba, no era tonta, conocía a esos hombres tanto como si de ella misma se tratara.

—Mírame, Samara.

—¡Qué! —Rabia, odio, dolor.

—Lo sientes, ¿verdad? —susurró desgarradoramente—. Sientes que te come por dentro... El odio es así, pero si no lo sacas fuera de ti te consumirá como lo hizo conmigo...

—No fue justo —sollozó agotada.

—Todo tiene un puto proceso, Samara... ¡Todo! Todo tiene su ubicación, hasta tú... —le dijo con firmeza—. Hasta tú debes pasar ese proceso para vengarte de todo lo que te ha hecho daño...

—No te entiendo —se desesperaba. ¿Qué le iba a hacer?—. ¡No entiendo nada! ¡La odio, la odio y tú... tú la perdonaste! ¡Maldita sea, también era tu hijo!

—Escúchame... —La volvió a empujar contra la pared—. Siempre te dije, maldita sea, que tuvieras un poco de fe en mí. Yo... —susurró—... la perdoné para hundirla... Pero tú... no lo harás...

Abrió la puerta del sótano y la luz coralina y roja le inundó las retinas. Darío entró delante y se colocó en un extremo. No podía creerlo, ahí estaba ella. Romina, atada al techo y con una expresión de pánico junto a un anciano octogenario que se sujetaba con un bastón de madera y pedrería.

—Leonardo. —Darío sonrió y salió acompañado del viejo, el cual dirigió una sonrisa irónica a Samara.

Dominic avanzó hacia Romina tirando de la mano de Samara y cogió una fusta.

—¿Qué vas a hacer, Dominic? ¿Qué coño es esto? —gritó pateando—. ¡Dominic, no puedes permitir esto! ¡No, eso no! ¡Ella no!

Ahora la rabia emergía en la cara de Romina, que intentaba soltarse de las correas y gritaba histérica.

—Ahora ... —susurró a Samara—. Es el momento. Aquí, de esta forma, con todo tu odio fuera, con toda la rabia que te invade, esos demonios que están dentro y que te hacen hablar de noche mientras lloras. Ahora, princesa. Ahora, tú tienes el control.

Extendió la fusta y con una cabriola le dio la vuelta apuntando a Samara con su extremo superior.

—Y no tengas compasión...

«Vuelvo. Vuelvo y me duele el brazo, me duele la mano... ¡Oh, qué sensación! Mi pecho no oprime mi corazón, siento ese soplo de aire que me invade y me refresca. ¿Dominic? Está frente a mí. Tiene esa cara de circunstancias que suele poner cuando algo le resulta entretenido. Me está mirando a mí y se apoya en la pared con los brazos cruzados. Miro alrededor. ¿Cuándo han entrado Darío y Carlo? Oh, vaya por Dios... Ni siquiera me he dado cuenta. Carlo tiene los ojos muy abiertos; está junto a Darío delante de la puerta y parece que ha visto un fantasma. Seré yo, tengo el pelo encima la cara, respiro con fuerza y debo parecer una de esas apariciones japonesas de las películas de miedo. ¿Qué pasa? Miro a Romina. Sigue ahí, me doy cuenta porque solloza, porque se balancea en el aire y tiene la cara como la grana y una expresión desencajada que me sorprende. Dejo caer la fusta, no recordaba que la tenía hasta que resbala de mis dedos. Me duele la mano, me duele el brazo... Él me mira. Sonríe.»

48. Dame una oportunidad

Hay un momento en la vida en que no te esperas lo que vendrá. Parece que somos parte de un plan y, cuando menos crees que puede cambiar tu vida, lo que sea que exista ahí arriba cambia las fichas del tablero de ajedrez.

Paseó por el jardín hasta llegar casi al lado del portón metálico. Desde allí Quimera se veía imponente. Más si cabe de lo que realmente era. Antón sonrió. Nada había sido fácil, ni siquiera para sus muchachos, que habían nacido en otra época, en otro tiempo con más oportunidades, con más facilidades y menos censura. No, de hecho, todo se había precipitado de una forma esperpéntica. Jamás hubiera esperado la maldad de Jeremías, otro niño de Quimera, otro compañero, otro amigo o, al menos, eso había pensado siempre, hasta hacía pocas horas. Las casas se habían apoyado, muchos habían pagado. Muchos que no tenían la culpa, pero así era el mundo que los rodeaba. ¿Pero que era normal en todo lo que los rodeaba? Los comienzos del amor de Dominic por aquella mujer, la forma de enamorarla, Darío y su hija, con los mismos comienzos tan horribles y a la vez tan llenos de amor que el mundo jamás comprendería, si no conocieran toda la historia. ¿Qué había de normal en todo aquello? Nada. Echó a andar por el caminito de piedras, y fijó la vista en las bonitas rocallas que rodeaban la entrada de la finca. Ese año habían florecido más de lo normal. Se colocó el cuello de cisne de su jersey negro y metió las manos en los bolsillos del pantalón. Todos se habían marchado otra vez y, aunque ya estaba acostumbrado, deseaba horriblemente volver a tenerlos en casa lo antes posible.

—Siempre paseas muy temprano por el jardín. Sea invierno o verano.

Se volvió y se sintió descolocado. Alexander estaba delante de la puerta y permanecía inmóvil observando la rocalla. El pelo seguía llegándole a los hombros, gris, lacio y fuerte, con su aire de caballero medieval, su tez oscura y sus pocas arrugas.

—¿Cómo están mis hijos? —le preguntó avanzando.

—Bien. —Antón apenas podía articular palabra—. Sara, Sara es una niña muy inteligente, una fuera de serie y Mateo... Mateo es como tú.

Alexander soltó una suave risa y se situó casi al lado de Antón. No dejaba de observar las flores. Llevaba un bonito jersey gris perla y un pantalón oscuro que le hacían quizá más joven de lo que siempre había parecido.

—Lo cierto es que eres la última persona que esperaba —dijo Antón.

—Me enteré de todo lo que ha pasado. Me lo dijo mi hija. Aunque te puedo asegurar que mi intención era no escucharla, pero Sara es terca y testaruda como su madre y al final, como siempre, consiguió lo que quería.

Antón se volvió hacia Alexander y apretó los labios con firmeza. Todavía recordaba con claridad el día que estando todos frente a la mesa apareció desencajado maldiciendo aquella casa y recriminándole haberle quitado a sus hijos.

—Me equivoqué muchas veces en mi vida, Antón —dijo entonces. Miró al frente y respiró profundamente—. Me equivoqué cuando éramos niños y nos dejamos llevar por nuestras pasiones y me equivoqué cuando le oculté a mi mujer mi pasado, creyendo que de esa forma todo desaparecería. Y yo no quería que desapareciera. No quería...

—Dejaste de saludarme, de hablarme. Te avergonzaste de todos nosotros...

—Te odié con toda mi alma; pero no por vergüenza, Antón. Te odié porque tú paseabas la verdad por el mundo y yo tenía que vivir con ese secreto dentro de mi alma sin poder decirselo a nadie porque así lo había decidido.

—Pudiste haber venido.

Antón sentía la necesidad de llorar.

—Sí...

—Pudiste! ¡Jamás te hubiera cerrado las puertas de mi casa! ¡Maldita sea, esta también era tu casa! ¡Siempre lo fue! —Respiró hondo y suavizó el tono—. Comprendo que esto fue el orfanato que nos arruinó la juventud, pero siempre quise que ellos no pasaran por lo mismo que pasamos nosotros. ¡Oh, Señor! Son defectuosos. Tienen más defectos que veinte locos encerrados en un manicomio. Mira a Dominic... Mira a Darío... ¡Incluso tu hijo! ¿Y qué? Son mi familia, mis chicos. Eran tu familia, todos lo éramos...

—Mi hijo. Tan parecido a mí que aún no lo sabe... Pero yo soy su padre, soy su padre... Y lo conozco.

Alexander se frotó la mejilla y negó varias veces.

—Alexander, son como nosotros. Mira lo que ha pasado. ¿Cuánto tiempo crees que han tardado los otros en apoyarnos? Ni un minuto. Eso hicimos cuando éramos unos críos, todos nos prometimos que el día que necesitaráramos ayuda no dudaríamos en atravesar el mundo por cualquiera de los nuestros. Hemos triunfado en la vida, pero todos somos un verdadero desastre en nuestras relaciones. ¿No lo ves? Por el amor de Dios...

—No soporté que te los llevaras.

—¡Tus hijos son felices! Mira a Sara. Sara es diferente... Esa niña no está predestinada a ser sumisa de un hombre; ella posee el talante y la firmeza de un hombre. Es una niña inteligente, una mujer que triunfará en la vida haga lo que haga, pero ya no tengo claro si sería capaz de ser feliz con un hombre normal. ¿Ves a Sara así? Yo no.

—Quería una vida normal para ellos.

—¿Una vida normal para ellos? —Antón soltó una ronca carcajada y lo miró—. Tú hija desde pequeña se quedaba obnubilada observando a los muchachos cuando bajaban al pueblo y tu hijo en su juventud vivió un infierno porque se sentía diferente. ¿Te crees que no lo veía? ¿Que no sé diferenciar a un adolescente feliz de uno infeliz? Ahora son felices. ¡Son lo que quieren ser! ¡Sin normas! ¡Esto es Quimera!

Extendió los brazos, sollozó y luego volvió a dejarlos caer lentamente. Alexander lo observó. Antón era la viva imagen de la desesperación.

—No he venido a que me convenzas de nada, Antón. Ya no es necesario.

Antón negó con la cabeza desesperado y luego sonrió con suma tristeza.

—Se lo he contado todo a mi mujer.

—¿Cómo?

—He hablado con ella hace tan solo unas horas. Ha sido un momento bastante tenso; de hecho creí que me abandonaría en cuanto terminara de contarle todo mi pasado contigo, con esta casa y lo que la rodea.

—Santo cielo...

Alexander avanzó hacia el caminito y lo miró con la intención de que lo siguiera.

—Eso dijo ella —dijo riendo—. Tenemos ya muchos años. ¿Qué haríamos el uno sin el otro? Nada. Es una mujer buena. No le gustó mucho lo que le conté pero creo que con el tiempo lo comprenderá, Antón. Lo que mi hija me contó no fue la razón de mi ataque de sinceridad; fue su forma de hacerlo, su pasión. Una vez tuve ese sentimiento y aunque fue hace muchos años recuerdo que me hacía sentir feliz como jamás me había sentido, amigo. Hacia mucho tiempo que no veía ese brillo en los ojos de mi hija y nunca lo he visto en los ojos de Mateo. Me gustaría verlo y me gustaría que mi hijo haga y esté con quien desee sin necesidad de ocultarlo al mundo como hicimos tú y yo. Y su madre no es tonta. Mi mujer es muy inteligente. Mateo fue un niño solitario y apagado y ninguno de los dos quisimos verlo nunca.

Antón se llevó las manos a la boca y se frotó la perilla.

—Invítame a un buen café. Creo que tengo mucho de que hablar contigo, viejo amigo.

—Será... Será un placer, Alexander.

Alexander sonrió y lo siguió hacia la casa. Observó las inmensas escaleras de piedra, las amplias ventanas y las bóvedas decorativas y flamantes. Sí, él también había bajado de niño aquellos escalones muchas veces. Había corrido por el mismo jardín que ahora pisaba aunque no todos los recuerdos fueran bonitos. Sí, Quimera era así. Siempre lo sería. Diferente, hermosa y a veces demasiado dolorosa.

—Bienvenido a casa —le dijo Antón abriendo la puerta.

49. Dentro de ti

Dentro de ti. No dejes que te devore. No dejes que te convierta en lo que yo un día fui.

Martes por la mañana. Estaba nerviosa y a la vez necesitaba trabajar y olvidarse de esos terribles días que había pasado. «Súmalos al resto, tú eres fuerte», dijo en su cabeza. Muy dentro de ella sentía que aquella escena que había vivido con Dominic le había unido más a él. Sí. Quizá empezaba a entenderse, quizá en aquella situación que había vivido había adquirido por unos breves momentos ese odio y ese dolor que durante tanto tiempo a él lo habían acompañado. ¡Oh, mi amor! ¿Tanto duele? Se sentó en su silla, en su despacho. Sus dos compañeras habían pasado una hora con ella en la cafetería habitual frente a la oficina, interrogando sus días de ausencia. Mentiras. Claro está...

Richard bromeando con «la señora de Romano», toda la mañana, empezaban a cansarla. Él era buena persona pero tenía ese humor cansino que a veces no encajaba bien.

—Paciencia —pensó—. Necesitas un poco de paciencia con tu gente.

Pero nunca se acostumbraría. Carlo apareció por el pasillo y, como un vikingo rubio, avanzó entre las mesas, directo a ella.

—Samarita... —cantó—, viniste a mi mundo volando...

¿Por qué lo miraban como si fuera un Dios? Vale, era cierto. Carlo tenía esa expresión en la cara de guapo pervertido y, además, era el cliente más importante de la empresa.

—... pero te corté las alas... —Le cogió la mano y se la besó—. Mi prenda...

—Carlo... —dijo entre dientes—. Luego la gente comenta...

—Tus dos zorricompañeras no. —Sonrió por un lado la boca y levantó la ceja—. Las otras quince que miran igual sí. —Se volvió y todas siguieron trabajando—. Me adoran.

Pasó por delante de ella y entró en su despacho. Samara miró a su secretaria y se encogió de hombros. Entró y cerró la puerta. Carlo se había catapultado en el sofá y la miraba con expresión de curiosidad y el ceño fruncido.

—Tengo que reconocer que flipé. No porque casi mataras a la reina del sadomaso, más bien porque eras como una pequeña y pechugona réplica de Dominic... —Hizo un gesto con los dedos y suspiró.

—No... No recuerdo bien, Carlo...

Se levantó del sofá y se acercó a la cristalera, corrió las cortinas y la miró.

—Samara... —Tiró de ella y la estrechó en los brazos. La besó en la frente y apoyó los labios en su piel—. Recupérate y olvídate de toda esta mierda. No sé lo que es pasar por lo que tú has pasado pero sé lo que es sufrir y te puedo asegurar que deja de doler Samara.

Como disfrutó de ese momento. Por primera vez deseó que Carlo no la soltara nunca. ¡Podía ser tan tierno! Se apartó de ella y le sonrió con dulzura.

—Todo pasa, niña. No permitas que esa mujer te haga vivir en un continuo devenir de dolor o preocupación. Supéralo.

—Estoy en ello, Carlo. No siento dolor por lo que me hizo. Siento dolor por lo que pudo ser capaz de hacer. Mi hermano... Dominic... Lo demás es superable, a cualquier mujer le puede pasar. No es algo que me quite el sueño. Se trataba de mi hermano y de mi marido.

Carlo se apoyó en el marco de la puerta y se encogió de hombros. Durante unos instantes se quedó pensativo y luego embozó una vaga sonrisa.

—El temor por perder lo que te rodea es algo con lo que nosotros vivimos desde que tenemos uso de razón —dijo. Hizo un gesto melodramático y se sopló un mechón de pelo que le caía sobre la frente—. ¡Ah! No puedo negar que somos unos verdaderos desequilibrados. Cariño, el mundo nos tacharía de enfermos. Sin duda. Enfermos y machistas. La sociedad de hoy en día mantiene al hilo el equilibrio entre los sexos, pero nosotros vivimos ajenos a ese equilibrio. Y cuando ves la posibilidad de enfrentarte a la sociedad, que se sepa, que vean lo que a veces somos capaces de hacer y con lo que disfrutamos, nos damos cuenta de lo difícil que sería tener una familia y mantenerla al margen de esa catástrofe.

—Pero nosotros somos una familia —apostilló Samara—. Es decir, no tenemos hijos...

—De momento —la interrumpió.

—De momento, sí. Pero somos una familia. Al menos se parece.

Carlo soltó una estrepitosa carcajada y asintió.

—Lo somos, Samara, y por eso nos protegemos. Y aunque seamos unos malditos degenerados que a veces pierden el norte y rozan el borde de un abismo delicioso y peligroso, amamos. Con todas sus consecuencias. Y con la misma intensidad enfermiza que las locuras que hacemos.

Samara sonrió y dejó caer la cabeza ligeramente hacia adelante.

—Fui demasiado cruel con ella, ¿verdad?

—No ha sido suficiente y estoy seguro de que es lo que te carcome por dentro. Y no hablo de que no te sirviera azotarla como si fuera una esclava desobediente. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué pesas? ¿Cincuenta kilos? ¿Qué daño puedes hacerle a una mujer con ese peso y esos bracitos de muñeca?

—¿Qué quieres decir? —Samara lo observó con curiosidad.

Carlo se acercó al mueble bajo, sacó un refresco de la nevera y se dejó caer en el sofá, de nuevo, mientras le daba un trago a la botellita.

—Que el dolor físico se va. Eso creo que es algo que tu marido te enseñó muchas veces. ¿Todavía no has aprendido lo que es una venganza?

Samara se quedó pensativa y luego sonrió.

—Voy a darte un consejo, cariño —prosiguió Carlo—. Un consejo de hermano mayor. Supera esta mierda, pasa este sórdido capítulo de tu vida como ya has

hecho otras veces y, cuando lo hayas hecho, mírate al espejo y piensa en todo lo que has aprendido desde que conoces a Dominic. Creo que te encontrarás con respuestas que ni tú misma te esperarías.

50. Supéralo

Nunca creí que, con el tiempo y el dolor, serías lo que realmente esperaba de ti. Y todavía no sabía nada de lo que eras capaz de dar...

Se metió bajo las sábanas y se pegó a él como una lapa. Creía que estaba dormido. Se había entretenido demasiado en el baño entre la ducha y el secador y, cuando quiso darse cuenta, ya eran más de las doce y seguía peleándose con las cremas, las bolitas de aceite y los mil potingues que tenía en el aseo. La casa volvía a impregnarse de una calma devastadora, el equilibrio se restablecía, su hermano ya no parecía un trastornado. Dominic suavizaba sus facciones y parecía conciliar el sueño con más facilidad y ella hasta recibía consejos realmente interesantes de Carlo. ¡Increíble pero cierto! Se acurrucó contra su espalda y suspiró profundamente. Era maravilloso sentir la suavidad de su piel, el calor que desprendía, su forma elegante de volverse y arrastrarla contra su pecho como si un enorme agujero negro la devorara repentinamente en mitad de la noche.

—Te quiero muchísimo —le susurró creyéndolo profundamente dormido—. Nunca suelo decirlo, me cuesta mucho, y aunque estoy segura de que te lo he demostrado, a veces recuerdo que es bonito oírlo.

Deslizó la yema del dedo por su espalda y lo besó en el hombro mientras se apretaba más a él.

—Lo dices —le oyó decir. Dio un salto y se apartó un poco—. Suelas hablar dormida. Lo dices mucho pero no lo sabes.

Se volvió y clavó la mirada en ella. Le apartó el pelo de la cara y observó el brillo de sus ojos en la penumbra.

—Creí que dormías. Me has asustado.

Dio gracias a Dios de que estuvieran prácticamente a oscuras. Debía de tener la cara como un pimiento. Dominic apoyó la cabeza sobre la palma de la mano y jugueteó con uno de sus mechones con la otra mano.

51. El regreso de Alexis

No. No todo es siempre igual. Ni siquiera nosotros.

Sábado por la mañana. Luis dormía como un tronco en el sofá con Sara, entre sus piernas, apoyada en su barriga y la perrita enrollada en su cuello. Una imagen graciosa. Samara se acercó a ellos y acarició la cara de Sara, que abrió los ojos y le regaló una dulce sonrisa antes de volver a quedarse dormida. Cogió a Suri y la sacó al jardín. Dominic comía aceitunas en la mesa del porche, con una cerveza fría y varios periódicos sobre la mesa. Cogió a la perrita por el cuello y la acarició.

—Tenemos visita. —Se lanzó una aceituna a la boca y le sonrió bajo las gafas de sol, que le daban ese aire chulesco que siempre le acompañaba—. Hoy.

—¿Quién?

—Tú amiguito Alexis.

Samara se emocionó y se sentó frente a él.

—¿De verdad? —dijo—. ¡Qué ilusión! ¿Se encuentra bien después de lo de Romina?

—No, por eso viene. Creo que necesita un poquito de apoyo... El chico está solo allí. Le he comentado que pensara en lo que está haciendo Darío.

—¿Trabajar desde aquí aunque tenga sus negocios fuera?

—Claro. —Lanzó otra aceituna y dejó a Suri en el suelo—. Alexis es un hombre muy dependiente. Estoy convencido que está pasándolo muy mal y nosotros podemos ayudarlo.

Pobre Alexis. Era un niño adorable, y la posibilidad de verlo derrumbado la llenaba de tristeza.

—Además, a ti te encanta conversar con él. Aunque recuerda que la última vez que lo hiciste pasaste una semanita de infarto. —Sonrió y bebió.

—Eres malo...

—Puedo serlo más. —Levantó las gafas y le guiñó un ojo—. Sarita se llevará una sorpresa. No le digas nada. No me quiero perder su cara cuando el «querubín», como dice Carlo, entre por la puerta.

—Es muy buena persona, Dominic. —Se encogió de hombros y sintió lástima.

—Lo sé. No olvido que estuvo contigo cuando tuvimos nuestros problemas y no te puso un dedo encima.

—¡Oh, ni lo intentó!

—Por eso.

Todavía estaba más guapo que como lo recordaba. Quizá porque cuando entró por la puerta era un hombre libre y su expresión distaba mucho de la que tenía cuando llegó a Quimera. Ahí estaba Alexis, su sonrisa perfecta, su peca, sus mejillas doradas y los rizos rubios cayéndole por la frente. La versión juvenil de Darío de la belleza griega, con unos vaqueros gastados, una simple camisa blanca y su dulzura.

—¡Linda! —gritó al verla y la cogió en los brazos achuchándola con cariño, como si fuera el mayor regalo del mundo.

—¡Alexis! ¡Qué ilusión verte! Qué bien que estés aquí. —Le besó en la mejilla y bajó de su cuello.

Alexis saludó a Dominic y Luis con un fuerte apretón de manos. Sí, la situación había cambiado, Sara lo miraba perpleja mientras Natacha le movía la pierna a modo de «sí, sí, mira está aquí. ¡Es él!».

—¿Has tenido buen viaje? —le preguntó Luis mirando de soslayo a Sara.

—Bueno, la comida del avión no es lo que se dice un manjar; por lo demás, todo bien. —Se volvió y sonrió a Natacha y Sara—. Hola, bonitas.

Era extraño, Samara notaba el gesto de desconcierto de Sara, a fin de cuentas era una niña que había conocido a Alexis siendo esclavo de una mujer, y ahora notaba esa incertidumbre y curiosidad por cómo era realmente, sin acabar, no obstante, de encajar el cambio.

—Vamos —susurró Natacha—, ya sabes lo que lleva dentro, Sara...

—Es tan guapo....

Cuando Luis la miró tuvo que aguantar la risa por la cara de susto que puso la niña, pasó la mano por la cabeza de las dos y se inclinó desde detrás del sofá.

—Dejad de cuchichear....

Dominic le acercó una cerveza y se sentó en una de las butacas.

—Libre. Supongo que lo echabas de menos después de cinco años, casi seis. —Miró de reojo a Samara y se rio.

¡Oh! Ahora Sara empezaba a adquirir un tono colorado. Dominic la miró de refilón y le sonrió con malicia. Se escondió tras el hombro de Natacha e hizo algunos pucheros. Alexis miró a la niña, luego a Dominic, luego a Luis y abrió los ojos. Cuando lo hizo aquel rostro angelical pareció brillar con más fuerza e iluminar el salón entero.

—No seas perverso, estoy bien. Pequeña Sara... —La miró—. Aprendiz de dómína, ¿sigues practicando?

Ahora sí que Sara estaba roja como un tomate. Se removió en el asiento y respiró una bocanada de aire.

—¡Alexis! —gimió suplicante—. No seas malo, no me dejan....

—Oh, yo podría ayudarte, pequeña, mis... —Se dirigió a Dominic—. Estoy bien, Dominic, dentro de lo que cabe; necesito pensar qué hacer con mi vida. Son muchos años los que llevaba en esa casa, con esa mujer. Tengo la sensación de que crecí con ella y ahora... —Su rostro se ensombreció—. ... ahora me siento huérfano...

¡Ah, se lo comerían a besos todas en aquel momento! Apoyó la cabeza en el hombro de Samara e hizo otro puchero arrebatador. Ella le pasó la mano por los rizos y lo acarició con cariño.

—También podrías pasarte al otro lado, Alexis. —Ahora Luis era el que tenía el gesto más cómico de todos.

—¡No! —Sara no pudo contenerse y tras gritar sus ojos se empezaron a humedecer de la vergüenza que en esos momentos estaba pasando.

Todos la miraron.

—Quiero decir... Que no tiene por qué cambiar.

Alexis puso cara de circunstancias y negó con la cabeza. Volvió a mirar a Luis y se quedó pensativo.

—Nunca... Mi vida es un continuo control sobre la gente, no he cumplido ni los veinticinco años y me profesan un respeto *pelotero* por el dinero que tengo. Hacen lo que les pido, cuando se lo pido... Yo necesito no tirar de ese carro de responsabilidades, que tiren de mí en algún momento... —Suspiró—. Olvidarme de que tengo manos y cabeza y que piensen por mí... —Se encogió de hombros y sonrió—. Si no me volvería un tirano.

—Como tú —dijo Luis a Dominic con humor.

—Gracioso eres bastante.

Nunca deberías perder esa esencia. Esa osadía, esa malicia innata en vosotras. Como una llama viva, una parte inseparable de vosotras. Así debería ser: Siempre niñas.

Sara observaba obnubilada desde el sofá la puerta abierta del despacho de Dominic. Desde su situación podía verlo balanceándose en el amplio butacón de piel negro bajo los acordes regulares de la *Traviata* de Verdi. Jamás había escuchado esa ópera, pero la voz de la cantante, la pasión que salía de cada palabra, la transportaba más allá de la realidad. Curiosidad. Esa era la palabra que emergía de ella. Dominic movió la mano zarandeándola suavemente y cerró los ojos. ¡Ah, qué hombre más enigmático! ¿Sería por el temor que la infundía y a la vez su curiosidad innata? La cantante emergió nuevamente y su voz retumbó en toda la casa. Ahora era la voz de un tenor la que emergía al fondo de la diva cantarina y formaban un dúo perfecto. Ella parecía llorar, suplicar quizá algo. No entendía lo que decían; tan solo sentía su angustia y esa melodramática y sobrecogedora sensación de que la diva cantarina sufría por amor. ¿Qué hacía ahora? Se incorporó en el sofá y miró a su alrededor. Luis dormía la siesta profundamente junto a Natacha, y Alexis y Samara parecían charlar en el porche, así que se deslizó por la butaca y se aproximó a la puerta. Si la cogía curioseando disimularía y caminaría al aseo. No se sentía segura; temía a Dominic porque era él. Sin más. Saltó del sofá y avanzó. Dominic parecía transportado por la melodía y la agonía, golpeaba suavemente el apoyabrazos con los dedos como si tocara el piano, tenía los ojos cerrados. Por primera vez Sara vio su rostro relajado. ¡Qué hermoso era! Nunca había tenido la oportunidad de observarlo. Su nariz formaba una curvatura respingona perfecta, la boca era grande y sus labios carnosos, pómulos pronunciados y un cuello inmenso. Pareció suspirar y lo sintió humano. ¿Por qué siempre la daba tanto miedo? «¡Oh, Luis, tú no cambies nunca», pensó. Sin embargo ahora que pasaba más tiempo en casa de ese hombre la curiosidad por él crecía. No era atracción, era ese morbo que siente una niña por saber qué parte de ese hombre latía debajo de la bestia que a veces parecía. Samara era hermosa, ella siempre obedecía sus órdenes, las otras mujeres le temían y ella, aún, no comprendía por qué jamás se relajaba como el resto. ¡Ah, se había dormido! Aquel hombre maquinador y enigmático dejaba caer la mano y se quedaba inmóvil. ¡Peligro! Sara se había acercado tanto a la puerta que estaba a pocos centímetros de él. Avanzó descalza por la alfombra y se acercó un poco más. ¿Si le tocaba? ¡Dios mío, sería la primera vez que lo hiciera! Unas ganas irrefrenables de olisquearlo salieron de ella y sintió que se estaba volviendo loca. Se inclinó hacia la butaca y lo miró. ¡Guau! Olía a perfume. Dominic respiró profundamente y el pecho se le hinchó haciendo que Sara diera un paso atrás.

Alargó los dedos temblorosa y rozó con suavidad su cara. Dominic no se movió. Dio gracias a Dios de que la ópera siguiera sonando. Absorbía el poco ruido que pudiera estar haciendo ella y hacía que aquel hombre se mantuviera profundamente dormido y ajeno a su profanación de la intimidad. Se aproximó un poco más y pasó la mano por su pelo, era suave y sedoso. Ahora, la nariz. Sara aguantó una risita y siguió jugando con el dedo mientras lo deslizaba por el cuello hasta la parte del pecho que asomaba por la camisa abierta. ¡Oh, qué increíble! ¡Estaba tocando a Dominic! Se imaginó por un momento que abría los ojos y el corazón se la aceleró por el terror que la invadió. Pero él seguía dormido y no parecía enterarse de nada.

Bajó por su abdomen, estaba duro como el de Luis pero era más ancho y de hombre. ¡Ay, qué nerviosa estaba! Levantó la camisa y apoyó la palma de la mano en su vientre. ¡Qué calentito! Se movió y se llevó la mano a la boca asustada mientras se apartaba. Un susto. ¡Qué imagen! Ella inclinada sobre él y aquel inmenso demonio durmiendo como un tronco con la posibilidad de que abriera los ojos y alucinara en colores. Le dio la risa y volvió a pasar la mano por su mejilla. Se acercó y lo olió. ¡Mmm... olía a perversidad! ¡Estaba tocando a Dominic, estaba tocando a Dominic! Decía su voz interior juguetona. La diva cantarina soltó un alarido desgarrador y ella besó su mejilla con cuidado. ¡Oh, qué sensación, qué piel más suave y qué osadía lo que hacía!

Ladeó la cabeza en dirección al salón y, aún apoyada en la butaca de Dominic, vio a Natacha incorporada con el gesto tenso, los ojos muy abiertos y una expresión nerviosa. Le levantó la mano y la agitó, gesticulando con la boca diciéndole que fuera. Ella se rio pero Natacha no paraba de hacerle señales con la mano. ¡Oh, horror! Miró a Dominic aún sonriendo y este tenía los ojos como platos y la observaba allí, de pie a su lado, con gesto de sorpresa y a la vez de inmensa curiosidad.

—¡Ah! —gritó. Reculó, tropezó y cayó de culo sobre la alfombra.

Dominic se incorporó en la butaca y la miró. Sara estaba paralizada; si en aquel momento hubiera abierto la boca quizá solo le hubiera salido un graznido o un cacareo.

—¿Se divierte la señorita? —dijo. Levantó la mano con el mando y la diva cantarina cesó.— ¿Eh?

—Estaba... —tartamudeó—, estaba, estaba, mirándole... dormir...

Dominic se puso de pie. Era inmenso, parecía el doble de grande desde donde ella estaba. Se estiró como un guerrero, colocó las manos en la cintura, inclinó la cabeza hacia su hombro derecho y levantó las cejas.

—Entiendo. ¿Y?

Sara no era capaz de moverse. Estaba ahí espatarrada y miraba hacia arriba como si contemplara un rascacielos sentada en un campo de trigo.

—Y... me... me iba ya... Oí la música y entonces me acerqué... me... la canción... sí... luego estaba usted... y me acerqué un poco solo....

No tenía sentido lo que decía. Estaba muy nerviosa.

—Señorita... —Se inclinó y le alargó la mano—. No estoy entendiendo nada. Levanta. —Tiró de ella y la levantó—. Sal de mi despacho o tendré que enseñarte modales.

—Sí, señor...

Corrió hacia el sofá y se acurrucó con Natacha y Luis, que seguía en los brazos de Morfeo, ajeno al espectáculo. Gruñó algo y se volvió.

—Sara —susurró Natacha tensa—. Estás loca...

Sara se rio. Todavía su corazón galopaba frenético y las manos le temblaban, frías y algo sudorosas. ¡Ah, qué momento!

—¿Cómo te atreviste? —murmuró.

—¡Qué nervios he pasado! —Miró a Luis y se tapó la boca.

—Dios, Sara, estás loca. Por el amor de Dios, ten cuidado, Dominic es impredecible, nunca sabes por dónde va a salir. No juegues así...

—Estaba tan guapo dormido —susurró—. Nunca lo había tocado, y estaba dormidito y relajado, no parecía tan perverso y aterrador. —Soltó una risita pícaro y se apoyó en su hombro.

—Sara... ¡Dios!

—Huele muy bien.

—¡Sara! ¡Esas hormonas!

Luis se movió y se rascó la barbilla.

—Al final —dijo de repente sin abrir los ojos—, os dejaré con él una semana para que se os quiten las ganas de hacer de intrépidas... —Se volvió y siguió roncando como un tronco.

Eres hermosa de mil formas. Con tus miedos, tus defectos. Los mismos que te hacen única.

Inclinó la cabeza y la miró con curiosidad. Mmm... Estaba hermosa, se había soltado el pelo rubio, llevaba un precioso vestidito de tirantes sin nada debajo y se contoneaba de un lado a otro de la casa colocando cosas.

—Joder, Mel... Tenemos una señora que hace eso —susurró.

—Si no me mantengo activa me muero, señor. —Se inclinó hacia adelante y colocó unos libros en las estanterías—. Paso muchas horas en casa...

Carlo sonrió de medio lado y levantó la ceja.

—¿Quieres trabajar? —Ahora la miraba fijamente y se incorporaba en el sofá con suma atención.

—Bueno... —Lo miró—. Yo... Yo... No es que tenga mucha experiencia en...

—Te he hecho una pregunta simple. Sí o no. ¿Eso querías?

—Señor, lo que usted quiera estaría bien.

Se levantó ofuscado y se aproximó a ella.

—No me exasperes, Meredith, contesta a lo que te estoy preguntando.

Ahora parecía enfadado. Siempre que la llamaba por su nombre completo estaba enfadado o molesto por algo.

—Bueno, la verdad es que salir unas horas y.... —Suspiró—. No me vendría mal... Aquí en casa no tengo nada que hacer, usted suele pasar el día trabajando y...

«¡Oh, Mel! Sigues teniéndome miedo...»

—Entiendo.

—Yo, yo sé que no le gusta; por eso tampoco importa, era una simple... idea. Pero si no quisiera lo comprendería y seguro que encuentro algo con lo que...

—Ponte de rodillas, Meredith.

Aquella orden la pilló de improviso y se quedó algo descolocada. Carlo la miró, levantó las cejas y abrió los ojos.

—Al suelo, Meredith, he dicho. —Se situó detrás de ella y aspiró aire—. Vamos a volver a empezar, cuando tartamudeas y dudas me molesta, igual así eres más clara con tus necesidades. ¿Qué es lo que tú quieres, Meredith?

¡Oh, qué nerviosa se puso en unos segundos! Notaba su cuerpo detrás y esa sensación de que lo que le iba a decir no le iba a gustar nada. Tragó aire y cerró los ojos.

—Señor, me gustaría trabajar. Sí. —Ahora se deshinchaba como un globo y se ponía roja.

—¿Cuánto tiempo llevas con esa idea en la cabeza, Meredith?

Lo oyó caminar y luego volver hacia ella. Sus zapatos taconeaban por la tarima y luego desaparecían al contacto con la alfombra.

—Unos... unos....

—Meredith —dijo entre dientes—, por el amor de Dios, no tartamudees.

—Unos meses, señor.

Ahora lo tenía delante y se inclinó hacia su cara sin sacar las manos de los bolsillos del pantalón.

—¿Y se puede saber por qué no lo dices? Como todo, claro... Meredith, soy tu amo, no tu adivino. —Frunció el ceño—. Tampoco soy tu verdugo, Meredith. ¿Qué temas?

Ella era así, siempre lo había sido desde que la conoció; sin embargo, ahora que vivía con él tenía claro que Meredith era una mujer miedosa, obediente y excesivamente, quizá, sumisa para todo.

—No... no. —Lo vio cerrar los ojos intentando soportar su limitada paciencia al notarla tartamudear—. No lo tengo claro, señor, como sé que no le gusta pues no lo digo..., señor. —Iba a ponerse a temblar en cualquier momento. Bajó la cabeza y suspiró.

—¡Oh, Meredith! —Se frotó la frente como si no supiera que hacer en ese momento—. Meredith... Meredith... Llevas en esta casa mucho tiempo y ¿me dices ahora que temas mis reacciones?

—Señor, no se enfade, solo es una idea y...

—Un momento, por favor —dijo con sorna como intentando centrar la cabeza en un punto fijo en el salón—. Vamos a ver, Meredith de la Vega... —Inspiró profundamente y se acuclilló—. Quieres trabajar...

—Sí —comenzó a sollozar por los nervios.

Le cogió la cara con ambas manos y la obligó mirarlo.

—Meredith, no llores... De momento creo que no me has visto más que el enfado que viene cuando tartamudeas o no dices lo que necesitas. —Otra vez suspiró intentando recuperar la paciencia—. Así que no llores...

—Perdón, señor.

Negó con la cabeza, resopló y le sonrió.

—Madre mía... —La cogió entre sus brazos—. Qué insegura eres, Meredith.

—Lo siento, señor... —Ahora estaba a punto de soltar una de esas llantinas de adolescente— ¡Perdone!

—¡Oh, pero vamos a ver, nena! ¿Crees que por qué no quiera o me guste que trabajes voy a castigarte o hacerte daño? Joder, Meredit... ¿Cuándo hemos llegado a ese punto? —La pegó a su pecho—. Quieres trabajar, no es algo que me guste mucho pero está bien... Por las mañanas...

—¿Sí? —Estaba sorprendida, totalmente descolocada por su respuesta.

—Sí. Buscaremos algo que puedas hacer pero es la última vez que pasa esto. Si me temes de esa forma, fracaso contigo, Meredit. No me gusta. No te doy pie a que sientas ese temor...

—Lo sé...

La levantó del suelo y la peinó.

—Hablaemos de esto mañana. Ahora prepárate para mí, Mel. —Se dio la vuelta y salió del salón tarareando—. Oh, nena, viniste a mi mundo....

54. Una pequeña dómina

Usa tu cabeza y tu sensatez para que lo que hagas en tu vida no sea producto de tus frustraciones.

Sara se había tomado una copita de vino y empezaba a estar achispada. Agradeció con toda el alma que Dominic la ignorase después de su momento estelar, así que se medio tumbó con su hermano en el sofá del salón y observó a Roberto, que permanecía en una de las butacas con sus dos chicas a los pies.

—Usted es muy elegante —le dijo.

Roberto levantó las cejas y entrecerró los ojos.

—Sus sumisas son muy obedientes y siempre hacen lo que les dice. —Se rio.

Mateo la miraba algo sorprendido.

—No nacieron así, niña —le espetó. Levantó la mano y la pasó por la cabeza de Yelina—. Tú podrías ser como ellas, si se te quitara esa obsesión tuya por ser un proyecto de dómina. —Soltó una risa falsa y suspiró.

Sara miró de refilón a Alexis y se enrojeció. La observaba con humor en otro de los sofás con el codo apoyado en el reposabrazos y un dedo metido en la boca que le daba un aire infantil.

—¡Te dominaré algún día, Alexis! —soltó de golpe.

Una carcajada retumbó en el salón. Carlo, que cerraba la puerta del porche, se volvió con sorna y miró al resto. Dominic jugaba a las cartas con Luis y Darío en una de las mesas del salón y al oírla se quitó el cigarro de la boca y frunció el ceño. Colocó el tapete verde correctamente y soltó una carta sobre la mesa.

—Y yo quiero verlo...

Roberto se levantó, se dirigió hacia Carlo y este salió del salón y regresó con una fusta en la mano. Se la entregó a Sara y la miró.

—¿Sabes la responsabilidad que tienes con eso en la mano? —dijo Roberto.

Sara se incorporó y la sujetó con fuerza.

—Solo tengo que aprender a usarla.

Se acercó a ella y se acuclilló. Rozó con el dedo su frente y la miró fijamente.

—Lo que tienes que aprender es a usar esto. —Apoyó el dedo en el corazón—. Y esto. —Bajó con la mano hacia sus piernas y apuntó su sexo—. Y, por último, esto. —Ahora sujetaba su brazo con fuerza y la hacía apuntar con la fusta al frente—. Para que esto sea el reflejo de ti y no el resultado de tus frustraciones.

Aquello provocó un silencio absoluto en el salón. Todos miraban a Roberto.

—Tu cabeza, tu corazón, tu sexualidad. Guía tu mano. Eso es dominar, pequeña Sara.

Sara miró su brazo y la fusta. Roberto se mantenía de cuclillas y no dejaba de mirarla.

—No es tan fácil, ¿verdad? —Se rio y ladeó la cabeza hacia Alexis—. Si se pusiera de rodillas ante ti un joven tan guapo, tan inteligente y tan... sumiso, ¿crees que estarías a su altura?

Alexis sonrió y negó con la cabeza. Sara empezaba a ponerse roja.

—No sé...

—Gran pregunta. —Roberto levantó las cejas—. Piénsalo, niña.

Se incorporó, se volvió hacia sus sumisas y se sentó nuevamente en la butaca. Carlo empezó a aplaudir y, dando un salto, se dejó caer cómicamente de rodillas frente a Sara.

—Oh, mi pequeña e inocente dómina —susurró con humor—. ¡Dame lo mío! —Se abrió la camisa y bajó la cabeza—. ¡Yo, tu esclavo! ¡Ommm!

—Verás... —Luis miró a Dominic— qué fustazo le mete por gracioso.

—¡Vamos, Sara! —Se llevó la mano a la boca—. Perdón, adorada dómina.

—¡Carlo! —gimoteó ella entre risas.

—¡Sométeme! —Se quitó la camisa y levantó los brazos a modo de ofrenda—. Soy tuyo... Oh, mi hermosa a la par que bella...

—Carlo... —Mateo lo veía venir. Su hermana lo miraba divertida y sujetaba la fusta con firmeza en la mano.

—¡Castígame! —Gateó hacia ella como si sufriera y puso cara de pena.

Meredith no salía de su asombro. Carlo movía los brazos como si rezara y Sara se ponía de pie sobre el sofá como si fuera una figurita de manga apuntando con la fusta hacia su nariz.

—Como quieras, esclavo —dijo digna—. Te complaceré pero solo esta vez.

Dominic dejó las cartas en la mesa y se giró hacia ellos.

—Verás... —susurró a Darío.

Carlo se incorporó sobre sus rodillas y se agarró la entrepierna con la mano.

—Y luego te daré mi piruleta.

Una carcajada retumbó en el salón. Sara caminaba de puntillas con la fusta bajo el brazo alrededor de Carlo.

—Está bien, mi esclavo. Póstrate ante mí.

Roberto se llevó las manos a la cabeza y negó varias veces cerrando los ojos.

—¡Obedece!

—Mi piruleta y yo somos suyos, oh, gran señora y...

Sara levantó el brazo y le soltó tal fustazo en el culo que quedó pálido.

—¡La madre que te parió, tía!

—Ya lo sabía yo... —Dominic miró a Carlo, se frotaba el culo y fruncía el ceño.

—Oye, esto pica que no veas, eh. —Se levantó—. Joder...

Se tiró en el sofá junto a Meredit y metió la cabeza por sus pechos.

—La dómína mala me ha pegado... —Ahora hablaba con ellos—. ¡Matadla!

Alexis no dejaba de reír. Sara seguía de pie apuntando con la fusta a todo el mundo. Se volvió hacia él y le señaló.

—El próximo serás tú, pequeño y rizado querubín. —Puso voz de diva y le guiñó el ojo.

—Lo que usted diga —dijo, gracioso, inclinando la cabeza hacia ella—, señora...

55. Meredit y su nuevo trabajo

Porque hasta el que parece más distante es quizá el más humano de todos nosotros.

La sorpresa fue inmensa para Samara. Meredit comenzaría a trabajar en su empresa por las mañanas, bajo sus órdenes.

—Madre mía, Samara, y o no tengo experiencia y Carlo pensó que aquí cerca de ti...

—¡Es estupendo! Mel, tonta, harás de secretaria. Para empezar, solo tendrás que pasar a limpio algún informe, corregir ciertos papeles que te dé y poco más. Luego ya iremos viendo qué se te da bien. —Le hacía ilusión que estuviera con ella—. ¡Qué emoción! Yo te enseñaré, no estés nerviosa.

La miró con cariño y la abrazó.

—¡Tienes un despacho precioso! —Miró a su alrededor—. ¿Cómo estás?

—Mejor. Intento no pensar. Ahora me siento bien y...

—Mi señor me contó lo de Romina. —Sonrió—. Dijo que fuiste perversa...

—No recuerdo mucho, creo que sí. —Se rio—. Eso me sentó bien, descargué mucho odio aquella noche.

—No me imagino a Dominic siendo padre... —Suspiró—. Si es tan pasional como lo es en su trabajo y su vida sería... maravilloso.

—Todos lo serán, Mel —susurró—. Mira a Carlo, sería el primero en tirarse por el suelo haciendo de —movió las manos con humor— elefante y poniéndose a su altura.

Meredit soltó una carcajada y se inclinó en la silla.

—Estoy muy contenta de estar aquí, de verdad. Podremos hablar más, como antes.

—Sí, aunque tu querido señor ande por aquí rondando de vez en cuando. —Se levantó y la abrazó—. Bienvenida pues a tu nuevo trabajo, Meredit —le dijo con humor.

La oficina ardía aquella mañana. Samara parecía una especie de títere por el pasillo, tenía la cabeza cargada y rebuscaba en lo más profundo de su mente la rabia y el odio que la habían invadido; sin embargo, el cansancio era lo único que podía notar. Meredit tenía la mesa justo al lado de Richard, el muchacho estaba encantado con su nueva y novata compañera. Le enseñaba todo lo que necesitaba y le llenó la mesa de lo necesario para trabajar: folios, archivadores para sus cosas, un armario de puertas de persiana con cerradura y llave propia. Le regaló un bonito pisapapeles con forma de ratón de colores chillones y logró conseguirle una bonita taza de café con el logotipo de la empresa. Richard era amable con todo el mundo. Pensó que debería decirle quién era su pareja sin que le diera un infarto, antes de que la invitara a merendar en la cafetería de enfrente y apareciera Carlo con el tridente. A fin de cuentas, Mel era hermosa, de mirada inocente y sonrisa fácil, y quizá el muchacho malinterpretara las cosas o, peor aún, se enamorara de ella.

Todo esto lo pensó mientras se dirigía al despacho. Sujetaba su taza de café doble y el periódico con la otra. Meredit vio cómo Samara se sentaba con torpeza, frunció el ceño y corrió hacia ella.

—Lo sé —dijo—, no preguntes...

—¡Estoy contentísima! Ya sé pasar los informes al programa de la empresa.

—¿Richard? —preguntó.

—Sí, me enseñó en media hora. Hoy vine antes.

—¿Sabe quién es tu pareja?

Meredit se entristeció.

—No...

—Creo que deberías decírselo.

—Hablé con mi señor...

—Mel, que no se te escape eso aquí. Acuérdate.

—Sí, hablé con Carlo de ese tema y me dijo que de momento no dijera nada, que era mejor que me valoraran y trataran por mi trabajo y no porque él...

Samara arqueó las cejas sorprendida.

—Eso es perfecto.

—Sí, me dijo que tendrá el trato justo conmigo. Así... bueno, ya me entiendes.

—Bueno, entonces perfecto. Una cosa... —Miró hacia la mesa de Richard—. Ese chico es muy buen compañero, pero es enamoradizo y tú, bonita y dulce... —Se rio—. Tenlo en cuenta.

—Lo sé, lo sé... —Se rio ella también—. Estoy muy contenta, Samara...

—Yo también —dijo abrazándola—. ¿Comemos juntas?

—Perfecto.

Un inmenso ramo de flores llegó a mitad de la mañana para Meredith. El hombre del reparto lo dejó sobre su mesa y le entregó la tarjeta.

«Trabaja, es una orden. Bella...»

Se puso a reír y se la entregó a Samara.

—Bueno, Carlo puede ser ingenioso —dijo—. Es precioso, Meredith. Un detallazo.

La mujer estaba en una nube. Richard entró en la oficina y fue directo a ellas.

—¡Oh, vaya! ¿Y esto? —Se sentó en su mesa de trabajo y les sonrió—. ¿Tu novio?

Meredith asintió con la cabeza y sonrió. «Novio», en su vida podría llamar a Carlo «novio». Lo cierto es que estaba emocionada, Carlo odiaba las flores, siempre le había dicho que eso era para los muertos; sin embargo parecía comprender lo importante que era para ella aquel trabajo y lo mucho que significaba que él le permitiera trabajar e interactuar con el mundo de fuera. Guardó la tarjetita y suspiró.

—Bueno... sí... mi novio...

¡Oh, ahí estaba! Por primera vez en los dos días que llevaba allí, Carlo aparecía encastrado en su traje gris, su corbata azul cobalto y los eternos destellos de pelo rubio engominado y revuelto. Meredith bajó la vista y comenzó a temblar. Carlo enfiló por el pasillo y fue directo hacia las mesas.

—Bonito ramo, señorita —dijo con sorna.

—Gracias, señor —susurró. Se dio cuenta de lo que acababa de decir, pero le pareció lógico debido a su cargo, así que se movió nerviosa y le regaló una tímida mirada—. Muy amable.

Carlo apoyó la palma de la mano sobre la mesa y miró a Samara.

—Vengo a por unos papeles que usted me debe de un proyecto. —Sonrió y resopló con humor.

—Es cierto, no lo recordaba.

Se giró hacia Meredith y fijó la mirada en Richard.

—Señorita, debería agradecer a ese hombre, el detalle tan... —Movié la mano en círculos—... elegante que ha tenido.

—¡Oh, así lo haré!

—Buena chica.

—Un hombre detallista. —Richard sonrió a Meredith—. Léenos la tarjeta.

¡Oh, horror! Meredith negó con la cabeza y se ruborizó. Empezó a ponerse nerviosa, aquello no lo esperaba, Richard le sonreía con sorna y repetía una y otra vez que la leñera.

—Sí, Meredith. —Soltó Carlo repentinamente—. Léenos la tarjetita.

Samara saltó hacia Mel y le arrancó la tarjeta de la mano. La abrió y leyó.

—Suerte con tu nuevo proyecto. Te quiero.

¡Oh, Dios! Ahora era Meredith la que estaba a punto de sufrir un infarto. Carlo miró a Samara y soltó una suave risita.

—Qué poético... —farfulló algo y meneó la cabeza—. Pasen buen día...

Le devolvió la tarjeta a Meredith y esta la guardó en el bolso de su chaqueta del traje. Estaba pálida y temblorosa. Le acarició el hombro disimuladamente y sonrió.

—Casi... —dijo Samara con humor.

56. Pequeña Mis

Y si un día me pides que te enseñe lo que llevo dentro, no dudaré en abrirme en canal para ti...

Aquella noche Sara estaba sola en casa con Alexis. Luis y Natacha habían salido a recoger unas cosas y luego pasarían por el local de Natacha. Ella se peleaba con el mando de la televisión mientras empezaba a sentir un aburrimiento espantoso. Saltó del sofá y subió las escaleras hacia su habitación. Alexis parecía dormir en la cama con los cascos puestos y una revista abierta sobre su pecho. Subió a la cama y le apartó un tirabuzón de la frente, tenía la boca relajada, sus pequeñas y casi invisibles pecas de cerca se notaban con más intensidad, la piel dorada, unas enormes pestañas castañas y sobre la frente una ligera y fina cicatriz, quizá de alguna caída siendo niño. Se inclinó hacia adelante y le besó en la mejilla. Alexis abrió los ojos y le sonrió.

—¿Qué haces aquí, niña? —Se revolvió y la fina sábana resbaló dejando al aire su pelvis—. Oh, qué sueño tengo...

—Solo te miraba —susurró ella.

Se tumbó a su lado y oyó de fondo el gorgoteo de algún cantante de moda que él tenía puesto. Alexis pasó el brazo por encima de sus hombros y la apretó contra él. ¡Qué calentito estaba y qué bien olía!

—Alexis...

—¿Eh? —Se bajó los cascos sin abrir los ojos.

—Alexis, enséñame a hacer cosas —hablaba bajito y lo miraba recostada de lado.

—¿Qué cosas, Sara?

—Tú eres muy dulce y eres sumiso, no me das miedo. Enséñame cosas para ser como ellos.

Alexis soltó una suave carcajada y Sara creyó derretirse en sus brazos. ¿Cómo podía ser tan cándido? Irradiaba esa luz que poca gente tenía; esa que cuando la encendía daba un color amarillo anaranjado a las habitaciones y parecía que la calma y la tranquilidad se apoderaban de uno.

—No te rías —volvió a susurrar como si le contara un secreto—. Tú puedes ayudarme a conocer ese lado.

Se volvió y la miró. Ahora parecían dos niños pequeños uno frente al otro en la cama.

—¿Ese lado?

—Sí, el sumiso.

—¿Me estás pidiendo que te someta? —Pegó la nariz a la suya y sonrió.

—Quiero conocer lo que hacen y entender por qué lo hacen.

—¿Y por qué no se lo pides a Luis?

—Tú eres sumiso, puedes darme mucha más información; además, me interesa lo que tú piensas. —Se rio con picardía y se incorporó—. ¡Vamos, Alexis!

—Pero tienes que hacer lo que te pida, no sentir vergüenza. No sé hasta qué punto estás preparada para algo así...

—Pondré todo lo que está en mi mano. —Bajó de la cama ansiosa y se quitó la ropa a una velocidad increíble—. ¿Ves? No me da vergüenza. ¡Estoy desnuda!

Alexis repasó su cuerpo y arqueó una ceja, se incorporó y se quedó algo descolocado. ¿Someterla? Perdón. ¿Enseñarla a someter? Suspiró negando con la cabeza y bajó de la cama.

—¿Te gusta mi cuerpo? —dijo poniéndose roja—. No es tan exuberante como el de...

—Sara. —Cogió su cara y la besó—. Todas tenéis cuerpos muy diferentes y aun así preciosos. Primera regla. Un dominante tiene que hacer que su sumisa se sienta hermosa, perfecta y jamás acomplejada por cómo es; de esta manera, se sentirá bien consigo misma y hará lo que le pida.

—Pero tú tienes un cuerpo perfecto. ¡Mírate!

—Y tú.

Pasó por detrás de ella y la cogió por los hombros.

—Mírate en el espejo —susurró—. Eres joven y bonita. Sí, no tienes unos pechos inmensos, ni curvas, pero ¿quién dice que eso es lo bonito para todos —Besó su mejilla y la volvió hacia él—. ¿Qué quieres que te enseñe, Sara?

—Lo que crees importante en una relación como la que tenías con Romina. Roberto dijo que para ser un buen dominante había que controlar la mente y el corazón. No quiero aprender a castigar, ni a dar órdenes; quiero saber qué te uniría a una mujer, qué te provoca que te rindas.

No sabía muy bien qué hacer; la niña se las traía.

—Bueno, me gusta el castigo por encima de todo, eso es cierto. Sin embargo, para que exista eso primero digamos que hay que poner cimientos, por ejemplo. Ponte de rodillas, quiero enseñarte una cosa.

Sara obedeció y se colocó sobre la alfombra de rodillas.

—Ahora, quiero que te coloques de una forma. Separa un poco las piernas y échate hacia atrás apoyando las palmas de las manos sobre la planta de los pies. Cógetelos.

«¡Uh, qué postura más extraña e incómoda!» Tenía la pelvis adelantada y el culito tenso y duro. Oyó a Alexis revolver en el armario y, al momento, regresó y le ancló las muñecas a los tobillos.

—Fíjate, una postura de exposición. No puedes soltar las manos de tus tobillos y tienes el coñito apuntando al frente. Expuesta. —Se quedó pensativo—. Ella me ponía así... —Se le escapó la risa—. Te falta mi erección pero estás preciosa.

Sara se revolvió pero era cierto que así estaba totalmente expuesta a cualquier cosa que él quisiera hacerle. Alexis se arrodilló frente a ella y la repasó, rozó su sexo con la mano y se quedó ido jugando con él.

—Que una mujer sea capaz de controlar tu placer, a mí personalmente me desarma, fíjate. —Deslizó los dedos dentro de ella y Sara dio un leve bote acompañado de un jadeo—. Puedo jugar contigo, como tú lo harías conmigo; puedo hacerte llegar al borde de un orgasmo, pero solo yo decido si eso ocurrirá o no. Observar los cambios de tu cara, cómo se acelera tu respiración y cómo ansias que siga masturbándote...

—Alexis...

—Prohibirte que te corras con la única intención de saber que no serás capaz y podré castigarte por eso; tú lo sabes, yo lo sé... Es un juego pero yo tengo el control sobre ti... y me amas del mismo modo que temes si me enfado. —Sus dedos se mojaban rápidamente, notaba el chasquido de sus fluidos, sus dedos resbalan más rápido—. Conocer tu cuerpo, por ahí se empieza, ahí está la clave de todo, conocer tu cuerpo y tu cabeza y controlarlo...

Sara flotaba entre olas de placer, Alexis la miraba con dulzura mientras sus dedos jugueteaban dentro y fuera de su sexo, pasaban desde su culito hacia adelante para entrar otra vez dentro. ¡Ah, iba a correrse! ¡La dolían las rodillas pero no le importaba! Sí... Ya casi estaba... Alexis paró de golpe y se apartó.

—¡No! —jadeó nerviosa.

—Shh... Ese es un privilegio del dominante. Imagínate la situación al revés Sara. —Se chupó los dedos y gateó hasta quedarse a un centímetro de su nariz—. Ahora olvídate de todo lo que ves en ellos, eso es superficial; esa es la parte cruel que pueden permitirse cuando ya todo lo demás está afianzado. Estamos en las raíces, Sara; imagina un hombre de rodillas ante ti ansioso y desesperado por que hagas que se corra, te suplicará... —Lamió su boca—. Hará lo que le pidas porque solo desea que le des esa recompensa que tanto necesita... Debes aprender a volverle loco, debes pasar horas sentada a su lado analizando cada recoveco de su mente, cada centímetro de su corazón. Debes preguntarle todo...

—¿Todo?

—Hasta lo más sórdido. —Pellizó sus pechos y pasó la lengua por ellos—. Sus fantasías, sus amoralidades, nunca sabes qué puede excitarle, quizá te diga cosas que te dejen descolocada... Nosotros somos más complicados en ese aspecto, fantaseamos más...

Se movió incómoda, aquella postura empezaba a ser tormentosa para su espalda y sus rodillas.

—¿Qué te gusta, Alexis?

Le rodeó con un brazo la cintura y con el otro soltó las correas que la unían a sus tobillos. La sentó en la cama y le separó las piernas. Se mantenía en el suelo de rodillas y observaba minuciosamente su sexo perfectamente depilado.

—Me gustan muchas cosas, Sara...

Ella lo miraba con gracia, concentrado, pasando el dedo suavemente por los labios, separándolo y mirándola como si analizara algo que no identificaba con el ceño fruncido.

—¡Alexis! —Sara se rio—. Deja de mirarme eso, así.

—Me gusta como lo llamas: «Eso». —Pasó la lengua por él y Sara se enrojeció—. Verás —prosiguió mientras seguía analizándolo—, Romina me trataba como un esclavo en su totalidad, fuiste testigo. Me gustaba porque hacía que el día fuera una lucha interminable por complacerla, solo por obtener mi recompensa. Me conocía muy bien, fueron bastantes años a su lado. Hacia que me corriera una y otra vez, era capaz de hacerlo hasta dejarme totalmente derrumbado...

Trepó entre sus rodillas y se puso sobre ella.

—Llevo mucho tiempo sin acostarme con una mujer, Sara...

Aquel susurro la puso a mil. El muchacho la miraba apoyando el peso de su cuerpo en los brazos, y su ropa interior ocultaba lo ansioso que empezaba a ponerse.

—No deberías preguntarme estas cosas, soy un hombre... Mi mente vuela y me van a doler las pelotas por tu culpa. —Se rio.

—Luis..., me dijo que me alejara de Dominic pero me dijo que jugara contigo lo que quisiera...

—¿Eso es una forma de decirme que puedo follarte? —Soltó una suave risa—. Ah, Sara... Eres tan joven que dices las cosas según te vienen a la cabeza.

Sara frunció el ceño y se ruborizó.

—No... no era lo que.... —Se sentía avergonzada.

—¿Quieres que te folle, Sara? ¿Eso es lo que quieres?

Ahora sí que estaba roja como un tomate, Alexis la miraba fijamente y eso la empezaba a intimidar.

—Yo...

—Sara... —Lamió su boca y apoyó toda su erección sobre su sexo—. ¿Qué quieres de mí, Sara? —su voz era ahora tan solo un susurro pasional y desgarrador—. Vamos, olvídate de tus prejuicios, de tu juventud y de tu inexperiencia y dime qué quieres de mí.

La besó con suavidad y le acarició la cabeza. Apoyó uno de sus brazos en la cama y su pecho chocó con el suyo.

—Supongo que todo...

—Todo... —sonó como una meditación, Alexis se quitó la ropa interior y quedó sobre ella desnudo.

Ella no pudo remediar mirarle la entrepierna y abrió los ojos como platos. Ese chico estaba a cien y lo tenía encima y su cara era la antítesis de la depravación. Sus ojos la miraban con cariño, acariciaba su pelo y sus labios, y sin darse cuenta comenzó a sentir cómo se enterraba en ella, cómo la perforaba y la penetraba sin dejar de mirarla.

—Todo —afirmó, salió de ella y volvió a mirarla.

—No... no pares ahora. Hazlo, Alexis.

Él no decía nada, la miraba sin moverse y esperaba.

—¡Alexis! —Se empezaba a desesperar—. Te digo que lo hagas.

Nada.

—¡Maldita sea! —Miró a derecha e izquierda y gruñó—. Ya sé qué esperas... Quieres que te lo ordene.

Ahora la sonreía con malicia.

—Quiero que seas tú misma. Llevas rodeada de dominantes un año y aun así esa esencia rebelde no desaparece. Dime lo que quieres y te lo daré.
¡Oh, que frase más excitante! «Dime lo que quieres y te lo daré.»

Estaba tan cachonda, tan desesperada por que la hiciera suya, que su mente se nubló por momentos y le cogió la cara con ambas manos.

—Fóllame, ahora.

Mmm, no le dio tiempo a acabar la frase y Alexis se enterraba en ella con tanta pasión que creyó morir de placer en aquel mismo momento.

—Y no pares... haz que me corra... ¡Hazlo! —jadeó.

—Eres un pequeño diamante sin pulir, pequeña Sara...

—No pares, Alexis. Más fuerte....

—Te daré todo lo que me pidas.

—¿Me... me enseñarás? —jadeó a punto de llegar al éxtasis.

—Por supuesto, mi pequeña dómina...

57. Yo también tengo miedo

Cada uno de nosotros tiene una lucha interminable con sus propios miedos. Ninguno nació exento de ellos. Ninguno tiene controlado todo como a veces parece.

La luz de la farola reflejaba un tono plomizo en el charco de lluvia que se había acumulado al borde de la acera. Estuvo a punto de ponerse perdido. Iba demasiado absorto en sus pensamientos como para verlo. Lo rodeó y se ajustó la cremallera de la chaqueta. Hacía frío, llegaba de nuevo esa sensación de invierno y aún empezaba el otoño. Mateo observó el amplio escaparate de televisores y audiovisuales excesivamente iluminado. Se quedó plantado en mitad de la calle observando los documentales, que, al unísono, saltaban eufóricos en las cincuenta pantallas expuestas. Soledad, necesitaba ese momento, y en casa corría el riesgo de compañía repentina. Pasear era algo que hacía desde niño, solo que ahora le resultaba difícil y cuando llegaba a casa era demasiado tarde como para salir. Aquella noche se le caían las paredes encima; en el fondo estaba solo, al menos de momento. Era eso lo que quería, ¿no? ¡Ah, qué sensación más apacible oler el puesto de castañas de al lado! Su madre solía comprarles un cucurucho hecho con periódico lleno de ellas, cuando Sara apenas era un bebé y él un niño. Iban una vez al mes a la ciudad y ansiaba aquellas castañas como si le fuera la vida. Sara apenas tenía dientes y él le troceaba minuciosamente la castaña para que no se atragantara. ¡Coño, qué frío hacía! Cruzó la calle y atravesó la avenida para volver a casa. Ni siquiera eran las nueve de la noche y la oscuridad era parte de todo. Invierno... Se acercaba un duro invierno y él odiaba el frío como nadie. Mientras regresaba por la calle, pensó en Darío, pensó en la noche anterior, en la preciosa Catinca y sus ojos rasgados. ¿Había cambiado algo? No lo sabía. No tenía nada claro. Meredit pasó fugaz por su mente, la quería con toda su alma, quizá amaba su inocencia más que a ella. Su hermana, tenía que hablar con ella y tenía que hacerlo rápido. Llegó a casa, dejó la chaqueta en el perchero y lanzó las llaves sobre el aparador de la entrada. Se dejó caer en el sofá y quedó totalmente a oscuras. No... No le atraían los hombres, no le llamaba la atención ninguno cuando iba por la calle, no era eso... De niño solo sentía cierta curiosidad por un profesor joven, sentía atracción por su mente, por sus formas y la elegancia que transmitía, pero ¿y el resto? Jamás le habían atraído. Entonces ¿qué pasaba? Darío... Era diferente, entre ellos era distinto. Quizá le atraían sus mentes, quizá de lo que se enamoraba, lo que le excitaba horriblemente, eran sus mentes y no hacía distinciones; a fin de cuentas era eso, sexo. Si no hubiera sabido que era él. ¿Qué le diferenciaba de una mujer? Nada, ella también hubiera podido hacer lo mismo. Se inclinó hacia atrás y cerró los ojos. Se pasó las manos por el pelo y suspiró. Amaba su mente, era eso lo que realmente activaba sus sentidos, sus formas, sus mentes, fuera hombre o mujer; y, quizá por eso, aquel profesor le volvió loco siendo un adolescente. Quizá era aquella forma de decirle que era capaz de cualquier cosa en la vida, que sería un joven brillante y que todo lo que se propusiera lo conseguiría; quizá era su forma de hablarle del arte, de enseñarle todo lo que sabía cuando paseaban en el viaje de estudios por las calles de Roma. Lo miraba embobado, absorto en el mundo de la literatura, de los clásicos. Y aquella noche... Pensó que iba a ser más difícil; sin embargo, lo hacían tan simple... Darío... ¿Qué pensaría él? Necesitaba verlo, hablar con él, saber si, tiempo atrás, por su mente había pasado lo mismo, y necesitaba hacerlo ya, necesitaba sentarse y soltar todo lo que llevaba y él era el único que le comprendería. Cogió el móvil y dudó. Irónico, tenía claro que algo les conectaba de una forma sutil y extraña; justo cuando iba a marcar su número entró un mensaje de él.

«¿Todo bien en tu cabeza?»

Se rio y tecleó: «El barco no se hunde, de momento, todo bien, creo. Gracias.» Al poco el móvil vibró otra vez: «No deberías quedarte solo en ese ático pijo y minimalista, coge el coche, ven, cena aquí. Catinca está preocupada por ti.»

Se quedó pensativo y contestó: «Depende de qué tengáis de cenar. ¿Carne o pescado?» Soltó una suave carcajada y al instante el móvil volvió a sonar: «Ambas. Ya estás tardando. :)»

Abrió la cajita de música y la suave melodía inundó las paredes del salón. La pequeña bailarina giraba al compás de la melodía bajo un forro de terciopelo rojo y detalles de madreperla. Se volvió. Darío observaba en la puerta con las manos en los bolsillos y una expresión de dulzura en la cara.

—Es bonita —le dijo—. Mi madre tenía una parecida.

—Sí, la música te transporta a otra época. Es *La bohème*.

Avanzó hacia él y se sentó en el amplio sofá. Catinca recogía la mesa canturreando y luego volvía con unas tazas de café caliente y bombones de licor. Mateo le sonrió, cogió uno de los bombones y se desplomó al lado de Darío.

—Habla, Mateo, o te consumirás...

Le contó lo que había pensado, lo que sentía, su adolescencia, sus angustias. Le contó las horas que dedicaba al estudio por temor a salir y descubrir que era diferente. Darío no le interrumpió ni una sola vez. Escuchaba atentamente cada palabra que salía de su boca y comía bombones. Le ofreció uno sin mirarlo y Mateo lo engulló sin darse cuenta y sin dejar de hablar. Era la primera vez que se sinceraba con alguien y era como si toda su energía fluyera de él devastadoramente.

—Yo nunca me paré a pensar si hacía algo poco normal —apostilló Darío—. Al menos no recuerdo haberlo hecho, una señal de lo poco que me importó la gente siempre. Me encerraba en La Baraka, cuando más llena de gente estaba. —Miró a Catinca—. Me llevaba a mi pequeña Su y disfrutaba de los placeres que me diera cualquiera que estuviera al nivel de mis gustos. —Sonrió y se comió un bombón—. Qué buenos están, Su...

Mateo apoyó los brazos sobre las rodillas y observó los ribetes de la alfombra persa.

—Tú lo has dicho hace un rato —prosiguió Darío—. ¿Qué diferencia hay entre hacerlo yo a ella? —La señaló con la palma de la mano hacia arriba y embozó una sonrisa cameladora—. Ninguna... —Cerró los ojos, levantó la cabeza y continuó—. La naturaleza ha creado al macho y la hembra para aparearse y tener descendencia. No obstante —rio—, nadie nos ha dicho que para pasarlo bien tengamos que seguir la misma línea de la sensatez. —Abrió de repente los ojos y observó a ambos—. ¿No?

Catinca soltó una risotada y negó con la cabeza.

—Darío, todo lo que haces es gracioso y liviano —dijo.

—Intento no ver a los míos sufrir por tonterías. Bastante tenemos en nuestra vida ya.

Mateo suspiró y se comió otro bombón.

—¡Guau! Esto está de muerte. —Se apoyó en el respaldo y frunció el ceño—. Todavía me queda mi hermana... Aunque llegado este punto quizá sea mejor no decirle nada y quitarle hierro al asunto.

—Esa es la idea —murmuró Darío pegándose a él—. ¿Te quedarás aquí, verdad?

—No, creo que es mejor...

Mateo se levantó de golpe, pero Darío tiró del cinturón de su pantalón y volvió a sentarlo.

—Insisto. —Entrecerró los ojos y sonrió forzosamente—. No deberías quedarte solo.

—Darío, siempre estoy solo. No creo que por una noche más me pase nada.

—Mateito —dijo con sorna; estiró la mano otra vez e hizo un gesto dramático—. ¿Eres capaz de dejarla así de triste?

Catinca hizo un puchero y sollozó.

—¡Oh, vamos! Dejad de hacer el tonto.

Darío lo miró fijamente, flexionó la rodilla y se acercó a su oreja.

—No pierdas la efusividad con todo esto, Mateo, no hay cosa que más me agrade que pensar por un momento en la posibilidad de tener otro como yo saltando por Quimera y haciendo lo que le apetece cuando le apetece... Es más, sería estupendo pasar por La Baraka y someter a una de las niñas bien que merodean por la casa los dos juntos... Sin límites... Sin amor...

Alargó las palabras con tanta fuerza que con apenas un susurro se erizaron todos los pelos de todo el cuerpo de Mateo.

—Te apetece, ¿verdad? —continuó y rozó con la nariz su mejilla—. Seguro que nuestra Su estaría encantada de ver la escena; cuando era pequeña le apasionaba hacerlo. —Ladeó la cara y la miró con malicia—. Si no existe amor, no existe remordimiento, Mateo...

Se removió en el sofá y arrugó la nariz aguantando su excitación. ¡Oh, Darío! Sabía muy bien lo que estaba haciendo. Movié la cabeza con la intención de apartarse de él y soltó una suave risita nerviosa.

—Se te está poniendo dura, amigo —dijo divertido—, no tienes que contestarme ya.

Darío se levantó y se dirigió a la puerta.

—Además —dijo antes de irse—, Catinca es obediente, sin olvidar que es mi sumisa. Hará lo que le ordene, a cualquier precio.

Mateo levantó las cejas y lo miró con humor.

—No me digas, ¿y a qué viene eso?

—Su, escucha atentamente lo que tu señor desea. —Se giró con sorna y la miró con gesto de preocupación fingida—. Y, por favor, espero me complazcas, sino te castigaré severamente.

—Estáis los dos como putas cabras.

—Bien —prosiguió bajo la atenta mirada de Catinca—, tenemos un invitado en casa, cierra la puerta principal, que no salga. Sería una defachatez permitir que nuestro huésped salga a estas horas de la noche.

—Oh, sí, mi señor —dijo con humor.

—Báñalo y dale un masaje. Está tenso, que se relaje.

—¿Y después, mi señor?

Darío se giró con humor y meneó la mano.

—Oh, joder, Darío —dijo Mateo—, pareces el chiflado de Calígula moviéndote así.

—Luego que no salga de la habitación... —Salió por el pasillo del hall y levantó la mano—. ¡Y que no se duerma! —gritó con sorna mientras se alejaba hacia el despacho.

¡Ah, nunca le habían lavado la cabeza metido en una inmensa bañera! ¡Mmm, qué bien lo hacía Catinca! Sus dedos se enredaban en el pelo, suavemente, despacio y aquello le provocaba una erección que si no llega a ser por la espuma que lo rodeaba hasta ella se sorprendería.

—Levántate —susurró ella aclarándole el pelo.

—¿Cómo? ¿Para qué?

—Voy a lavarte.

—¿Lavarme? —Se rio.

Aquello era surrealista. Catinca frunció el ceño y tiró de su mano.

—Mi señor me ha dado una orden y tengo que obedecer. —Lo levantó de un tirón y lo repasó de arriba abajo—. Nunca te había visto tan desnudo. —Sonrió—. Tienes un cuerpo precioso. —Miró su miembro y se le escapó una risita—. Entre otras cosas...

Mateo parecía un niño del coro. De pie, con gesto de sorpresa, los brazos en la cintura y a punto de soltar una carcajada, mientras Catinca le pasaba la esponja por todo el cuerpo.

—Esto parece la antigua Roma. Por Dios, Catinca...

—Levanta la pierna —dijo, y le pasó la esponja por el pie y la pierna—. Ahora la otra.

Mateo hinchó el pecho y soltó una risotada.

—Vale, te lo tomas muy en serio y yo me he relajado, la verdad. —Se volvió hacia ella y la apuntó con el miembro—. Y corres el peligro de que te saque un ojo, nena.

Catinca rio, se levantó a por una toalla y, cuando Mateo salió, lo secó. Luego le puso una fina bata de seda, le ató el cinturón y le abrió la puerta del baño.

—Señor... sus aposentos....

—Tonta —le dijo besando su mejilla—. ¿Dónde está Darío?

Catinca le abrió la cama y le acomodó la almohada, le quitó la bata y se alejó hacia el perchero.

—Estaba pintando una pieza que ha restaurado abajo, pero creo que se estaba duchando al lado.

Se metió en la cama y tiró de Catinca, cayó sobre él y se clavó en el estómago su erección.

—Mmm... Cati... Necesitaba horriblemente relajarme así... No tenéis ni idea de lo mucho que habéis hecho por mí...

—Tú lo harías por los demás. —Lo besó con efusividad y rodó por la cama hasta colocarse a su lado.

—Claro... —Se giró y tiró de ella para pegarla a su vientre.

Darío entró con la toalla enroscada en la cintura, se frotó el pelo con otra toalla y saltó a la cama a una velocidad espantosa. Tiró de los tobillos de Catinca, arrancó su fina camisa de seda y, con la misma velocidad, la desprendió de la falda. Mateo no reaccionó. Antes de que pudiera moverse tenía a Darío pegado a su nariz y lo miraba furtivamente mientras arrastraba a Catinca hacia su sexo. Le metió la lengua hasta la campanilla y luego tiró del pelo de ella hasta que su boca chocó con la suya.

Mmm... Qué pérdida del sentido de la realidad. Era como intentar poder con todo y no saber por dónde empezar. Catinca trepó por sus piernas, se contoneó juguetona y poco a poco fue clavándose en él mientras lo empujaba hasta que Mateo cayó de espaldas. La larga melena se balanceaba sobre su pecho, su lengua era como una serpiente desenfrenada que se movía ansiosa, y lamía su boca, una y otra vez, y luego la pasaba por su nuca y acababa dentro de su oreja, sin darle tregua ni a pestañear. Darío se colocó detrás de ella, le separó las nalgas y escupió en su culo. ¡Oh, madre mía! Eso había estado bien. Le besó la espalda, mordió su hombro y ella se arqueó con tanta exuberancia que a Mateo le fue imposible no desear comérsela entera. La agarró por el cuello, tiró de ella y la pegó a su pecho. ¡Oh! Ahora tenía más cerca a Darío, frunció el ceño y se cegó. Tiró de su nuca, lo atrajo hacia él y le metió la lengua hasta la garganta. ¡Ah, qué grito pegó Catinca! Darío cayó sobre su espalda y se clavó de tal manera en ella que hasta a Mateo le resultó desquiciante su mirada. Rodeó sus mejillas con ambas manos y ahogó sus jadeos con la boca. Su respiración le estaba volviendo loco, notaba a través de la fina pared de su sexo como su compañero la bombeaba, sentía esa leve presión inusual. Se movía tan devastadoramente que incluso paró para no perder la cordura. Darío parecía pasar por el mismo trance, salió de ella con brusquedad y cayó de culo en la cama. Ahora Mateo la ponía de lado, levantaba su pierna y se clavaba una vez más en ella sin prisa. Pasó los labios por su mejilla y observó levemente a Darío. Tenía cara de loco, observaba cómo entraba y salía de ella intentando respirar con más calma, pero parecía que aquello empeoraba la situación. Y empezaba a sacarle de sus casillas. Ladeó la cabeza atento a cada detalle y frunció el ceño. Reaccionó de repente y se colocó detrás de ella, apretó sus nalgas, las separó cuidadosamente, recreándose como un demente, y comenzó a deslizarse dentro de ella.

—Su... —le susurró en el oído mientras observaba a Mateo—. ¿No te malacostumbrarás con tanta polla para ti? —ronroneó y le mordió la oreja.

—Podré... soportarlo ...—Jadeó y retorció la espalda como una culebra—. Sí... lo soportaré...

Catinca se contoneó y sonrió a Mateo.

—¿Notas su polla? —dijo ansiosa—. Dime... ¿La notas?

—Vaya si la noto...

Darío tiró de su nuca y lo besó. ¡Y cómo lo disfrutaba Catinca! Los miraba fuera de sí: sus lenguas, su forma de moverse, de clavarse en ella. Mmm, eran como dos perros en celo a punto de correrse, como dos desequilibrados, ansiosos, hambrientos, se movían, se comían. Luego Darío se apartó de Mateo y mientras uno lo comía la boca el otro la mordisqueaba la nuca y se volvía loca oyendo sus jadeos en la oreja. No lo soportó, era imposible soportar aquello, se aferró con fuerza a ellos y se dejó llevar. ¡Oh, la llenaban! La llenaban y al mismo tiempo sus movimientos se volvieron agresivos, sucios. Sintió los dedos de Mateo pellizcando sus pezones, la mano de Darío tirando de su pelo y arqueándola violentamente la hizo sucumbir.

Despertó a las siete de la mañana. Miró a ambos lados, los dos dormían como troncos. Darío con su eterna postura boca abajo con la cabeza literalmente encajada en la almohada; a veces se preguntaba cómo era capaz de respirar. Mateo parecía un angelito, de lado, totalmente relajado y con una cara de niño bueno que apetecía comerse a besos. Se levantó como pudo intentando no mover la cama y despertarlos, y bajó a la cocina. Preparó el desayuno: zumo, tostadas con mantequilla, café, huevos y beicon, y, cuando el olor empezó a inundar todos los recovecos de la casa, comenzó a oír movimientos en la planta de arriba. «¡Como niños!», pensó. Oyó que Mateo bajaba por las escaleras y entraba como una exhalación haciéndose el nudo de la corbata y derrapando al doblar la esquina.

—Joder, voy a llegar tarde a la oficina.

Catinca le dio una taza de café y se sentó a la mesa. Darío no tardó en aparecer con cara de sueño y los pelos alborotados. Cayó en la silla y se bebió un zumo de golpe.

—Yo tengo que ir con Roberto toda la mañana, pero iré contigo al despacho. Tengo que recoger los papeles de mi empresa; los tiene Dominic.

—Pues corre —dijo con la tostada en la boca.

—Sí, papá. —Qué pocas ganas tenía de levantarse.

Cogió una tostada, la taza y desapareció escaleras arriba.

58. De vuelta a la rutina

Porque te quiero a mi manera y quizá sea más intensa que aquellos que creen que el amor debe ser siempre de la misma manera.

—¿Te ayudo? —Richard entró con varias carpetas y la ayudó a levantarse.

—Oh, no es necesario, gracias...

—Oye, Meredith...

¡Oh, oh!

—Sé que tienes novio, no quiero que pienses mal, pero tengo entradas para el cine esta noche y, bueno, había pensado que, como compañeros, iríamos con dos chicos más de administración y otra de...

Qué momento más angustiante. Meredith no estaba acostumbrada, se movió nerviosa, cogió las fotocopias y sonrió lo mejor que pudo.

—Te agradezco la invitación, pero creo que... —Suspiró—. Tengo que comentarte una cosa, Richard.

—Tranquila, sé que tienes novio, es un cine, no creo que a él le pueda molestar que...

¡Oh, qué estaba diciendo! Ordenó las copias y las comenzó a encajonar en la máquina de encuadernar.

—Creo que no es buena idea, Richard. Te agradezco mucho, de verdad, que me invites.

Se abrió la puerta de la sala y Ana, la chica de administración, sonrió.

—Meredith, el señor Armani te busca.

¡El que faltaba, ella roja como un tomate y Carlo caminaba en dirección a la sala de fotocopias con su calma habitual! Richard se volvió y sonrió.

—Hola...

—Hola, Richard. —Observó a Meredith con curiosidad y volvió a mirar a Richard—. Venía a buscar mis copias. Creo que esta señorita es la que las estaba haciendo...

—Sí, ahora termino. Cinco minutos —dijo ella.

—¿Todo bien? —Carlo se apoyó en el canto de una mesa y observó a Richard.

—Sí, intentaba invitar a Meredith al cine con unos amigos de otros departamentos, pero no soy capaz.

Ahora sí que Meredith pensó que se moría. Le empezaron a sudar las manos, acabó una de las encuadernaciones y los miró a los dos. ¿Por qué maldita manía los hombres se lo contaban todo? Le cayeron las carpetas al suelo, se agachó y volvió a su labor.

—Vaya por Dios... Meredith, ¿cómo no vas al cine?

¡Uh, por favor, Meredith espabila! Se volvió y los miró a ambos.

—No me apetece —dijo digna.

—Oh, Meredith, qué aburrida. Vamos, llama a tu novio, salgamos esta noche todos —insistió su compañero.

¡Si acababa de salir apenas unas horas de La Baraka! Se rio para sus adentros y suspiró.

—Trasnoché mucho ayer, Richard. En serio, te agradezco tu invitación, pero hoy apenas he dormido y estoy muy cansada.

—Oye —Carlo le dio un codazo—. ¿Te gusta, eh?

Richard soltó una suave carcajada.

—Bueno, a cualquier hombre le gustaría.

—Richard, por favor —le interrumpió ella—. Tengo pareja, ayer trasnochamos y ...

—¿Es celoso?

¡¡Richard!!

—No... —contestó. Ladeó la cabeza y se le escapó la risa—. La verdad es que no. Aunque tiene sus momentos *tontos*.

Carlo abrió los ojos como platos y pestañeó varias veces, ¿Qué era aquello? Su inocente Mel... ¿Dónde estaba?

—¿Momentos tontos? —dijo con tono de niño caprichoso—. ¿Cómo que momentos tontos?

—Sí, momentos tontos. —Se volvió dándole la espalda y miró al techo—. Como cuando nosotras tenemos la regla, según le dé el viento.

—Se llaman «hormonas» —afirmó Richard—. Nos pasa a todos.

—A él más a menudo —dijo provocándolo—, pero bueno...

—Al menos te manda flores. —Richard sonrió—. Las mujeres de la oficina no reciben esos ramos.

—¡Eso! —Carlo le dio una palmadita en la espalda—. ¡Esa es la actitud!

—Yo te regalaría una cena romántica, es más...

¡¡Richard!!

Carlo frunció el ceño y lo miró de soslayo.

—Una cena romántica —dijo con burla—, eso está obsoleto.

—Bueno, una joya no estaría mal, tampoco —dijo Meredith con sorna—. Una bonita pulsera o unos pendientes... Vi unos en la joyería de abajo que me gustan, igual se lo digo... Nunca le he pedido nada pero aprovechando que estamos en *petit comité*...

Ahora Carlo hervía, hinchó el pecho y soltó una mueca irónica. Richard lo miró y frunció el ceño.

—Yo te los regalaría, Meredith —dijo Richard.

—Que no te diga el precio —contestó Carlo entre dientes con sorna.

—¿Cuánto cuestan?

—Mucho

Richard insistió.

—Cinco mil euros, son esmeraldas... —Sonrió maliciosamente y pestañeó varias veces.

Carlo le hizo un gesto obsceno aprovechando que Richard no miraba y, al volverse hacia, él sonrió.

—¡Coño, Meredith! Eso es una burrada.

—Una burrada, una burrada —afirmó Carlo.

—Eso solo se lo puede permitir aquí el señor Armani con su esposa.

Carlo se volvió y puso cara de enfado.

—Ya la jodimos —gruñó—. ¿Y por qué yo?

—Porque le sobra, algo así para usted es insignificante. —Miró a Meredith—. Qué gustos más caros tienes.

Richard se agachó y Carlo levantó el dedo señalándola con sorna. Asomó el talonario por el bolso de la chaqueta y le hizo otro gesto obsceno. «Me la chupas y firmo.»

«¡Oh, vamos!», pensó ella. «No es justo que este muchacho no sepa quién eres... Díselo...»

—Bueno, Meredith —dijo—. ¿Seguro que no te animas?

Meredith cogió las carpetas y pasó por entre los dos.

—Podría preguntarle qué opina. ¿Le preguntaría usted, señor Armani?

Carlo levantó una ceja y apretó la mandíbula.

—Por preguntar no se pierde nada, señorita... Pero tiene cara de cansancio y creo que hoy va a tener mucho trabajo si quiere que su hombre le compre esos pendientes tan caros y ostentosos.

—Sí, tiene razón... Pero haré un buen trabajo, todo sea por las esmeraldas... —Miró a Richard y sonrió—. Gracias de corazón pero estoy agotada.

Salió dejándolos en la puerta a ambos, contoneándose nerviosa como nunca en su vida. Se sentía pletórica, acelerada y emocionada por su pequeño juego.

—Es increíble esa mujer... Es... Mmmm... —susurró Richard.

Lo miró de soslayo y frunció el ceño.

—Esa mujer es un proyecto de víbora y por tu culpa está a punto de soplarme cinco mil euros, caballero...

—¿Qué? —Richard lo miró sorprendido y algo descolocado.

—Los hombres deberían apoyarse —le señaló y le guiñó el ojo—. Y no tengo hormonas revolucionadas... Trabaje y deje de ligar con mi mujer —dijo mientras se alejaba.

59. La esencia malbaseda

Porque en cierto modo amar nos hace débiles...

Cada vez que Samara miraba a Marco Malbaseda le recordaba horriblemente al actor Viggo Mortensen en su papel de mafioso chiflado. La misma cara angulosa, la misma mirada maliciosa y prepotente. ¡Oh, qué imaginativa estaba! Marco iba detrás de ella en dirección a la habitación de invitados mientras ella se esforzaba en no reírse consigo misma. Al final iba a darle la razón a Dominic: últimamente se sentía pletórica y su mente funcionaba a mil por hora. Lo invitó a pasar y dejó unas toallas recién lavadas en el aseo anexo.

—No te di las gracias por todo lo que hiciste por nosotros.

—Faltaría más. —Dejó la maleta en la mesa escritorio y se quitó la chaqueta del traje—. No tienes que agradecer nada, Samara.

Su acento era delicioso. Lo observó soltarse el botón de la camisa y no pudo contener una suave risa.

—¿Me cuentas el chiste?

—Perdona, tienes gestos de mi marido, me resulta gracioso. Es como una especie de ritual en él, y tú acabas de hacer lo mismo.

La miró y ladeó la boca como si intentara sonreír forzosamente.

—Estudiamos en la misma escuela, *ragazza*...

—Tienes todo lo que necesitas. Si te falta algo no dudes en pedírmelo —dijo. Se frotó las mejillas y sonrió—. ¿Cuánto tiempo te quedas?

—Solo un par de días, Samara. Tengo que modificar una serie de documentos con tu marido. Negocios, negocios y más negocios. —Embozó una mueca grotesca y se aproximó a ella—. Ya me entiendes... —añadió—. ¿Y tú, Samara? ¿Cómo estás? Te veo fuerte, aunque el daño posiblemente haya rasgado esa coraza que paseas. He de reconocer que me impresiona tu fuerza y tu entereza.

—Cuando una se casa con Dominic tiene que estar preparada para todo.

Lo tenía tan cerca que apenas podía dar un paso más hacia atrás sin chocar con la puerta entreabierta. Marco era intimidante, aunque su expresión en ese momento era flexible y quizá más suavizada que la que había conocido inicialmente. Tragó saliva, se pasó el pelo por detrás de las orejas y lo miró.

—El orden se restablece con el tiempo, Samara. Algún día recuperarás lo que te han quitado. Formarás una familia. Aunque no seamos el ejemplo más idóneo a seguir, no todo es tan caótico alrededor nuestro.

—Supongo que tienes razón.

—¿Sabes?—continuó. Se apartó ligeramente y se dirigió hacia su maleta—. Nosotros vivimos en Arezzo, un pueblo precioso cerca de Florencia, aunque nuestros negocios están en la ciudad. Un lugar algo palaciego, preciosas casas de piedra que espero que algún día conozcas. No nos permitieron edificar, así que compramos casas que datan del 1860, y restauramos toda la zona sin tocar la arquitectura: la piedra, sus ornamentos, todo está igual a excepción del interior de las casas. Es un lugar muy similar a Quimera pero el núcleo son varias casas casi unidas y ahí tenemos nuestra pequeña fortaleza Malbaseda.

—Suena bien. Me gusta mucho Italia. Me encantaría ir.

—Eso espero. Tenemos una forma de vivir algo más hermética que vosotros. Ya ves, algunos nos pueden tachar de sectarios, pero a mi edad me resulta indiferente. Los niños Malbaseda van a la Universidad...

—¿Niños? —Samara levantó las cejas en señal de sorpresa y se sentó en la cama mientras lo observaba sacar la ropa y colocarla en el armario—. Me sorprende. ¿Sois padres todos?

Marco soltó una lenta carcajada.

—No sé si ofenderme o reír por tu pregunta y tú sorpresa. Somos padres. Yo soy padre, mi hermano Franco es padre. Guian aún no se ha decidido pero no tardará. Mis primos también tienen hijos, Samara. Nuestros hijos estudian, cuando regresan a casa tienen sus clases particulares, su disciplina, sus deportes. *Oh, Madonna!* —exclamó. Levantó los brazos y luego los dejó caer con humor—. ¿Tan raro te resulta? ¡Mira tu cara!

—Lo cierto es que no os imagino en la faceta de familia numerosa.

—Creo que puedo ofrecerte una confesión reveladora sobre los excéntricos Malbaseda para que te des cuenta de que no somos tan horribles, independientes y frívolos. Y sobre todo entenderás por qué me puedo permitir el pequeño lujo de animarte en este momento tan delicado que has pasado. Soy padre pero yo también he tenido mi infierno personal, mis pérdidas personales. Es un precio que se paga cuando te arriesgas a formar una familia. ¿Sabes cuál es? Te vuelve débil. Porque lo que les puede pasar a ellos te aterra.

—Te agradezco tus ánimos. Entiendo que has pasado por un episodio de pérdida similar al mío.

—No tan accidental y trágico, pero en definitiva con el mismo final, Samara. Ahora tengo una niña de diez años y un chico de siete. Aunque su madre no me soporte y viva a miles de kilómetros y prefiriera que yo ejerza el papel de educar a mis chicos.

—Vaya...

—Un honor para mí. Es lo más inteligente que pudo decidir. Te cuento todo esto para que entiendas que aunque somos conscientes de lo desastrosos que somos en muchas facetas de nuestra vida, siempre hay una oportunidad para emendar una desgracia.

60. Provocando

Os gusta jugar... Sois inconscientes...

Sara despertó muy temprano. Había dormido como un tronco con Alexis. Él no se movía tanto como Luis: era como una figurita inerte cuando se metía en la cama, y en la misma postura que se dormía, así despertaba. ¡Mmm..., qué placer! Se metió por debajo de su brazo y se acurrucó como una niña aspirando el dulce aroma de su piel. ¡Oía tan rico! Oyó la puerta de al lado y miró el reloj. Alexis estaba desmayado, tiró de un bucle, pero aquel precioso querubín dormía profundamente y ni siquiera se movió cuando ella le besuqueó la nariz y se levantó. Lógico. Apenas eran las ocho de la mañana. Se estiró, se arregló su camión y, descalza, salió al pasillo. Dominic bajaba las escaleras en calzoncillos y, cogiendo el periódico de la mesa del salón, se apoyaba en la encimera y releía los titulares. ¡Espionaje! Saltó en su cabeza, se aproximó a la barandilla y se agachó. Piernas largas, morenas, gayumbos bóxer marcando culo y pecho enorme y brillante en mitad del salón, enfocado y decorado con un rayo de sol que le daba en el vientre directamente. Se rio. Se incorporó sin dejar de leer, fue directo a la cocina y al poco salió con una taza, con sus andares prepotentes y con el periódico en una mano, doblado y colocado en la noticia importante. Se dejó caer en la butaca y se espatarró. «Paquete a la vista», pensó. Se tapó la boca, aguantó una risilla y gateó por la barandilla hasta tenerlo mejor situado para su espionaje. Si no fuera tan terrorífico y amenazante, no lo pasaría tan bien. Bebió de su taza y se meneó en el sillón, se pasó la mano por la entrepierna y se colocó el paquete. Sara soltó una suave risa y se aferró al camión. ¡Pero qué grande era! Reculó hacia atrás, se incorporó e, hinchando el pecho, avanzó disimuladamente desparezándose escaleras abajo. La miró de reojo, seguía sus piernecitas descendiendo lentamente, y cuando llegó a su altura tenía la mirada clavada en ella.

—Buenos días —dijo con dulzura haciendo como si no le afectara su momento gayumbos mañaneros.

—Sarita... —saludo él—. Buenos días...

Se sentó en el sofá y lo repasó. Embozó una sonrisa nerviosa y se rascó la cabeza bostezando.

—Mucho madrugas... —Levantó una ceja y miró el periódico.

—Descansé muy bien, Alexis no se mueve como Luis en la cama...

—Desayuna —le ordenó.

Ese pecho inmenso era el epicentro de su atención. Cuando bajó el periódico se quedó con la mirada clavada en él como una tonta. Cuando Sara pasó a su lado, sonó la tostadora. Dominic se levantó y quedó a dos palmos de ella y, con ello, su cara plantada a la altura de su pecho. Reculó ensimismada y le dejó pasar. Sí... Ahora ese culo se movía delante de ella y avanzaba con chulería hacia la cocina. «¡Ah, si pudiera morderlo aunque fuera una vez! Culo duro...» Le entraron unas inmensas ganas de meter el dedo entre la piel y el gayumbos y tirar de la tela y luego soltar. ¿Y si lo hacía? Una bromita era una bromita...

¡Zas! ¿Qué había hecho? La tela sonó como un latigazo. Dominic se volvió como un obús y se quedó mirándola como si fuera a salir disparado en una maratón.

—Pero ¿qué cojones...? —Hasta él estaba sorprendido.

—¡Se me escapó! —Fue la mayor tontería que podía haber dicho.

Sara soltó una carcajada incontrolable mezclada con una especie de histeria repentina y se agarró a los pliegues del camión.

—¡Sara! —La voz de Luis en mitad de las escaleras la paralizó al momento.

Se volvió, miró a Luis, se volvió de nuevo, y el titán parecía encolerizarse por momentos.

—¡Esto es increíble! —bramó avanzando hacia ella.

—¡Era una broma! —No daba abasto, miraba al titán, miraba a Luis. No tenía claro cuál de los dos la sacaría por los pelos del salón—. Una broma, una broma...

—Espera, espera —musitó Dominic. Tiró de su mano y la metió en la cocina—. Ven.

La sentó sobre la encimera de la mesa y la observó. Empezaba a temblar y era enternecedor ver a una niña tan nerviosa, dándose cuenta de que no era tan buena idea la gracia.

—Sara, no puedo contigo —susurró Luis. Entró, se sirvió café y se lo bebió de golpe—. Esto es...

—¿El problema es que querías verme el culo?

—Era una broma.

Dominic se colocó entre sus piernas, le cogió las manos y se las metió por debajo de la tela de la ropa interior.

—¿Esto era lo que querías tocar?

—Ah... —Estaba avergonzada—. Era una broma...

—¿O era esto...? —Le deslizó las manos hacia delante y le encastró los dedos en su sexo—. Con esas manitas de adolescente no lo abarcas todo...

Se puso como un tomate. ¿Tenía el rabo de Dominic en las manos? Sí, y Luis negaba con la cabeza mientras se servía otro café.

—Luis, ¿le enseñaste a hacer bien las pajas?

¡Oh, qué obsceno! Más roja, todavía. Le hervían las mejillas y aquel hombre la miraba fijamente.

—Hombre... Ahora que lo pienso. No. Vamos, no me hizo una paja nunca con la mano... —Se rascó la cabeza y se apoyó en la encimera—. Ni idea.

Dominic se pegó más a ella, apoyó las manos en la encimera y quedó a un centímetro de su nariz.

—Hazme una paja —soltó con sorna.

—¡Dominic! —Sara estaba abochornada.

—Hazme... —susurró en su boca— una paja, Sarita... Ya sabes... Mueve la polla, pónmela dura... A ver qué tal se te da. ¿No tenías curiosidad? Te aseguro que estoy siendo delicado, vamos...

¡Oh, era vergonzoso para ella! Miró a Luis, que estaba entretenido con la caja de galletas, y luego volvió a mirarlo a él. Era ridícula, estaba *sujeta* a su polla y parecía idiota. Dominic deslizó la ropa interior hacia abajo y quedó con el culo al aire. Su miembro emergió por encima de la mesa y la apuntó directamente mientras seguía aferrada a ella inmóvil y con cara de susto.

—Pareces un mimo —gruñó—. Vamos... vamos... despierta niña...

«Una paja, una paja.» No era tan difícil, pero ¿a él? Terror. Movi6 la manita suavemente, y, bruscamente, 6l le cogió la otra y se la colocó debajo de las pelotas.

—Con una acaricias, con la otra meneas... ¿Lo pillas?

¡Qué la tierra se tragase la cocina y a todos! Movi6 la mano nerviosísima y sintió su sonrisilla maléfica a dos palmos. Sus labios la besaron y un cosquilleo horrible la traspasó todo el cuerpo.

—Más espacio, Sara... Eso es...

¡Vergüenza! Aquello crecía desorbitadamente al contacto de sus dedos y el titán tensaba las mandíbulas y clavaba su mirada demoníaca en ella. Otro golpe de calor; debía de estar como la grana. Era intimidante. Sara tragó saliva justo en el momento que 6l le mordía la boca, frenaba su movimiento y la paraba en seco.

—Cinco —dijo.

—¿Cinco? —bramó Luis abriendo de golpe el paquete de galletas—. ¿Solo cinco? No me jodas.

—Puntuación: cinco. Deberías hacerla trabajar más.

Se apartó de ella sin más, se subió la ropa y avanzó hacia la cafetera. Sara hervía de la humillación; si en ese momento hubiese bajado de le mesa seguro que sus piernas no la hubieran sujetado. ¡Cinco! La había puntuado y era frustrante y humillante. Dominic llenó una taza de café y se acercó a ella.

—Desayuna, anda —le soltó. Le peinó los tirabuzones y se rio.

61. Quiero cuidar de ti

Aunque a veces no sabemos cómo hacerlo.

El local estaba abarrotado de gente. Aquí y allá, varias despedidas de soltero rugían bajo las luces de neón formando una algarabía atronadora. Natacha no recordaba cuál había sido la última vez que lo vio tan lleno y Deni, su jefe, doblaba las horas de todas las camareras a la vista del follón de aquella noche.

—¡Ponme una cerveza! —gritó un hombre al fondo de la barra—. ¡Fría!

Las tres barras disponían de tres camareras; sin embargo, seguía siendo imposible atender a tanto hombre desmelenado y eufórico.

—¿No me oyes, zorra?

Se volvió sorprendida. El individuo sudoroso tenía la corbata enroscada en la cabeza y sonreía como un imbécil bajo la atenta mirada de dos acompañantes, tan borrachos como él.

—¡La cerveza!

—Tenga un poco de paciencia —dijo sin ganas—. Ahora mismo.

Una de sus compañeras de barra la miró con gesto de malos humos y ladeó la cara.

—Si te insulta otra vez, lo largas de local o avisas a Deni. Está con los de seguridad en la otra planta.

—Tranquila. He perdido la costumbre de trabajar de noche.

Cogió la cerveza, avanzó al final de la barra y se la entregó.

—¿Esto es estar fría? —gruñó el individuo—. Puta rusa. ¡Dije fría!

—Oiga, imbécil, no me insulte.

—¡Ponme una puta cerveza fría ahora mismo, zorra estúpida!

Un hombre que acababa de llegar a la barra se colocó al lado de los tres borrachos y, sentándose en uno de los taburetes vacíos, miró hacia ellos.

—Oiga, que no me insulte. La cerveza está fría.

—«Frríaa» —repitió el borracho imitando su acento—. No está «frrríaa».

—Yo creo que sí lo está. —El hombre cogió la cerveza, bebió de ella y, dando un golpe con la base de vidrio en la barra, se la entregó.

Natacha clavó la vista en él y quedó inmóvil. Luis la miraba fijamente y no era muy agradable la expresión que llevaba.

—Sal de la barra —le espetó—. Ahora.

—¿Cómo que «sal de la barra»? —bramó el borracho—. ¡Esta zorra no me ha puesto la puta...!

Luis se volvió, agarró por la nuca al individuo y le estampó la cara encima de la barra. Los dos amigos del borracho recularon hacia atrás y se formó un tumulto alrededor de hombres vitoreando como locos.

—¡La madre que te...! —gritó el hombre.

—Vamos a probar de nuevo. —Luis cogió la cerveza se la derramó por la cara y sonrió—. ¿Está fría la cervecita?

—¡Suéltame! —Pataleó pero la mano de Luis lo clavaba fuertemente a la madera.

Este le levantó la cabeza y volvió a estampársela en la encimera.

—Una más. ¿Está fría la cervecita?

La mejilla del borracho comenzó a sangrar.

—¡Vale! ¡Vale! ¡Está fría!

Arrastró al hombre haciendo que su cara *limpiara* la barra. La gente se agolpaba para ver la pelea y Natacha, petrificada en un rincón de la barra junto a sus dos compañeras, no se atrevía ni a moverse.

Deni apareció por la derecha, justo cuando Luis acababa el recorrido con el hombre pataleando bajo su mano.

—Pero ¡qué demonios...!

—Hola, Deni —dijo Luis.

Pasó a su lado y tiró del borracho que, mientras perdía la corbata, daba zancadas para no caerse y gritaba que lo soltara o le pondría una demanda. Luis lo lanzó contra la puerta, la cual se abrió bruscamente, y el borracho cayó patas arriba en mitad de la acera.

—¡Estás loco! —gritó intentando levantarse.

Se aproximó a él. Lo levantó por las solapas de la camisa y le soltó un puñetazo que lo precipitó contra unos contenedores.

—¡Joder! —susurró Luis meneando el puño—. ¡Mierda!

El hombre movía las piernas con la intención de levantarse entre cubos y bolsas de basura. Gateó hacia la acera y se incorporó nervioso.

—¡Vale, tío! ¡Me voy!

—En ello estábamos —contestó Luis con calma.

—Calma, y a nos vamos —oyó decir a uno de sus amigos tambaleándose.

—Buena idea.

Entró a los pocos minutos. ¡Coño, cómo le dolía la mano! Natacha estaba en el mismo sitio y con la misma cara de susto. Deni galopó meneando sus orondas carnes mulatas hasta él y le sirvió una copa.

—Dale el finiquito.

—Vamos, Luis... —dijo el hombre—. No es habitual, ha sido una mala casualidad.

—Señor... —Natacha se aproximó a él y observó sus nudillos—. Venga conmigo abajo, voy a curarle.

Ni se había dado cuenta que sangraba como un cerdo. ¿Hacia cuánto que no se metía en una pelea? Años. Bebió de un trago la copa y bajó con Natacha a la planta baja. Se sentó encima del billar de una de las habitaciones y cuando regresó con el botiquín se dejó vendar y curar la mano.

—Se acabó, Natacha —dijo—. No te quiero trabajando más aquí.

—Señor, esto nunca pasa. Yo necesito trabajar, tengo mucho que pagar, mi casa, mis estudios.

—Pues me dices lo que ganas y...

—¡No!

Luis abrió los ojos como platos y le dio una fuerte bofetada que la espatarró en el suelo.

—No vuelvas a hablarme en ese tono, Natacha.

La levantó del suelo por un brazo y la apoyó en el billar.

—No voy a permitir que trabajes a estas horas. No voy permitir que estés en este puto antro a unas horas en las que lo único que hay son borrachos faltosos.

—Señor, le dije que trabajaría de tarde, pero Deni necesitaba a todas esta noche. Yo le juro que no volveré a trabajar de noche, pero no me quite este trabajo, me siento bien, me siento independiente y me da dinero que yo misma quiero ganarme...

—No necesitas toda esta mierda.

—Señor, por favor...

Se acercó a él. Estaba algo alterado y la observaba fijamente. Natacha se arregló el pelo y soltó los botones de su camisa. El sujetador la hacía unos pechos altos y abultados que no tenía. Luis fijó la vista en ellos y luego se tensó.

—No volveré de noche, señor. Se lo juro.

—Más te vale, Natacha.

—Si lo hago, ¿me castigaría?

Sonrió con malicia y lo besó delicadamente en la mejilla.

—¿Me pegaría? ¿Me follaría como una zorra desobediente?

Soltó una suave risa contenida. Movié la cabeza y colocó las manos en el billar.

—Manda huevos —dijo—. No, eso no sería un castigo para ti.

—¿Entonces, señor, podría...?

—No necesito que me des ideas.

Natacha arrugó la nariz y le metió la lengua en la boca, cogió su brazo y besó la venda de sus nudillos. Deslizó los dedos por su pantalón y acarició sutilmente su sexo por encima de la tela. Cuando sus manos llegaron al cinturón, Luis la miró.

—Suéltalo. Haz algo más que hablar.

Obedeció y le quitó el cinturón.

—¿Tienes hambre?

—Mucha, señor. Llevo días sin verlo días enteros..., con sus noches.

La empujó contra la mesa de juego haciendo que apoyara las palmas en el tapete verde y levantó su falda.

—Y dime una cosa... Cuando no estás conmigo, ¿te sueles consolar a menudo?

—A veces, señor.

Apartó su tanga y metió los dedos dentro de ella.

—¿Así?

—Así..., señor...

—¿Y qué piensas cuando lo haces?

Le soltó un correazo en la nalga derecha y volvió a su cara.

—Pues...

—Las vi más rápidas.

—En todo lo que me hace... Cómo me folla, como me hace daño... Cuando vino por primera vez y lo conocí....

Otro correazo y Natacha jadeó clavando las uñas en el fieltro.

—Sigue, Natacha.

—Cuando se enfada...

Giró la cabeza hacia él y sonrió.

—Señor... —murmuró y recibió otro correazo—. Me... ¿Me dejará trabajar de tardes?

Luis se rio. Se acercó a ella, cogió su cara y la besó en la mejilla.

—No.

—¡Señor!

El siguiente golpe la levantó del suelo y la estampó sobre el tapete.

—De momento te tomarás unos días. No te preocupes que Deni te pagará.

—Pero...

Otro correazo, esta vez gritó de dolor. Dejó caer la cabeza hacia abajo respirando a gran velocidad y sollozó.

—Vuelve a tu posición, Natacha...

Bajó del mueble y se situó de nuevo con las piernas abiertas y el culo en pompa.

—Y no me tomes por idiota... Si te digo una cosa, que te comportes como una zorra degenerada, no servirá para embelesarme. Si te digo respira...

Se aproximó a ella y asió su pelo.

—Tú respiras. Si te digo, grita... Tú... gritas...

62. Quizás...

Y lo diré con fuerza y sin dudar. Nadie te amará como lo hago yo. Y quizá a veces me fallen las formas, no sepa o te duela, pero nadie... lo hará con la misma intensidad.

La mantuvo entre sus brazos durante mucho tiempo. A veces parecía dormitar, otras abría los ojos y observaba su pecho con la mirada perdida, con una expresión en el rostro de suma congoja y una extraña necesidad de aferrarse a él como si temiera quizá que ese momento pasara veloz y volvieran al punto de origen: «De rodillas». Sin embargo, Dominic no parecía tener ninguna prisa. Sentado en la cama, con la sábana tapando la mitad de su cuerpo, la balanceaba con los labios pegados a su frente; incluso creyó oírle murmurar una melodía, creyó escuchar un suave tarareo en su duermevela, como cuando su madre le cantaba siendo niña. Luego movía la cabeza para fijar su atención en aquel detalle y el susurro cesaba. Adoraba sentir sus enormes brazos alrededor de su cuerpo, su perfume infinito, esa sensación exquisita de protección y de que el mundo se paraba por el mero hecho de estar así, cobijada de todo y de todos. ¡Ah, su ángel, su demonio! ¿Podría quererlo más? No estaba segura. ¡Qué pocas veces se lo había dicho! ¿Acaso lo sabría? ¿Sabría cuando la sacaba de quicio y el odio languidecía su rostro que solo era amor oculto por su orgullo? Sí. Él lo sabía todo. Siempre lo había sabido todo.

Otra vez el sueño atenazó sus músculos. La calma, sus brazos, el calor de sus labios en la mejilla y su ronroneo cantarín. Dominic tarareaba algo. Estaba segura de ello. Era una suave y casi imperceptible melodía, sin abrir los labios, delicada y a la vez turbadora. Se quedó inmóvil durante un rato, escuchando la suave sonoridad que entonaba y de pronto lo oyó:

—Quizás... quizás... quizás...

Llenaron su mente las suaves palabras, el contoneo de su pecho mientras la mecía y creía que dormía profundamente.

—Y así pasan los días... y yo desesperado... y tú... tú contestando... quizás... quizás...

¿Acaso si abría los ojos y lo miraba fijamente cesaría? ¡Era tan increíble lo que sentía y transmitía en esos momentos! Siguió el tarareo, sus labios volvieron a posarse sobre su cabeza y aspiró su cabello mientras la apretaba con fuerza contra él. La necesidad de llorar le invadió las entrañas, oír aquel sonido, aquel acorde, por el mero hecho de venir de él parecía un sueño. Levantó la cabeza lentamente y escrutó su gesto disimuladamente, como si despertara de un sueño mal dormido y demasiado breve.

—Volviste —murmuró él—. ¿Mejor?

«¡Oh, si supieras lo mucho que te quiero!»

—Sí —dijo vagamente—. Creí oírte cantar.

—Soñabas.

«Mentiroso y delicioso.»

Se incorporó levemente, la colocó boca arriba y rodeó con el brazo sus hombros. Tenía su pecho en la mejilla y seguía mirándola fijamente.

—Samara, no puedo arrancarte ese dolor —dijo con ternura—. Es irónico, puedo hacértelo, pero no sería capaz de hacer que desapareciera de ti. Ni siquiera de mí.

Sonrió suavemente y prosiguió:

—Hay tiempo, nena —susurró—. Hay tiempo para muchas cosas. No desperdicies como yo ese tiempo, odiando o lamentándote por lo que no tienes. No pagues con ellos nuestras miserias, Samara... Son tu familia.

—Tú eres más fuerte que yo.

—Oh, en absoluto. Yo expreso menos que tú, nena. Llevo toda mi vida cargando con un sufrimiento, llevo toda mi vida odiando. Uno aprende a sobrellevarlo, pero eso no te hace más fuerte. Te hace ser más actor en una vida donde abundan las desgracias por encima de las alegrías, princesa.

—Las cosas se acaban por superar —dijo ella.

—Cierto. A mí me pasó. —Sonrió—. Cuando te fuiste. Y lo único que hice fue lamentarme de mí mismo. ¿Vale de algo? Yo creo que no, Samara. Creo que simplemente no era el momento y no quiero culpar a nada ni nadie; solo miro atrás y creo y quiero pensar que no era el momento.

—Bueno, tú lloraste un día.

—No. Yo me derrumbé un día. Llorar suelo llorar a menudo.

Lo dijo con ternura y con total sinceridad.

—¿Ah, sí?

—Sí. Lo que pasa es que si lo hiciera delante de todos cundiría el pánico. Es el problema de ser el mayor y el más sensato. Samara, yo soy el pilar que sostiene a toda esta panda de desequilibrados. Tú ahora eres el pilar que sostiene a toda la parte femenina y sus hormonas. ¿Crees que Sara podría estar aquí sin ti? ¿Que Meredith tendría la suficiente confianza para tener la complicidad que tiene contigo? —Frunció el ceño y volvió a sonreír—. ¿Crees que Yelina y Xiamara no te respetan? A todas horas... Sin mencionar a Catinca o a Natacha, que te idolatran.

—Eres tan impredecible, Dominic...

Dominic la acunó en sus brazos y besó su frente.

—Samara, si tengo que llevarte al límite para que escupas la mierda que llevas dentro y no te carcomas, lo haré las veces que sean necesarias. Si tengo que tenerte anclada a una cornisa por la lengua para que controles tus ataques de furia, también lo haré, cariño mío. Eso no significa que luego no crea conveniente consolarte o recordarte lo mucho que te quiero, lo importante es que estés bien y feliz.

—Colgada de una cornisa no estaría muy feliz.

La abrazó con fuerza y embozó una sonrisilla perspicaz.

—Mi amor, no hay tiempo para muchas cosas. Mañana despertarás con veinte años más y te darás cuenta que no has tenido tiempo para nada. Nunca amarás con la suficiente intensidad, no hay tiempo ni siquiera para odiar, no lo hay para ver todo lo que existe en este mundo, ni para vivir los momentos felices que uno debiera antes de morir, pero sí hay tiempo para aprovechar lo poco que tenemos para vivir. Sí hay tiempo para sufrir, ambos lo sabemos bien, Samara, pero no puedes pasarte los días compadeciéndote de lo que te pasó.

Se quedó pensativa durante un rato. Juguetó con el dedo alrededor de uno de sus pezones y lo pellizcó suavemente

—Tienes razón.

Dominic miró al techo y suspiró.

—Tengo muchas facetas ocultas.

—¿Como la de cantante? —inquirió.

—Bueno —dijo con aire digno—, podría haberte enamorado con una canción si me lo hubiera propuesto.

—¡Oh, venga ya! —exclamó riendo.

—Con una mandolina debajo de tu ventana, todavía estoy a tiempo —meditó con seriedad.

—¡Dominic! —No podía parar de reír.

—O una flauta.

—¡Para!

La tiró sobre la cama y se puso sobre ella.

—Escucha, escucha —susurró con humor en su oído—. Y así pasan los días y yo desesperado... y tú, tú contestando... quizás, quizás, quizás... —Abrió los ojos y asintió—. Soy bueno, ¿eh?

—¡Para!

—Sí, nena... Soy bueno....

63. El amor

El amor es dolor y a veces nos cuesta diferenciar dónde empieza uno y termina el otro.

Cuando cerró la puerta tras él, Natacha dio un brinco. Aquellas malditas puertas de metal eran ensordecedoras. La situación ya era lo suficientemente tensa; el aire parecía condensado, aunque el inmenso ventilador giraba ferozmente sobre sus cabezas. ¡Ah, Natacha! No debería mirarlo así, no debería mantener aquella postura sobre el tapete verde, ni dirigirle aquel gesto desafiante y meloso como si no fuera suficiente nada. Fue un pensamiento fugaz mientras se quitaba la chaqueta y doblaba pulcramente los pliegues de las mangas de la camisa, un pensamiento que le pasó por la mente a modo de reflejo: «Ella siempre querrá más, no es por complacerme. No, eso no es lo peor de todo. Lo más desequilibrante es que le gusta». Y qué sensación más deliciosa cuando volvió la vista hacia donde estaba y sonrió. Algo se rompió dentro de él al escucharla:

—Señor, sea malo conmigo.

Aspiró el aire como si fuera la última vez en su vida que fuera a hacerlo. Cerró los ojos y se aproximó a ella mientras rozaba con las yemas su sexo en pompa, con las manos sobre la mesa de juego. ¿Cuántas cosas podía hacerle? Todas... Asíó su pelo con fuerza y tiró de su cabeza inclinándola hacia él.

—La maldad no tiene límites...

—Y yo tampoco los tengo, señor —contestó con dificultad.

—Tu cuerpo sí, Natacha, y, aunque no lo creas, tu mente también.

Le golpeó con fuerza la nalga y luego acarició la zona delicadamente. Su piel era dorada. Pequeños destellos rosáceos en forma de puntitos irregulares surcaron su contorno al contraste de su mano. Se rio aunque seguía con esa extraña sensación de que algo se había quebrado muy dentro de él.

—¿Es suficiente fuerte para ti? —preguntó con ironía.

—No...

¡Oh! ¿Cómo no iba a suponerlo? Ella quería más. Otro golpe mucho más intenso que el anterior la precipitó hacia adelante. Su pelo seguía anclado en los dedos de Luis y el tirón fue terrible. Clavó las uñas en el tapiz verde y jadeó.

—¿Es suficiente para ti? —volvió a preguntar—. Supongo que no, ¿verdad?

El siguiente palmetazo la pilló desprevenida. Fue tan sonoro y tan intenso que la hizo gritar con fuerza.

—¿Y ahora, Natacha? —susurró en su oreja.

—Señor, ahora... es...

Otro golpe en la misma nalga la hizo agarrarse al canto de madera al tiempo que seguía sujeta por los dedos de Luis. Su preciosa boca se abrió ligeramente y, ladeando la cabeza lo que le permitían sus manos, expulsó el aire como si desfalleciera. Perdió la cuenta de los golpes durante unos instantes. Rozó su sexo con los dedos una vez más y sintió la humedad jugosa y deliciosa descender entre sus labios enloquecidamente. ¡Oh, Natacha! A punto de romper a llorar y aun así... excitada. ¿Sería suficiente para ella? A esas alturas le daba igual y no iba a preguntárselo otra vez. Giró la mano enredando su cabello y la arrastró por los pelos hasta el centro de la habitación.

—Ponte a cuatro patas —ordenó.

En aquella postura, en mitad de una sala tan inmensa con aquellos focos encastrados apuntándola de lleno, era como una especie de gato salvaje a punto de salir corriendo. Respiraba con tanta intensidad y con tanta necesidad que parecía perder la cordura por momentos. Estaba tan deliciosa... Tan apetecible así. Con aquel vestido enrollado en su cintura, el pelo lacio mezclándose con las pestañas y sus labios carnosos mojados y ansiosos de todo...

Luis se acuclilló. Apoyó una rodilla en el suelo frente a su cara y se inclinó para observar su gesto. Levantó su barbilla y apartó los pequeños mechones de su cara.

—¿Y qué es suficiente para ti, Natacha? —inquirió—. ¿El dolor, mi polla, mis demonios, mis necesidades...?

—Señor, lo que desee es suficiente para mí. Solo quiero complacerle.

—Complacerme te excita —dijo dejando la frase en el aire.

—Sí, señor.

Advirtió por un momento su miedo. Natacha no era capaz de mantenerle la mirada más de unos segundos y eso le estremeció.

—Sabes que te quiero, ¿verdad? —dijo con tristeza.

—Señor... —Lo miró algo perpleja y sonrió levemente ante su afirmación.

—Sabes que disfruto con esto y a la vez me aterra hacerte daño. Lo sabes, ¿verdad?

—Señor, sí... Lo sé.

Se incorporó, se dirigió al fondo de la sala y regresó con una fusta en la mano.

—¿Sabes qué es el amor?

Volvió a agacharse a su lado y balanceó la fusta entre sus rodillas. Meneó el cuero sobre el suelo como si dibujara algo para ella.

—El amor —prosiguió— es dolor, Natacha... El problema es que a veces no sabemos dónde empieza uno y termina otro. Abre la boca.

Colocó la fusta en sus labios y se dirigió a la puerta.

—Y sígueme —dijo—, a gatas. No pierdas el juguete....

«Respira... Respira con fuerza. Estás de rodillas ante él y es todo lo que deseas.»

Natacha levantó la mirada del suelo y observó la fina tela gris de sus pantalones. El gris marengo era un color realmente hermoso, sobre todo sobre su piel, sobre sus fuertes piernas y su reluciente camisa de seda blanca que parecía brillar como un fluorescente bajo esa luz mortecina que tenía encima. Cautiva por su imagen, lo observó disimuladamente mientras parecía divagar perdido en sus pensamientos. Luis siempre había sido un hombre tranquilo y sosegado, pero verlo pelearse con aquel borracho sin perder un ápice de su elegancia y compostura había sido terriblemente excitante para ella; y más si cabe recordarlo. Ahora estaba allí de rodillas, la espalda, las piernas y las nalgas le ardían desafortadamente y él parecía tomarse su tiempo; tal vez quería atormentarla un poquito con aquella espera. Porque Natacha odiaba esperar. Odiaba sentir esa necesidad perturbadora, esa ansiedad por lo que vendría mientras él se tomaba su tiempo, cogía su fina copa y bebía tranquilamente, meditaba y paseaba por la sala y luego se acercaba, se inclinaba sobre ella y haciendo su mejilla sonreía para volver a apartarse de ella dolorosamente sin apenas decir una palabra.

¿Sabría acaso lo mucho que lo amaba? ¿Sabría acaso la felicidad que sentía cuando aparecía en su vida repentinamente, tiraba de su mano y le decía: «De rodillas»? Quizá algún día la querría casi tanto como a Samara y aquel pensamiento la llenó de tristeza y le apelmazó el alma hasta el punto de hacerla sentir un dolor indescriptible en lo más profundo de su corazón. Estaba condenada a compartir su amor, a compartir la dulzura de sus ojos, la dureza de sus palabras o su eventual cambio de humor y su sonrisa. Estaba condenada a esperarlo.

Porque ella era totalmente suya, pero él jamás le pertenecería con la misma intensidad...

Sollozó en silencio; sin embargo, su tristeza desapareció al mismo tiempo que sus dedos se enredaron en su pelo. Jugueteo con sus mechones, acarició su mejilla, dejó la fusta sobre el frío suelo y besó sus labios, levantándole la cabeza con ternura. Sintió su lengua juguetona abriéndose paso por sus labios y, cuando la besó apasionadamente, creyó desfallecer del deseo que sentía en aquel momento por él.

—Natacha, Natacha...

—Señor —se apresuró a decir—, si no quiere que trabaje más aquí, no lo haré. Buscaré otra cosa y...

Tiró de su mano y la levantó.

—Habla de eso mañana.

Luis le pellizcó la mejilla y cogió su ropa del suelo.

—¿Mañana?

—Vístete, cariño mío.

Pasó los dedos por sus marcas y acarició su espalda con las yemas desde la nuca hasta la cintura. Natacha se agitó ansiosa. Sentía la humedad de su sexo, el latido indiscutible y desenfrenado entre sus piernas.

—Sí, mañana —prosiguió con calma. Se miró la mano vendada y suspiró.

—Señor... ¿Pero...?

¿Ya había terminado su tiempo? Sintió la necesidad de llorar. La impotencia y la desesperación le invadieron todos los poros del cuerpo.

—Vístete —repitió besando su frente—. ¿Qué pasa?

—Nada...

—Dímelo. Pídelo. No es tan difícil hacerlo.

Observó sus brillantes e inmensos ojos y se frotó la mejilla. Luis miró al techo, metió las manos en los bolsillos y resopló.

—Vamos... Arranca, Natacha...

—No quiero que termine. Quiero...

Hizo una pausa, sintió el calor en las mejillas y las palabras se atascaron en su garganta.

—¿Quieres...? ¡Vamos, niña!

—Quiero quedarme con usted —murmuró con apenas un hilo de voz.

Luis soltó una suave risa y suspiró.

—¿Y por qué lloras? ¿Qué problema hay, Natacha?

Se llevó los nudillos a los ojos y comenzó a lloriquear como una niña pequeña.

—¡Oh, vamos, Natacha! ¿Qué haces? —rio.

Se lanzó a su cintura y se enroscó a él desesperadamente.

—No se vaya...

—No me voy a ningún lado, Natacha.

—¡Me dice que me vista! —balbució y rompió a llorar desconsoladamente.

—¡Tenemos que salir a la calle! ¿Quieres ir desnuda?

—¡No!

—Natacha...

La apartó de él y cogió sus mejillas con ambas manos.

—Creo que hoy ha sido una noche intensa y te recuerdo que he sido yo el que he tenido una pelea con un imbécil.

—¡Y lo siento, señor! ¡Es todo culpa mía, lo poco que me ve es para darle problemas!

—Cálmate, Natacha...

—¡Quiero quedarme con usted! ¡Se lo suplico! No se vaya...

Sorbió los mocos de una forma tan infantil que Luis no pudo contener otra carcajada. Le entregó la ropa, la ayudó a vestirse y salieron a la calle en dirección al coche. Sorprendentemente para ella, el vehículo pasó de largo la intersección que llevaba a su casa. Cuando repitió la misma trayectoria y se alejó de la suya, Natacha miró a través de la ventana la profunda noche plagada de estrellas brillantes y no fue capaz de preguntarle adónde se dirigían. Al fondo de los rosales, rodeada por

aquella verja de hierro forjado de brillantes lacados y puntiagudos acabados, La Baraka emergía en la noche bajo las luces de fondo de los amplios ventanales y sus puertas de madera. Podía oír ya la tenue música de su eterno hilo musical de fondo. Podía notar los chispeantes golpeteos de las copas de cristal, el suave murmullo de los elegantes hombres que sentados en los divanes y sillones de piel discutían con suaves y educadas voces sus eternos negocios y sus vidas. Siguió a Luis por el camino de piedra. Antes de entrar en la casa pudo ver a la hermosa Belinda en la entrada del *hall* principal, rodeada de las jóvenes camareras y sus preciados clientes que siempre las engatusaban con piropos y sonrisas lascivas. ¡Oh, era tan hermoso aquel sitio! Pero ¿qué hacían allí a esas horas?

Cuando la bella Belinda detectó su presencia en el último entramado de las escaleras, dejó a sus invitados y se aproximó alegremente a ellos.

—Señor, es un placer tenerle aquí. Pase, por favor. Pase con su joven acompañante.

Belinda era una muchacha joven y realmente hermosa. Llevaba el pelo repleto de tirabuzones con mechchas castañas y doradas entrelazadas entre sí, y un vestido muy al estilo bizantino con un corsé dorado de finos cordones pulcramente anudados, que elevaban su pequeño busto hasta casi rozarle la garganta.

—Belinda, necesito dos cosas —prosiguió—. Una es que me des una de las habitaciones, vamos a pasar aquí la noche. Mi sumisa se llama Natacha.

¡Oh, iba a dormir a su lado! ¿O quizá iba a dormir en la suave alfombra persa? ¡Qué importaba ya eso, era feliz!

—La segunda te la explicaré delante de una copa mientras mi muchacha se da un baño y se relaja un rato. —Miró a Natacha con ternura y apoyó la mano sobre su hombro.

—Claro, señor, mis chicas acompañaran a Natacha a su dormitorio y le procurarán todo lo que necesite y usted nos pida.

Hizo una señal a una de las jóvenes que pasaba cerca y no tardó en aparecer nuevamente con otra muchacha enjuta, bonita y de tirabuzones dorados.

—Ve con ellas, Natacha. Descansa unos minutos y prepárate.

—¿Prepararme, señor?

—Para mí...

Solo le faltó salir de aquel *hall* dando saltitos de alegría. Estaba en La Baraka. Estaba en el templo del amor y el dolor, y ella era dueña y señora de su noche. Cuando las muchachas la llevaron a los aposentos de las plantas superiores y vio la inmensidad y la elegancia de aquellas alcobas decoradas con cuadros de miga de pan, bodegones y pinturas de acuarelas, creyó morir en un éxtasis del que jamás despertaría. Camas con doseles hermosos, cabeceros elevados de maderas nobles ribeteados con detalles florales, curvilíneos, lacados y con brillos varios. Sofás isabelinos y lámparas de araña que se balanceaban titilantes sobre ellos. ¡Oh, y las alfombras! Alfombras persas de una calidad impresionante. En Rusia su abuela tenía una de aquellas alfombras y solía replicar a quien la pisaba con calzado, recordándole que aquella alfombra era un tesoro de la familia y había costado mucho dinero años atrás. Obligaba a la gente a descalzarse, cepillaba con los dedos afanosamente los bordes peludos de hilo y rumiaba improperios varios cuando algún despistado se olvidaba de aquel menester y la ensuciaba.

—Señorita, vamos a prepararle el baño. Nosotras nos ocuparemos de todo.

La joven de tirabuzones rubios abrió una puerta lateral en la habitación e hizo un gesto cordial para que entrara con ella.

—Desnúdese, señorita.

Natacha quedó algo descolocada. ¿Acaso iban a bañarla esas dos desconocidas? Eso parecía. Una de ellas ya había abierto el agua caliente de la bañera y derramaba una especie de jabón azulado sobre el chorro. Varios botes de esencias se desperdigaban elegantemente por la balda suspendida que recorría el perímetro de la bañera y, sobre todo aquello, varias toallas de un hilo verde esmeralda yacían pulcramente colocadas sobre barras metálicas de intensos cromados.

Natacha se desprendió de toda su ropa con rubor y se introdujo en la bañera, pero antes de tener tiempo de sentarse y sumergirse en el agua, las dos mujeres ya se habían armado de sendas esponjas y la enjuagaban los brazos de jabón con ellas. Sintió el cosquilleo en sus piernas, sus marcas dolían deliciosamente al contacto con el calor, pero era maravilloso y se sentía como en el cielo. Por momentos, y bajo las manos de las chicas, creyó estar en otra época. Ellas llevaban vestidos pomposos y corsés elegantes, joyas y perlas y sus cabellos decorados con alfileres de oro o plata con piedras de colores.

—¿Trabajáis aquí? —preguntó a las muchachas.

—Sí, señorita.

—¿Y qué hacéis aquí? ¿Cuál es vuestra labor?

La primera mujer, de tirabuzones más oscuros y quizá con algún año más que la rubia, pasó la ducha por su cabello y la invitó a sentarse en la bañera.

—Eso depende, señorita. Servimos como camareras a los señores que visitan la casa, preparamos las habitaciones y comprobamos que nada falte y cuando los grandes hombres de negocios más ancianos vienen a discutir sobre su política o sus empresas, también nos ocupamos de que no falte nada. Luego están las subastas.

—¿Subastas?

—Sí. De sumisas. Preparamos a las chicas y las llevamos al salón principal.

Natacha se asustó repentinamente y saltó de la bañera.

—¿Qué hace, señorita? ¡Métase dentro!

—¿Me va a subastar? ¿Me va a subastar?

La rubia soltó una suave carcajada y negó con la cabeza.

—Oh, no. Las subastas son los miércoles. No creo que su señor la quiera subastar —rió—. Además para esas situaciones muchos se desplazan de otros lugares lejanos y se organiza todo con dos días de antelación.

Volvió a meterse en la bañera y suspiró desconcertada.

—Estese quieta, señorita. Tenemos que dejarla limpia y bonita y, si no deja de mover los brazos y las piernas de esa forma tan impulsiva, acabaremos todas igual de mojadas que usted. Incline la cabeza, voy a echarle una crema en el pelo que le dejará el cabello muy suave.

La mujer pasó la ducha por encima de su cabeza y comenzó a embadurnarla de jabón. Mientras la otra frotaba su pierna derecha, luego la izquierda y cuando llegó con la esponja a su sexo ansioso y dolorido creyó saltar en volador debido al delicioso calambre que la fricción de la esponja ejercía en su clítoris.

—Y, entonces, ¿qué hago aquí?

—Supongo que descansar. El señor ya había avisado a Belinda esta mañana que ustedes vendrían. No teníamos claro cuándo, pero dábamos por hecho que sería bien entrada la noche. Salga de la bañera —dijo—. La secaremos y le pondremos un poco de crema en el cuerpo. Tiene la piel muy seca. Necesita crema.

¡Necesitaba crema! ¡Oh, qué terrible dolor de vientre y qué nervios! ¿Qué era todo aquello? ¡El paraíso!

Mientras le enjugaban la piel con aquella crema marfil que olía a flores y primavera, Natacha observó a las chicas.

—¿Y el sexo? Vosotras os acostáis...

—Nosotras podemos estar con quien deseemos siempre y cuando no seamos propiedad de alguno de los señores que regentan La Baraka. Las chicas libres hacen lo que desean, ellas ganan mucho más dinero si participan en los juegos, pero hay otras que son propiedad de señores y solo ellos decide qué hacen, aunque trabajemos aquí.

—¡Lista! —gritó la joven rubia—. ¡Qué linda está! ¡Es como una princesa! Mirta, pongámosle brazaletes de oro en los brazos. Será como Nefertiti y brillará más esta noche para lo que viene.

—¿Para lo que viene? —Natacha no entendió sus palabras pero la joven disimuló su emoción y correteó por la alfombra hasta el armario. Tras revolver los cajones, regresó al trote con dos hermosos brazaletes de oro y le puso uno en cada brazo—. ¿Ves, Mirta? Ahora es Nefertiti.

—Disculpe a mi compañera —rio Mirta—. Es muy joven y se emociona con sus libros de historia, sus cuentos bizantinos y sus fantasías.

—¿Estudiáis?

—Claro. Ganamos de sobra para hacer todo lo que deseamos, ¿verdad, Mirta?

—Cierto, Ruth.

Natacha estaba totalmente embelesada por ambas jóvenes. Se las veía felices, se las veía emocionadas con lo que hacían y con una humildad incondicional por encima de su belleza y su juventud, muy similar a la de ella. Cuando las chicas creyeron concluida su tarea, le colocaron un bonito tanga de tiras metálicas doradas y finas que tapaban su monte lo justo, peinaron su melena lacia y su flequillo, y la acompañaron al salón principal. Ahí estaba Luis atrapado en una conversación interminable con la elegante Belinda. Apoyado en la barra del fondo, sobre la madera lacada de la encimera y el fino terciopelo que recorría el frontal del mueble, la observó llegar con aquel aspecto y abrió los ojos asombrado.

—Realmente es bella, señor —afirmó Belinda sonriente.

—Lo es. —Estiró el brazo hacia ella—. Bebe, Natacha. Prueba este licor italiano, es fuerte pero dulce. Te gustará.

—Señor, no suelo beber. ¿Qué vamos a hacer?

Belinda se retiró discretamente y Luis la llevó a uno de los sofás borgoña del salón. Dos hombres al fondo parecían discutir con papeles apilados sobre la mesa embutidos en trajes de raya diplomática. Apenas prestaron atención a su presencia, cosa que Natacha agradeció terriblemente. Cuando Luis se desplomó en el sofá ella se apuró a colocarse entre sus piernas. Tomó la copa del licor italiano y bebió un largo trago que le supo a gloria, cítricos y azúcar.

—¿Te gusta este lugar, Natacha?

—Mucho, señor.

—¿Estarías dispuesta a trabajar aquí en vez de en ese antro en el que estás ahora? —Cogió la copa y bebió suavemente mientras observaba a los dos hombres del fondo con desgana—. Ganarías cinco veces más que lo que ganas ahora. Por supuesto, no tendrías que entregarte a nadie... Ni jugar con nadie a menos que yo te diera esa libertad, que no estoy dispuesto a darte.

—¿Aquí, señor?

—Aquí, Nefertiti —dijo con sorna.

Natacha temblaba de los nervios. Aquel sitio era realmente impresionante y los hombres no bebían ni se emborrachaban como cerdos. ¡Claro que deseaba trabajar allí! Sus barras eran de terciopelo, las copas tenían ribetes y los licores eran todos exclusivos y de diversos países. Las muchachas iban vestidas como reinas con broches, perlas y elegantes vestidos de noche de mil colores y la música no era atronadora, era suave y delicada y no daba dolor de cabeza.

—Sí, claro que me gustaría...

—Eso es estupendo, Natacha. Te diré qué haremos esta noche. Es importante.

Otro sorbo al líquido mágico y afrutado y se lo entregó a ella.

—Natacha —prosiguió—, lo que sí te pido ahora es que mantengas la compostura, no quiero montar aquí un espectáculo, este es otro de nuestros pocos lugares de retiro. Serás siempre mi imagen cuando yo no esté, serás la esencia de lo que yo puedo enseñarte y cómo te he educado ante los ojos de aquellos que vengan a este lugar a disfrutar de sus negocios o de sus placeres más oscuros, pero antes debo ser sincero contigo y decirte que hay una norma. Norma que he meditado estas últimas horas, cuando me veías ensimismado en mi mundo en el bar. Quiero hacerlo...

—¿El qué, señor?

—Lo que voy a hacer contigo. Es la única forma de impedir que seas plenamente libre aquí. Levanta la melena.

Obedeció y levantó su pelo dejando desnuda su nuca.

—Aquí —apoyó los dedos en su nuca— te marcaré.

«¡Me marcará! ¡Me marcará!»

Tronaba su mente. Su cuerpo se electrizó y abrió la boca como si estuviera a punto de gritar como una loca, pero Luis apoyó el dedo en los labios y le hizo guardar silencio.

—Sí, Nefertiti. Te marcaré justo ahí porque eres mía y porque no quiero que ningún hombre te vuelva a tocar ni tratar como esta noche. Aquí nadie será grosero contigo, nadie intentará nada y, si en algún momento, alguno te sonríe suavemente, tan solo tendrás que levantar tu cabello, ladearte sensualmente y todo terminará.

—¡Señor! —Comenzó a llorar en silencio y se aferró con fuerza a sus rodillas con ambas manos—. ¿Me lo dice de verdad? ¿Me lo dice de verdad?

—Claro, Natacha. Contento, por favor...

—¿Seré suya? ¿Suya de verdad? ¿Suya para todo y para siempre?

—Hasta que te canses de mí y del mundo.

—¡Yo jamás me cansaré de usted, señor!

Luis suspiró melancólicamente, le quitó la copa y bebió.

—Va a dolerte, no es agradable, pero te prometo que después dormirás a mi lado y te curaré con mis besos. —Tiró de su mano y la levantó del suelo—. Ni siquiera yo te he hecho el amor sin más...—le susurró al oído—. Follando uno se consuela por momentos, luego todo acaba. Hoy quiero amarte, eso llena y jamás se va, Natacha... Mira tus marcas... Son mías... No quiero que nadie te haga esas preciosas marcas nunca.

Rozó con los dedos las cadenas metálicas de su sexo y se coló entre ellas hasta acariciar su clítoris suavemente. Natacha estaba a punto de desmayarse. No asimilaba todo lo que le estaba diciendo después de tanto, tanto tiempo. Ni siquiera se dio cuenta de que subía las escaleras hacia el dormitorio, ni tampoco de que la bella Belinda ya estaba dentro preparando junto a Mirta el pequeño receptáculo que albergaba una llama roja y viva que crepitaba en la más absoluta penumbra del lugar.

¡Estaba henchida de felicidad! Su señor iba a marcarla para siempre, iba a hacerla suya para toda la eternidad, y ahora estaba de pie, delante de aquella llama amenazante, y suplicó a Dios que no la hiciera perder la conciencia en aquel momento tan especial para ella. Belinda y Mirta salieron con la misma discreción que siempre las acompañaba y, tras cerrar la puerta, Luis colocó el receptáculo sobre la mesita de la cama. Sobre él pendía una pequeña y fina varilla que terminaba en un círculo perfecto, ardía dentro de la llama. Aquel objeto abrasaría su carne durante unos segundos y luego formaría una ele perfecta en su nuca y moriría con ella.

Y sí. Ese era el gran momento. Era allí donde realmente siempre había querido estar...

No estaba segura de en qué momento la habitación se borró totalmente de su visión. Tampoco tenía claro si la suave y timbrada voz de Belinda se dirigía a ella o tan solo parecía cantar una especie de plegaria, mientras Luis la sujetaba entre sus brazos.

—Y ahora no debes moverte. Mira a tu señor, levanta el cabello —oyó tras ella—. El dolor pasará. No dejes de mirar a tu señor.

Se aferró con firmeza a sus brazos y sonrió creyendo que nada podría hacerle daño en aquel momento. Belinda apoyó la palma de la mano en su cabeza y se inclinó suavemente sobre ella con el fino metal candente entre los dedos. Oyó su cantarina voz al tiempo que apretaba el hierro sobre la piel. Intentó gritar pero Luis la sujetó con más fuerza y tapó su boca ahogando un grito que se perdió en lo más profundo de sus entrañas. No, no estaba segura de en qué momento todo se desvaneció. El dolor no era lo que más la asustó. El olor de su piel quemada, el leve crujir de su cuerpo cuando el metal atravesó sus poros, fue quizá lo que le hizo entrar en un estado de pánico repentino. Un latigazo horrible le atravesó la espalda desde la rabadilla hasta el último pelo de la cabeza, se inclinó hacia adelante y todo comenzó a dar vueltas a su alrededor. Veía las cortinas de terciopelo, los detalles coralinos de los visillos. Podía ver, incluso, más allá de la ventana. Las luces de la ciudad alejadas de ellos y el camino de piedra rodeado de rosales que se encaramaban por encima de las piedras hasta las verjas metálicas. Oyó la voz de Luis, la suave y dulce voz de Luis susurrándole algo al oído que no llegó a comprender. Todo desapareció. Sus ojos se llenaron de lágrimas y aquel olor que para ella era nauseabundo invadió sus fosas nasales, y se desmayó.

No fue mucho tiempo el que estuvo sin sentido. Incluso supuso que su pérdida de conocimiento duró solo unos minutos, pues cuando abrió los ojos aún seguía en los brazos de Luis, y Belinda caminaba de un lado a otro de la habitación, entraba en el baño, volvía con lo que parecían unas gasas húmedas y limpiaba su herida con ellas.

—Hola —la suave voz de Luis retumbó en sus oídos.

—Hola.

—Con lo que pataleaste menos mal que no fue la pobre Belinda la que te sujetaba —dijo con humor—. ¿Sabes que tienes mucha fuerza?

Sonrió dolorida y se acurrucó en su pecho.

—No sé qué hice, olía a carne quemada, era horrible ese olor...

Le apartó un mechón de pelo de los ojos, embozó una suave sonrisa tranquilizadora y le acarició la mejilla como si tuviera una niña entre los brazos.

—Digamos que tuve que desviar varios posibles golpes. Parecías un gato al que estaban a punto de meter en una bañera. Trepabas o al menos intentabas subir por encima de mí y gatear hacia el otro lado de la habitación.

—No recuerdo nada.

Estaba algo mareada. Belinda pasó a su lado, besó su mejilla y luego desapareció tras la puerta sin apenas hacer ruido. Se enroscó en su cuello y olfateó el olor que desprendía su piel. La calma volvía a ella, su corazón parecía suavizar su función.

—Casi no me duele.

—Duele solo cuando se hace —contestó besándola.

Sintió un suave balanceo. Luis la apretaba con fuerza entre sus brazos y apoyaba los labios en su frente. Jamás la había tratado así. No recordaba un momento tan íntimo y especial con él desde que lo había conocido, ni tenía conocimiento de la faceta cariñosa y extremadamente paternal que demostraba con ella en ese momento. Sí, ese era un privilegio que solo su hermana tenía. No obstante, ahora era ella la que estaba entre sus brazos, era ella a la que balanceaba con cariño y besaba con suma calidez la frente.

—Sara... —su nombre salió de sus labios repentinamente.

—¿Qué ocurre con ella? —preguntó Luis.

—Sufrirá por esto cuando se entere.

—Sara está enamorada de Alexis.

—¿Y no le importa?

—En absoluto, Natacha. Es maravilloso que sea así. Sara posee dos emociones diferentes pero poco a poco empieza a darse cuenta de cuál es su lugar.

—¿Pero no la quiere?

—Claro que la quiero y la querré. Sara siempre estará ahí esté con quien esté, pero no puedo retenerla ni quiero, y siempre lo he sabido desde que la conocí. —Hizo una pausa, suspiró y continuó—. Jugar con Sara es divertido pero no puede darme lo que tú me das, Natacha. Si la mantuviera a mi lado, le arrebataría su esencia. Con el tiempo sería infeliz...

La sentó sobre la cama con sumo cuidado. Natacha estaba totalmente obnubilada por esa porción de Luis que todavía no conocía. Observó cómo se quitaba la ropa, cómo soltaba delicadamente los finos botones blancos de su camisa y se desprendía de ella. Ahora fue capaz de darse cuenta de las pequeñas similitudes que tenía con su hermana. Detalles físicos que pasaban desapercibidos si uno no le dedicaba tiempo. El mismo color de piel, la forma afilada de los ojos, los labios, las mejillas.

—Natacha, deja de mirarme de esa forma. Métete en la cama.

Cogió su muñeca y sacó de ella una goma de pelo que ancló en lo alto de su cabeza, dejando su cuello al aire. Cuando la desnudó y la abrazó bajo las sábanas, Natacha sintió deseos de llorar de la emoción y se preguntó qué sería lo que cambiaría ahora que ella era definitivamente suya.

—¿Y ahora qué, señor? —preguntó con temor.

—Mañana te enseñarán lo que tienes que hacer aquí, pero ahora debes descansar, debes dormir.

¡Oh, no era eso lo que quería saber!

—Señor...

Levantó las cejas y la besó en la frente.

—Sí, Natacha. Eres mía. No le des vueltas a algo que todavía está por empezar. Te cuidaré, te castigaré, te querré y a veces parecerá que te odio. Pero eres mía.

Cogió su mejilla con la mano y pasó la lengua por el contorno de sus labios. Un escalofrío se apoderó de ella. Enrolló la pierna a su cintura y se clavó en su vientre suavemente. Luis la apartó, deslizó las yemas por su estómago y sus dedos recorrieron las líneas carnosas de su sexo. Jamás la había tocado así, con calma, con delicadeza, como si no existiera el tiempo en aquel momento. ¡Ah, se iba a volver loca! Meneó la cadera ansiosa, cuando jugueteó con ella y su índice se deslizó hacia dentro muy despacio.

—¿Y podré verlo más? —jadeó.

—Claro. —Mordió su labio inferior y sacando el dedo de ella se lo pasó por la boca—. Eres tan bonita...

Volvió a besarla. Su dedo aún estaba dentro de su boca y resultaba realmente lascivo a sus ojos. Y ella era como una especie de muñeco articulado, no sabía qué hacer, no sabía cómo reaccionar ante algo tan simple, porque, sinceramente, jamás lo había tenido. «Suavidad»... La palabra brotó de su mente cuando su sexo rozó su vientre, pasó la mano por debajo de sus nalgas y la llevó hacia él sin dejar de besarla. Muy despacio comenzó a penetrarla.

—Es la primera vez... —Se arrepintió de sus palabras nada más decirlas.

Luis la miró con el ceño fruncido y empujó su cuerpo hasta llenarla por completo.

—¿La primera vez...?

«Bésame, bésame como lo estás haciendo, lentamente, con cariño, como si el mundo y el tiempo no existieran porque jamás he sentido nada tan intenso como esto.»

—Que me quieren —afirmó ella.

Ven, enfrentate a mí. Dime que me amas.

Entró en la casa acompañado de su eterno porte. Yelina y Xiamara se fueron directas hacia el salón. Todos estaban en casa de Dominic, incluso la presencia de Marco Malbaseda era reconfortante, y, por primera vez en mucho tiempo, no significaba que hubiera problemas. Durante unos instantes observó a todos y cada uno de los que estaban allí. Era increíble cómo todo cambiaba. Darío con su preciosa Catinca. ¿Realmente había visto a Catinca tan feliz como en ese momento? Nunca. Dominic pasó a su lado, le dio una suave palmada en la espalda y le acercó una copa de vino. Se apoyó en la pared y sonrió a Samara. El mero hecho de oír las peleas por el mando de la consola de Alexis y Sara le generó la sensación de que todo funcionaba como debía. ¿Cuántos años llevaba con sus pequeñas vampiras? Nada más que diez años... Algo bueno tenía que haber hecho para seguir a su lado. Oyó música en el despacho de Dominic y observó a Carlo en la habitación apoyado en la ventana. Entró sigilosamente y se sentó en una de las butacas.

—¿Qué haces aquí solo, Carlo? La fiesta está fuera.

Carlo sonrió sin mirar hacia él. Los pequeños rayos de sol se filtraban por la ventana y hacían brillar sus mechones rubios con intensidad.

—Pensar. Aunque a veces no lo parezca, suelo hacerlo.

—Anonadado me hallo —contestó Roberto con sorna.

—Llevo dos años intentando entender a Dominic. Dos años intentando analizar qué hace que un hombre que lo tiene todo, que puede conseguir lo que quiera cuando quiera, sea capaz de atravesar el mundo cuando una mujer entre mil lo abandona. Hay mil mujeres en el mundo que se pondrían de rodillas con un simple parpadeo de cualquiera de nosotros. Tenemos... todo lo que una mujer puede desear, pero, por alguna razón, él escogió a una, una entre esas mil, y nunca llegué a entenderlo. ¿Por qué? —preguntó riendo—. ¡Oh, señor, puedes tener veinte mujeres lamiéndote las botas, incluso cientos, cientos que no te importan, incluso que te dan mil veces más que ellas, menos guerra, con total seguridad...! —Embozó una sonrisa y miró al vacío—. Cien esclavas... Ni un quebradero de cabeza, cien, mil... —Apoyó la frente en la cristalería y observó la calle y la multitud. Señaló con el dedo—. Y un día dices: «Tú, no sé por qué. No sé la razón. Tú no tienes nada en concreto, nada especial a simple vista, pero tú eres toda mi vida». Al principio parece igual, aunque algo empieza diferenciarla, ya no te sientes incómodo durmiendo a su lado y, cuando se pone de rodillas ante ti, aun soportando la presión desequilibrante que eso nos genera y nos descontrola, te sientes el hombre más afortunado del mundo porque ella te lo está entregando —Apretó las mandíbulas con rabia— todo... todo... todo...

—Carlo...

—¿Y sabes qué? —inquirió melancólicamente—. En ese puto momento, te acojonas. —Rio—. Te acojonas como un niño de cinco años porque tienes un juguete maravilloso, nuevo, y tienes la responsabilidad, el honor, el poder de que no se rompa, de que no le pase nada... Ella te lo está entregando todo, amigo. Eres lo suficientemente rico para darle el mundo, pero ¿puedes estar a la altura de lo que te está dando? ¿Puedes? No lo tengo claro... —Negó varias veces y se volvió hacia Roberto—. Todo lo que ha pasado me recuerda, Roberto, que no podemos protegerlas del mundo, y, cuando he visto la realidad, cuando he visto que todo lo que he conseguido, que todo mi dinero, no la ayudaría en determinadas situaciones, me he dado cuenta de lo vulnerables que somos.

—Amigo, es ley de vida. Nadie dijo que sería fácil.

La puerta se abrió y Darío entró como una exhalación. Plantó un beso en la mejilla a Roberto y se dejó caer en el sofá.

—¡No hagas eso! —gruñó Roberto

—Me encanta este despacho. Dominic sabe conjugar la estética minimalista con la clásica. ¡Menuda biblioteca tiene! Carlo, parece que perdiste algo en el jardín.

—Está melancólico.

Carlo se acercó al escritorio y se apoyó sobre la encimera. Movié el vaso haciendo tintinear los hielos y observó la alfombra con la mirada perdida.

—Sí —contestó—. Es esta música, me pone tontorrón.

—¿Qué hacéis aquí? —Dominic entró seguido de Mateo y miró a todos con gesto de curiosidad—. Están todos en el jardín. Luis está cantando con Marco el *Himno de la alegría*; creo que esto empieza a degenerar.

—Sírvene una copa. —Darío levantó la mano y tiró de Mateo haciéndole caer a su lado.

—Y luego quieren hijos. ¡Claro! Creemos pequeños demonios, hagamos un ejército, vayamos a vivir a un pueblo. ¡A Quimera! Plantemos maíz y tendremos los *chicos del maíz* en versión moderna. Vamos, no me jodas... No tenemos una semana tranquila en este último año...

—Es que somos muchos —contestó Mateo.

—Es que estáis todos como putas regaderas.

—Oye —dijo Darío—, que tú, equilibrado, lo que se dice equilibrado, tampoco estás.

—Yo al menos no voy quemando vírgenes por los pueblos. —Hizo un puchero—. Si al final el raro seré yo... ¡Oh, yo soy el único que si es padre tendrá un hijo normal!

—Sí, claro. —Dominic lo miro y entrecerró los ojos—. Una réplica en miniatura vestido de tirolés con el pelo de su madre y la hiperactividad de su padre. ¡Qué gran maestro iba a tener ese proyecto de tirano!

—No, mejor tú. —Carlo frunció el ceño.

Ahora Mateo y Darío miraban a ambos lados como en una partida de tenis.

—Un mini Dominic que lea la cabeza como uno de esos locos de las películas de miedo, quemando hormigas con una lupa y torturando animalillos del campo. O una niña con —meneó la mano— los pelos de su madre y el gesto de diva gritando en clase que va a someter a los niños si no le pasan la plastilina o sino su padre vendrá y los matará a todos. Claro, claro...

Roberto soltó una carcajada y se frotó los ojos.

—Qué tontería —dijo.

—O tú. —Carlo miró a Darío—. Ahora que sois la versión moderna de *Apartamento para tres*, un pequeño Darío con rizos sujetando una mandolina vestido de trovador y hablando del prerománico y del estilo mozárabe. —Puso voz de pito—. «Hola, señorita profesora, le presento a mi mamá, mi papá uno y mi papá dos. No, señorita profesora, si mi hogar es muy equilibrado, mi tito Rupert tiene dos mujeres, mi tito Dominic está loco, pero no pasa nada porque la tita Samara está peor que él sin mencionar sus escarceos con su medio hermano».

—Carlo, ya está bien —Dominic soltó una suave risa.

—Lo del trovador me ha llegado al alma —susurró Mateo—. Estáis histéricas *todas*. —Soltó una carcajada e inspiró profundamente.

—Luego tenemos a los dos querubines, los cachorros diabólicos, Peter Pan y Campanilla —prosiguió bajo las risas de los demás—. La versión femenina de Maquiavelo y su precioso y perfecto Alexis que va moviendo la cola al compás de sus trenzas. Los imagino vestidos de terciopelo azul y puntilla, y dos horcas en la mano en una foto en blanco y negro como aquella familia de psicópatas estadounidense.

Darío lloraba de la risa.

—No te rías, que tiene tela el asunto. —Se chupó el dedo y bebió—. La niña va cogiendo confianza y el demonio de rizos se frota las manos. ¿Habéis visto la película de *Entrevista con el vampiro* de Tom Cruise? Es como la puta niña diabólica que salía. Tu hermana —miró a Mateo— se convertirá en la nueva *encantadora de perros*. ¡Por nuestra puta culpa! No... no... Esto es de locos.

—Oh, por favor... para ya... —suplicó Darío.

—¡Ah, y Roberto! Modoso y discreto, le falta el bastón engarzado en plata y la marca del diablo y está intentando ser padre, reproducirse, y tiene dos vampiras fértiles, lo veo con cinco niños igual de sibaritas que él diciendo: «O sea, te lo juro». «Mami, ponme la camisa con chorreras, como en *Piratas del Caribe*, o sea.» —La voz de sibarita hizo estallar a todos de la risa—. «O sea, mami, ¡qué fuerte!» «¡Arg, un pobre, mami, donde está el insecticida!» —Negó con la cabeza—. Al final, el normal soy yo. Lo tengo clarito, hermanitos. —Suspiró y se terminó la copa de un trago.

—Se te olvidó mencionar a Luis. —Roberto apretó los labios con firmeza e hizo un gesto melodramático.

—¡Bueno! —gritó—. Dexter y su doble personalidad. Otro que vaya año está dando. Si al final, repito, siempre os quejáis de Carlo, Carlo es malo, Carlo es picotero, Carlo es blablablá... Pobre de mí. —Los miró con sarcasmo y entrecerró los ojos—. Por cierto... —dijo. Miró a Mateo y luego a Darío—. ¿Vosotros habéis follado?

—Ya estamos... —dijo Mateo.

—¡Oh, venga ya! —gritó Roberto—. ¡Yo no quiero saber eso!

Carlo los miraba con humor y alzó los brazos mientras se levantaban del sofá.

—¡A eso me refiero! —gritó—. Estáis todos mal de la cabeza... —Suspiró, cogió la copa y se aproximó a la pequeña camarera de ruedas—. Me gusta tu ron, Dominic, me hace ver el mundo con colores y matices que me alegran.

—Estás melancólico —le contestó.

—Os quiero a todos —masculló llenando el vaso.

Dominic hizo un gesto y se dirigió a la puerta. Darío y Mateo salieron los primeros.

—Deja de beber. Vamos a comer en media hora.

Dicho esto salió por la puerta y Carlo y Roberto volvieron a quedarse solos en el despacho.

—Diez años con ellas, amigo. ¿Quién de todos esos puristas podría hacer lo que tú? Nadie —contestó en voz baja—. Nadie...

Roberto lo miró con cariño y se levantó del sofá.

—Todos tenemos nuestro pequeño paraíso, Carlo. Yo me arriesgué con dos mujeres, como tú bien dices. Dominic persiguió al amor de su vida. Darío y Cati... Luis y sus arrebatos sin olvidar la pasión que siente por su hermana... Quimera es así...

—Quimera... —repetió en un suspiro.

—Vamos a comer.

Salió delante de él y avanzó por el pasillo hasta llegar al porche. Roberto observó el bullicio. Vio pasar corriendo a Sara y, a los pocos segundos, a Alexis. Meredith charlaba animadamente con Samara mientras colocaban canapés en unas bandejas y sus preciosas chicas parecían mantener una conversación bastante entretenida con Marco Malbaseda.

No lo hacían todo tan mal, ¿no? Ahí seguían. A doscientos kilómetros incluso había dos hombres de casi setenta años que recuperaban el tiempo perdido bajo el fuego de la chimenea hablando durante horas de los años pasados... Así era Quimera...

«Nadie dijo que sería fácil... No...»

Jamás me negaría a complacerte en algo tan importante para ti...

La mansión de Leonardo Ardini era la típica edificación de campo inglesa del siglo xx. Lo más llamativo de la propiedad era el jardín que rodeaba el inmenso edificio, lleno de impresionantes cedros, desniveles con zonas de borduras herbáceas, terracitas ocultas plagadas de plantas aromáticas, setos delicadamente cortados con sus formas geométricas... Varios muchachos de unos veinte años de edad arreglaban las diminutas plantas que crecían a ambos lados de las escaleras de acceso. Decenas de ventanales rectangulares con marcos de color blanco se extendían regularmente en dos niveles por toda la fachada norte y en la parte inferior del edificio, al borde del mismo jardín, otra fila de ventanitas diminutas anunciaban un sótano, unas galerías subterráneas que parecían tener mucha vida por el continuo movimiento que desde la entrada se podía divisar.

El interior no fue menos impactante para Samara. La entrada estaba precedida de una inmensa balaustrada de madera chapada en color blanco, por donde subían y bajaban chicos y chicas que parecían apurados por llegar a algún sitio. Todos llevaban libros y todos sonrieron con cortesía al verlos. Las paredes estaban llenas de cuadros al óleo con retratos de la época, señoras vestidas con trajes imperiales, camafeos al cuello y pelucas blancas plagadas de tirabuzones, hombres con sus trajes antiguos, sus relojes anclados a sus chalecos y la pose típica militar de antaño. Algún cuadro de los jardines de la casa, otros de ángeles, con motivos religiosos muy marcados, alfombras persas, lámparas de araña, figuras griegas en sus pedestales a lo largo de los pasillos y, en cada uno de los rincones, vitrinas de madera maciza y corte isabelino repletas de vajillas exquisitamente trabajadas... Aquello más que una casa parecía un museo, un colegio mayor, un entramado de rincones de otro tiempo repleto de obras artísticas, quizá provenientes de subastas o incluso, como bien había dicho Marco Malbaseda, de los viajes que Leonardo solía hacer alrededor del mundo. Así que no le extrañó encontrarse con habitaciones a lo largo de su paseo turístico por la mansión. Podía apreciar la temática japonesa con toda claridad, para luego pasar a una sala repleta de orfebrería africana, cuadros de caza y paisajes de la sabana, e incluso un inmenso retrato de Leonardo vestido con una indumentaria de safari y escopeta en mano, en medio de una extensión de campo que no tenía fin, y, detrás, cuatro elefantes acompañados de dos hombres de color enjutos que parecían no posar con mucha alegría.

—No te veo y o corriendo detrás de un elefante africano, Leonardo —dijo Dominic socarronamente.

—¡Ah, muchacho! Por aquel entonces tenía sesenta años y mi flexibilidad era superior a la tuya. Me he encaramado a árboles tropicales que tú jamás serías capaz de subir y hasta un día peleé con un cocodrilo enfurecido que quería arrastrarme al fondo del río Nilo.

Marco soltó una estrepitosa carcajada y se llevó las manos a la cabeza.

—¡Oh, Leonardo, viejo amigo! ¿Cómo te va el colegio?

Leonardo hizo un gesto de sosiego y sus pobladas cejas se arquearon.

—Venid, vamos a tomar un té al salón principal. Mi pequeña Rosalín prepara uno exquisito, traído de la India.

Mientras caminaba a paso lento, apoyándose en el bastón de pedrería que Samara había podido ver el día que castigó a Romina en Quimera, iba explicándoles cada una de las obras de arte y su procedencia. Al llegar al salón, una muchacha joven de cabello rubio plagado de rizos esperó sus instrucciones y, tras ausentarse un momento, regresó con una bandeja repleta de tazas de porcelana y té.

—Sentaos, por favor. Samara, muchacha, supongo que estás sorprendida por este edificio, pero como bien has escuchado la mansión es un colegio mayor. La mayoría de los muchachos que están aquí, siempre por propia voluntad, no solo reciben una educación exquisita sino que además se inician en el arte de la sumisión o la dominación. Según su actitud, claro —ronroneó y al momento fijó los ojillos brillantes en ella—. Tengo una media de treinta alumnos por año. Suficiente. Los mejores.

—Pero... ¿colegio para sumisos y amos? —Samara estaba sorprendida—. Creí que era una especie de mansión de castigo para...

Dominic soltó una ronca carcajada y pasó la mano por encima de los pliegues de su falda.

—¡Ah, querida! ¿Y cómo explicaríamos eso al Ministerio? Es un colegio mayor; ahora bien, si uno de mis pupilos comete un error grave por supuesto que existen celdas de castigo para apaciguar el daño hecho. —Le guiñó un ojo e hizo una mueca grotesca—. Colegio, querida, colegio elitista, privado...

—Entiendo.

—Nos alegra que nos permitas pasar a visitarte y que accedas al favor que te hemos pedido, Leonardo —apostilló Dominic.

—Nos enteramos de lo que sucedió con Jeremías Malbaseda; considero que aun siendo reacio a que Romina tenga ningún tipo de comunicación con absolutamente nadie, esto es un tema diferente que seguiré gratamente.

Marco Malbaseda, que se había levantado y parecía observar los cuadros de las paredes, se volvió lentamente y miró a Dominic y Samara.

—Será poco tiempo. La celda tiene una cámara de seguridad. Nosotros podremos seguir la conversación en cualquier momento y observarlas, ¿no es así?

Leonardo asintió sin perder de vista a Samara.

—Hay una cámara en cada una de las celdas de castigo. Aunque, querida, no te asustes. Las celdas son pequeñas habitaciones un tanto monacales con una cama, una mesita y una ventana diminuta. Cuando un alumno no cumple con su labor o comete un error con alguno de los dominantes que le instruyen, pasa unos días en ellas. Yo las llamo «las celdas de la meditación». ¡Y saben bien que están vigilados! Así que no suelen autosatisfacerse durante días, pues saben que los observamos.

—Y cuando acaba su formación, ¿qué hacen? —preguntó Samara.

—Cuando terminan su formación son hombres y mujeres preparados. En este colegio se les ingresa un sueldo por estar aquí, quiero decir, no somos nosotros los que cobramos. Ellos quieren una formación, pero, claro está, complacen a quienes les enseñan, y su servicio y su devoción son premiados al final de su fase de educación. Se les paga cuantiosamente para que hagan su vida de la forma que deseen, aunque muchos acaban quedándose con alguno de los dominantes o sumisos que les forman. ¡Oh, el amor!

—Bien, creo que lo mejor es que nos centremos en terminar con todo esto de una vez e irnos. Tenemos un avión esperándonos en unas horas y no querría perderlo.

Dominic parecía ansioso por salir de allí. Miró a Samara y le sonrió con un gesto algo preocupante.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer? —preguntó.

—Totalmente.

—Estaremos viéndolo todo, nena. Si algo te angustia o Romina intenta ponerte un dedo encima, bajaré a por ti.

Le acarició la mejilla y la besó con suavidad.

—Está bien. Sí. Es importante que no estés, pero es necesario que escuches todo lo que va a suceder en la celda.

Dominic se movió desconcertado y Marco le palmoteó la espalda suavemente.

—*Andiamo* —dijo—. Será mejor que acompañe hasta la puerta de la galería sur y regrese con vosotros. Dominic, relájate un poco. Tu mujer no es un alma inocente, está casada contigo.

—¡Qué gracia tiene el muchacho, Malbaseda! —bramó Leonardo.

—Sí, mucha gracia —contestó Dominic.

Marco la acompañó hasta puerta de acceso. Descendió por las escaleras de piedra y pudo ver un amplio pasillo con puerta a ambos lados.

—Recuerda que las puertas solo se pueden abrir desde fuera —le dijo antes de dejarla sola—. Te estaremos observando a través de la cámara. Cuando quieras que te vayamos a buscar solo tienes que decirlo, acercarte a la puerta o dar a entender que quieres marcharte. Si vemos algo raro bajaremos de igual modo, Samara.

—No te preocupes, Marco. Estaré bien. Solo necesito hablar con ella.

Marco encendió las luces del pasillo y señaló al frente.

—Es la última puerta de la izquierda —dijo antes de irse.

Samara avanzó lentamente, llegó hasta la última puerta. Dudó unos segundos, antes de entrar. Romina estaba sentada en una silla de madera frente a un diminuto escritorio, el pelo le había crecido bastante y seguía tan bonita como la recordaba, aunque parecía más delgada. Se volvió al oír la puerta y quedó totalmente descolocada al verla.

—Samara...

Se inclinó hacia adelante. Llevaba un camión blanco bastante largo y una fina bata atada torpemente a su cintura. Sí, estaba bonita. Ella siempre sería bonita.

—Quería verte y hablar contigo un momento.

—Siento no tener un bonito sitio dónde puedas sentarte y algo que ofrecerte —susurró con sarcasmo. Cerró la libreta que tenía sobre la encimera y depositó el bolígrafo sobre ella—. Dime.

Se inclinó sobre la cama y Samara se sentó sobre la colcha. Quizá no había sido buena idea. Miró hacia un ángulo del techo y observó la cámara.

—Dudé hasta el último momento de si hacia bien viniendo aquí —prosiguió mirándola—. Marco Malbaseda estaba a punto de irse y la idea me pasó como un rayo por la cabeza. Tenía que decirme dónde estabas, es más, quería verte.

—¿Has venido con Marco Malbaseda a ver a la desgraciada Romina? ¿A reírte de mí?

—No, Romina. He venido con mi marido y con Marco. Pero no mires a la puerta, Dominic no bajará. Creo que él zanjó sus asuntos contigo hace tiempo, pero a mí me faltaba algo.

Romina la miró desconcertada. Se aferró la bata con firmeza y cruzó las piernas. Samara permanecía con las manos sobre las rodillas y la vista en un punto fijo del suelo.

—¿Y bien?

Tomó aire y la miró. La miró tan fijamente que, por unos instantes, Romina sintió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Alexis pasó malos momentos. Cuando llegó sus ojos estaban cubiertos por un velo de tristeza que le duró un tiempo. Ese chico te ha querido con toda su alma y creo que ha pasado por un tormento personal que supo disimular ante todos, aunque, si te digo la verdad, suelo ser más observadora de lo que parece. Ha sufrido demasiado por ti...

—¿Vienes a verme para...?

—Cállate, Romina —le ordenó—. No he terminado.

Observó durante unos instantes la habitación. Sus paredes decoradas con papel, la cama, la ventanita alta con barrotes, la pequeña libreta con la gomita elástica y su pose digna todavía.

—Sara lo tiene prendado. Esa niña tiene malicia jugando, puede llegar a ser perversa con él; claro está, en sus juegos. Como persona Sara tiene algo que tú jamás tendrás: humildad. Por eso Alexis está cada día más enamorado de ella, y por supuesto es recíproco. Ya ves cómo han cambiado las cosas: mi hermano es feliz con Natacha y la pequeña Sara ha encontrado su lugar junto a Alexis.

—Me alegro por ambos. ¡Por todos!

—No, sé que no es cierto. Por eso estoy aquí —dijo entonces—. Mi marido me enseñó, a lo largo de todo el tiempo que llevo a su lado, lo que realmente era una venganza y ni siquiera me había dado cuenta... Hasta ahora...

—¿Qué pretendes, Samara? Mi intención no fue que perdieras ese niño. Ni siquiera sabía que...

—Fue peor. Eso ha sido lo que me ha preocupado todo este tiempo. No mi pérdida. Lo que realmente me ha aterrado es lo que has podido ser capaz de provocar con tus actos. Hacer daño a alguien es algo humano, dañas, pasa y la vida sigue, pero tú fuiste más allá. Intentaste destrozarles la vida. Eso es algo terrible, Romina. Terrible. Lo mío se cura, se supera. Tienes otro bebé o dos, si uno quiere... Y el pasado pasa. El problema es cuando el daño es algo que perdura. Tú intentaste eso con ellos, con todos. Es horrible y llevo mucho tiempo dándole vueltas, aunque todos pensaran que mi tristeza era debida a mi pérdida.

—Estoy pagando por ello.

—Ahora lo harás.

Súbitamente el rostro de Romina se relajó. La suave luminosidad de su camión destacó en la penumbra de la celda y revoloteó cuando Romina se movió intentando adquirir una postura menos forzada. Samara, en cambio, permanecía relajada, casi exhausta, sentada sobre la cama.

—No comprendo por qué me cuentas todo esto. Ni tampoco comprendo a qué has venido. Estoy pagando todo lo que hice, nadie se compadecerá de mí hasta que no cumpla esta penitencia en su totalidad. Si quieres recrearte con mi situación o si tan solo has venido para soltarme una perorata de lo bien que te van las cosas... —

Dejó escapar una estridente carcajada y la miró con desdén—. ¡Ah, quizá quieres hacer lo mismo que tu maravilloso marido: perdonarme!

—En absoluto, no consigo nada perdonándote porque tú a mí me odias. Dominic fue mucho más inteligente que ninguno de nosotros, pues, sin comprenderlo nadie, te perdonó. ¿Por qué? Para que no tuvieras ninguna razón para odiarlo, que ese amor tan profundo que sentiste y sientes por él quedara en ti. No hay peor cosa que vivir amando a alguien que jamás te corresponderá, ¿verdad, Romina? Pero yo voy a ir un poquito más lejos. Voy a darte algo hermoso. Algo que no dolería, que sería precioso si no fueras tú quien lo recibiera.

Romina meneó la cabeza, alzó la mano y la dejó caer a plomo sobre las rodillas.

—¿De qué coño hablas, Samara?

—Me ocuparé personalmente de que recibas una carta al mes donde te contaré con todo lujo de detalles lo bien que les va a cada uno de los miembros de Quimera. No obstante, como supongo que las romperás si caen directamente en tus manos, me ocuparé personalmente de que te las lean. No una, ni dos veces, las que sean suficientes. Cada momento, cada acontecimiento, cada foto o cada vídeo, que pueda hacerte llegar. Pagaré con gusto a Leonardo para que se encargue de que seas obligada a verlo. Has amado hasta la locura y amas a un hombre sin conocer su lado más humano, Romina; amas a Dominic por lo que conociste de él, por lo poco que te dio, por lo que él representa; sin embargo, eres mujer y aún no has visto su parte humana. No tienes ni idea de lo inmensa que es esa parte en él. Yo te la enseñaré. Te enseñaré cómo será con sus hijos, cómo puede llegar a susurrarles una nana, o incluso cómo puede jugar con ellos, cómo se ríe, cómo llora. Me ocuparé sin duda alguna de hacerte participe de todos esos detalles para que revientes por dentro por lo que pudiste tener y, sobre todo, por lo que pudiste destruir. Sabrás de la felicidad de Alexis, pues también lo amas con intensidad. Te haré participe de todo hasta que la rabia te consuma. Esa es mi venganza Romina, tan simple y a la vez tan retorcida. Él me dijo una vez que el dolor se va pero la humillación prevalece.

El rostro de Romina manifestaba todo el horror de las palabras que escuchaba. Tenía las mejillas contraídas, las mandíbulas tensas y el labio inferior no dejaba de temblarle.

—No hagas eso, Samara...

—Lo perdiste todo. Perdiste a una familia que estimabas, aunque te esforzabas en parecer distante, frívola e incluso independiente de todos ellos. Pero eras feliz en Quimera, eso pude percibirlo con toda claridad. Sabrás de todos y cada unos de ellos. Me ocuparé de que sufras por el amor que profesas, que aún te queda dentro, aunque tu cometido principal era destruirlos. Amas... profundamente.

—¡No puedes hacer eso! —gritó.

—Puedo hacer muchas cosas. Soy la señora de Romano... —se burló.

—Samara.

Se levantó de la cama y se dirigió hacia la puerta.

—¡Samara!

—Quisiste ser la esclava de sus deseos y acabaste siendo la esclava de su felicidad. Creo que no existe una venganza que no genere placer, que no perdure en el tiempo, ¿no es cierto?

—¡No tienes compasión! ¡No tienes compasión!

Oyó los pasos a través de la galería. Romina gritaba pero ella no quería mirarla más. Dominic le abrió la puerta y Samara salió de la habitación. Oyó cómo golpeaba el hierro y la pequeña ventanita de cristal, cómo la llamaba una y otra vez llena de rabia y crispación. Sus voces se fueron haciendo más lejanas a medida que avanzaban y subía al piso superior. Luego se perdieron, dejaron de escucharse, y, por unos instantes, toda la casa quedó en silencio.

—¿Eres feliz, Samara? —le preguntó cogiéndole la cara con ambas manos.

—Totalmente —contestó.

—¿Y qué esperas de mí? —inquirió con ironía.

Samara soltó una suave carcajada y lo besó apasionadamente en los labios.

—Qué no cambies nunca. Qué nada cambie nunca, Dominic.

Dominic afirmó sonriendo, pasó el brazo por encima de sus hombros y la besó en la frente.

—Creo que eso sabremos hacerlo, nena... Vamos. Nos queda un largo viaje y tenemos a los *niños* esperando en casa, preguntándose donde estarán los dueños del manicomio.

«La mayor venganza es el castigo de amarme, aunque ni tú misma a veces lo entiendas. Porque te debo todo lo que soy, te debo todo mi rencor y mi amor; si tú me has hecho así, tu lo sufrirás.»

67. Te comerás el mundo

Todos fuimos ángeles, antes de ser demonios. Todos sufrimos por amor, antes de hacer sufrir por él. Todos tuvimos la oportunidad de formarnos como personas y al final llegasteis vosotras y obrasteis ese milagro...

—Tú eres un niño especial, cielo. Eres un niño maravilloso y, si los demás no lo ven, ellos se lo pierden. —Le secó las lágrimas y le besó en la mejilla—. Tienes que aprender a defenderte, hijo, no puedes venir así todos los días, Dominic.

La miró cabizbajo y sollozó. Tenía la cara llena de tierra, las rodillas peladas y un raspón en un codo. Su madre le quitó la ropa y le preparó el baño. Ella siempre ponía la toalla sobre el radiador para que estuviera caliente cuando saliera. Ella siempre lo reconfortaba, le peinaba con dulzura y a veces incluso le cantaba con su voz timbrada aquella bonita canción con la que se dormía.

«Quizás, quizás, quizás...»

Era retraído, quizá por eso era el blanco de las burlas, era un niño delgado, de revuelto pelo negro, tez pálida aunque con unos enormes ojos oscuros que le hacían un niño guapo pero terriblemente triste. Para su madre era el niño más guapo de la faz de la Tierra, para su abuela también; sin embargo, ella ni siquiera lo veía. Eso era lo que le hacía olvidar las burlas, cruzarse con ella por los pasillos del colegio, pasar a pocos centímetros en el comedor o incluso sentarse detrás de ella en clase de estudio. Aquel olor a perfume era maravilloso, olía a flores del campo, a frescura. Era tan bonita... Todas las tardes, Samara entrenaba como animadora. Él siempre la miraba desde las gradas, abría su cuaderno y adelantaba los ejercicios de matemáticas y, de paso, podía observarla bailar, con aquellas falditas de tablas, levantando los pompones y dando aquellos brincos que dejaban ver sus largas piernas. Se apoyaba con los codos en la carpa y se pasaba horas allí sentado. Luego venía lo peor, la hora del comedor era una de los momentos más horribles para él. Siempre le tiraban la bandeja o le quitaban el postre. El día que le hicieron la zancadilla y Samara pasó por encima de su comida se le partió el corazón. Tenía claro que ella nunca le dirigiría la palabra, pero no esperaba que ella se riera de él de aquella forma.

Ahora estaba sentado en la puerta de casa y observaba la calle. Su madre trabajaba muchas horas para mantener la casa desde que su padre había muerto, y lo cierto es que eso le daba una ventaja; podía disimular los golpes y la ropa sucia la mayoría de las veces; entrar por la puerta de atrás, lavarla antes de que su madre regresara del trabajo, mientras su abuela dormía en el piso de arriba y arreglarse para que al menos ella no sufriera por él. Porque su madre era lo único que tenía. A su madre le gustaba cocinar y bailar. Disfrutaba enseñándole a hacer platos sencillos; luego encendían el tocadiscos y bailaba con él, incluso a veces la acompañaba al centro social donde solía dar clases a personas mayores y aprendía nuevos pasos que luego practicaba en casa.

Pero ella era especial. Aunque ni siquiera le mirase, aunque no recordara la media hora que pasó a su lado sentada en el autobús de la línea cinco el día que fue al cine, como siempre solo. Ella no lo recordaba pero él jamás olvidaría los pliegues de su vestido, sus mechones de pelo negro y sus ojos rasgados.

Se perdió en sus pensamientos durante mucho tiempo, ni siquiera escuchó la verja cuando aquel hombre entró en el pequeño jardín. Dominic alzó la vista y se colocó la mano sobre la frente a modo de visera con la intención de visualizar aquella figura imponente, sin que el sol del mediodía le molestara. ¡Vaya! Él recordaba a ese hombre. Había estado en el entierro de su padre hacía unos meses. Habían ido muchos hombres, aunque él no recordaba que tuviera tantos amigos. Nunca los había visto.

—Hola, pequeño —le dijo avanzando—. ¿Puedo sentarme contigo?

Dominic frunció el ceño y asintió con firmeza. Era realmente un hombre muy apuesto, tenía una fina perilla, los ojos muy expresivos y dulces y un pelo oscuro con una piel aceitunada y varonil. El hombre se apoyó en uno de los postes laterales y le extendió la mano con decisión. Se sintió como un hombrecito ante aquel gesto tan elegante.

—Mi nombre es Antón —dijo—. Yo era un buen amigo de tu padre, Dominic.

—Le recuerdo. Usted estuvo en el funeral. Lo vi, había muchos hombres y mujeres.

Antón le sonrió con ternura y se inclinó como si fuera a contarle un secreto.

—Es que tu padre era un hombre que tenía muchos amigos, ¿sabes? Muchos estudiaron con él en el colegio y todavía los conservaba; sin embargo, siempre están muy ocupados con sus trabajos y familias, y usan más el teléfono dado que viven lejos.

—Yo no tengo amigos como mi padre. Los chicos se meten conmigo.

—Bueno, pero eso puede cambiar, pequeño, cuando crezcas serás tan fuerte como tu padre.

Dominic sonrió. Antón era amable con él.

—¿Viene a ver a mi madre?

—Vengo a ver a tu madre y a verte a ti, aunque hoy vengo exclusivamente a hablar contigo. Me gusta ver a mis amigos sobre todo cuando me necesitan. Ahora que tu padre ha fallecido, tu madre necesita mucho apoyo. ¿La ayudas?

—Sí, señor.

—Eso está bien. Ahora eres el hombre de la casa.

Antón se llevó la mano a la perilla y la acarició con sutileza. Se quedó unos segundos pensativo y luego prosiguió:

—Verás, pequeño, tu madre sabe que está esperando una niña, una hermanita. Pero tú sabes que tu madre no está en un buen momento; así que nosotros, mi mujer y yo, nos llevaremos a tu hermanita durante un tiempo para que pueda estudiar en los mejores colegios y sobre todo para que tenga una vida plena, ¿lo entiendes?

Dominic arrugó la nariz y asintió.

—Me hubiera encantado llevarte conmigo pero no podemos dejar a mamá sola, y tú tienes que protegerla y cuidarla. Así que cuando crezcas un poco y seas un hombre, podrás volver a ver a tu hermana. No vivimos muy lejos de aquí.

—¿Quiere decir que cuando nazca ustedes se la llevarán para que tenga muchas cosas?

—Exacto. Pero no me olvido de ti, Dominic. Ayudaremos a tu madre en la medida de lo posible, aunque es una mujer muy terca y no quiere.

—Yo cuidaré de ella. No necesita que la ayuden porque yo la ayudo.

El hombre palmoteó con suavidad la espalda de Dominic y sonrió.

—¿Qué quieres ser de mayor, muchacho?

Se quedó unos instantes pensativo y luego contestó:

—Importante.

Antón levantó las cejas con humor y lo miró mientras reía.

—¿Importante?

—Sí. Así nadie me dirá lo que tengo que hacer. Yo daré las órdenes y nadie me pegará. Sí, importante.

—Para ser importante hay que estudiar mucho, ¿lo sabes?

—Lo sé, señor.

Antón se levantó de la escalerilla y se arregló los pantalones del traje.

—Señor —dijo Dominic—. ¿Mi padre era importante? Usted parece importante.

—Tú padre era importante, Dominic. Claro que sí.

El pequeño Dominic sonrió satisfecho y se quedó pensativo mirando al suelo.

—Escucha, pequeño —Antón se inclinó y le cogió las manos—. Crece, fórmate y cuida de tu madre; cuando seas un hombrecito iré a buscarte dónde estés.

Le pasó los dedos por los mechones de pelo y movió su cabeza con cariño. Luego observó la diminuta casita, se giró y avanzó hacia la entrada por el pequeño caminito.

—¡Señor! —le gritó mientras abría la verja de metal—. ¿Por qué?

Antón se giró y sonrió. Levantó el brazo y apuntó hacia él con el dedo índice.

—Porque te comerás el mundo algún día, muchacho, y yo estaré ahí para enseñarte cómo hacerlo...